



MEMORIAS DE UN SEÑORITO SEVILLANO

Javier de Winthuysen

Editores: María Héctor Vázquez
Enrique Lafuente Ferrari
Teresa Winthuysen Alexander



MEMORIAS DE UN SEÑORITO SEVILLANO

**Javier de Winthuysen y Losada
1874–1956**

©2005 Winthuysen Foundation, Inc

United States Copyright Office.

Memorias de un Señorito Sevillano, 2005

Memoirs de Javier de Winthuysen—A Sevillan Master. September 24, 1999.
TXu 918-733.

“A María, la linda, la fina, la discreta, mi afecto más noble”.

Firma: Javier de Winthuysen, Sevilla y mayo. La Voz, Año X.-Núm. 2.614—15 de mayo de 1929. CRÓNICA—Los Jardines de Sevilla

“Retratos y caricaturas sentimentales de españoles variados”

Juan Ramón Jiménez

Javier de Winthuysen 1920

Una nueva variedad del oso. Si; oso-jardinero (rubio, sentimental, humorista); bebedor de fuentes y comedor de jazmines en anís.

Está Winthuysen aprendiendo eternamente, en su escuela de la caverna del bosque, a hablar, osezno, niño perdurable, y todavía (como esas muelas del juicio que no se echan ya) no ha echado los segundos ojos. Con estos paradisíacos ojos primeros y emboscados, con estas escondidas violetas claras entre las pestañas verdes, digo, mira y mira largamente la naturaleza abierta, fina, de nuestra Andalucía verdadera, y al fin, deletreando su color pintura, la secunda.

Su mano es, de siempre, la izquierda. Ya conocéis el dicho, terrible para los comodones: “Cuando sepas hacer una cosa con la mano derecha, hazla con la izquierda.” Pero él nunca supo hacer nada con la derecha. Por eso sus ideas, sus sentimientos difíciles de romper (¡tan fáciles!), están tan bien, digo tan mal, digo, son tan naturales.

Sus campos, sus jardines esconden honda la ciencia arquitectónica, graciosas, carnales fuera, y no llegan a ser decoración, imitación, sino sólo ¡gracias al Dios de Sevilla! campos, jardines. En ellos deja Winthuysen colgados, aquí y allá, sus ojos codiciosos distraídos, como una firma de estrellas silvestres azules. Y son así sus sencillas traslaciones, una caricia que paga el cuerpo apetecido de la vida, una mirada amante devuelta por Andalucía rosa, verde y oro (a quienes quieren recordarla en los ojos de su niño grande paisajista, de su oso jardinero), en gratitud a quien la miró, le dió el corazón y la evocó tan recatada, tan modesta tan filialmente.

Españoles de Tres Mundos, 1942, Buenos Aires,

PROLOGO

Escribir unas memorias parece que implica creerse personaje importante, pero no se trata de eso, sé muy bien a qué atenerme respecto a mí significación si alguna tengo. Pero sea de esto lo que sea no he de tratar tampoco de decir mis propios juicios que ya sabemos que el *nosce te ipsum* implica ser sabio...y punto en boca.

Lo que ocurre es que en varias ocasiones al referir anécdotas, personas Inteligentes me han dicho que debería escribirlas y como además de ésto, a mí me gusta hacerlo (es lo único que he hecho en el mundo, lo que me gusta) pues he puesto manos a la obra muchas veces y otras tantas lo he dejado por desgana y desidia, y también porque aunque he escrito bastante y hasta encuentro en ello más facilidad que en hablar, se trataba de artículos periodísticos o asuntos técnicos que no exigen la forma de obra más extensa, y nunca sabía cómo empezar ni cómo proceder y como además son cosas sin ilación ocurridas a lo largo de una larga vida, me ha parecido que lo mejor sería referirla toda, y así volviéndola a vivir que vayan saliendo los recuerdos.

Pero esto representa para mí otra contrariedad. Las biografías es uno de los géneros que más me encantan; es curiosísimo conocer el camino recorrido por personajes que han dejado una gran obra o que ofrecen una originalidad; pero la de persona tan insignificante como uno, ningún interés entraña y hecha por sí mismo, resulta una pretensión ridícula, de modo que advierto a quien leyere esta mía que no vea en ella semejantes pretensiones, sino que la tome como un modo de presentar no mí modesta existencia sino lo visto y oído en su curso y al decir ésto no lo hago por modestia sino por creer que sé mirarme objetivamente, que ya es saber mirar.

Prefacio

Que el relato de un testigo presencial de determinado hecho, entraña una garantía para conocerlo, es indudable; y esto partiendo de la suposición que el testigo sea fidedigno, y no sólo porque creamos en él fidelidad o falsedad, sino por la dificultad que haya tenido para su observación, el defecto de sus sentidos, la situación de su punto de vista material y, aparte de esto, los prejuicios que pesen sobre el intelecto al relatarlo.

Nuestros sentidos corporales para la percepción de lo que tenemos ante la vista están siempre algo distantes de constituir un simple mecanismo, y ni aunque así fuese, podemos en absoluto fiarnos de ellos. Por ejemplo: si hacemos una instantánea de un caballo saltando un obstáculo y tomamos esa foto desde un punto bajo de vista, nos parecerá que el caballo está en las nubes cuando en realidad sólo ha saltado un metro. Si obtenemos otra de una figura en escorzo, aparecerá con unos pies enormes a una cabeza chiquita o viceversa cosa que no ocurrirá si apreciamos esas disposiciones simplemente con nuestra propia vista, pero no es porque en ella, en el ángulo de nuestra visión, dejen de operarse aquellas disposiciones de perspectiva, sino porque tenemos el prejuicio de la proporción que lo corrige y acomoda a la realidad conocida. Pero ese mismo prejuicio, puede también ofrecer un efecto contrario, sobre todo cuando vemos en la realidad lo extraordinario.

Queremos decir que de lo fidedigno de un testigo ocular, no hay que fiar por completo ni cabe que nosotros mismos nos fie mos de nuestra propia visión y en cuanto al relato de ella, mucho menos. Los prejuicios del intelecto conducen fácilmente a la fantasía.

¿Y quien sería tan vano que creyese contar con ecuanimidad en un asunto que precisamente por haberlo vivido y padecido no podemos prescindir de las impresiones sugeridas por los efectos materiales recibidos, el estado de ánimo y nuestras mismas creencias y opiniones sociales y políticas?

Más mis propósitos no son ni enjuiciar, ni presentar o relatar lo que viví mostrando la simpatía o aversión que me inspirasen y ni siquiera callar unos o poner de relieve otros sino, sencillamente,

relatar lo que ví, por si ello pudiese constituir material para mayores empeños, aunque a pesar de tales propósitos no me pueda librar de poner en las nubes al caballo que salta un valladar o la figura con los pies o la cabeza deformados por la perspectiva y aún los mismos sucesos por mis prejuicios. Sólo aseguro que procuraré atenerme a la realidad.

INTRODUCCIÓN

Al leer un libro, los espíritus ecuánimes a los que todos deseamos pertenecer, tratan y consiguen reconciliar la forma personal de pensar con la forma y el contenido de lo que se lee. Sin duda es algo poco común encontrar una obra en que dos mentalidades, que nacen separadas por un espacio de treinta años, como son Javier de Winthuysen y Losada, y María Héctor Vázquez, se unan, y de colofón enfrentarnos con Enrique Lafuente Ferrari. Eso y mucho más pasa en las Memorias de un Señorito Sevillano.

Esta es la primera vez en que el texto íntegro de las memorias se ofrece al público. Es lo que conseguí gracias a la paciente labor de revisión de texto digitalizado, y cooperación en mis indagaciones históricas con aquellos que admirán la obra de Javier de Winthuysen. Se pregunta el lector de las memorias el porqué de la oscuridad en que se mantiene el texto íntegro cuando una y otra vez se usan partes de ese mismo texto para enseñar como se introdujo en España la gran modalidad de la Arquitectura Paisajista en el siglo XX. Estas innovaciones, mal comprendidas y muchas veces poco bien recibidas, por los arquitectos españoles, se unen al carácter demoníaco del autor, pues aquello que no va con lo que él sabe simplemente no cuenta. Únase a eso un sistema político social que se regía por normas auto impuestas por un nacionalismo católico español, como dice Julián Marías en *Understanding Spain*, 1990, y tal vez nos encontremos con el fondo de realidad en la personalidad tan difícil, y digo “tan fácil”, de Javier de Winthuysen.

De cada uno de los editores que menciono cualquier comentarista puede escribir una larga lista de triunfos y sinsabores pero mi idea es la de indagar el contenido de las memorias y de su existencia. De la que sin duda Javier de Winthuysen y María Héctor Vázquez conversaron largo y tendido a medida que se construían las memorias en forma literaria sobre la conveniencia y reparos que otros podían acusar si llegasen a hacerse públicas.

Las Memorias de un Señorito Sevillano son un homenaje a sus padres, a su linaje en el Puerto de Santa María, a la ciudad de Sevilla y a María Héctor Vázquez. Son un monumento a sí mismo para que las lean, los de la posteridad. Son una prueba de

amor del fidedigno sevillano que ensalza la labor de su padre en la ciudad que le vió nacer, y donde pasó los mejores momentos de su vida.

El lenguaje en las Memorias de un Señorito Sevillano corresponde a tres o más formas literarias aceptables en la lengua española. En ese desarreglo de diferentes estilos Winthuysen encuentra la fórmula para hacer la descripción pictórica e intelectual de su existencia. El estilo coloquial y anecdótico y técnico sirven el propósito de explicarnos los antecedentes históricos de la familia, la ciudad de Sevilla, su necesidad de hacerse pintor ambiental, el cuadro político social donde vivió su vida, como desarrolló su teoría paisajista. La prosa poética la reserva el autor para expresar sus sentimientos íntimos por el amor a aquellos que le rodearon: su padre, sus amigos, la ciudad de Sevilla, su compañera y colaboradora María Héctor, la vida y muerte de su hijo, las circunstancias patéticas de su existencia durante y después de la Guerra Civil Española.

Se supone que estar casado con María Salud Sánchez, hermana del famoso torero Sánchez-Mejías, fue algo así como el no va más para los partícipes de la cultura popular española, y en particular gitana y sevillana. Para los sevillanos de la juventud de Javier de Winthuysen cualquier cosa que apareciese en las memorias sería más un producto de lo banal y poco serio del legado de la cultura callejera de bares en la ciudad de Sevilla. Sería un pasaporte seguro de negar que alguien de su medio ambiente fuese diferente a ellos. De ahí que el comentario al contenido de las memorias y la justificación de su veracidad parece para algunos sevillanos desnecesario ya que los hechos son producto de la imaginación de Winthuysen según algunos. Aunque para otros no lo son siempre teniendo en cuenta que el tiempo transcurrido altera la visión de los hechos.

Javier de Winthuysen se sentía muy divertido y al mismo tiempo atrapado en una vida que era la cara opuesta de lo que era la Europa occidental. De ahí el constante deseo de ir a París. De ahí su desasosiego y añoranza por la tierra de Sevilla y su constante ir y venir por la península.

Winthuysen nace en la Sevilla de fin del siglo XIX cuando los rescoldos de la corte de los Montpensier y la presencia de la de puesta Isabel II aún existen. Las circunstancias del origen exótico

del nombre Winthuysen continuaban pero su tradición parece que se desvía y reanuda en los años en que ejerce su profesión auto-adquirida de historiador y técnico del medio ambiente. Winthuysen continúa la tradición familiar que inició Pedro de Winthuysen y Bustillo al retirarse de la corte, en Madrid, a los veinte y pocos años. Es un espíritu dieciochesco en que la razón científica de la existencia tiene más peso que el dogma. La biblioteca de su abuelo que por alguna razón creemos que Winthuysen encontró en la casa de la familia en Sevilla, y la finca de Cuatro Caminos, Bella Vista, le dá toda la información técnica y filosófica que adquirían los caballeros en el siglo XVIII.

Winthuysen reconoce que la razón de la sin razón de la existencia de obras de pintura no existe. Es producto de nuestra imaginación y sentido del placer. Lo popular y lo atildado se confunden y aquellos que están más abajo de los “cursis” les gusta la pintura de Winthuysen. La cocinera de su casa se extasiaba delante de un cuadro que de cerca parecía un plato de espinacas. El deshollinador de París llama a su puerta para ver de nuevo aquel precioso bodegón “Palangana y Jarra de Plata”. La colección de tablitas que dejó en su piso estudio en la calle Martín Silvela, en Madrid, desaparece en manos de los ocupas. El carbonero de la esquina no quiere venderle el cuadro de Winthuysen a Daniel Vazquez-Díaz. Winthuysen en la mitad de su existencia descubrió que era difícil sostenerse vendiendo pintura pero que tal vez se podría abrir paso en Madrid introduciendo con sus artículos la ciencia del ambiente. Como proteger a la naturaleza y aprender a mirar ya que todos somos artistas, según dice Winthuysen.

La Guerra Civil manda al traste lo que quedaba del espíritu republicano. El parlamentarismo y la monarquía han perdido la razón de seguir funcionando como sistema político social ante una revolución roja en la que se matan los unos a los otros. La familia constituida por María Héctor y Javier de Winthuysen sobrevive la terrible confusión y la estrechez de medios en la postguerra. Es ahí cuando el artista pintor reanuda su labor de pintor paisajista, en Cataluña, que siempre siguió en escala menor. En la última parte de su vida, Winthuysen pinta obras de largo formato, donde, según el paisajista explica, pone de manifiesto aquello que siempre fue y que consiguió asimilar de sus estudios de jardinería histórica, “el clasicismo eterno” como Winthuysen le llama.

Teresa Winthuysen Alexander

*From you have I been absent in the spring,
When proud-pied April, dress'd in all its trim,
 Hath put spirit of youth in every thing,
That heavy Saturn laugh'd and leap'd with him.
Yet nor the lays of birds, nor the sweet smell
 Of different flowers in odour and in hue,
 Could make me any summer's story tell,
Or from their proud lap pluck them where they grew:
 Nor did I wonder at the lily's white,
 Nor praise the deep vermilion in the rose;
They were but sweet, but figures of delight,
 Drawn after you, you pattern of all those.
 Yet seem'd it winter still, and, you away,
 As with your shadow I with these I did play.*

THE SONNETS OF WILLIAM SHAKESPEARE.
New York, 1961. XCVIII

INDICE

MEMORIAS DE UN SEÑORITO SEVILLANO

Armas de la familia Winthuysen y de sus enlaces en España desde 1720
Prólogo
Prefacio
Origen de un nombre exótico
Carta de Nelson
Retrato de Don Javier de Winthuysen y Pineda
Batalla de San Vicente (Orne, Museo Naval de Greenwich)
Escudo del Conde de Winthuysen.

CAPITULO PRIMERO

Los primeros años - El Cantonalito - El patio de casa - La Alameda Vieja - Isabel mi niñera- La riada del 76 - La nueva casa- Padres y hermanos- Un niño malcriado - Don Bernardo- Mi primer colegio –Inventos- Afición a la pintura y a los toros.

CAPITULO SEGUNDO

Vida y tipos familiares - La Escuela Sevillana- Mi primera comunión - Clase de dibujo- Mi examen de ingreso- Don Arturo y las poesías- Mi padre- Sucesos del puerto de Santa María- Los paseos con mi padre- La azotea- Juana- Mi hermana- Disgustos familiares.

CAPITULO TERCERO

De los doce a los catorce - La pandilla- Cornamentas y becerros- Mi hermano Manuel - Equitación y esgrima- Mi vocación de marinero- El colegio de Don Francisco- Humor sevillano- Tauromaquia.

CAPITULO CUARTO

De los quince a los veinte años- Renuncio a ser marino- La casa de Urdáiz - La Escuela de Bellas Artes y el Ateneo- La novia bonita- Viaje a Madrid- Muerte de mi padre.

CAPITULO QUINTO

De los veinte a los veinticinco - Los maestros y el Conde de Baigues- Mi nueva casa- La casa de los Cepero - Zuloaga - Iturrino - Canals - Mille Sandeau - El patio de las de “Anguita”- Regoyos.

CAPITULO SEXTO

De los veinticinco a los veintinueve- A París- Lozano y Durrio- El Doctor Carvallo- Manolo Huguét- El Marques de la Vega Inclán - Los Salones- Los Impresionistas- El Louvre- París 1900- Siglo XX París 1903- El Post Impresionismo- Concepto Impresionista- Académicos y Bohemios- Montmartre y Montparnasse- El valle de Arratia- Ensayo de pintura Holandesa que resultó moderna- A Madrid, a Toledo y al Escorial- Copia del Greco.

CAPITULO SEPTIMO

Muerte de Juana- Rota y Marruecos- Lo que fue mi reacción ante el Impresionismo Francés- Sale mi hermana Manuela del convento- Tristes consecuencias- A Castilleja de la Cuesta- Ensayos de Modelado- Autorretrato - Sevilla desde la trocha- Éxito de pintor - Viajes continuos a Sevilla- Otra vez en Sevilla- Ensayos de cerámica- Consideraciones.

CAPITULO OCTAVO

Mi vida en París 1911-La guerra del catorce- Vuelta a Madrid- En Aranjuez 1915-Rusiñol-El arte de Anglada-1916-Casa en Madrid- Sin dos pesetas- Encuentro con Juan Ramón Jiménez- Exposición en la casa Vilches en 1916-Pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios. –El Arte de la Pintura.

CAPITULO NOVENO

Como me hice jardinero- Curso de Botánica- Pensionado para el estudio de los Jardines Históricos- Mi conferencia del Ateneo de 1922-Encargo del jardín del Palacete de la Moncloa- Artículos sobre Jardinería y Urbanismo- Espacios libres- Excursiones a la Sierra- y colección de pequeños cuadros- Exposición de 1924- Homenaje- Jardines particulares- Prestigio- Boecillo y Tablada- Mi vida de familia-1926-Sólo con el niño- Un milagro- El artista es un cursi- Sevilla- Carta a María- Artículo dedicado.

CAPITULO DÉCIMO

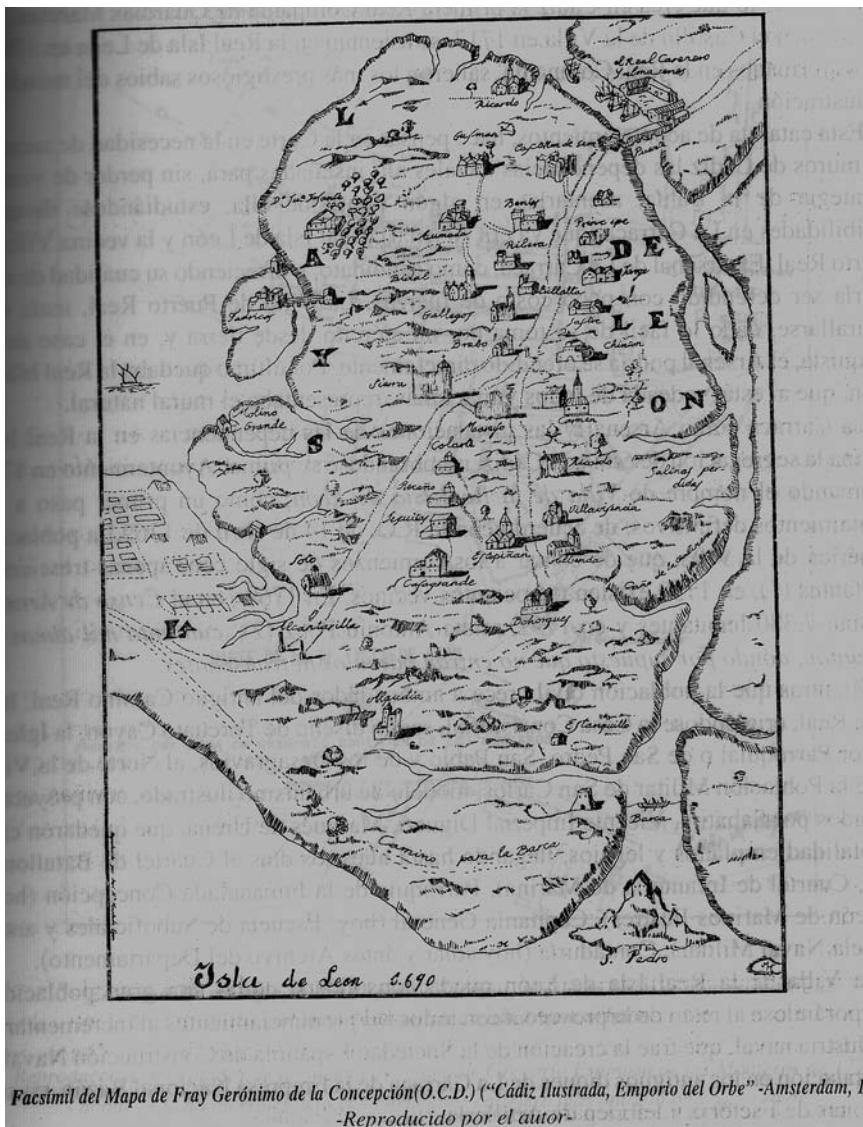
“Jardines Clásicos de España”- Como hice el libro-1930-Creación del Patronato de Jardines Históricos de España y de sus Parajes Pintorescos-1934-El Turismo- Ciudad Rodrigo- Inspector de Jardines- Conferencias en París y Londres- La revolución de 1936- Jardines del Viso- Protección de menores- A Valencia- Muerte de mi hijo Javier.

CAPITULO ONCE

Estancia en Valencia-(1937 a 1939)-A Brihuega de inspección en plena guerra-El Grao-Paisajismo valenciano, Sorolla-Final de la guerra-A Madrid-1940 a Barcelona- Otra vez pintor- Nuevo Patronato 1941-El Lago de Bañolas y el de Sanabria- Pintura- Exposición en la Galería Syra 1948-Otras exposiciones en Barcelona -

Arte - Octubre 1954 Barcelona.

Exposiciones: 1916-1924-1948-1949-1951-1955-1972-1973-1974
homenaje.



Facsímil del Mapa de Fray Gerónimo de la Concepción(O.C.D.) ("Cádiz Ilustrada, Emporio del Orbe" -Amsterdam, 1690)

-Reproducido por el autor-

("Cádiz Ilustrada, Emporio del Orbe" -Amsterdam, 1690)

-Reproducido por el Autor-

Cosas, Casas y Plazas de la Isla de San Fernando—Evolución Histórica de la Ciudad.

ORIGEN DE UN NOMBRE EXÓTICO

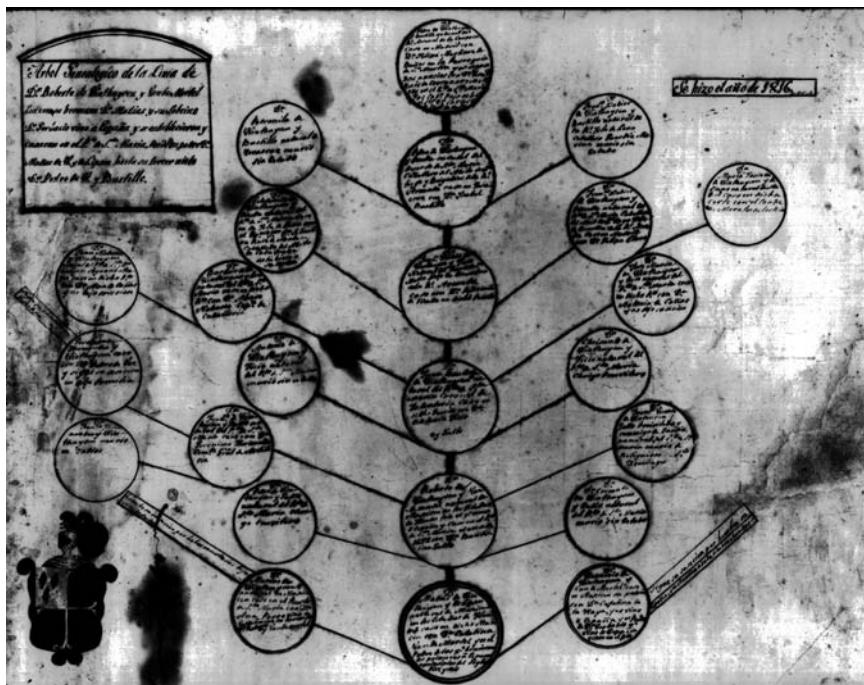
Juan Bex, descendiente de Henricus Bex, escudero noble del Elector de Colonia, se estableció en Colonia, en el siglo XV en el Obispado de Lieja, Estados de Flandes, y fue fundado el apellido Winthuysen, similar a los Eithuysen, Uythuyse y otros de los caballeros retratados por Franz Hals.

Don Roberto de Winthuysen y Van de Mortel y su hermano Don Gervasio, originarios de Maiscicen, Flandes, vinieron a España y se establecieron en el Puerto de Santa María donde, en el año 1672, casó Don Roberto con Doña Bautistina Gallo. Desde entonces fueron los Winthuysen enlazando con españolas.

El 18 de agosto de 1747, nació Don Francisco Javier de Winthuysen que era hijo del capitán de fragata de dicho nombre y de Doña Petronila Pineda. A los diez años sentó plaza de guardia marina en el navío Dichoso, de la escuadra del Marqués de la Victoria, con la que pasó a Nápoles, y condujeron desde este punto, a Barcelona, al Señor Rey Don Carlos III, que ocupó el de España a la muerte de Don Fernando VI. Desde tan temprana edad estuvo prestando relevantes servicios en los navíos Oriente, Héctor, Fénix, Gallardo, España, Santa Isabel, Santo Domingo, Palas, Industria, Venus, San Agustín, San Miguel, Santa Leocadia- de treinta y cuatro cañones de a doce y seis, San Pascual, y el San José de cuarenta cañones.

Las comisiones y servicios importantes fueron muchos, desde organizar escuelas para Guardias marinas, organizar y revisar las minas de Villanueva, hasta defender las costas del Norte de España desde Bayona de Galicia a Bayona de Francia. Con la Santa Leocadia tuvo un encuentro con barcos ingleses que le costó la pérdida del brazo derecho; lo hicieron prisionero y lo dejaron volver a España bajo palabra de honor.

A principios de 1792, consumido su patrimonio en el Real servicio solicitó de la piedad de S. M. alguna gracia. En su solicitud cita que su abuelo materno fue el primero en asaltar Gibraltar en 1742, siendo gravemente herido, que su padre también llamado Francisco Javier de Winthuysen, murió a los cincuenta años de servicio y se halló en el bombardeo de Siracusa y en el combate del cabo Sicié y prestó servicios de reorganización y que él al



Árbol Genealógico de los Winthuysen. Fecha e iniciales P. W. y B., Don Pedro Winthuysen y Bustillo, dibujo en forma ascendente de la genealogía de la familia Winthuysen desde su asentamiento en el Puerto de Santa María, Isla de León, circa 1642, hasta 1816.



Escudo de los Winthuysen

ANO DE 1880
CENSO GENERAL DE LA POBLACION DE SEVILLA

En esta hoja deberán insertarse todos los pertenecientes a su Clúster, incluyendo los miembros de familia de su herida una noticia exacta de todos los individuos que están bajo su responsabilidad, aunque se hagan ausentes, mencionando la edad y clasificándolos según las costumbres establecidas a continuación, en la inteligencia de que las autoridades se basan en cuánto es la edad que se exige, serán castigados con la multa de 125 pesos, sin perjuicio de quedar sujetos los infractores a las demás penas a que se les ha mencionado.

NOMBRES con los apellidos paternos y maternos		NATURALEZA			Composición		NOMBRES de los padres.	
		PAÍS	PROVINCIA y CIUDAD o MUNICIPIO	MÉS.	Edad.			
CABEZAS DE FAMILIA, representadas en su mayoría en la parte más antigua.								
D. Luisa Casado y Pinto	Nadara	Almería	164	Vara de			D. Juan, D. Esteban	
D. Juan y Wellington Martinez de Barrion	Almería	Paday	64	id			D. Pedro, D. Felipe	
HIJOS, hermanos y sobrinos en su mayoría de padres que aparecen en la lista.								
D. Dolores	Paday	id	21	Julieta			D. Juan, D. Luisa	
D. Luis	Almería	id	16	id			id, id	
D. Compañero	id	id	15	id			id, id	
D. Manuela	id	id	12	id			id, id	
Juanita Martinez, Cas de Dolores	Rota	id	55	Caro de	Sirvente	Juan y Dolores		
Compañero Martinez y Valenzuela	Guadix	Paday	40	Vinde	id	Manuel y Matilde		
Compañero Martinez y Valenzuela	Almería	id	19	Julieta	id	Manuel y Dolores		

Censo de la Ciudad de Sevilla, 1880. Reproducción de documento por fotografía por el Archivo Municipal de Sevilla.

romper los diques del silencio después de 32 años de servicio es porque “el exponente y sus antepasados han consumido sus haberes y patrimonio en vuestro Real servicio. Por tanto a V. M. suplica se le conceda la honra de tenerlo en su Real gracia y presente en sus piadosas liberalidades para ocurrir a sus necesidades personales, y con pensión encomienda o ascenso, a fin de que pueda manifestar al público el que los expresados servicios han sido de vuestro Real agrado y sirva también de ejemplo a la milicia” (1).

El rey Carlos IV dispuso que inmediatamente se le concediese una encomienda de las órdenes militares. Se le destinó en 1795 de General subalterno, arbolando su insignia en el navío de tres puentes San José y estuvo en el Mediterráneo hasta la paz de Basilea y rompimiento de guerra con la Gran Bretaña.

El 14 de febrero de 1797 tuvo lugar el combate naval de Cabo de San Vicente en el que el General (Contralmirante) Winthuysen colocó el navío de su insignia donde la pelea era más encarnizada; allí con la impetuosidad y arrojo que le eran propios sostenía su puesto gallardamente, cuando una bala de cañón le destrozó las dos piernas originándole la muerte: ¡Fuego a la Santa Bárbara! Fue el mando que salió de sus labios al recibir el golpe mortal.

Si la orden se hubiese cumplido hubiera cambiado el curso de la Historia, ya que Nelson y los ingleses tomaron al abordaje el buque y Nelson, entonces comodoro, cogió la espada que Winthuysen sostenía en su mano crispada y contempló los restos del valiente. Era su primera victoria y envió la espada de Winthuysen, con la carta que copiamos, a su ciudad natal. En memoria de Winthuysen y para sus descendientes se concedió el título de Conde de Winthuysen que caducó sin que nadie lo usase.

Don Pedro de Winthuysen y Bustillo fue caballero paje de Carlos IV y pidió el retiro a los 20 años. Mi padre, Javier de Winthuysen y Martínez de Baños, se retiró con el grado de Capitán de Navío. Conmigo termina la familia Winthuysen en línea directa.

¹ Consta en la Petición Oficial hecha por el Ilustre Francisco Javier de Winthuysen y Pineda a la Corona Española en 1792.

CAPITULO PRIMERO

LOS PRIMEROS AÑOS

El Cantonalito- El patio de casa- La Alameda Vieja- Isabel niñera- La riada del 76-La nueva casa- Padres y hermanas- Un niño malcriado- Don Bernardo- El primer colegio- Inventos- Afición a la pintura y a los toros.

Tuve no sé si la suerte o la desgracia de nacer en buenos pañales (2). En esta época en que vivimos hay que pedir perdón por ello. Hay tanto infeliz que viene al mundo entre cuatro trapos y sin saber quien fue su padre, o lo que es peor no pudiendo honrarlo, que les saca de quicio considerar que otros que nacemos como pimpollo de un frondoso árbol genealógico, que tiene sus raíces en inmemorial nobleza, jamás desmentida en su crecimiento, y si por añadidura digo que nací ya heredado, se considerará verdaderamente imperdonable. Sin embargo yo, en esto no tuve ni arte ni parte.

Colijo que mis pañales fueron materialmente buenos porque oí decir una vez que cuando me bautizaron lucía un enaguado de encaje riquísimo que me regaló mi padrino el Conde de Bagaes, hermano de mi madre. Otros detalles supe de mi nacimiento y bautismo: que me llamaban “El Cantonalito” por haber sido engendrado durante la revolución del 73, que tenía una boca grandísima, cosa que era bastante fea pero que se fue luego corriendo porque afortunadamente paró de crecer; que en la ceremonia del bautizo cuando me pusieron la sal me la relamí y que al cura que me bautizó lo metieron en la cárcel.

Todo esto que digo son referencias de mi madre y de Juana la Roteña. Mi padre era del Puerto de Santa María. Allí se establecieron mis antepasados flamencos en 1672, y allí se criaron todos

² Marcos Fernández Gómez, Director del Archivo Municipal de Sevilla informa que: En el volumen correspondiente a los Registros de Nacidos del año 1874 de la Sección del Registro Civil de Sevilla del Archivo Municipal de Sevilla (Siga: RC.252), en el folio 437 rº se encuentra la partida de nacimiento de Francisco Winthuysen y Losada, cuyo tenor literal es el siguiente: Parroquia de San Miguel. _El dia 1 de abril de mil ochocientos setenta y cuatro, a las once de la mañana, _nació en la calle de Palmas, casa número 11, perteneciente a esta feligresía,_Francisco, legítimo hijo de D. Francisco Winthuysen y de D' Luisa Losada, naturales el primero del Puerto de Santa María y la segunda de la Habana._Abuelos paternos D. Pedro; Carraca (pueblo de su naturaleza)._D" María Dolores Pac(s)tor. _Padrino: Fernando Losada,_El Cura Párroco, Por Orden, Juan de Dios Gozález, presbítero, (rúbrica). (En el ángulo inferior izquierdo, sello de tinta azul de la Parroquia de San Miguel). Y para que conste y surta los efectos oportunos, firmo el presente informe, a petición del Servicio de Estadísticas. Sevilla, 4 de marzo de 1999 EL DIRECTOR: Marcos Fernández Gómez.

mis hermanos, pero por ciertas circunstancias se trasladaron a Sevilla poco antes de que yo naciera, lo cual fue para mí una fortuna porque ser sevillano da cierta categoría. A propósito de esto, en una ocasión viajaban en el mismo coche del tren varios señores cada uno nacido en distintos pueblos y esto constituyó el tema de la conversación, cada cual hablando de su tierra; y todos hablaban menos uno que era sevillano. Más llegando a la estación de termino se despidió diciéndoles: - Yo, señores, soy de Sevilla, pero no he dicho nada porque no me gusta darme tono.

Yo era el Benjamín de la casa. Vine al mundo en plena revolución cantonal, y me llamaron como ya he dicho antes "El Cantonalito". Recuerdo, claro como un sueño, el patio de nuestra casa cabalgando yo sobre un chico que se llamaba Pepillo que andaba a cuatro patas, y como mi memoria se remonta hasta lo inverosímil, yo, ¡no es en broma! Recuerdo cuando pronuncié la primera palabra, que fue Babucha. ¡Y qué esfuerzo me costó soltarla! Tenía ya dos años y no había dicho ni papá, ni mamá, ni tata, ni ninguna de esas repeticiones monosílabas que suelen decir los niños. Ello es que todas las tardes pasaba por la calle el moro de las babuchas, pregonándolas, y a mí me chocó aquello y hacía esfuerzos por repetirlo, hasta que al fin un día agarrado a los hierros de la cancela, - me parece que lo estoy viendo -, me salió con gran trabajo: ¡Ba-bu-cha! ¡Uy la que se armó! ¡El niño ha dicho babucha! Buena lata me dieron hermanas y criadas con besos y chillidos que tanto me han molestado siempre.

Me llevaban de paseo a la Alameda Vieja que estaba cerca de casa. En aquellos tiempos conservaba aquel paseo algo de la estructura primitiva que le dió en el siglo XVI el Conde de Barajas. Aquello fue el primer jardín público de España y creo que de Europa. Presidían su entrada los dos soberbios fustes monolíticos romanos que aún subsisten, coronados por las estatuas de Hércules y Julio Cesar y los jardines con arriates de piedra y fuentes que se extendían hasta la puerta de la Barqueta, que yo alcancé con sus bellos muros y agujas de ladrillo tallado y rampas que bajaban hasta el río, que tenía enfrente una isleta y había barcas y era lugar de placer. En mis tiempos infantiles quedaban los arriates rebosantes de flores y mi padre, que era Concejal Delegado de estos servicios, los hacía cuidar y aún regalaba plantas para ellos. Allí en la Alameda había un Recreo, que creo que aún existe, con unas rampas cuyo pretil decoraban dos esfinges de hierro de esas que tienen cuerpo de leona y cabezas y pechos de mujer.

Esto es lo que yo recuerdo y cuanto me gustaba que me montasen en ellas y chupar sus pechos de bronce (3).

Una noche, me llevó mi niñera, que se llamaba Isabel y era una gran moza puesto que la traté más tarde siendo ya pollito y la recuerdo muy bien, a comprar arrurruz que era mi cena. Al llegar a casa dijo toda asustada que por la calle venía un torrente de agua, y andando por ella hasta los tobillos me había traído en brazos. No la querían creer, pero era cierto. El río, muy crecido, había roto un terraplén y el agua se precipitó dentro de Sevilla.

Me parece estar viendo como en un sueño desde los balcones del patio, como éste estaba convertido en un lago de agua sucia (4), colorada. Por la noche se oían gritos de auxilio y disparos. Dos casas enfrente de la nuestra se hundieron y, esto si lo recuerdo aunque vagamente: en un balcón ataron una escalera de mano y por ella bajamos a una barca. Esto determinó que nos mudásemos a una casa de nuestra propiedad donde yo pasé toda mi juventud.

Nuestra casa era moderna de estilo sevillano; la planta baja la constituyan las crujías que en ángulo recto daban a las fachadas de ambas calles, la de Catalanes, que luego cambió el nombre por Albareda, célebre político, también del Puerto de Santa María y que en la juventud fue gran amigote de mi padre, y la de Tetuán, que era una de las calles más frecuentadas de Sevilla. La fachada de la calle de Albareda tenía cinco huecos, uno de los cuales era la entrada, y la de Tetuán cuatro, las naves eran anchas y los techos elevados. Este ángulo cerraba el patio central y al fondo otros dos lados, una habitación grande que era el comedor de verano y en el otro lado la escalera principal, una escalera falsa, patinillo, lavadero, cocina. El piso principal correspondía al mismo orden y el segundo igual, en las fachadas a la calle, pero en el interior formaba una azotea con barandales al patio y patinillo; era pues una casa bien desahogada. Los dos lados de la

³ La información sobre como se construyó y por quien se encuentra en el sistema Web que los amantes de la ciudad de Sevilla construyeron a partir de 1996. El Conde de Barajas formó los jardines aprovechando el trazado de lo que fue un hipódromo romano. El terreno que desahogaba en leve pendiente al Guadalquivir era, antes de 1547-la fecha de histórica de ajardinamiento-, un lugar pantanoso insano. Con la adición de los fustes con estatuas de origen romano también el lugar se convirtió en sitio ameno que menciona el viajante italiano del Renacimiento, Navagiero. El origen de el trazado del hipódromo y las columnas se atribuye a una ciudad romana cerca de la que fue la antigua Sevilla romana, Betis, que se conoce apenas ya que la ciudad se extendió extramuros con gran división de propiedades que llegan hasta la orilla del que fue Guadalquivir navegable y hoy canalizado.

⁴ La riada de 1876. El agua llevó un barco hasta la plaza nueva.

calle sobre el piso alto eran azotea y sobre la caja de las escaleras se alzaba la mira.

La azotea baja la convirtió mi padre en jardín poniendo sobre las cabezas de los muros grandes barriles con arbolitos, amén de otras macetas en los barandales, trepaderas en pérgolas, y gallinero en la medianería. Este pensil era el recreo de mi padre y su estancia favorita.

Mis padres mis cuatro hermanas y yo habitábamos el piso principal donde además teníamos la sala de estrado, el gabinete de estar y el comedor. En el piso alto se alojaban las criadas con la vieja Juana la antigua ama de los sucesos del Puerto, que desde entonces formó parte de la familia; era mujer ruda que nunca aprendió hablar bien, pero de penetración y talento natural que me quería con delirio.

La calle Tetuán era el paso obligado de los coches en que el señorío sevillano iba todas las tardes a dar vueltas al Paseo de las Delicias, de modo que los balcones de casa eran como un palco desde donde se presenciara un festival. Como entonces no existían los autos y las familias sevillanas iban en sus "landeaux" o "victoria" descubiertos resultaba un espectáculo diario, ver lujosamente ataviadas a las señoritas y tan preciosos caballos, y teníamos en nuestros balcones como un palco propio, sin la molestia de salir de casa. Sobretodo en los carnavales en que el paseo no era en las Delicias, sino en las calles, donde desde los balcones y los coches y la gente de a pie, se lanzaban confeti y serpentinas con animación extraordinaria. Entonces mi casa se llenaba de aquellas elegantes encorsetadas con talles de avispas, con sus cinturas inverosímiles y sus grandes sombreros con lazos, plumas y hasta pájaros disecados. Señoritas que yo desde chiquito, no podía tragarse.

Mi padre siempre se ausentaba. Le molestaban las fiestas, y sobretodo aquellos sombreros femeninos con plumas que, según decía, eran los que usaban los negros en Cuba el día de Reyes. Con ellos y con los altísimos tacones que hacía andar a las muchachas como pajaritas, no podía. Y recuerdo que una vez con sus venas de excitación, que los tenía con frecuencia, cogió todo el calzado de mis hermanas y les cortó los tacones con un machete. Otra vez que estaba una señora de visita y se había despojado de su lujoso sombrero dejándolo en el corredor, lo en-

contró mi padre y entró en la sala con el sombrero en una mano y unas tijeras en la otra gritando:

¡De quién es este pajolero gallo!- Figúrense el espanto de la señora y el trabajo que costó que no lo esquilara. Entre otras cosas, mi padre era un gran humorista.

Yo era entonces el único varón. Mi hermano mayor murió de Guardia Marina en La Habana apenas yo nacido y mi otro hermano ya oficial de Artillería, estaba en su destino. Mis hermanas eran cuatro y la menor me llevaba seis años. Me criaba entre mujeres y bastante crecidito dormía en el regazo de mi madre, que era la dulzura personificada, con grandes protestas de mis hermanas. Mi padre era un señor de muy mal genio ante el que todas temblaban.

Los niños tienen más mala intención de lo que parece. Cuando mis hermanas me molían o me contrariaban, daba yo un grito con toda mi fuerza, y mi padre, que era muy nervioso, echaba como suele decirse sapos y culebras y con juramentos de marino viejo gritaba: ¡Dejad a ese niño! Y todas se sobrecogían y yo me envanecía de ser dueño de la situación. Era lo que se llama un niño mimado, rabioso. Una de las cosas que más me molestaban era que me viesen sin calzones y otra, una copla, una “petenera” que cantaba la más pequeña de mis hermanas.

Salgan las arañas negras
Que están metías en sus nidos
Y que me saquen los ojos
Si es verdad que te he querido.

Aquellas malditas arañas negras y el soniquete triste de la copla me causaban un daño terrible. Esto y una campanilla que sonaba en una fonda en la vecindad llamando a las comidas eran para mí una angustia un molestar muy grande, ante lo que reaccionaba con mis gritos y con mis arremetidas de loco furioso. En uno de mis arrebatos le pégue a una de mis hermanas con un martillo, y fuera de casa, en la Plaza Nueva donde me llevaba Juana, peleaba no sólo con los chicos, sino con las niñeras de ellos si los defendían. A una le hice trizas el mantón de espumilla. Se lo rajé de arriba abajo haciéndolo con intención perversa.

Esa maldita campanilla y las arañas negras o cosas semejantes, me han perseguido toda la vida entre mis diversiones y mis trabajos, y ahora de viejo, me hace daño hasta la voz humana, sobretodo cuando la oigo por la radio a los locutores. Sólo tolero la voz bien timbrada y la música buena, pero la música natural, no la música en lata. ¡Maldito mecanismo! Cuando voy en tren, devorando kilómetros, que recorre paisajes bellos, todos los viajeros charlan, duermen o leen; pero en cuanto paran en una estación, que todas son iguales, ya están asomados contemplando estúpidamente gentes que no conocen y charlando.

¡Qué horror de charlas! Y no es lo peor la letra sino la música. Lo que a mí me gusta oír es *El Silencio*, el divino silencio de los campos, “la música callada, la soledad sonora” que dijo el místico.

Quizás relacionaba yo la campanilla aquella con la que van tocando cuando va el Viático por las calles, lo cual huele a muerto. Tenía el mismo son. Mi padre me chillaba a veces, le chillaba a todo el mundo, pero no me puso nunca la mano encima. Aprendí muchas palabrotas y las decía todas seguidas como un rosario y un día que las solté delante de mi padre, me cogió en vilo y me metió de cabeza en el pilón del patinillo que era muy profundo y había en el unos peces negros, uno de ellos muy grande que me daba miedo. Allí me metió y yo creí que me ahogaba, pero no recuerdo ningún otro castigo.

Iba a casa una profesora para mis hermanas que a mí me resultaba muy antipática y que se metía el dedo en la nariz y ponía las cacas debajo del asiento de su silla. Intentó enseñarme alguna letra, pero yo no le hice caso. También iba otra profesora de piano y mis hermanas solfeaban y aporreaban las teclas, lo cual era una lata.

Además tenía otra gracia, que era coger todas esas enfermedades de la niñez sarampión, tos ferina, etc...., especialmente en primavera cuando las muchachas en Sevilla lucen y se divierten, más como mi madre me cuidaba como un tesoro, en cuanto estaba malo no me dejaba un momento y como entonces las muchachas no salían sin su mamá, les estropeaba las diversiones. Tanto me cuidaba mi madre que en invierno me ponía tres camisetas lo que me acarreaba otras enfermedades, y en una ocasión me puso un traje de terciopelo con cuello de encaje y debajo dos camisetas y como el sol calentase ya, cogí una insolación tremenda.

Me pusieron un maestro en casa para enseñarme las primeras letras. Según supe luego era un fraile exclaustrado ya viejo y se llamaba Don Bernardo. Le daba también clase a mi hermana menor. Le puso un día una división dificilísima que ella no acertaba a hacer y Don Bernardo al fin se decidió a ayudarla pero tampoco salía, y al fin dijo: -“Cuando las cuentas se ponen así, lo mejor es dejarlas”. Conmigo sudaba tinta el pobre señor. Me cargaba sobremanera deletrear y cuando me aburría, recurría a un medio infalible para librarme de ello, que era cerrar los ojos. Otras veces me dejaba escurrir de la silla hasta ir a parar debajo de la mesa, y él me daba con el bastón que nunca abandonaba, disimuladamente. Me hubiera reventado, pero estaba en casa y no se atrevía. Llamaba a mi madre pero todo era inútil. Además de las letras me hacía hacer palotes.

Yo era un niño mimado y hacía lo que me daba la gana. Lo único que me entretenía era un papel y un lápiz y dibujar barquitos. Cuando no podían aguantarme, con esto pasaba las horas muertas.

Como lo de casa no daba resultado, acordaron ponerme en un colegio que estaba en la misma calle, cerca de casa. Aquello me pareció algo temeroso. Fuí allá una buena mañana con el corazón angustiado como el que va a la horca, porque yo aparte de rabioso, era muy corto de genio y todo lo nuevo me sobrecogía. Cuando llegué me metieron en una clase donde había muchos niños alborotando, el maestro no estaba y la chavalería metía un ruido infernal e iba de acá para allá y yo estaba como gallina en corral ajeno. Apareció de pronto el maestro que a mí me pareció un ogro. Lo recuerdo muy corpulento con su sotana negra de clérigo, pelinegro y la cara roja oscura color de chorizo. Con voz estentórea dijo: Cada uno a su sitio y luego: -A ver fulanito, venga usted acá y bájese los calzones. El pobre niño obedeció, y se puso en pompa y el cafre aquel le pegó con una vara en las posaderas.

Yo no pude aguantar aquello, me pareció monstruoso y vergonzoso yo que no enseñaba mi culo por nada del mundo; y rompí a llorar con el corazón encogido y fue tal el llanto, que aunque el cura vino a consolarme no lo consiguió, y temiendo que me pusiera malo hizo que un ayudante me llevase a casa.

Después de este fracaso se decidió que fuese al colegio que tenía Don Bernardo con lo que transigí por serme ya conocido.

Era un colegio pobre instalado en una casa vieja y pequeña con una sala para los mayores, con unos bancos con pupitres muy viejos y desvencijados y una mesa con una tarima y un sillón para Don Bernardo. Junto había otra habitación para los párvulos que regía Doña Paquita, el ama de llaves del exfraile, porque éste tenía órdenes y tenía que estar célibe. En un rincón de esta estancia había un bacín para orinar.

Yo fui con los mayores que ninguno tenía más de diez años y no me fue mal. Don Bernardo ya sabemos que no era gran matemático, pero si gran pendolista, y me enseñó a cortar plumas de aves sobre una laminita de marfil y a hacer planas con letra española. Los únicos castigos eran algún bofetón corrigiendo desvergüenzas o sentarlo a uno en la tarima, debajo de la mesa, que tenía dos dedos de polvo. También nos ponía de rodillas y en cruz con los brazos levantados.

Yo empecé a prestar atención y además de la letra cursiva hacía también redondilla muy bonita, y con la Lectura, la Doctrina, la Aritmética, se completaba la enseñanza. Era ya un hombrecito de cerca de ocho años, pero representaba más por mi desarrollo. No me iba mal entre los camaradas y me han quedado recuerdos.

Como las bancas eran tan viejas, asomaban con frecuencia las cabezas de los clavos y llevaba a veces los calzones rotos, al extremo, que mi madre que iba a recogerme de cuando en cuando, se quejó, y Don Bernardo remachó los clavos. Pero como los niños son así, comentaba el asunto con un compañero que me dijo: - Pues rómpete los calzones otra vez y así tu madre le reñirá al maestro; y como no había clavo en que engancharse metí el dedo por un agujerillo y tiré y fui desvergonzadamente a decirle que otra vez me había enganchado. El pobre hombre cogió el martillo y vino a remachar aquel clavo olvidado y no lo halló porque no lo había, y lleno de coraje levantó el martillo y creo que me iba a romper la cabeza pero no pasó de una amenaza.

Como la imaginación de los niños no para y yo comenzaba a tener abstracciones que siempre he padecido, cierto día ideé una diablura. El techo era de vigas y tablas y le dije a los niños: - Mañana nos vamos a reír porque voy a poner un muñeco de papel colgado del techo. Todos lo creyeron imposible pero yo cuando fui a casa, busqué una aguja y la ensarté en un hilo fuerte, después con un trocito de cera hice una bolita y la pinché en la aguja cerca de la punta dejando ésta libre y en el hilo até un pelele recortado

de papel, doblando aquel artefacto acomodándolo en un cuaderno lo llevé al colegio y aprovechando una ausencia de Don Bernardo dije a los niños: - ¡Ahora veréis! Cogí el muñeco junto al hilo, dejando colgando la aguja con el peso de la bolita de cera, lo balanceé y lo arrojé con fuerza al techo. Según tenía calculado como el papel servía de timón la aguja iba de punta y se clavó a la viga quedando el pelele colgando.

El éxito fue tremendo y no digo el jolgorio; a esto apareció Don Bernardo. Todos los niños le hablaban rodeándole y más acusándome que celebrando pero él en vez de reñirme se admiró, los mandó callar y me preguntó intrigado: -¿Cómo has podido hacer eso?- Se lo expliqué y se quedó admirado y más que el invento fuese original, y mandó a Doña Pepita que lo quitara con un escobón. Ella se puso debajo para darle con la escoba, pero yo se lo impedí y le dije: - No haga usted eso porque ahora al caer vendrá la aguja de punta y le puede dar en la cara.- Advertencia que fue de nuevo admirada por mi maestro.

Aquella invención fue completamente intuitiva sin ninguna sugerencia o conocimiento. Si yo hubiese sido ingeniero esta anécdota tendría bastante importancia no sólo por el ingenio sino por comprobación de lo intuitivo. En casa hice otro invento que eran unas cuerdas que iban de la azotea baja a la alta, y en ellas unas cajas de hojalata con sus tapaderas con bisagras y yo me sentaba en una silla y tirando de otra cuerda las cajas se abrían y cerraban y armaban un ruido infernal.

Más tarde cuando se habló del submarino Peral hice yo planos de un submarino estúpido, pero que tenía un dispositivo que permitía volver los hombres a la superficie en caso de que el barco no pudiese hacerlo. Una cosa tan clara y sencilla que parece mentira que no hubiese sido ideada por los ingenieros navales, y que haya costado tantas vidas. Sólo se trataba de una cámara donde se entraba por una válvula inferior y sujetándose un flotador se abría la válvula de arriba luego de cerrar la de abajo, se llenaba de agua la cámara y con el flotador nuevamente se salía a la superficie. Luego se extraía el agua de la cámara después de cerrada la válvula superior, y así sucesivamente podían ponerse a flote los naufragos. El invento era burdo pero infalible.

Como el colegio de Don Bernardo era de tan poca categoría quiso mi madre llevarme al de los Jesuitas que entonces había en Sevilla, pero yo había visto los niños de paseo, con sus gorras de

plato galoneadas y un pantalón con franjas doradas, y yo que era un hombre de nueve años y ya me apuntaba entender algo de estética, dije que antes me matarían que vestirme de portero y entre mi protesta y que mi padre no era clerical, me libré de ésto.

Se presentó la solución porque con motivo de una procesión cívico religiosa, para conmemorar el centenario de Murillo ciertos elementos originaron un motín anticlerical. La procesión se disolvió a pedradas y los Jesuitas dejaron el colegio de Sevilla con gran satisfacción mía (5).

La tauromaquia era mi delicia. Una tarde, en una corrida, ovacionó el público a un torero y le arrojaban al redondel, según costumbre, sombreros y cigarros. Yo que estaba en el palco de la Diputación con mi padre me quité mi gorra de marinero y mi padre lo notó y le dijo a los otros señores: - Este demonio de niño va tirar la gorra. – Y dirigiéndose a mí me amenazó diciéndome: - ¡Cómo la tires, verás! Pero yo no pude contenerme y la tiré. También hice que me comprase una petaca y cigarros puros para los toreros todo eso cuando tenía seis o siete años y conocí a “Carrancha”, que vivía cerca de casa y me cogía del brazo cuando iba a visitarlo, y a “Gallito”.

A los toros me llevaba mi padre, aquellos toros que rompían la barrera, tiraban caballos y picadores y llenaban el suelo de tripas y de sangre. En una ocasión me llevó a la enfermería donde le cosían una cornada a un torero, Bocanegra se llamaba y lo recuerdo allí tumbado con su brazo en alto y un cigarro puro en la boca sin lanzar un quejido, y sólo al meter la aguja apretaba el puro con los dientes. Entonces a los toreros los cosían como a una estera. Me gustaban los toros con delirio y conocí toreros que ya pocas personas quedarán que los hayan visto (6).

Al Tato le conocí ya cojo en el Matadero, a Chicorro, que daba el salto de la garrocha y que tenía mucho miedo a los toros negros porque una vez al ir a tirarse a matar, uno de este pelo, le habló y le dijo: -¡No me mates! Al Gordito que ponía banderillas al quiebro sentado en una silla o con los pies metidos en un sombrero, al Gallo que cuando quedaba mal en un toro, al salir el siguiente se hincaba de rodillas en los medios frente al toril y de rodillas los quebraba, a Carrancha, a Currito, a Frascuelo, a Ma-

⁵ “El Porvenir—Gacetillas”, 8 de Diciembre de 1886.

⁶ Diccionario Ilustrado de Terminos Taurinos, 1987.

zantini a quien ví tomar la alternativa vestido de blanco y oro y mató al toro lloviendo a mares, toreando descalzo, y qué se yo a cuantos más; todos eran familiares. Y ví la media luna con que cortaban los corvejones a los toros para apuntillarlos cuando el matador no los podía matar, porque entonces solía lidiarse unos toros que tenían los cuernos como brazos de largos y no había quien les entrase, y cuando embestían contra la barrera hacían saltar los tablones o tiraban en un derroте sobre el lomo picador y caballo y se llenaba el suelo de sangre y tripas. Tanta era mi afición que hasta hice que a mi hermana menor le cortasen el pelo para hacerme una coleta.

Más tarde forme una cuadrilla y jugaba con cornamenta afilando los cuernos con una lima, y luego hasta toreé becerros, pero no pasé de ahí. Tenía ya mis buenos doce años cuando con otros amigos fuimos a torear un becerro a una huerta a Gelves. Cuando lo vimos de cerca ninguno se atrevía, más como yo había sido el instigador de la hazaña tuve que decidirme y recuerdo que sentía como me temblaba el cuero cabelludo mientras citaba al bicho, pero luego que se arrancó y me lo vacié con el capote, se me quitó el miedo por completo y lo toreé bien. La imaginación había hecho que se me pusieran los pelos de punta.

Además tenía un barquito con aparejo de laúd, con foque, mayor y cangrejera y era tan perfecto y tenía todas sus cuerdas y poleas, escotas amuras etc....yo lo manejaba aunque en seco, disponiendo el velamen ya para ceñir viento, o en crujía para recibirlo de popa. Otra afición eran los gatos y otra romper cristales de una estufa de una azotea vecina tirando chinos.

CAPITULO SEGUNDO

VIDA Y TIPOS FAMILIARES

La Escuela Sevillana - Mi primera comunión- Clase de dibujo - Mi examen de ingreso- Don Arturo y las poesías- Mi padre- Sucesos del Puerto- Los paseos con mi padre- La azotea- Juana- Mi hermana- Disgustos familiares.

En virtud de mi negativa de ir a los Jesuitas y como yo hacía siempre mi voluntad, fui a la Escuela Sevillana. Aquello era otra cosa. El director Don Arturo era inteligentísimo y respetable. La clase era un salón dividido en seis grupos por los que se iba pasando hasta llegar al grado de suplente y luego al de instructor, que regía dichos grupos. En el testero principal, una tribuna con la mesa del profesor; un globo terráqueo colgaba del techo para imprimirle los movimientos, un aparato con el Sol luminoso, La Tierra y la Luna, una esfera armilar, unas cajas con láminas de la Historia Sagrada, Doctrina, Lectura, Dictado, ejercicios de viva voz de composición y descomposición de números, Gimnasia y clase de Dibujo de láminas de figuras y algunas máximas morales en cartelitos.

“Quien maltrata a un animal no tiene buen natural”.

Decía una de ellas. Estaba yo un día en el patio de casa junto a mi padre, que leía un periódico y repetía en alta voz esta máxima, mientras que le arrancaba las patitas y las alas a un saltamontes que había cogido. Cuando mi padre se dió cuenta del sadismo, por poco me revienta. La indignación que mostró, hizo en mi mucha más mella que la máxima.

Don Arturo, que así se llamaba el director, era un gran maestro, hombre de buen tipo con cuidadas patillas, muy amante de la poesía. Nuestra atención no decaía un momento y las clases de geografía eran muy entretenidas y comprensibles. Había también una caja con cristal donde estaban enrolladas las láminas de Historia Sagrada y mediante una manivela se hacía aparecer la que se explicaba, de modo que conocíamos gráficamente desde Adán y Eva hasta los últimos personajes del Antiguo Testamento.

Para escribir pasábamos a otra sala especial que servía también de clase de dibujo y en otra parte, había un patio techado de cristales donde estaba el Gimnasio, con sus perchas, paralelas, trapecios, etc., tal como entonces se estilaba. Don Antonio, hermano del director, le ayudaba como maestro.

La gran afición de Don Arturo era la poesía. Más que leernos nos declamaba con clara voz del libro de Zapata, "Trozos escogidos" de un modo altisonante.

A mí me emocionaban, me aprendí de memoria y todavía me complazco en evocar.

"Fabio: Las esperanzas cortesanas,
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto salen canas.
El que no las limare o las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere."

Yo era muy mal estudiante. En casa no miraba un libro. No miraba siquiera una lección. A pesar de esto, hubo un concurso con medallas y un reloj de premio al que se presentaba espontáneamente el que quería. Había público. Don Arturo hizo la llamada, se alinearon los espontáneos, yo dudé y me quedé sentado. Comenzaron las preguntas, a un niño que había sentado junto a mí yo le decía por lo bajo todo lo que preguntaban mientras la mayor parte de los concursantes no daban pie con bola. Mi amiguito no pudiéndose aguantar y poniéndose de pie dijo: –Don Arturo, éste que esta junto a mí lo sabe todo mejor que los demás.- - Pues que se hubiese levantado- replicó el maestro.

No era yo santo de su devoción. Sólo veía en mí, mi falta de disciplina, pero era un buen psicólogo y pedagogo y recuerdo dos ocasiones en las que me hizo ejemplar justicia.

Un chico grosero y dominantón se permitió decirme un insulto soez al que respondí indignado con una bofetada, pero la clase estaba tan silenciosa y le cogí tan de lleno que sonó como una palmada y Don Arturo que estaba escribiendo vino hacia nosotros rápidamente, yo me eché a temblar, pero lejos de hacerme nada la emprendió con el otro a bofetones. Otra vez, habiendo salido Don Arturo de la clase, la dejó encomendada a un ayudante a quien llamábamos don Lápiz y que tomábamos a pitorreo, porque el pobre hombre no tenía fuerza moral. Empezaron las bromas y

concluimos por formar el gran escándalo. De un extremo gritaban unos: ¡Don Lápiz! y cuando el infeliz iba para allí, gritaban de otro lado. ¡Don Lápiz! Y el pobre Don Lápiz no sabía donde acudir. Cuando, de pronto, apareció Don Arturo quedándonos todos sobrecogidos. Al jolgorio sucedió un silencio absoluto.

-¿Qué ha pasado aquí?- gritó furioso. Don Lápiz le dió sus explicaciones y Don Arturo le dijo:

- Vaya usted nombrando a los revoltosos.-

Conforme los nombraba los hacía Don Arturo subir a su tribuna. Ya había en ella diez o doce todos ellos temblando.

-¿No hay ninguno más?-

Y Don Lápiz me nombró a mí, que ya creía que me había librado y entré el último en la fila. Don Arturo muy flemático se lió a la mano una correa. Aquella insubordinación necesitaba un castigo ejemplar. Dirigiéndose al primero le preguntó:

-¿Qué ha hecho usted?-

- Yo nada Don Arturo, fue que si tal que si cual - dijo arrasado en lágrimas.

Don Arturo lo cruzó a correazos. Y escena parecida ocurrió con los restantes, hasta que llegó a mí.

- Vd. tampoco habrá hecho nada, ¿eh?-

- Yo sí señor- le repliqué.

-A ver ¿qué ha hecho?

- Pues armar escándalo como los demás.

Bajó el brazo que ya tenía alzado y dijo:

-¡Vamos! Que al fin hay uno que ha hecho algo.- Y no me tocó, para ejemplo de cobardes y embusteros.

Antes de entrar en el colegio de Don Arturo me había llevado mi madre a confesar por primera vez. Fuí todo azarado a hincarme de rodillas encima (7) del cura. No sé las tonterías que le diría y mientras tanto como llevaba un abrigo con dos hileras de boto-

⁷ Sin duda, lo que al autor se le imaginaba era un cierto avasallador movimiento con el que le obligaba al cura a escuchar la insensatez de su confesión.

nes les fuí dando torniquete a todos, y cuando me echaron la bendición no tenía ninguno.

Esto de la religión era cosa de mi madre, que, aunque no era beata, cumplía y hacía cumplir con los estrictos deberes religiosos. Mi padre sólo iba a la iglesia y me llevaba a mí el Sábado de Gloria y cuando rompían el velo y sonaban las campanas y disparos me decía con emoción:

- Reza por tu hermano -

Por lo demás era tan poco clerical que una vez en las ceremonias de estas Glorias, un cura lo roció con demasiado con el hisopo, largó un taco y le llamó animal en plena iglesia, y luego todavía comentaba:

- Se necesita ser grosero para echarle a uno un chorro de agua aunque sea bendita. Eso debe ser pura formula.-

También hice en aquel colegio mi primera comunión, pero sin solemnidad ni traje especial, nos llevaron como a una tropa, y simplemente nos dijeron como habíamos de proceder. Llegamos a la iglesia y cuando me tocó el turno me acerqué al confesionario donde había un cura viejo. Me dijo que le dijera mis pecados y yo azoradísimo fui nombrando los Mandamientos y acusándome de todos. El cura estaba medio dormido, le dije que ya había acabado y me despachó. El pobre señor se había cargado las majaderías de veinte chavales...

En casa la cuestión religiosa no tenía tampoco gran trascendencia. Se rezaba el rosario con el que yo jamás pude. En las Avemárias me hubieran parecido mejor unos etcéteras y en cuanto a lo poética de la letanía, sólo me sonaban nombres raros sin sentido.

El rito de la resurrección que practicaba mi padre aún me commueve y cuando oigo repicar a gloria rezo por él y creo volver verlo. ¡Qué noble y que puro era a pesar de su despreocupación y de su carácter!

Al salir del templo en aquella Sevilla espléndida, llena de sol, de brotes nuevos y de azahar y flor de acacia, me parecía el mundo maravilloso.

Mi madre era en ésto como en lo demás, todo lo contrario. Simple y sencilla como una niña, pero con una resistencia pasiva

que no he conocido semejante y un espíritu de bondad y sacrificio. Nos llevaba a mis hermanas y a mí al cumplimiento de la Iglesia. Tenía que ser con un confesor en una iglesia muy lejos de casa y si el cura había ido a otra, allí íbamos a buscarlo. Total que habituado a tomar mi desayuno llegaba a casa con el estómago pegado a los talones y renegando de la Iglesia. A pesar de todo esto yo siempre encerré un cierto misticismo... pero beatas y curas y hasta los retablos barrocos, me molestaban y... me apestaban.

Teníamos en la Escuela Sevillana, clases de Gimnasia y de dibujo. El gimnasio era lo que se estilaba entonces, un local cerrado y lleno de aparatos, poleas, trapecios, anillas, etc., y ni nos aligerábamos de ropa.

El profesor de Dibujo era Don Tomás Araburu. Copiábamos de muestras ojos, narices, medias caras, caras enteras, pies y manos, y las hacíamos con cisco papel corriente y luego las pasábamos a papel marquilla, depurando las líneas con lápiz piedra o sombreándolas con difumino. El primer día me mandó que copiase un ojo esquemático de perfil. Me pareció aquello tan sencillo que lo tracé y me levanté para llevárselo y que lo viera y me dijo:

-¡Hombre que pronto! Pues está muy mal. Anda a tu sitio y no vuelvas a levantarte que ya pasaré yo a corregir.-

Me fuí más corrido que una mona y lleno de furor llené un pliego de ojos. Los vió el profesor, me dijo que todo aquello era un disparate, que hiciese uno solo fijándome bien y corrigiéndolo.

A mí todo aquello me pareció injusto. Yo que dibujaba barquitos y con mi corajina infantil le dije al de junto: Pues verás ahora lo que voy a hacer, y de cuatro trazos enérgicos tracé otro y a pesar de la prohibición me levanté y se lo llevé.

Se me quedó mirando y me preguntó:

-¿Quién te lo ha hecho?- pero los niños de alrededor dijeron:

- Sí, si que lo ha hecho él.

- Bueno, pues pasa al otro.

Todo esto fue el primer día de clase. Han transcurrido sesenta años y al pintar me suele ocurrir lo mismo. Embadurnar telas o pintarlas bien con furor.

Desde el segundo ojo seguí avanzando y me harté de hacer ojos y narices y orejas y pies y manos y medias caras y caras enteras sombreadas. Aquello duró dos años que estuve en aquel colegio hasta que me examiné de ingreso en el Instituto.

En aquellos tiempos en que había hecho mi ingreso, lo natural hubiese sido comenzar el Bachillerato, pero mi padre tenía algunas ideas estrañafalarias y decía que con estudiar francés y matemáticas tenía bastante y así casi perdí un curso. También decía que me iba a llevar a un colegio inglés. Esto hubiera estado bien pero no se hizo.

Durante mis años de colegial, cuando mi madre pedía informes de mí a mi maestro este contestaba que marchaba nada más que regular, que no trabajaba y era una lástima porque estaba muy bien dotado, pero que carecía en absoluto de amor propio y no había forma de sacarme de mi paso.

Eso de que careciese de amor propio, no lo creo enteramente exacto. Claro que el vano lucimiento de figurar delante de otro nunca me ha movido, pero quizás no era debido a falta de amor propio sino a tener muy desarrollada la evidencia del “Ego sunt qui sunt”, sin que haga mella en mí que otros sean más o que sean menos.

Prácticamente esto es una desdicha en la lucha por la vida, pero en cambio está bien para la vida interior. Celos, envidias, los he sentido muy ligeramente, y he llegado hasta el extremo de sentir mayor satisfacción en ceder a otro mi puesto que en luchar por mantenerlo.

Mi padre Don Francisco Javier de Winthuysen Martínez de Baños tenía culto por el suyo, Don Pedro de Winthuysen y Bustillo, sobrino del "Manco" de Finisterre que fue caballero paje de SM. Carlos IV y como tal salió de capitán de Infantería a los veinte años, pidió el retiro y se fue a vivir al Puerto de Santa María. Era culto muy merecido, pues según me decía mi padre, que era su hijo mayor, era el hombre de mejor talento que había conocido, y así debía de ser puesto que tenía *El Quijote* como breviario. Como Alcalde del Puerto suprimió los impuestos de consumo y a sus cinco hijos los hizo servir en la Real Armada. Mi padre, el mayor, y otro de sus hermanos llegaron al grado de Capitán de Navío y los otros tres murieron de oficiales y de Guardias Marinas.

Respecto a su psicología, cuentan que la familia, que entonces vivía en Madrid, dió un baile en celebración del nombramiento del flamante Capitán, pero el capitán dijo que estaba indisposto y se metió en la cama y no asistió, y al día siguiente pidio su retiro. Esto, en un muchacho de entendimiento, no podía obedecer a otra cosa que a su estancia en aquella corte por imposición paterna y estar asqueado tal vez de lo que en ella o cerca de ella viera, reaccionando por no haber seguido la tradición marinera familiar, como lo demuestra encaminar a ella más tarde a su hijos. Muchas veces he lamentado no haber pedido a mi padre aclaración de estas suposiciones, pero mi padre aunque tanto cariño me tenía, casi nunca hablaba conmigo de cuestiones familiares y yo, con el gran respeto y aun temor que le tenía, jamás me atreví a preguntarle nada. Sólo contadas veces descartando su obsesión de que yo no fuese marino, me hablaba de nada familiar sino de cosas sueltas que viniesen a pelo y de su vida de marino tampoco, como no fuera para desilusionarme e impedir que yo lo fuera. Al Almirante Pinzón le oí decir que mi padre, a pesar de su falta de afición a navegar, fue un buen marino y como oficial prestó valiosos servicios. Pero mi padre perteneció a una época de transición en la Marina, ya que nació en 1815 y murió en 1900. Más que a vapor navegó a la vela como oficial en el navío "Feliz", y en las contadas veces que traté con el de cosas de mar me decía que todo había cambiado y que ni él ni ninguno de sus compañeros entendían palabra de mecanismo moderno. Él era hombre civil y bien demostró su acción ciudadana cuando yo lo alcancé, yo nací cuando él tenía sesenta años, pero llegado a Capitán de Fragata, se hartó de la Marina y pidió el retiro, estableciéndose en el Puerto, donde más le atraían las viñas, pero, sobre todo, el arbolado que era en él una pasión, el arbolado y la urbanización.

Allí retirado y ya con siete hijos le sorprendieron los sucesos políticos del 68 cuando su compañero Don Juan Bautista Topete, sublevó en Cádiz la Escuadra, determinando el destronamiento de Isabel II.

En aquella revolución se dieron armas, para evitar reacciones, a las milicias ciudadanas, que al verse con ellas traspasaron los límites liberales hasta caer en la anarquía. Desatando así el pueblo, las autoridades civiles del Puerto huyeron temerosas por sus vidas quedando la población en manos de tales milicias desorganizadas.

El General Topete, con el Gobernador Civil de Cádiz, fueron al Puerto a ofrecer a mi padre por su fama de enérgico, el mando de la ciudad, pero mi padre se excusó diciendo que él no tenía nada que ver con tal estado de cosas. Sin embargo Topete le insistió alegando su significación social y su obligación patriótica, estrechándolo al extremo de hacerle tomar el abandonado bastón de mando de la Alcaldía.

-Acepto- me refirió mi madre que mi padre dijo- pero con la condición de mandar y hacer cumplir lo que se mande.

La situación era gravísima. Dictó el desarme de las milicias y al publicarse el bando mataron de una descarga al sargento de la Guardia Civil que con cuatro números era la única fuerza con que contaba, y las milicias pedían la cabeza del Alcalde.

Lo que preocupaba a mi padre era mi madre y mis hermanos, todos pequeños pero pudieron saltar por las azoteas de las casas y disfrazados de trapillo y acompañados por nuestra fiel criada Juana huir por la casa contigua. No hubo ningún familiar ni amigo que quisiera acompañarlos y en un vagón de tercera, confundidos con la gente del pueblo tomaron el tren para Jerez de la Frontera. Pero lo malo fue que en el trayecto el tren fue saqueado y detenido por los revolucionarios. Echaron pie a tierra y la criada con gran presencia de ánimo, se puso detrás de mi madre y de los niños gritándoles a los milicianos:

- Andad, hijos míos a los de primera, a los de primera y con este subterfugio lograron ponerse a salvo.

Y así llegaron al Consulado Inglés de Jerez donde se refugiaron.

Reducido mi padre a la escasa fuerza de cuatro guardias y doce marineros que el Ayudante de Marina les prestó, se mantuvo a la defensiva hasta la llegada de un batallón de Cazadores de Madrid que enviaron en su auxilio. Al enterarse los revolucionarios abandonaron la ciudad antes de que llegase la fuerza, haciéndose fuertes en las canteras de Puerto Real. Mi padre, viendo su uniforme se brindó de guía y se puso al frente de la columna que batíó a los revolucionarios haciéndoles bajas y dispersándolos.

La Gaceta de Madrid del domingo 20 de diciembre de 1868 da el parte oficial de los sucesos del Puerto de Santa María.

Mi padre recibió elogios y felicitaciones del generalato de la Armada y sus compañeros. Visitó a los heridos en el hospital y atendió a sus familias. ¡Estas fueron sus represiones! y el General Prím dijo que si todas las autoridades hubiesen procedido como él pronto se hubiese terminado la revolución.

Después de estos sucesos, por la aversión de mi padre a sus conciudadanos, que tan mal se habían portado con él y su familia, abandonó el Puerto y se estableció en Sevilla donde yo vine a luz ya inesperado, seis años después que mi hermana menor.

Muchos años después conocí a un viejo que al oír mi apellido me preguntó si era hijo de Don Javier y me dijo con entusiasmo:

- Yo, republicano de toda la vida, me batí contra su padre de usted en el Puerto.

Añadiendo con admiración:

-¡Vaya un alcalde con un sable en la mano!

Otro manco me dijo señalando su muñón:

-¡Fue en el Puerto!

Nadie le guardó rencor al gran caballero, tanta era su nobleza.

Mi padre se había casado de Capitán de Fragata a los cuarenta años con mi madre, Luisa Losada Pastor, veinte años más joven que él. Yo la conocí sólo avejentada después de haber criado tantos hijos, pero recuerdo un daguerrotipo borroso y ya perdido, donde aparece su rostro preciosísimo y aniñado.

El retrato de mi padre lo hizo al óleo un pintor de la época, Rodríguez Losada, que cobraba por aquellos retratos una onza de oro.

A la vista está la corrección de sus facciones y su gran distinción. Si él tenía un carácter furibundo, mi madre era la criatura más dulce y buena que he conocido. Su fuerza consistía en una resistencia pasiva punto menos que invencible. Yo desde que tuve uso de razón consideré que él era como el fuego y ella como el agua. Más diversidad entre uno y otro no cabía.

Aunque el apellido Losada es de origen gallego, mi abuelo materno Don Tomás Losada y Sufredo era natural de Málaga, donde su familia se había establecido, y el único documento que conozco de él, es una información de limpieza de sangre que tuvo

que presentar para su ingreso en el colegio de Marinos de San Telmo de Sevilla. Era capitán mercante y se casó con una señora llamada Pastor y Fuentes cuyo hermano era capitán de Ingenieros y hombre excepcional.

Mi madre y sus hermanos nacieron en La Habana donde Don Manuel Pastor prestaba también sus servicios. Este señor, coincidiendo con el General Tacón, que hizo en La Habana importantes reformas, fue el encargado de dirigirlas: Traída de aguas, Paseo y Teatro Tacón y otras obras de ingeniería y arquitectura. Con ésto y sus negocios, hizo un capital de más de cien millones de reales, entonces casi fabuloso. Se afincó en la isla de Cuba donde adquirió dos "ingenios" y más tarde, teniendo mi madre seis años, se trasladó con toda la familia a Cádiz en una fragata.

A Don Manuel casado con una señora de la familia Retortillo, se le concedió el título de Conde de Bagaes, que así se llamaba uno de los "ingenios" que tenía en Cuba. Este señor era de carácter suntuoso. En aquella época Cádiz era una ciudad riquísima y una de las más cultas de España. El conde de Bagaes no tenía hijos y la sobrina preferida era mi madre que más que por Losada se la conocía por Luisa Pastor en aquella distinguida sociedad.

Del boato con que vivían da idea lo que oí referir a mi madre que los Jueves Santos, salían como en procesión a visitar los sagrarios y delante de ellos iban negritos con cojines para que se hincaran.

Mi madre era una muchachita preciosa, con una carita dulce y redonda; excusa decir con tales prendas y la dulzura de su carácter unida a su exquisita finura los partidos que tendría, pero quien la enamoró fue mi padre que al prestigio de su nombre unía el tipo varonil más apuesto, aunque su patrimonio era bien exiguo pues, repartidos los bienes de su padre entre los nueve hermanos a poco tocarían, y además le llevaba a mi madre más de veinte años, pero su gran personalidad todo lo compensaba haciéndose la boda con contento de todos y la protección del Conde.

Lo malo fue que entre el carácter de éste y el de mi padre mediaba un abismo, pues mientras que el conde era todo lo suntuoso que queda dicho, mi padre era tan sencillo, abierto, liberal y aristocrático, que todo lo puso en su vida por encima de los materiales intereses, de tal manera que cuando Bagaes le dijo que pidiése el destino que más le conviniese en la Armada brindándole

su gran influencia, mi padre pidió destino inferior a su graduación, y por complacerle hizo el conde que tal destino se elevase de categoría para que mi padre pudiese ocuparlo. Yo no sé si el caso lo determinó su gran orgullo; posible que así fuese pues mi padre, y me lo dejó en herencia, era tan orgulloso como sencillo. Ello fue que Bagaes rectificó en su testamento y que en vez de dejarle a mi madre la herencia que en el primer testamento le asignara, la dejó reducida al disfrute de unos inmuebles vitalicios que habían de pasar íntegros a sus hijos.

Este testamento ológrafo del Conde de Bagaes del que yo y mis hermanos heredamos, es un documento, que admiraron los legistas que intervinieron en mis asuntos.

De sus bienes hizo dos partes, una para sus sobrinos y otra para los de su mujer de Retortillo. A éstos les dejaba los bienes radicados en América y a los suyos los que ya había trasladado a España. A mi tío Enrique Losada le dejaba igual que a su hermano Bernardo, pero a éste le dejaba además, por ser oficial de Artillería y parecerle más de tono, el condado de Bagaes, y otra buena porción aneja al título. A mi madre el vitalicio que ya he dicho y otro tanto a una hermana suya y a los otros hermanos Manuel y Emilio, que eran nulidades, no les dejaba nada. Otras disposiciones contenía el testamento tales como que los bienes que pudieran venir de América en el momento de su muerte fueran de los Retortillo según la nave estuviese más cerca de Cuba que de España, o de los Losada si estaba más cerca de España. Daba también libertad a los esclavos y en resumen lo dejó todo tan legalmente dispuesto que no se pudo impugnar.

A mi abuelo Don Tomás, que aun vivía cuando falleció Bagaes, no le pareció bien la desigualdad con que trataba a sus hijos e hizo que mi tío Enrique le dejase asignados veinte mil duros a Manuel y otro tanto a Emilio por Bernardo.

Mi abuelo tendría sin duda buena posición, porque yo conocí en casa una cola de caballo blanca que mi padre usaba contra las moscas y que me decía que la tal cola era de una de las yeguas del coche de mi abuelo: pero a pesar de usar coche, nada dejó a su muerte que yo sepa y ni siquiera un grato recuerdo por lo que pude colegir.

¡Qué original era mi padre! No se parecía en nada a los demás señores de Sevilla. Desde hacía muchos años estaba retira-

do de la Armada y de aquello no conocía yo sino uniformes que guardaba en un arca y sables y un hacha de abordaje que había en un rincón y también un catalejo, un sextante y un diccionario marítimo y otro geográfico universal a los que yo tenía horror porque casi todas las mañanas se le ocurría que yo le buscase algo de Geografía y le leyese. Nuestras habitaciones estaban aparte, yo ocupaba la de fuera y él la interior pero el lavabo estaba en la mía. Era bastante madrugador salía vestido de su dormitorio y empezaba a dar vueltas por el mío y a hablar solo, o llamaba a mi madre que también madrugaba y andaba por la casa mandando a las criadas, y cuando no a mi madre a la criada vieja, a Juana, y siempre les hablaba a gritos y riñéndolas. Se lavaba los pies en un bidé cuando le llevaban agua caliente y entonces le mandaba a Juana que le embedunase la bota derecha. Se enjabonaba detenidamente el pie de este lado y pedía la bota a gritos, pero Juana como era torpísima le solía llevar la bota izquierda y como no se podía calzar rabiaba lo indecible. ¡So bestia, so animal, puñetera vieja!

La vieja se iba en busca de la otra bota gruñendo.

¡Po mire usté el pollito! y si mi padre se daba cuenta los gritos y los insultos arreciaban. Se lavaba la boca dale y dale con el cepillo (no le faltaba un diente y presumía de ello) y luego la cabeza, el cuello... pero todo esto con intermitencias yendo de mi habitación a la suya y frecuentemente traía el temible diccionario. Yo mientras seguía acostado haciéndome el dormido. Me espabilaba a gritos y poniéndome delante el librote me mandaba a buscar algún río o ciudad de los chirlos mirlos que yo con los ojos hinchados de sueño tardaba en hallar y luego con la letra menuda leía torpemente y entonces el escándalo era conmigo. Bueno: al fin se iba a la plaza de abastos donde había quedado con Juana, y cuando me quedaba solo me traía mi madre el café con leche y un panecillo con manteca. Pero ¡ay de nosotros! Si a mi padre se le había olvidado algo y volvía. Él era muy parco y se escandalizaba de mi desayuno, le decía a mi madre que me estaba cebando.

Me llevaba algunas veces de paseo por las mañanas cuando yo ya era crecido a las Delicias, a Cristina, a la Alameda y a otros jardines donde él intervenía levantando amenazador su bastón cuando veía el menor daño en árboles y plantas, y llamando bestia y animal a los que descuidaban los árboles.

Era concejal y su ocupación constante era recorrer la ciudad, sus paseos y jardines, sus calles, sus mataderos, no tenía otra cosa que hacer y estaba entregado en cuerpo y alma a la urbe. Tenía una gran autoridad y prestigio y era queridísimo a pesar de su genio endiablado siempre a gritos y tacos marineros como si estuviera mandando la maniobra, y haciendo cumplir las ordenanzas municipales, no sólo con órdenes, sino directamente y a veces manu militari. Y cuando no pertenecía al Ayuntamiento procedía lo mismo.

A veces íbamos a parar a la recoba del mercado de la Encarnación donde había un puesto de una tal Rocío, gran amiga de mi padre, y allí nos sentábamos en una silla a ver los gallos de plumaje raro, las gallinas de buena pinta, los palomos buchones y otras aves que mi padre compraba por el gusto de tenerlas en la azotea de nuestra casa, donde además del gallinero que a veces encerraba no sólo gallinas sino también algún otro animal raro como un águila real, un zorro, etc.... estaba toda llena de mactenes y cubetas con enredaderas y arbustos diversos constituyendo un verdadero pénzil que mi padre cuidaba ya injertando ya podando y haciendo que toda la familia regase en las tardes de verano con el agua que desde el célebre pilón de los peces negros se elevaba a la azotea con una bomba.

Era un rincón precioso del que J. R. Jiménez guarda recuerdo.

Las visitas a la recova tuvieron para mí una vez malas consecuencias. Había un gallo precioso que enamoró a mi padre. Me preguntó si me gustaba, le dije que sí y me dijo que lo cogiese y lo llevase a casa.

Ante la perspectiva de atravesar media ciudad con el gallo sentí vergüenza; mi padre, que siendo quien era no se desdeñaba de tratar mano a mano con todo el mundo y que era la desocupación personificada, me puso como un trapo por presumido, me ordenó que cogiese el gallo, y yo, más corrido que una mona llegué a casa ciego de coraje. Llamé a la campanilla de la cancela y como tardasen en venir a abrirme, cogí al dichoso gallo por las piernas y le dí tal trastazo contra los hierros que no dijo ni pío. Mi padre no me dijo nada.

En el mercado continuaba con sus gritos, ya era ante un puesto que tenían sucio, ya ante otro que tenía fruta podrida, ya levantaba el bastón contra un tío que blasfemaba. Siempre ejercía au-

toridad como le daba la gana y la cuestión era que la gente lo respetaba y hasta lo quería. Y cuando no era en el mercado era por la calle porque barrían sin regar o porque habían pintado alguna fachada absurdamente, como ocurrió que pasando por una taberna vimos que habían pintado la parte baja de azul rabioso y el otro piso de colorado. Se puso frenético, entró y puso como un trapo al tabernero y el hombre amotazado le replicó que era su casa y hacía lo que quería.

- Sí, pues ahora verá.-

Puso un guardia enfrente ordenándole que a cada infracción de las ordenanzas por el tabernero, diese parte, y como en Sevilla no se respetaban mucho o poco, el tabernero resultó baldado a multas hasta que un día fue a ver a mi padre le dijo:

- Dígame usted como quiere que pinte la fachada y déjeme en paz -.

El ornato público le obsesionaba. Recuerdo que había una casa principal que tenía la medianería a un jardín particular abandonado, y así resultaba la casa muy bien cuidada y pintada por su fachada, pero por la otra pared que hacía ángulo estaba toda vieja y manchada. Mi padre se paraba contemplándola y me decía:

- Mira que miserable este Don Fulano hombre tan rico, con una casa tan preciosa y tener ese paredón tan indecente.

Había hecho ya no sé cuantas gestiones como autoridad y particularmente: la casa contigua y el jardincillo estaba en pleito, nadie era responsable. No había medio de corregir aquello. Estábamos allí parados y acertó a salir Don Fulano de su casa y mi padre me dijo:

- Ahora verás -. Se fue a él, lo saludó, me presentó y le dijo:

- ¡Hombre! Esto de la pared tenemos que arreglarlo.-

- Pero Don Javier.- le contestó el otro sonriente -. ¿Todavía no se ha enterado que esa pared no es mía, que es la medianería y corresponde a la finca de al lado?-

- Sí señor desde luego. Pero cualquiera que pase sólo ve que es su casa y que es una vergüenza. Vamos a ver. ¿Quiere usted que hagamos una cosa? Vamos a encalarla bajo mi responsabilidad y pagamos a medias.-

Ante tal rasgo el otro señor se echo a reír y le dijo.- No señor, mañana mismo se encala por mi cuenta.

Pero lo más célebre de su buen sentido en tal aspecto fue que decidido a pintar la fachada de nuestra casa, fue al vecino de enfrente para preguntarle el color que prefería. El otro se quedó mirando y le contestó que la casa era suya y que la pintase como quisiera, pero mi padre le dijo:

No señor, porque yo estoy dentro y soy quien menos la ve y usted en cambio está enfrente y es quien más puede disfrutarla o padecerla.

Este respeto ciudadano lo hizo celebre, y en todo era igual, pero su mayor obsesión era el arbolado. Ver a alguien que maltratase un tronco o tronchase una rama le hacía gritar, levantar el bastón. Los pobres guardas de paseos jardines le temblaban, y si había que podar o plantar allí se iba dirigiendo la operación como si estuviese en el puente de un navío mandando la maniobra, regalando muchas veces plantas criadas por él en la azotea que al tomar gran crecimiento no había manera de conservar. Mi padre, que nunca llevaba guardas, intervenía siempre directamente y cuando alguno se revelaba levantaba el bastón, no bastón de mando, que tampoco lo usaba, si no el báculo en que se apoyaba, pero era tan bravo y caballero tenía una gran simpatía, era muy popular y todo el mundo que lo conocía lo respetaba. Otras veces me llevaba al perneo. El Matadero me gustaba por ser cosa de toros. Al sonar la campana para la matanza comenzaban a enlazar los bichos tirando de ellos les ponían la testuz contra un poste de hierro y allí los apuntillaban. Esto al comenzar era fácil, pero luego las reses se resistían y algunas que eran bravas embestían y era de ver el trabajo para enlazarlas y atraerlas. Era un espectáculo brutal y emocionante y como allí mismo las descuartizaban, todo nadaba en sangre.

El perneo era otra cosa, los cerdos gordos chillaban horriblemente cuando los cogían los matarifes les daban un corte en el papo y luego les metían el cuchillo hasta el mango, aquello era infernal y la primera vez que lo ví me puse malo.

Llevar a una criatura de seis a ocho años a estos horrores no tenía otra explicación que el querer contrarrestar blanduchería de los mimos maternos. A embravecerme. En una ocasión me volteó

una novilla sin consecuencias. Pero me puse descompuesto del susto. Con esto conseguí perjudicar mi equilibrio nervioso.

Íbamos también de visita a una perfumería donde había dos mujeres muy guapotas que me acogían con cariño y fiestas, y me llamaba la atención que mi padre que era tan violento, estando allí se le caía la baba y todo eran flores y requiebros.

Aunque anciano mi padre conservaba gran entereza y era muy enamorado. Tenían mis hermanas unas amigas muy guapotas que con aquellos corsés tan ajustados les abultaban mucho las caderas y él solía darles palmadas preguntándoles si eran verdaderas o postizas. En casa había cierta criadita trianera muy gentil. Recuerdo que un día estábamos en un despacho de panadería que había en los bajos de mi casa y con el dueño, nuestro inquilino, estaban varios amigos entre ellos un cura viejo. Entró nuestra criada a comprar algo y mi padre le dijo jovialmente a la concurrencia:

-¡Miren ustedes que criada más preciosa tengo!- Y como todos aquellos señores le dedicasen algún requiebro, dijo mi padre dirigiéndose al cura:

-¡A usted también se le alegran los ojillos! - ¡Uy! – Que a mal se lo tomó el sacerdote respondiendo a mi padre ásperamente; pero mi padre le contesto:

- Bueno, ¡carajo! Yo no le digo nada sobre su virtud, eso no tiene que ver con que le guste una muchacha bonita. Digo, a menos que sea usted maricón.

Lo notable es que mi padre aunque jamás usó títulos y honores y era incluso descuidado en su indumentaria, tenía un orgullo intenso de su alcurnia, era autoritario, conservador. Por la noche se iba al casino y sus amigos eran ¡quién lo diría! Republicanos, claro que republicanos de gran prestigio. A personas aristocráticas no trataba, presumiendo él de serlo exigiendo de mí una caballerosidad perfecta y hombría, y era tanta su sencillez que en una ocasión que un pordiosero a quien reprendió se le abalanzó al cuello y por poco lo ahoga cuando se lo quitaron y lo detuvieron los guardias hizo que lo soltasen y en vez de la indignación que hubiese sentido cualquier orgulloso caballero, el sólo comentaba la fuerza y el valor de aquel tío, que si no se lo quitaban lo ahoga. En una mano tenía una cicatriz de un navajazo que le dieron por meterse a separar a dos que se apuñalaban.

Con la libertad de prensa tampoco partía peras. Sin embargo me dijo una vez:

-¿Tu ves esta indecencia?- pues peor era lo otro, porque tanto Isabel II como su padre tenían unas camarillas de gentuzas que eran capaces de atropellar lo más noble, cosa que no puede hacerse con la publicidad.

Él nunca admitió regalos ni favores y en una ocasión en que yo fui muy satisfecho diciéndole que cierto señor político me había ofrecido un empleo, de ésos que se inventaban para niños de buena familia... me puso como un trapo diciendo que esas cosas eran para padres de familia desgraciados y a mi favorecedor se lo comunicó en el mismo tono. A pesar de esto estaba muy lejos del papel moralista y manda más, al contrario, era de lo más humano, franco alegre y enamorado. No podía aguantar las mujeres feas, le atacaban los nervios y decía que sentía un dolor agudo en el dedo gordo de la mano izquierda. Tampoco podía con la comida salada, y como un día nos pusieran un plato muy salado mandó venir a la cocinera. Llegó al comedor la mujer que era feísima y cuando la vió mi padre se olvidó de la sal se cogió el dedo gordo de la mano izquierda y gritó estentóreamente... ¡Carajo que fea! repetidas veces y la pobre mujer salió corriendo hacia la calle creyéndolo un loco furioso.

Detestaba a los beatos pero una vez le ví apalear a un blasfemo.

Yo seguía en la Escuela Sevillana preparando mi examen de ingreso, pero un buen día en casa me dijeron que no tenía que volver al colegio, lo cual no me desagrado.

Yo no me daba cuenta de lo que ocurría porque aunque los gritos de mi padre eran más destemplados y la actitud mansa de mi madre más taciturna, no ví en ello nada de particular, pero el asunto era enojoso. Mi padre con sus arbitrariedades y descuido y mi madre que vivía completamente fuera de la realidad, él uno todo violencia y fuego, y la otra con su bondad infinita y su mansedumbre aunque también con una resistencia pasiva incombustible, habían llegado en su desacuerdo a una situación económica tan desastrosa que no era fácil remediar. Hacía tiempo que no se pagaba nada, todo eran deudas, de comer, de vestir, hasta las mensualidades de mi colegio se debían y mi padre sin enterarse hasta que los acreedores se cansaron y presentaron demandas.

La realidad estribaba en nuestra falta de medios y en una organización funesta. El criterio de mi padre era prescindir de todo lo superfluo, y el de mi madre tomar todo lo que quisieramos sin pagarla. No tenía la menor idea; llegaba a una tienda y se llevaba todo lo que le ofrecían por no decir que no, y las cuentas subían a las nubes.

La culpable de ello era mi hermana mayor que era una niña de moda en Sevilla donde tenía fama por su belleza y gracia y que era una despreocupada que no perdonaba diversión ni lucimiento y como, aunque teníamos una posición suficiente como para vivir con decoro, no éramos ricos, todo se solucionaba vendiendo a las gitanas las joyas de la casa. Las piedras preciosas andaban en un cajón revueltas, yo solía jugar con ellas. Una colección de grabados ingleses se los regalaron a una cocinera que se casó. A mi padre las joyas le importaban un pito, no le respetaron ni la condecoración que estaba cosida a su uniforme. Las cuentas llegaron hasta la intervención judicial, y después de liquidadas, aparecieron otras...Algo imponente.

Mi hermana entre todos los grandes partidos que traía de cabeza, optó por un hombre muy rico, indeseable, un señorito vicioso de negocios sucios, que mi padre no toleraba y mi madre mantenía la situación a sus espaldas. Yo no estaba en edad de apreciar nada de esto, ni me importaba. El final fue enviar a Barcelona a casa de unos parientes a la niña loca, que allí sacó deseguida otro novio. Un oficial de húsares que se la disputó al general del que era ayudante que también se había enamorado de ella. Volvió a Sevilla se casó con él y se instalaron en Madrid.

Mi casa era una casa de locos, pero ordenadísima. Mi madre se levantaba al amanecer, ponía en planta a la casa y comenzaba el arreglo de la casa bajo sus órdenes. Mis hermanas se levantaban después, arreglaban sus habitaciones y de ellas salían completamente listas y acicaladas, nunca las ví de trapillo ni con batas. El tratamiento que daban las criadas siempre en extremo respetuoso era algo original. Ni a mi madre le decían la señora ni a mi padre el señor, sino “el señorito papá” y “la señorita mamá” a mis hermanas las señoritas añadiendo su nombre y yo mismo ascendí de Javierito al “señorito Javier”. La servidumbre la formaba la vieja Juana la Roteña, que era una institución familiar con sus cariños y sus bromas continuas con mi padre, que la despedía de la casa constantemente, pero que ni ella se iba, ni él la echaba.

Nunca aprendió a hablar, al termómetro lo llamaba el “temetometo”, a la diarrea “despeño” contaba por maravedíes y por napoleones, por chavos por cuartos y a lo más por reales. Las demás criadas eran más modernas pero también llevaban años. Dolores la cocinera, Concha la costurera, Carmen la lavandera, y una muchacha del cuerpo de casa que solía renovarse.

Aparte del sueldo y comida tenía cada una asignado su pan. La lavandera cinco bollos, la cocinera cuatro y las demás tres. Pero la vieja Juana acaparaba el pan que sobraba del comedor y hacía que el panadero le diese dos bollos de menos y su importe en metálico que eran tres perras chicas, me las daba a mí para chucherías, aunque a veces cuando me castigaban sin ir a los toros ella me compraba la papeleta o me compraba “La Lidia”, una revista taurina con grabados en color, muy interesante por cierto. Recibía en la cocina visita de sus familiares de Rota que eran marineros, y llegaban en un falucho, cargados de huevos o fruta, de vez en cuando, y ella los llevaba una noche al café donde a veces era yo invitado. Y no solo recibía visitas sino que frecuentemente traía de huéspedes por temporadas a una hermana suya y en alguna ocasión hasta el hijo de ésta que era mocito y que no servía para marinero, ni para campesino. Un pillo de playa que paró en presidio, y lo grande del caso fue que después de cumplir la condena se le permitió volver a casa. Era el ojo derecho de la tía Juana. La vieja Juana decía siempre que ella no tenía casa ni fogá porque se la había llevado la mar.

A Dolores la cocinera iban a verla su compadre y su comadre que eran capataces de una huerta en Gelves donde más tarde solía yo ir con mis amigotes a torear becerros como ya referí, y a cazar alondras y terreras con un retaco viejo.

Carmen la lavandera vivía en Triana casada con un marinero que desapareció en uno de sus viajes; tenía dos hijas. Pepilla la menor, que bailaba el tanto con mucha gracia, fina y sutil como una gata, y Encarnación que también era una trianera preciosa. A veces estaban las dos de temporada en casa para ayudar al servicio. Yo hacía con estas muchachas muy buenas migas. ¡Claro que con absoluta reserva!

Las deudas de mi casa se pagaron sin detrimento del capital al que afortunadamente no se podía tocar por estar vinculado, pero aparte de ésto teníamos una casa en el Puerto, y se recibieron también algunas herencias de parientes. Recuerdo que una

vez mi padre llegó a casa con un pesado maletín que abrió encima de la mesa del comedor. Eran cinco mil duros en oro que había heredado de no sé que pariente.

Las hermanas que quedaban en casa eran muy distintas. La mayor Luisa era muy guapa y muy seria y beata. Ayunaba toda la cuaresma, usaba cilicio y nunca la ví hablar con mi padre. Concha era otro tipo. Muy original, alegre y con talento y energía. Ésta era la única que se entendía con mi padre y haciéndose cargo de la administración se metió en caja nuestra economía.

La pequeña Manuela era monísima. Hacían vida social pero en un plan modesto; sólo de vez en cuando asistían bailes y otras diversiones. Tenían partido, pero Luisa aunque tuvo varios novios, todos muy guapos y barbudos no se avino con ninguno de ese tipo para casarse y aquellos que le hubiesen podido convenir no le gustaban. A Manuela, a la chica, le ocurría cosa parecida, siempre había de escoger lo que no le conviniera, y en cuanto a Concha solía decir que su ideal sería ser viuda. Claro que éste era el único estado en que la mujer de aquellos tiempos tenía independencia. Yo las acompañaba a veces de gentilhombre en sociedad, pero a mí las señoras me cargaban, prefería andar de toreo, de billar y de café, a la vida, para mi tonta, de sociedad. Y mi padre más todavía. Después de sus paseos matinales venía a almorzar él solo y no tomaba más que un huevo y pescado frito. Luego se sentaba a leer el periódico. Siempre estaban juntos el gato y él, no porque hiciese caso del gato sino porque los dos buscaban el sitio más templado.

CAPITULO TERCERO

De los doce a los catorce - La pandilla - Cornamentas y becerros - Mi hermano Manuel - Equitación y esgrima - Mi vocación de marino - El colegio de Don Francisco - Humor sevillano. Tauromaquias

Después de mi examen de ingreso había comenzado a estudiar Geografía, Matemáticas y Francés por disposición de mi padre que no quiso matricularme en el bachillerato, pero su amigo el director de la Escuela Normal lo convenció de que debía hacerlo y un día me ordenó que me presentase a él para que me llevase a otro colegio.

Era este señor un tipo particularísimo que conocíamos todos los muchachos y nos metíamos con él, cosa que no sólo hacían los pequeños sino también los mayores pues Sevilla, al menos en aquellos tiempos era un país dispuesto siempre a bromas de mal género y el que chocaba o era ridículo estaba divertido (8).

Don Simón Font, que así se llamaba, era alto, muy apersonado, siempre con sombrero de copa alta por el que asomaba la melena muy peinada, con el bigote engomado y con unas guías muy largas y tiesas y era algo bizco ¡Los chicos le daban bocinazos desde las esquinas! ¡Simón, Simón pero él lo aguantaba impertérrito sin perder ni por un momento su digno empaque! Los otros, la gente madura, sus propios amigos le daban bromas de otro género bastante pesadas y algunas no se pueden referir. Tenía unas hijas muy guapas que después fueron típles, una de ellas de ópera y otra de género chico. La señora era también muy vistosa y de mal carácter.

Don Simón era enemigo de los toros y un señor amigo que trataban muchos toreros les encargaba cuando salían a torear fuera de Sevilla que no dejases de telefonear urgente a Don Simón el resultado de la corrida puesto que era un gran aficionado muy influyente con la prensa, y así, los domingos y fiestas a altas horas de la noche aporreaban la puerta de Don Simón llevándole telegramas de media España que chispa más o menos decían, "Toros bien, caballos tantos. Yo ovación en el primero y bien en el

⁸ "estaba divertido": se avenía a aguantar las consecuencias.

cuarto". La señora ponía el grito en el cielo y le decía a Don Símon que era un tal y un cual que se dejaba embromar.

Estas bromas y peores sufría aquel señor a quien yo tenía que ir a buscar y que me llevó muy recomendado al nuevo colegio donde por disposición de mi padre continúe en mis primeras letras a pesar de mi ingreso y asistiendo a Geografía y en espera de otro curso para comenzar el Bachillerato. Así ingresé en el colegio de Don Francisco, que era aunque modestamente instalado, un buen maestro, que supo apreciarme y al que conservé gran cariño.

Por entonces en la puerta de mi casa había todas las noches una corrida con cornamenta. Allí me llevaron al "Torerete" que era un chulillo de la Alameda sobrino del Bari, un banderillero de Mazzantini. Su cara hacía gracia, pero era un canalla redomado y un vicioso. Algunos de los de la pandilla eran de buena familia, pero otros eran indeseables. Yo no sé como no me corrompió con tanto vago y pillastre, mal educados, que yo entraba en mi casa. No me puedo explicar como me lo consentían. Aunque disfrutaba de las travesuras y picardías en mi fuero interno me quedaba al margen.

Además del toreo teníamos otros deportes, tales como las peleas para las que nos fabricábamos hondas de cáñamo. Romper faroles era una delicia. Comprar tomates bien maduros e higos chumbos y tirárselos a las desgraciadas que se sentaban a la puerta de los prostíbulos en las noches de verano en calles excusadas, atar las cancelas con alambre e insultar al que bajaba a abrir las sin poder. Ideamos también con nuestra afición al toreo, torear gallegos (en Sevilla a los mozos del cordel se les llama gallegos). Esto era algo infame.

Para ésto algunos de los que teníamos aspecto formal buscábamos un mozo de cuerda que fuese fornido y joven, le proponíamos hacer un mandado y le llevábamos a una plaza solitaria donde estaban los otros escondidos. Entonces el más osado iba por detrás, le daba un pescozón y le decía: -¡Gallego! ¡Embiste!- Pero apenas se volvía el gallego iba otro por detrás y hacía lo mismo. Y el gallego concluía por embestir y nosotros por torearlo entre el mayor jolgorio.

Claro que esta diversión era muy expuesta pues el hombre se enfurecía como un verdadero toro y de alcanzar a alguno hubiese hecho una atrocidad, pero nunca nos cogieron. Yo y otro de bue-

nas casas nos retraíamos un tanto sobre todo si se trataba de cosas no decentes, pero la exposición moral era grande.

En cierta ocasión pelee con un chico desconocido algo mayor que yo por la simple razón de resultarme antipático. Era bravo y nos dimos la gran paliza y rodamos por el suelo enclavijados como gatos hasta que unos hombres nos separaron. Pasados unos días nos encontramos los dos solos, pero lejos de volver a pelear, nos saludamos como amigos y desde entonces formó en la pandilla. Fue un gran camarada, era hijo de un restaurador de cuadros antiguos y frecuenté su casa. Vivía en un departamento de un antiguo palacio donde había un corral, y a este corral daba la parte trasera de un cuartel, y no sé cómo empezó la cosa, pero los soldados desde las ventanas de los dormitorios nos agredieron tirándonos un ladrillo, y nosotros respondimos tirando piedras con honda, y así tuvimos unos combates muy divertidos hasta que un día apareció un sargento y se acabó la diversión.

Yo no había vuelto a dibujar sino en casa cuando se me ocurría, pero sin disciplina ni constancia, hasta que mi padre para que me entretuviese por las noches me hizo ir a la clase que daba en el Instituto su amigo Don Joaquín Guichot, un señor de edad, cultísimo y afable que me acogió muy bien y me puso a copiar graciosos paisajes al lápiz. Esto me divertía y como cuando terminaba alguno se los llevaba para que los corrigiera, solía acentuarles algunos rasgos y quedaban preciosos (9).

Lo que determinó mi iniciación en el Arte fue mi amistad con Paco Bertendona aquel chico con quien me había dado la gran paliza. Su padre Don Trinidad de Bertendona era un restaurador famoso y tan bien parecido como afable. Me recibía a veces en su estudio y me hacía observaciones sobre las obras que tenía entre manos haciendo notar sus particularidades.

Nunca se me ha borrado de la memoria un cuadro de pura Escuela Veneciana: “Susana sorprendida en el baño”. Era un desnudo delicadísimo de color delicioso enrojecido por el pudor, contrastando con las cabezas y manos rugosas de los viejos, muy valientemente pintadas.

⁹ Don Joaquín Guichot fue uno de los artistas ilustradores que trabajaron en el proyecto de copiar los monumentos antiguos de la provincia de Sevilla comisionado por el gobierno de la provincia; los grabados de sus dibujos formaron parte de un álbum de referencia para la conservación de monumentos antiguos: La Escuela de Alcalá de Guadaira y el paisajismo sevillano—1800-1936, 2002, 48.

Don Trinidad tenía siempre en restauración cuadros de diversas épocas y escuelas que nos explicaba con entusiasmo de modo que no podía resultar enseñanza más agradable y provechosa; y al par de tales ejemplos derivaba de él la verdadera unción que por el Arte sentía y que se grababa en nuestro juvenil entusiasmo como en blanda cera.

Aparte de esta pasión tenía Don Trinidad otra por pájaros cantores y en los días de fiesta, salía de madrugada con su hijo cargado con perchas, redes y reclamos, a los llanos de Tablada y colocaban sus artes antes de salir el sol para atraer con el canto de sus reclamos las bandadas de pajarillos que cogían en la red, guardando aquellos que le gustaban para su numerosa colección, así es, que su casa estaba llena de jilgueros y verderones cuyas voces eran las que prefería, y aquel santuario del Arte, estaba siempre envuelto en inefable concierto.

No se concibe que a unos granujillas como nosotros, yo tendría mis buenos doce años, nos cautivara el Arte de aquel modo. Esta afición que se despertaba en nosotros nos llevaba de continuo a visitar los cuadros de las iglesias y Museo, de modo que desde muy joven los cuadros antiguos de Sevilla, en la que hay tantísimos, nos eran familiares.

Zurbarán, Valdés Leal, Murillo, Herrera y no solo en las iglesias y el Museo sino en colecciones particulares: la de Cepero, que era tan rica como variada, estaba uno de los cuatro Espólios que pintó el Greco y sin duda el más importante después del de Toledo. No faltaban tablas primitivas de distintas épocas y escuelas ni algún Velázquez y Goya; así que nuestros conocimientos de la pintura antigua eran bastante completos.

Suerte de haber sido tan bien iniciado, porque aparte de algunos aficionados, la sociedad de Sevilla estaba en cuanto a cultura artística en total decadencia. Solo restaba la admiración tradicional por Murillo a quien se consideraba como el mejor pintor del mundo y su popularidad era extremada. A pesar de lo cual, recuerdo que cuando se celebró su centenario y se organizó una procesión cívico-religiosa, y fue disuelta bestialmente a pedradas. Claro que ésto nada tiene que ver con el Arte, sino que proviene de que Murillo se destacó en sus asuntos con el tema de la Inmaculada, dogma que solo por su significación de poética pureza, enfurece a los revolucionarios, al extremo que más de una vez he

topado con pseudo-intelectuales que quieren presentarnos a Murillo como pintor mediocre (10).

En Sevilla, como ya he dicho, aparte de su tradición, sólo restaban algunos aficionados a la cultura artística y la mayor parte de ellos, más que amantes, eran chamarileros que se ocupaban de ésto sólo para desposeer a Sevilla de su antigua riqueza malbaratándola al extranjero.

De otra parte, en la buena sociedad a la que mi familia pertenecía, se conceptuaba poco menos que denigrante el oficio de pintor, sólo admitido como una afición bonita. Ser pintor correspondía a menestrales o gente muy modesta y en realidad, los compañeros que tuve, salvo raras excepciones, eran de esa clase y de añadidura poco menos que analfabetos.

A todo esto cursaba el bachillerato. De Geografía escapé bien porque me interesaba, me gané mi sobresaliente, pero el Latín me resultaba muy engoroso. Una lengua muerta no puede importarle a un niño y debería ser cosa para más alta reflexión y yo no sentí nunca el aprender como un papagayo. La Historia si me gustaba pero en el examen me tocó Sancho el Craso y yo comencé diciendo que fue a Córdoba a curarse de la obesidad, y que con tropas que le prestó el Califa volvió a recuperar el trono. Y aquí me atajaron preguntándome si al ir a Córdoba había ido con corona o sin corona y yo en mi azoramiento no me dí cuenta de lo que querían decir y hasta creí que era una broma, y contesté fastidiado que yo no sabía si la llevaba o no la llevaba, refiriéndome a la corona material. Me rebajaron la nota y menos mal que no me suspendieron.

Paco Bertendona fue para la pandilla un buen refuerzo, tenía una imaginación extraordinaria y como a nuestras barrabasadas se unía el interés por la Pintura en la que ya él era bastante versado, compartíamos el tiempo entre lo uno y lo otro, entre lo cultural y lo salvaje. Además era un gran tirador de piedras y con la honda que nos fabricábamos nosotros trenzando cáñamo, hacía blancos admirables a gran distancia en los que nunca le pude igualar, y esto permitía romper algún cristal desde lejos sin que nadie pudiera darse cuenta, bestialidades que culminaron en tirarle a la esfera de un reloj público. A veces nos apostábamos a ver cual de los dos inventaba algo más original y atroz, y una vez un-

¹⁰ La iglesia católica estableció el 8 de Diciembre el dogma de la Inmaculada Concepción, 1852.

tamos las suelas de un mandadero que dormía la siesta tendido en su carrillo y esperamos para verle como resbalaba y caía de bruces cuando al despertar empujó el carro de mano.

Otra vez fue más complicada. Dormían unos hombres en el suelo y uno de ellos tenía el brazo extendido y la palma de la mano abierta hacia arriba. El pobre roncaba en su profunda siesta, y Paco con mucho tiento le puso en la mano medio ladrillo y luego con una varita le hizo cosquillas en la frente hasta que lo despertó y se dió con el ladrillo en la cara. Fueron muchas las invenciones de este género siempre crueles. Otra vez con un beato. Estaban de rodillas dentro de la iglesia con su cirio encendido, mientras rezaban preces las que habían de seguir una procesión. Dijo Paco que lo iba a disfrazar de mejicano, se hincó junto a él y con unas tijeritas que llevaba le cortó los perniles de los pantalones hasta cerca de las rodillas, y cuando el hombre salió andando en la procesión iba con los perniles tomando vuelo. Entre estas invenciones las había fantásticas y apócrifas algunas, pero cuando alguien no las creía al referirlas él, me ponía a mí de testigo y a la reciproca si era yo quien las contaba y lo bueno del caso era que a fuerza de referirlas, nosotros mismos llegábamos a creer que eran verdad, y esto y cantar las operas con unas letras disparatadas era lo menos malo que se hacía.

Paco no estudiaba pero conocía la Mitología Griega como un pagano de la antigüedad y lo notable es que creía en ella. También me quedaba a mí un instinto de ferocidad caballeresca. A veces cogía un pesado sable, que apenas podía con él y hacia molinetes, y acuchillaba puertas y paredes, tan excitado como Don Quijote. Pero con lo que no podía yo era con los señoritos y las señoritas. Cosa más tonta que las visitas, los paseos elegantes y las ceremonias sociales no las conozco, y a veces no tenía más remedio, pero me escabullía deseguida (11).

Cuando yo nací mi hermano mayor Felipe, que me llevaba diecinueve años, salió de la Escuela Naval del Ferrol como Guardia Marina y fue destinado a Cuba, muriendo allí en su primer viaje de fiebre amarilla. El segundo, Manuel, estaba en la academia de artillería de Segovia como cadete dejando notable memoria por su intrepidez y diabluras. Me contaron que fue uno de los que

¹¹ "deseguida": enseguidad.

vistió la imagen que hay en el Acueducto, a tanta altura que hubo que hacer un alto andamio para desvestirla.

Por esta época de mis doce o catorce años llegó destinado a Sevilla mi hermano Manuel de teniente de Artillería y ésto trajo una variación en mi vida. Me enseñó a montar el profesor de equitación del regimiento y me hice un buen jinete, como mi hermano no montaba más que en los actos de servicio me dejó su caballo y él me enseñaba esgrima y me hacía dibujar unas piezas de cañón que él había reformado. Me quería extraordinariamente y no perdonaba momento para corregir mis resabios de niño mimado. En muchas de estas andanzas nos acompañaba el asistente de mi hermano que escuchaba atento las correcciones que hacía mi hermano para fortalecerme y lo tomaba de tal manera que a veces me decía:

- Anda muchacho, te voy a convidar, - y me metía en una taberna y me daba vino. Solíamos ir a las novilladas con los de mi pandilla y nos llevábamos una botella de manzanilla que comprábamos a escote aunque las más de las veces la pagaba uno de los compañeros que siempre tenía dinero porque lo cogía en su casa que era fábrica y despacho de telas, de un señor muy honorable pero que tenía cinco hijos varones de los que mi amigo era el menor y era el encargado por sus hermanos de saquear la caja, hasta que se descubrió el pastel y el padre lo castigó haciendo que trabajase en la fábrica como obrero y ya no lo volvimos a ver más.

Otro era un chico especial. Se plantó en su casa diciendo que no quería estudiar, quería entrar de dependiente en una tienda y contra viento y marea de la familia lo logró. A los treinta años lo encontré ya enriquecido. Pero mi amigo más íntimo era Paco Berrendona a cuya amistad le debo el ser pintor.

Luego, años después llegaron otras amistades, las reuniones de café de estudiantes, el billar, yo representaba más edad de la que tenía y me afeitaba desde los catorce años, de modo que entre aquellos amigos los había literatos universitarios incipientes. Años más tarde, me hice socio del Ateneo. Allí formamos la sociedad del "Escándalo", y aunque chavales logramos tanta fuerza que influimos en unas elecciones.

Mi hermano me llevaba algunas veces al cuartel y como los chicos suelen caer en gracia, otros oficiales me dejaban sus ca-

ballos. También tiraba con pistola en sus habitaciones donde tenía una plancha de hierro con silueta humana y él y yo disparábamos a voz como en los combates o cazábamos los gatos de la vecindad desde las azoteas.

Mi hermano era un buen mozo, no muy alto, pero de gran prestancia, elegante y fuerte, muy simpático y humorista pero al par con un genio de los demonios y un arrojo tal que entre los compañeros le llamaban "Tío Templao". No podía tragarse la milicia, cuando llegaba del cuartel se quitaba deseguida el uniforme y hacía que el asistente se lo llevara pues decía que olía a cuadra. Siempre vestía sencilla y elegantemente de paisano y estaba de diversiones y conquistas, pero no contaba más que con su paga la gastaba espléndidamente al cobrar y luego se encerraba en casa el resto del mes. Aristócrata por antonomasia, no podía resistir a la gentuza ni a la gente cursi, ni a los vanidosos: en resumen que no podía resistir a casi nadie; sobretodo a su Coronel y a su Capitán. Los odiaba. Muy pendenciero y dicen que pegaba tan fuerte que nunca le pegaron a él. Tuvo un duelo con un capitán de Infantería y los dos resultaron heridos.

Mi ilusión era ser marino. La historia tan gloriosa de mi familia, los ilustres generales, sus hechos extraordinarios y heroicos, y hasta la muerte de uno de ellos con las piernas destrozadas por el cañón de Nelson. Los nombres de Siracusa, Sicié, Finisterre, Dardanelos, Gibraltar, San Vicente: las espadas, los restos en el Panteón de los Marinos Ilustres, la belleza de los navíos con las jarcias destrozadas envueltos en el humo de los cañonazos que conocía por las antiguas láminas; todo esto era más que suficiente para que yo quisiera emularlo.

Caducaba entonces el condado de Winthuysen, título que nunca usamos y mi padre me habló de rehabilitarlo para mí. Pero yo de aquello no hice mucha cuenta. Casi me resultaba un poco ridículo que me fiesen a llamar de conde. Que mi padre lo hubiese usado y que en su pecho luciese la encomienda de Santiago como los abuelos, eso si me hubiese llenado de orgullo, pero bueno era él para cuidarse de vanidades. No se volvió a hablar de ello.

Mi hermano quería hacerse cargo de mi educación llevándome con él a Madrid donde le destinaron más tarde y tenía una academia preparatoria. Era un gran matemático, por lo demás en su accidentada vida fue un desgraciado. Desde luego no quería

que yo fuese militar ni marino. Su idea era hacerme ingeniero, pero mejor era la posición de mi padre que no perdonaba ocasión de variar mis propósitos haciéndome ver que la navegación no era un arte como antaño, en que uno se lucía haciendo maniobrar una fragata, que ahora todo era mecánico y que la marina había sido invadida por gente desconocida. Un día me llamo en la calle y señalándome un oficial de la Armada me dijo:

- ¿Sabes quién es? Pues es el hijo del tabernero de la esquina. ¿No te daría vergüenza que te mandase la canalla?

Cuando yo aprendía a montar a caballo un ordenanza lo traía a casa todas las tardes, el profesor pasaba a recogerme y con otros discípulos que tenía, todos los chiquillos nos íbamos en esquadrón al paseo del Río, que era donde se reunían en sus coches la aristocracia sevillana, para dar vueltas desde San Telmo a las Delicias, y desde allí hasta la Palmera. Entre estas paseaba la destronada Isabel II ante la cual todos nos descubríamos y a veces hacía parar el gracioso esquadrón y charlaba afable con algunos y así pasaba yo de la cuadrilla de pilletes a la más alta sociedad sin importarme un comino. Me hice un buen jinete. Mi hermano me solía llevar al cuartel, lo acompañaba a veces a sus guardias y conocí a toda la oficialidad.

Yo asistía entonces a un nuevo colegio y el cambio lo había originado la antipatía que le tenía al profesor de Latín acentuada por la que por el estudio del Latín sentía yo, y que era correspondida por el profesor, pues tales sentimientos suelen ser recíprocos; pero ocurrió la desdicha de que en el nuevo colegio también era él el que daba la clase. Cerca ya de los exámenes leía yo un trozo de latín en el que incurri en alguna equivocación y me mandó leerlo otra vez y al llegar a la misma palabra me equivoqué de nuevo, y aunque me dí cuenta y rectifiqué enseguida, me lo hizo leer todo nuevamente. Esto me fastidió y en la tercera lectura volví a incurrir de propósito en la equivocación aunque disimuladamente. Me mandó repetir otra vez y ya entonces, despechado, me equivoqué a cada palabra. Se puso furioso mandó llamar al director para avergonzarme ante él de mi torpeza y descuido. Me mandaron repetir y yo entonces cerré el libro y de memoria lo dije todo sin el menor tropiezo. El director no hizo sino enarcar las cejas, pero él con furor contenido me dijo:

-Es usted la criatura de más mala intención que he conocido.- Lo que me llenó de orgullo.

Otra de las cosas que me enseñaba mi hermano era la esgrima que en aquellos tiempos no era sólo un ejercicio y pasatiempo para cierta clase de personas sino una necesidad, sobretodo para los militares. En el duelo que tuvo mi hermano con un capitán a quien hirió, aquel le cortó la mejilla de una cuchillada. No solían pasar las cosas a mayores y al recibir un combatiente una herida o cambiar balas sin consecuencias se daba por terminado el lance, pero a pesar de esto costó algunas vidas.

No podía yo llevar una vida más contradictoria y compleja, píllate amateur estudiante y deportista, granuja y caballero.

A mi hermano lo destinaron fuera de Sevilla y como iba a regimiento de plaza y no tenía que montar, me dejó silla y arreos y encargó a compañeros que me facilitaran caballos como así lo hicieron, pero esto era engoroso y duró poco tiempo.

Mi vocación de marino continuaba contra viento y marea de la oposición de mi padre que no me perdonaba ocasión para desilusionarme, conseguí cortar los estudios del bachillerato menos una asignatura que necesitaba para el ingreso en la Escuela Naval, y concurrir a una academia preparatoria. Más con tan variadas aficiones y mi indisciplina estudiaba poco y comprendiendo yo mismo que perdía el tiempo, pedí a mi padre que me enviase interno a una academia de San Fernando.

En aquel entonces volvió mi hermano a Sevilla. Iba a Madrid a otro regimiento ya de capitán y como tenía el proyecto de tomar en traspaso una academia preparatoria pues él era gran matemático, me dijo que me llevaría a Madrid para prepararme, pero nada de militar sino para Ingeniero de Caminos. No me hacía mucha ilusión pero pensando que si me preparaba bien para lo uno podía servir para mis deseos de marino, dije que sí. Se marchó a Madrid quedando en volver a Sevilla por Navidad y llevarme, puesto que en esa fecha su academia ya estaría en funciones, pero llegado el momento de venir a Sevilla y con la licencia en el bolsillo, le cogió la epidemia gripe que fue terrible y murió. Esto fue un golpe fatal para mi padre, perder así su segundo hijo ya con su carrera hecha y me habló con lágrimas en los ojos.

Ya ves lo que ha pasado con tus hermanos, me he quedado sin ellos cuando ya tenían sus carreras. Yo no quisiera perderte a tí también.- Yo le había pedido que me llevase a un internado para formalizar mis estudios de Ingreso en la Escuela Naval.

Haz lo que quieras -, me dijo. Esto fue para mí definitivo.

A todo esto yo me había cambiado del colegio de Don Francisco a la Escuela Sevillana de nuevo, donde me recibieron con los brazos abiertos. Empecé a perder el tiempo, ya continuando el bachillerato ya haciendo estudios mercantiles, que no pensaba seguir, y entretanto, divirtiéndome haciendo el señorito, aunque ya no tenía caballos, con las regatas me contentaba, mi afición al agua y en el Guadalquivir, que también es difícil de gobernar, fui un buen patrón de agua dulce.

Aunque con intermitencias nunca había dejado de dibujar y de admirar la pintura y las circunstancias de mi amistad con el hijo del gran restaurador Bertendona, me llevaron a conocer y apreciar el arte clásico. Como ya dije antes frecuentaba el Museo y las Iglesias y las obras de Herrera y Zurbarán. El retrato del Greco que copié, y aun recuerdo cada pincelada y Murillo, Alonso Cano y Valdés Leal, me eran familiares.

Compartía una formación de cultura desordenada con mi vida de señorito, acompañando a mis hermanas a paseos, visitas y reuniones, aunque a regañadientes. La buena sociedad de Sevilla en mi época era bastante burra me complacía más en las reuniones de café con gente ingeniosa y culta. Los señoritos elegantes encontraban cursi la literatura y el arte. El Museo de Sevilla era totalmente ignorado por la gente bien y si apreciaban a Murillo o a Martínez Montañés era por la representación religiosa, pero tocante a estética ni pío.

¿Las mujeres? Me gustaban más las flamencas llenas de gracia que las señoritas encorsetadas.

Había un grupo no numeroso de intelectualidad, algunos de valor efectivo, otros con la piel de león echada sobre su asnalidad y otros, jovencitos presumiendo de arqueólogos y sociólogos que entonces resultaba muy moderno, pero eso en Sevilla constituía un cuerpo extraño.

La sociedad sevillana la constituían restos de aquella aristocracia decadente que retrató Fernán Caballero. Nueva aristocracia de comerciantes y camperos enriquecidos, ligados en parte a los antiguos. Clase media a la que se le llamaba cursi, y el pueblo entre los que había también sus divisiones desde el menestral serio hasta la masa proletaria, la gente jacarandosa y reminiscencias de la picaresca cervantina, celestinas, brujas y bravos que en

vez de espadas usaban navajas, pero igual y con los mismos fondos urbanos del XVII.

A mí todo aquello me resultaba muy curioso y atrayente y me rocé desde la gente más empingorotada hasta con la canalla más baja. En la descripción del patio de las Anguita de la novela de Palacio Valdés, "La Hermana San Sulpicio" se halla un buen retrato del sector cursi y en los Quintero lo más superficial de gente cursi y del pueblo, pero existen muchísimos motivos que quedaron inéditos, pero que yo saboree en la realidad.

En general la sociedad de Sevilla, aunque tan característica porque el ambiente lo absorbe todo, es en su mayor parte de aluvión. Su riqueza natural y el río que remontan las naves la han hecho en su mayor parte, país de inmigración. El sevillano de solera es más contemplativo que activo. Su ambiente de gracia y encantos y la facilidad de vida que en mis tiempos había no se prestaban a la acción. Desde aquellos tiempos, aparte del sedimento moro, en que Lope de Vega cantaba:

"Vienen de Sanlúcar surcando el agua,
A la Torre del Oro barcos de plata..."

En que los genoveses venían a bandadas y también los alemanes, franceses y flamencos, la gente de Sevilla se ha ido renovando y si ahonda uno en las genealogías muchos de esos señoritos camperos y graciosos tuvieron por abuelo a un gallego que vino a cargar baúles, a un inglés o alemán que montó una industria, etc. El ambiente de Sevilla, como antes digo, lo funde todo, en dos generaciones no hay quien conozca el origen extranjero.

Existía también un sentido democrático por el cual no era extraño ver a una persona encumbrada, alternar con otras de baja estofa, no digamos de situación más inferior o modesta. La idiosincrasia sevillana produce caracteres extraordinarios.

Y no era porque el pueblo bajo simpatizara con los señoritos.

Al contrario, los señoritos jóvenes debíamos tener cuidado al ir por ciertas barriadas donde los chiquillos nos abucheaban diciendo:

-¡La bimba, la bimba! ¡Oh! ¡El sombrerito de paja!-y la pedrada era segura, pero a los caballeros que los trataban de cerca, los respetaban en absoluto. El pueblo bajo de Sevilla, que yo tanto frecuenté, era semi salvaje.

Las cigarreras eran famosas: muchachuelas desvergonzadas que salían por las tardes de la Fábrica en bandadas con sus airolos mantoncillos de colores y sus pies con bonitos zapatos. Frágiles y ligeras mariposas y alegres como castañuelas, y así iban a sus barrios haciendo mofa de todo lo que encontraban a su paso.

Había en mis tiempos un célebre mercader moro muy guapo, con su barba ya cana, que por las tardes se sentaba en un sillón a la puerta de su tienda para verlas pasar. Frecuentemente se destacaba alguna de aquellas muchachuelas y llegándose a él le decía:

-Moro Cislán, me cago en Mahoma-

Y el Moro Cislán respondía:

-Y yo también so hija de tal y tal...

A cierto aristócrata que llevaba a su mujer, que era feísima, cogida del brazo por la Plaza Nueva, se le acercó una de aquellas desvergonzadas diciéndole:

-Tríncala bien, que se te va a subir a una palmera...

Yo solía cruzarme con ellas acompañando a mi novia que era una morenita preciosísima, pero lejos de burlarse nos echaban piropos.

El pueblo sevillano tiene un profundo sentimiento estético y lo feo o lo exótico no lo puede mirar sin protestar.

Yo era un “señorito”. El señorito Javier como decían las criadas de mi casa, y con mi vida fácil se había borrado en mí el furor ingénito y mi carácter era una mezcla de debilidad y valentía, de cortedad, desvergüenza, de vicios menores y de misticismo, de despreocupación de caballero de la Tabla redonda, y además me daba por enamorarme. Me gustaban mucho las mujeres, pero de las de vida dudosa me daba asco, me hacían el efecto de como que si me fuera a poner unos calcetines sudados por otro, pero el caso es que las señoritas de clase tampoco me atraían me parecían contrahechas, y realmente lo eran o lo aparentaban. En mis tiempos iban siempre con la mamá, vigilante, muy compuestas y estiradas metidas en corsés de ballenas muy apretados con unas cinturas muy chicas, que parecían sus bustos como ánforas puestas sobre el pedestal de sus caderas y no se hablaba con ellas sino en visitas y no decían sino tonterías. Además como yo no

tenía profesión, ni fortuna mi orgullo no me permitía pretender a ninguna. Algunas me gustaban, pero me contentaba con verlas. Me gustaban más las mocitas de barrio desvergonzadas y las criadas o las señoritas cursis, esas pobres señoritas hijas de empleados sin dinero, queriendo imitar a la gente alta, algunas ridículísimas, pero las había muy guapas y con ellas me atrevía aunque siempre fuí muy corto de genio y no sabía hacer el amor, y si en tabernas y burdeles era capaz de todo, en eso que llaman sociedad era un poste. Ni sabía bailar, ni usé nunca traje de etiquette, para los sitios que yo frecuentaba ya iba bien con la americana, y aún resultaba elegante.

Como digo me gustaba más la gente del pueblo y la medianía que el señorío.

La gente del pueblo de Sevilla tiene buena sombra, son divertidos y buena gente. Se burlan de los señoritos con verdadero humor y de todo lo humano y hasta de lo divino, hacen humor hasta de las mayores desgracias y aún de la muerte.

Un señorito al apearse de un tranvía se cae al fango. En vez de socorrerlo se ríen las muchachas y una dice:

-Fulana: apaga la luz que el señorito se ha acostado.

A un señor buen mozo que va con su mujer que es chica y gorda le dicen:

-¡Qué lástima de mozo para ese tapín de alberca!

A unos hermanos que son chatos les llaman los niños ¡guau! A una que es muy delgada y morena: "El hambre en la India".

A un señor que habla siempre de religión muy exaltado le decían El loco Dios y como un día se cargase con las bromas y apaleara a los que se burlaban, le cambiaron el apodo y le llamaron "Palo Santo".

A otro que se le murió el padre le mandaron preguntar de la iglesia que si se doblaba y respondió que no, que estaba más tieso que un garrote.

Otro enfermo en el lecho manda llamar a un amigo muy rico que tenía y que era heredero de su padre, un prestamista usurero de gran fama. Va el señor para saber la última voluntad del amigo agonizante y éste le dice:

-Te he mandado llamar porque como me estoy muriendo y voy a irme al infierno te quería preguntar si quieres algo para tu padre.

Y un niño decía:

-En mi casa no comemos, pero nos reímos más...

TAUROMAQUIAS

Quienes no conocen la tauromaquia creen que un torero es poco menos bestia que el toro. Podrá ser así un picador, pero un matador es necesariamente muy inteligente. Necesita serlo para llegar hasta el morrillo con la mano derecha mientras se vacía al toro con la izquierda para que no lo enganche, matando como es debido por derecho. Además se necesita un gran valor, sangre fría y gracia para parecer donoso al filo de la muerte.

Me complacen las anécdotas de toreros al margen del toreo. El torero es un muchacho noble y ambicioso que desde la pobreza aspira, jugándose la vida a convertirse en millonario o al menos a alcanzar un bienestar.

Valle Inclán le decía a Belmonte.

-Usted debería morir de una cornada en el corazón.-

-Bueno Don Ramón- le contestó afable el valiente torero -. Se hará lo que se pueda.- Pero se retiró de los toros enriquecido.

A Curro Cuchares le achacaba un amigo que había estado huyendo del toro y Currito le dijo:

-No hay que confundir el miedo con la prudencia.-

-Sí- le replicó el otro -. ¡Pero se parecen tanto!-

Verdad es que Currito tenía una mujer muy guapa y graciosa que cuando le despedía al ir a torear le decía:

-A ver como te las arreglas, por mi casa herido no entras.-

Fue contratado para torear en un pueblo de Aragón. La noche antes lo visitó el alcalde y le dijo:

-Le he de advertir que aquí son muy brutos y que como no haya cogida no se satisfacen.-

-Pues eso, - le contesto Currito- debería usted habérmelo escrito y me hubiera traído un trajecillo viejo porque el que voy a sacar lo vengo estrenando y con ése no me revuelca a mi ningún toro.- Y como viera que el alcalde se quedara amostazado, añadió:

Pero no hay nada perdido, porque traigo a un muchacho que es muy arrojado, (era un torero cobardísimo) y en cuanto yo se lo diga se deja coger.-

En el pueblo no había coche y se acostumbraba que la cuadriga saliera de la fonda haciendo el paseo acompañada por la música. Junto marchaban alegres unos muchachos con dos piedras en las manos marcando el compás y Currito les dijo:

-Esas piedrecitas las tiraran ustedes antes de entrar en la plaza.- Y le contestaron:

¡Quiá!- ¡Si son pa vosotros!-Por fortuna el banderillero cobarde resbaló y fue cogido.

Juan León fue a tomar parte como matador en las corridas que se celebraron en la Exposición de París en tiempo de Napoleón III. La familia imperial asistió a la corrida. Después de matar valientemente al toro fue llamado al palco y el príncipe heredero se quedó admirado del traje del torero, y le dijo en español que era muy bonito.

-¿Te gusta?- Le dijo Juan León pues luego te lo mandaré para tí, y así lo hizo.

A la tarde siguiente se presentó en el hospedaje de Juan León un chambelán que le dió las gracias en nombre de los emperadores y un cheque de miles de francos. Juan León sacó de su petaca dos puros habanos, y ofreció uno al chambelán y arrugando el cheque lo encendió en un mechero de gas ofreciéndoselo al francés para que encendiese el cigarro.

Preguntándole luego como le había ido en París, dijo:

-Aquellos no me gusta. Olivares (por bulevares) en toas las calles y a luego la comía con pomá.- (mantequilla). Era bastante bruto aunque él no lo creía. Viajaba en el coupé de una diligencia, llegó un amigo a despedirle y le dijo:

-Juan, que bien vas ahí.-

Y Juan le contesto:

-En el copón (cupé) ¡Como el mismo Dios!

Juan León era tan desenfadado como presuntuoso. Viajaba en diligencia, charlaba con todos, tomaba iniciativas y siempre había de destacar el primero. Certo compañero de viaje era de carácter violento y envidioso y en una ocasión de esas todos sentados a la mesa redonda de una posada, como Juan León, con su habitual desenfado, cogiese el pollo que habían servido y se dispusiera a trincharlo, el bravo cogió un cuchillo y dijo a Juan León:

-Lo que haga usted al pollo voy hacer yo con usted.- Todos quedaron sobrecogidos menos Juan León que sonriente metió un dedo en el culo del pollo y se lo chupo diciéndole al bravo:

-Estoy dispuesto.-

A Don Pedro se le metió en la cabeza ser ganadero de reses bravas, pero todas le resultaban mansas. Se desacreditó su ganadería y él, para que se jugase sus toros se metió a empresario y se valía de reprochables medios para que sus toros resultasen bravos. A pesar de esto salió un toro tan manso que desde la primera vara volvió la cara y él público gritaba:

-¡Fuego! ¡Fuego! Don Pedro se puso lívido corrió al palco de la presidencia y poniéndose junto al Presidente encañonándole con un revolver le dijo:

-Como mande usted fuego, le doy un tiro.-

-Pero hombre.- Le dijo el Presidente- ¿Por una cosa así va usted a pegarme un tiro?-

-Sí señor. Es que antes de salir el toro le dí unos puyazos en el chiquero y lo rocié de aguarrás y como mande usted fuego va a salir el toro ardiendo-.

En otra ocasión durante el encierro y estando en la azoteilla en la que había lumbreras sin baranda en donde se asomaba la gente para ver los toros en los chiquerones, Don Pedro llamó al conocedor y le dijo:

-Ten cuenta cuando el guardia municipal se asome y tíralo dentro de un empujón-.

-Pero Don Pedro ¿No se hace usted cargo de que lo va a matar el toro?-

-Pues eso es lo que quiero ¿No comprende usted que mañana vendrá toda Cádiz a la plaza para ver al toro que mató al municipal?-

El Neri era un matador de novillos muy presuntuoso por su tipo, pero tan cobarde que nunca lo contrataban. Más como cierto empresario quería un matador que cobrase poco, lo llamó y le dijo que si se atrevía a matar le daría treinta duros.

-Si señor que me atrevo- le contestó el Neri que estaba muero de hambre- pero me tiene que dar diez duros de anticipo porque tengo el traje empeñado.

Se jugó la corrida el Neri estuvo tan malo que le echaron el toro al corral lo que puso furioso al empresario porque resultaba un perjuicio para otras corridas. Fue a ver al Neri y lo halló comiéndose un bistec. Le dijo que era un cobarde sinvergüenza y que debía retirarse de los toros. Y el Neri señalando la carne que trinchaba con tanto gusto le contestó:

-¡Pero ahora!-

El Espartero era más temerario que habilidoso y así sufrió muchas cogidas y como un amigo se lamentara que iba a morir en las astas de un toro le contestó el Espartero:

-¡Más cornadas da el hambre!-

Guerrita era todo lo contrario, jugaba con los toros y jamás lo cogían. Hizo una fortuna y se metió a labrador, era clarividente, tenía una corte de amigos que lo consideraban como un oráculo. Preguntado una vez que quien era el mejor torero respondió sencillamente:

-Primero yo, después... nadie y luego Fuentes.

CAPITULO CUARTO

De los quince a los veinte años.

Renuncio a ser marino- La casa de Urdáiz- La Escuela de Bellas Artes- El estudio de Arpa- Discípulo de Gonzalo Bilbao- Lecturas clásicas y científicas- Vida intelectual- La Escuela libre de Bellas Artes y el Ateneo- La novia bonita- Viajo a Madrid- Muere mi padre.

Cuando se recorre ansioso el camino de una larga vida, llegan momentos en que se acusa el cansancio y no hay más remedio que sentarse. Es entonces cuando después de aliviada la fatiga viene la meditación antes que nuestros miembros se muestren capaces de seguir andando. Meditamos sobre lo que hemos visto y sobre lo que sin duda se nos pasó por alto, y entonces más que avanzar desearemos volver en busca de aquello que habíamos olvidado o perdido.

Al decidirnos a entregarnos a una vocación, lo primero que se nos presenta es la ilusión vaga de un objeto ignoto. Vamos en realidad sin saber adonde. La cuestión es marchar y ver lo que encontramos. Pero la senda no es sola, sino que se bifurca de continuo de tal suerte, que si no nos acompaña un guía hay muchos momentos en que no sabemos por donde tirar. Para un espíritu sumiso no hay problema, sino dejarse conducir, pero ¿dónde nos conducirá nuestro guía? ¿No será a donde no nos importe?

En la época de desorientación y decadencia en que emprendimos nuestra ruta sólo podía salvarnos la desconfianza y la rebeldía, por mí parte quería ser pintor por propio impulso porque me gustaban los cuadros y quería hacerlos. Nadie me empujaba a ello. La pintura aparte de ser un oficio se la consideraba también un adorno, pero a mí no me atraía ni lo uno ni lo otro; tenía la intuición de que se trataba de algo más elevado.

En Sevilla su Museo y sus iglesias estaban llenos de cuadros magníficos y además había una tradición admirativa por estas bellezas. ¡Murillo! Ni la persona más ignorante desconocía que Murillo era un gran pintor: el mejor de los pintores según la gente. Pero yo tuve además la suerte como ya he dicho repetidamente de ser amigo del famoso restaurador Bertendona que solía tener en

su taller muchas y diferentes obras para arreglarlas y como era un señor muy bonachón y campechano, viendo como yo me extasiaba contemplando, me llamaba la atención hacia aquellas bellezas y quizás olvidando en su pasión por ellas que yo era un pobre ignorante me las mostraba de modo levantado como si se dirigiera a un experto, y a todo esto contaba yo con mis buenos catorce años.

No era sólo la pintura antigua sino la moderna relacionada con el azul del cielo y el blanco centelleante del sol en las fachadas encaladas, efectos entonces tan de moda y cuyos modelos del natural se nos ofrecían. Sobre todo esto comenzaba a tener mis reservas, mis juicios críticos; pero lo que me atraía mi atención, era cierto pintor extranjero que hacía un cuadro muy detenido de la catedral y la Giralda. Yo iba por las mañanas a dar mi clase de Aritmética pero al pasar por donde estaba trabajando aquel pintor me paraba atrás de él viendo con emoción la justezza con que lo graba cada calidad, cada detalle. La Aritmética para mí era como si no existiera, era mucho más interesante ver como posaba el pincel o como restregaba el color consiguiendo unos efectos que yo consideraba insuperables. Y que sereno, que aspecto tan simpático tenía aquel joven pintor con su chaquetón y su gorrita. Ya me conocía y a veces me sonreía ligeramente. Parecía que el cuadro lo estábamos pintando entre los dos: día tras día iba saliendo la obra aguantando yo a pie firme aquel frío de las mañanas invernales, hasta que un día el pintor no estaba y yo me fui mohín y cabizbajo a mi clase de Aritmética. Le referí a un amigo mi admiración por aquel pintor, y como el tal amigo tuviese un hermano que también pintaba, me dijo que su hermano le había dicho que aquel extranjero que tanto me cautivaba era un artista muy famoso (12). En fin que desde tan joven era yo un buen apreciador del Arte.

Las circunstancias me fueron propicias y otro tanto me ocurrió con las lecturas. Había en mi casa dos estantes macizos de libros donde sin orden ni concierto se apretaban desde las materias de la Escuela Naval y Artillería hasta la literatura francesa del romanticismo y entre ellas otra porción de volúmenes que yo no sé de donde provenían. ¿Tal vez de la biblioteca de mi abuelo? No lo sé.

¹² Tal vez el artista escandinavo Anders Zorn, 1860-1920. Zorn viajó por España pintando paisajes urbanos y de género, hacia el final de la década de 1880.

¡De allí fui sacando al buen tuntún y conforme se me venían a las manos a las veces era el “Manejo de los buques” otras las “Odas y Sátiras de Horacio”, Lamartine, Shakespeare, La Iliada, el Quijote, La Rochefoucauld, Schiller, Filosofía de la Legislación, la Biblia...Qué sé yo! Todas fueron pasando por mis manos y algunas muy detenidamente, por ejemplo: la Filosofía de la Legislación la estudié como si me fuese a examinar de ella. El Quijote lo releí varias veces, las Sátiras de Horacio llegué a saber algunas de memoria. También leí la Influencia del Clima sobre el Hombre, y el Elogio de la Locura de Erasmo. Y menos mal que tuve bastante cerebro para digerir semejante fárrago, al par que otras lecturas de actualidad como Tolstoi, Schopenhauer, Zola, Maupassant, Ganivet, Galdós...

¡Y me embebía en todo ello con fruición a pesar de que mis amigotes, estudiantes de Leyes y Letras me decían que todo aquello era pesadísimo!

Me enteré de hacer nudos marineros y conocer cierres de cañones y de la Iliada supe ver algunos valores humanos como aquellos de Héctor que al ir a coger en brazos a su hijo se asusta el niño del morrón y entonces el héroe sonríe, se lo quita y el niño reconoce al padre. Se me quedó grabada esta escena porque en una ocasión había llegado a Sevilla un regimiento de Lanceros que usaban cascós con penachos de crin, al mandar hacer alto para que hombres y caballos se refrescaran, se destacó un soldado dirigiéndose a un grupo de campesinas una de las cuales llevaba un pequeño en brazos, y el soldado, que sin duda sería el padre lo primero que hizo fue querer coger al niño pero éste se horrorizó del penacho negro y el soldado se lo quitó y volvió a coger al niño para besarlo. Esto de que a través de tantos siglos se repitiera idéntica tal escena, me resultó maravilloso. La he conservado siempre en la imaginación como ejemplo definitivo de realismo de valor eterno en que el Arte se eleva hasta la Naturaleza, de valor eterno tan sencillo, y que sobrepuja a lo imaginativo.

Todo este hartazgo de lecturas sin la menor disciplina tal vez hubiese podido producirme empacho, pero no fue así. Lo digerí casi todo perfectamente y ello por si mismo fue sedimentándose y ordenándose. En fin: que si con la Pintura tuve la suerte de orientarme con la Literatura también me ocurrió obtener alguna formación, que dió como resultado mi repulsión por lo mediocre. Pare-

cía natural que dadas estas circunstancias y aficiones, yo fuese un niño sabihondo y un pedante, puesto que nunca leí otra literatura que clásicos, pero nada más lejos.

Yo era muy mal estudiante y más que nada indisciplinado, de una parte por mi natural independiente, y de otra porque cuando no me convencía un profesor no lo seguía ni lo toleraba. Además existía la falta de interés por las materias a cursar, y también la flojera, la comodidad. Me complacía más estar en el montón que lucir en primera línea. Tanto me daba estar el primero como el último, siempre he tenido bastante conmigo mismo. Mis maestros solían decir, como ya he explicado que tenía capacidad, pero que carecía en tal grado de amor propio que no tenía medio de olvidarme. En cuanto a dibujo o pintura, tampoco hacía casi nada. A veces me proponía dibujar en casa copiando láminas, pero bien pronto me aburría, otras veces frecuentaba una clase de dibujo en el Instituto donde era profesor un señor muy culto y simpático que me puso unas láminas de paisaje a punta de lápiz que yo copiaba con interés y que él me corregía exaltando algunos valores con rayas fuertes y espontáneas que me satisfacían.

Todo este intelectualismo estaba ligado con el juego, el potro, la granujería y los toros. El toreo y el flamenquismo me encantaban. No perdía corrida. Ya he explicado como ví tomar la alternativa a Mazantini un día de la Ascensión que diluviaba y el público de tendidos aguantaban los chaparrones y asistí a la competencia entre Manzini y el Espartero, y conocí a Frascuelo que con los pies clavados dejaba que aquellos torazos le rozaran con los cuernos los alamares, y ví picadores como el Chuchi, Agujeta, Badila y Chato.

Si no era marino sería pintor.

Me matriculé en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla donde ya estaba cursando mi amigo Bertendona. Dibujo del antiguo, Paisaje, Perspectiva, Anatomía. Sólo asistí a Paisaje y Perspectiva, en las otras clases ni puse los pies en ellas.

El profesor de Paisaje era un pobre señor muy caballero y agradable pero como pintor una nulidad y como profesor más todavía. Era de aquella escuela, ya pasada de moda, en que se componían los paisajes por apuntes y el colorido por sentimiento o recetas, todo con cierto sabor flamenco y de estilo romántico. Algunos paisajes de éste y otros profesores de la Escuela a los muchachos nos

producían risa. A mí me puso a copiar un paisaje al óleo de una coloración horrible. Él me corregía muy comedidamente diciéndome: Esta bien pero más caliente. ¡Qué diablo! A mí me gustaba más la gama fría.

Aunque a Sevilla no había llegado ni mucho menos la modernidad Impresionista ya procedían los pintores directamente del natural con arreglo a la influencia de Fortuny, que era lo que me atraía y mucho más cuando yo, ya apreciaba el paisaje en la Naturaleza; de modo que encuanto acabé de copiar aquella carbonería que me había puesto, no volví a poner los pies en la Escuela.

Los compañeros eran todos muchachos modestos hijos de menestrales. Trabajaban por la ilusión de los premios, y llegado el concurso me preguntaron si yo presentaba, y desde luego les dije que no. ¡Iba yo, un señorito, a quitarle diez duros a uno de aquellos infelices!

Me encaminaron algunos amigos al estudio de Don José Arpa, gran colorista al parecer de los jóvenes y que estaba en boga entre ellos, llegué allí como discípulo y me puso a dibujar del yeso. Me hacía copiar la pieza y lo que la rodeaba, fuesen telas hojarasca u otras cosas y yo hacía de todo aquello una carbonería bastante fullera que él decía que parecía que tenía color.

Fue Arpa joven simpático, tenía gran visión de pintor y una gran práctica por haber comenzado como pintor de batalla.

Esto de la pintura de Batalla, que yo alcancé, era cosa curiosa. Databa de hacía siglos cuando de Sevilla salían cargamentos de cuadros para las nuevas iglesias de América y ya en tiempos de Murillo se estilaba hacer esta pintura ligera en los talleres yendo cada vez a mayor descuido y decadencia. Posteriormente substituía al cromo y otros procedimientos modernos aún en pañales, y era muy divertida. Aparte de vírgenes y santos todavía alcancé yo un humorista que ganaba con estos cuadros un dineral. Yo no le ví trabajar, pero según referencias, ponía los lienzos en el suelo apoyados en la pared. Él dibujaba y pintaba las manos y su madre hacía los fondos. Había algunos graciosísimos. Un torero por el aire partido por la mitad de una cornada y por dentro colorado y con pepitas como las sandías. Otro era un inglés mirando con una lupa un trozo de bacín. Otro un militar bigotudo que tiraba del sable al sorprender a una señora sentada en el so-

fá con el amante, y otro en fin, “El sacrificio de Isaac” con Isaac arrodillado en una pila de troncos y Abraham con una escopeta de chispa apuntándole. Desde una nube estaba un ángel orinándose en la cazoleta de la escopeta y así, mojada la pólvora impedía el sacrificio. De milagros había cosas muy notables y graciosas. Un Cristo con un brazo desclavado desde la cruz le hacía el quite a un picador caído en descubierto. ¡Qué sé yo! Pero lo importante en aquella pintura, aparte de los asuntos, es que en ella se conservaba la tradición de la Escuela Sevillana. La preparación de las telas, como dice Pacheco en su Arte de la Pintura, y los colores a emplear los mismos y con la misma obtención y la pintura en pucheros. En muchos cuadros de estos había rasgos que recordaban la antigua escuela.

En el Puerto de Santa María estaba el pintor Rodríguez Losada, el último de nuestros pintores que conservaba la tradición. Lastima que su desorden económico no le hubiese permitido trabajar y dejar una obra más detenida e importante. Hago este inciso por si después no lo recordase y también por venir a cuenta en lo que atañe al panorama pictórico sevillano cuando yo empecé.

Arpa había sido pintor de batalla, lo que le había dado gran práctica y seguridad por la presteza con que tenía necesidad de dejar cuadros de una vez concluidos. Con esta habilidad y su alegría paleta consiguió realizar el sueño dorado de todos los aprendices de pintura de aquella época de Sevilla. Ir a Roma. Aparte del Arte antiguo allí en Roma estaba Fortuny tras cuya luminosidad y preciosismo iban todos imantados. Además allí estaba Don José Villegas, gran colorista, hijo de un barbero de Sevilla. Villegas era célebre, las acuarelas se las quitaban de las manos, sus cuadros de historia habían alcanzado precios fabulosos. Con su práctica, sus ejercicios continuos en la Academia Española de Roma y su contacto directo con obras de Fortuny y Villegas regresó Arpa a Sevilla donde había entonces una porción de pintores medianos que hacían pintura de negocio, y lo más en boga era el flamenquismo cuyos motivos interesaban mucho a los ingleses, que eran los que compraban, porque en Sevilla, como no fuese algún retrato, ni encargaban ni adquirían apenas otras cosas. Sobre estos pintores mediocres descollaba Don José García Ramos que dentro de su género era un dibujante agudo y con gracejo especial en sus cuadros y dibujos. El Conde de Aguiar, Andrés Parladé, un clasicote que a veces llagaba a lo magnífico, pero desigual, y más diletante que pintor de oficio, Gonzalo Bil-

bao, cuyo nombre ya formaba parte de la consideración concedida a la pintura moderna. De París tras largos años de ausencia había regresado Don José Jiménez Aranda, el virtuoso de la línea, el académico serio y seco. Había otros como Mantoni y dos o tres más cuyo nombre no recuerdo, que si no grandes pintores eran bastante cultos y conocedores sobre todo del arte antiguo. Con estos elementos, refrescados por visitas de extranjeros había en Sevilla campo suficiente para un joven pintor.

Arpa, aparte de su visión y alegría colorista, era un pintor empírico y casi analfabeto, de lo que naturalmente, se resentían sus conceptos y su obra y como tampoco era académico, allí no se hacía otra cosa que copiar lo que se tenía por delante. Un realismo al buen tuntún. Y esto no lo hacíamos sólo dentro del estudio sino también al aire libre con las cajas de apuntes que con tanta gracia hacía mi maestro y los que yo llegué también a cogerles la embocadura (13).

Así seguí con mis dibujos al carbón y con mis apuntes y alguna tela al aire libre con un efecto de sol. Desde un principio parecí bien y aquel aprendizaje de la pintura era para mí más que trabajo una juerga. Arpa aunque me llevaba quince años estaba en plena juventud y le gustaba divertirse tanto como a mí. Había yo hecho gran amistad con mi maestro, llevábamos al estudio a otros amigos y como casi nunca faltaba alguna modelillo que animase la reunión, allí nos estábamos después del trabajo tomándonos algunas copas (cuando no, botellas de Manzanilla o Montilla, concluyendo con frecuencia por irnos a comer a algún restaurante y continuar la diversión.

Mis amistades habían cambiado. Ahora era la peña del café, en su mayor parte estudiantes de Derecho y de Letras, y el ateneo. Mis relaciones eran más entre universitarios que entre artistas, pues en realidad en Sevilla, esto de artista, era poco más o menos oficio de menestrales. Había que oír cuando alguna persona de viso me preguntaba por mis estudios y yo le decía que me dedicaba a la pintura.

– Será por afición solamente – me replicaban – porque en que cabeza cabe que una persona distinguida vaya a tener esa profesión.

¹³ José Arpa Perea, 1858-1952, fue uno de los pintores del medio ambiente en el de plenoirismo de Alcalá de Guadaíra en la que Javier de Winthuysen participó a temporadas. Escuela de Alcalá de Guadaíra, 263.

Como ya dije alterné la pintura con las lecturas y el deporte. Mis favoritos eran el billar y el remo, pues la equitación y la esgrima las dejé al morir mi hermano. El deporte fluvial me atraía por lo que tenía de marinero, para lo que yo tenía grandes disposiciones. Un río como el Guadalquivir no es tan fácil de dominar como parece y yo pilotaba tan bien un esquife, como era fuerte y buen remero, y lo mismo manejaba la vela. Yo recorrió el río en época de grandes avenidas y en cierta ocasión con un ciclón que no me hizo zozobrar gracias a mi intuición marinera. Yo hubiese sido un gran marino como mis antepasados de haber alcanzado aquellas épocas.

Pero mi verdadero oficio en aquellos tiempos, oficio que sobreponía a lecturas, pintura y deportes, era... ¡El Amor!

En aquellos tiempos me eché una novia para pelar la pava por la ventana. Yo tenía dieciocho años y ella catorce. Yo era un hombre que afeitaba barbas, y ella era frágil, morenita, cuando andaba parecía un pajarillo y cuando hablaba parecía que cantaba, resplandeciendo en ella dos ojos garzos deslumbrantes.

Mi padre cuando la conoció me dijo: - ¡Es un jilguero! –

Era tan bonita que las desvergonzadas cigarreras que solían zaherir a todos los señoritos, cuando se cruzaban con nosotros nos requebraban diciendo:

¡Qué pareja! - ¡Pincel de Murillo! – y otros grandes elogios.

Ella era una morenita sevillana y yo un sevillano rufo a lo bálon, como dice la copla cervantina.

Una novia en Sevilla ¡en aquella Sevilla! era algo especial pues si en todas partes lo es, allí se superaba con aquello de pelar la pava por la ventana. Qué noches de verano envueltos en perfumes de jazmines y madreselvas, o de invierno arrebujado en la capa, y siempre en invierno, verano, primavera y otoño, en un beso sin fin. ¡Cinco años! duró este amor, cinco años en que abrazaba aquel cuerpo frágil sin que me importaran los hierros que la ilusión borraba.

¡Qué atrocidad de amor!

Pero ¡Qué lástima! No había más remedio que dejarla. En mis circunstancias un matrimonio hubiese sido desdichado y, na-

turalmente toda mi familia luchó por salvarme de la hecatombe y me enviaron a Madrid.

Pero no sirvió de nada, pues apenas regresé a Sevilla volví a mis amores. Ya no era solo por la ventana, sino los paseos nocturnos por el río en las noches de verano, en los plenilunios cuando los peces saltan como diamantes entre chispas de plata. Qué preciosas excursiones en mi esquife. La madre de ella, alcahueta con cara de babucha, que esperaba por si resultaba algo de todo aquello, se quedaba esperándonos en el club, y nosotros navegábamos río abajo, ya remando ya dejándonos arrastrar por la corriente o cobijándonos bajo los juncos y los álamos. Y así llegamos hasta el agotamiento, de tanta poesía realizada.

Me criticaban mucho porque la muchacha era una señoritinga modestísima de esas que llaman cursis, sobrina de un sacristán. Al fin las críticas, el hastío y que ella se echó otro novio para darme hachares en una de mis ausencias a Madrid, me hicieron dejarla.

Una ausencia de Arpa cortó el hilo de nuestras relaciones y yo que estaba deseando ir a mayor altura logré entrar como discípulo en el estudio de Gonzalo Bilbao.

En aquellos tiempos la sección de Bellas Artes del Ateneo, había organizado una academia para dibujar las noches el desnudo. A ella concurrían los maestros Jiménez Aranda, que decía “que iba a despuntar el vicio”, Gonzalo Bilbao y otros varios al par que una porción de muchachos. Se trabajaba bien y, como en el estudio de Bilbao presidía la seriedad, fue esta época para mi bastante propicia. Estaban entonces en boga León Tolstoi y Taine y un grupo de jóvenes comenzaba a sacudir la pasada incultura. Entre los chicos de entonces estaban González Agreda, de Jerez, otro pintor original, el Conde de Casa Chávez y allí conocí y estreché amistad con Juan Ramón Jiménez que era entonces un muchachito muy delicado y elegantillo y que no dibujaba con carbón como hacíamos todos, sino con lápiz en un bloc, pulcramente. Hasta años después no publicó su primer libro “Ninfeas”, que me envió desde Madrid con cariñosa dedicatoria y una carta contestando a mi felicitación y sorpresa en la que entre otras cosas me decía que había dejado el dibujo, porque: “que se le iba a pedir a una línea de carne grosera”. ¡Lástima que Juan Ramón Jiménez no hubiese sido pintor! no hay ni ha habido en España

quien haya legado las impresiones andaluzas que él dejó en su “Platero y yo” ¡que releo desde hace medio siglo!

Aunque de modo muy distinto, también descolló mi otro amigo Antonio Lozano (14) con el que en mis discusiones de arte llegaban los gritos a las nubes, pero que no podíamos pasar el uno sin el otro. Era el hombre de talento más bruto que he conocido.

Con Paco Bertendona, Lozano y otros fundamos la Escuela libre de Bellas Artes de Sevilla, y yo fuí su presidente. Allí también trabajamos mucho con el modelo desnudo. Los maestros iban por allí, a corregirnos, pero los dueños éramos nosotros que teníamos el estudio alquilado.

El Centro de Bellas Artes tenía una exposición de pintura permanente y el Ayuntamiento de Sevilla había concedido unos premios para los que los jóvenes habíamos conseguido que no hubiese jurado, sino que fuesen concedidos por votación de todos. Se convocó Junta General, se procedió a la votación y se otorgaron los premios muy acertadamente y con el beneplácito de todos, pero estábamos en los momentos de la declaración de guerra a los Estados Unidos y Don José Jiménez Aranda que presidía, se sintió patriota y pronunció una arenga que no era hora de premios sino de emplear dinamita y que su importe había que destinarlo a la suscripción nacional. Los ya premiados se quedaron defraudados, pero nadie se atrevió a contradecir excepto yo, que tomé la palabra y dije, que aquella acción patriótica estaría muy bien, pero que el dinero de los premios concedidos pertenecía ya a los premiados y que si el presidente consideraba que el Centro debería contribuir a la suscripción nacional, que la encabezara él y que los demás contribuyesen con lo que quisieran o pudieran. Se armó el gran escándalo: los unos me aplaudían mientras los otros vociferaban indignados de que la propuesta se aprobase por aclamación. Aquello duró un rato y como yo temía que los muchachos acabarían por ceder me levanté de mi asiento y les grité: ¡Vámonos! y me retiré de la reunión seguido de un grupo numeroso. Lo de menos para los viejos era el patriotismo, lo que pasaba es que estaban furiosos conque hubiésemos logrado el concurso prescindiendo de su intervención como jurados

¹⁴ Lozano Isidro, Adolfo, Priego de Córdoba, 1872-... 1935. Pintor e ilustrador gráfico. Adolfo Lozano Sidro—1872-1935, 1985. Ayuntamiento de Priego de Córdoba. Exma. Diputación de Córdoba. Información recibida de Isabel Linares, bibliotecaria del Museo de Sevilla. Atención de D. Ignacio Cano Rivero, director.

y que sin necesidad de ellos hubiese resultado tan justo. El caso es que con la escisión de los premiados no se atrevieron a tomar acuerdos y los premiados cobraron sus premios. Y lo que no me explico es como siendo yo tan respetuoso y tan corto de genio me atreviera a aquello, y si lo hice fue porque siempre me ha indignado lo avasallador y lo injusto, y porque, como yo no concursaba no me dolían prendas.

Pasó el asunto y los maestros no me guardaron el menor rencores y a Don José Jiménez Aranda lo seguí tratando hasta su muerte.

La Escuela libre de Bellas Artes acabó como el rosario de la aurora.

Gonzalo Bilbao era otra cosa que Arpa. Me hacía dibujar seriamente y pintar lo mismo. Hombre culto, de posición social, formado primero en Roma, pero recogiendo de París el impresionismo aunque con bastantes precauciones. No supo ahondar en ello y se quedó en un término medio. De un lado por no atreverse a resultar demasiado avanzado y de otro porque ponía más empeño en el lucimiento que en la esencia artística, y fue lastima porque su visión de pintor era soberana, pero no podía pasar sin medirse con quien estuviese en auge. En Roma, según referencias se ponía en la Academia detrás de Villegas, que era un brujo de la acuarela y lo imitaba de tal suerte que Villegas llegó a prohibirle que se situase junto a él. En mis tiempos era Sorolla quien le hacía sombra. Cuando se olvidaba de esas pequeñeces y hacía su oficio sin preocupaciones era cuando estaba bien.

Mi nuevo maestro a quien llevé mis dibujos y apuntes de paisajes, me prohibió pintar; haciéndeme dibujar del yeso pero de forma distinta de como lo había hecho con Arpa; de un modo más serio ajustado y racional.

Entonces trabajaba en su cuadro "La Siega" bregando en su ejecución afanosamente por conseguir aquella luz de pleno sol. Tenía su taller en una huerta y tan pronto bajaba con el cuadro para copiar al sol algunos detalles, como volvía a subir al taller para acomodar lo que había pintado; y esto lo hacía no sé cuantas veces durante la jornada poseído de gran nerviosismo.

Era un trabajador incansable. Yo no dibujaba en su taller sino en otra pieza contigua; y a veces me llamaba para saber mi impresión sobre lo que acababa de pintar. Por lo demás, siempre

me tenía a distancia aunque yo tenía gran amistad y confianza con sus hermanos pero con él solo guardaba una afable relación de respetuoso discípulo.

A pesar de su prohibición de pintar, una tarde en que el no había ido, vi al cruzar la huerta una carreta con los bueyes desuncidos que rumiaban una brazada de verde a pleno sol; y era tan atractivo el efecto que presentaba el asunto, que no me pude contener; subí al estudio por los chismes de pintar, y lleno de entusiasmo, manché una tabla. Dejé unos días de ir a trabajar y cuando volví encontré que mi tabla no estaba donde la había dejado y la estuve buscando en vano. No tenía a quien preguntar. Mi maestro estaba encerrado en su estudio y yo jamás lo molestaba. Me puse a dibujar. A esto abrió su puerta y me dijo: Venga usted que tenemos que hablar. Ví que mi tabla estaba en un caballete y me contó que habían estado ciertos señores a visitarlo y que lo felicitaron por la tabla creyendo que era suya.

- Hay que concluirla -, me dijo.

Me dijo que me envidiaba como veía el color. Me avergoncé de tales elogios, al día siguiente bajé a la huerta hice que me pusieran la carreta y los bueyes en la misma disposición y me puse a pintar. Pero ¡Oh desdicha! el cielo no estaba tan despejado, y ésto unido a mi impericia, determinó estropear en absoluto lo que con tanto acierto había logrado, de tal suerte, que lleno de furor le metí la espátula.

Por temperamento, siempre me ocurrían y me ocurrían cosas semejantes y por eso, andando el tiempo, no quiero que nadie vea lo que hago, ni recibir impresiones de nadie, mucho menos si son elogiosas. Con la edad he llegado a la conclusión de que yo no hago las cosas, sino que me salen. Ni siquiera puedo desarrollar mi acción cerca de la menor influencia extraña.

Todos los elogios de mi maestro eran bien halagüeños pero ni yo me daba cuenta, ni conocía el fundamento de lo que hacía, ni creía que tuviese tampoco tanta importancia.

Me fui en aquella temporada al campo en una finca donde estuve aislado una larga temporada pintando y leyendo Historia de España y Viajes de Frai Gerundio, que fueron los libros que encontré allí en la finca, que tenía una situación admirable cerca de Sevilla, en la Cuesta de Castilleja la Hacienda de Buenavista, y allí, completamente aislado, pinté varios paisajes y lo más notable

del caso es que sin conocer la pintura de los Impresionistas me resultaron del más fino Impresionismo, lo que demuestra que tal modalidad la da la Naturaleza cuando se llega a ella sin prejuicios y sin otro afán que el puro de captar sus ritmos. Cuando volví a Sevilla llevé lo que había hecho. Casualmente lo vió un experto extranjero y creyó que una de aquellas cosas era de cierto paisajista noruego muy de moda en la Europa de la pintura moderna. Zor o Zoya creo que me dijo que se llamaba. Yo no entendía de eso. Si yo por entonces hubiese completado mi formación en París seguro que me hubiese penetrado del concepto moderno, pero en Sevilla (incluso mi maestro) todo se volvía hablar del natural, de la exactitud al copiarlo y del verdadero fondo estético se quedaba uno en ayunas. Ni "Qué es el arte" de Tolstoi, ni la "Filosofía del Arte" de Taine eran bastante para explicármelo.

Aparecieron en Sevilla unos pintores que venían de París y decían que eran impresionistas. Zuloaga, Regoyos y no sé quien más. Entre la juventud despertó aquello una gran curiosidad. Fuimos varios al pabellón de un jardín que habían tomado como taller, y a Lozano y a mí nos pareció bien aquello. ¡La que se armó! Los maestros nos excomulgaron. Aquello era pernicioso y nosotros dos ignorantes nos dejábamos seducir por la novedad. Más tarde llegó Canals entonces pensionado por un marchante de París. Imitaba, según me dijeron a Renoir. Canals no me fue simpático y no sé si por ésto no lo aprecié debidamente. Yo seguía pintando como me salía. En mi casa me arreglé un estudio, trabajé bastante, tenía comodidad y medios suficientes y no me inquietaba lo más mínimo ni luchas ni afanes.

Mi padre me había dejado que convirtiese en estudio una habitación de la azotea de mi casa. Un precioso estudio que comunicaba con una gran azotea florida con pérgolas de rosales y jazmines, muros tapizados de hiedras, naranjos y nísperos y macetas de claveles. Jardín tan ideal era obra de mi padre que lo regaba y podaba. Inmediato a mi estudio estaba mi amplio dormitorio, así es que tenía dentro de casa una instalación independiente, bien servido y sin que nadie me molestara. Mi único interés era pintar y correr regatas a remo. Era un adorador del Guadalquivir, allí eran mis deportes. Allí pintaba y allí eran mis poéticos paseos en el plenilunio en precioso esquife con mi novia... Bastante se me importaba a mí ser el primer paisajista o el último.

A par de esto seguía mis aficiones taurinas aunque en otro orden. Aunque yo era joven tenía gran amistad con un empresario que tomó la plaza de Sevilla organizando unas preciosas novilladas con las cuadrillas de "Faico" y "Minuto" dos espadas jóvenes, toreros finísimos. Los domingos después de almorzar me iba al hotel donde el empresario se alojaba y allí con otros amigos tomábamos café y nos entreteníamos en jugar al "monte" hasta la hora de la corrida que veíamos cómodamente desde el burladero reservado donde nos llevábamos una damajuana con fresca sangría; luego a la noche, solíamos reunirnos en el café de los toreros.

Otra fase más tenía mi vida. Mis hermanas hacían que las acompañase a ciertas reuniones distinguidas, donde hasta bailé "rigodones"; valsar no pude jamás. Pero como dije antes, poco me importaban las señoritas. Verdad que las de aquellos tiempos con sus mangas de jamón, sus vestidos largos, sus sombreros llenos de lazos, plumas y aun pájaros y frutas sus bustos prisioneros entre ballenas no tenían para mi mucho atractivo, aparte de que yo estaba hecho a lo picante, a lo libre y me gustaban más las flamencas, las de barrio con sus faldas airoosas, sus pañolillos de espuma, su contoneo y su desvergüenza y gracia.

Aquella casa a donde solíamos ir a las reuniones era de Don Manuel Urdáiz uno de los señores más notables de Sevilla, pero él no hacía vida familiar ni se le veía nunca en aquellas reuniones o visitas. Más como yo frecuentaba la casa a otras horas, lo conocí. Era un señor aristocrático, rico, de gran presencia, y de una cortesía exquisita. Se levantaba a las dos o tres de la tarde. Almorzaba un puré y bajaba donde tenía su valiosa colección de pinturas para contemplar sentado en un sillón aquellas obras maestras o ver como trabajaba en ellas un restaurador que tenía a sueldo. Era un adorador del Arte, había llegado a reunir Velázquez, Grecos, Murillos, Rubens, etc., pero entre todos descollaba una tabla que no llegó a clasificarse. Era una Virgen con un Niño y en un ángulo unas frutas. La composición evidentemente era italiana y la época del XVI. Hubo quien dijo que era de Leonardo, pero eso era disparatado. El cuadro tenía todo el empaste y corrección de un Rafael, pero más gracioso, y el paisaje del fondo, muy concluido, parecía alemán. Yo creo recordar aquel valioso cuadro y mi parecer es que se trataba de algún pintor norteño de tanta fuerza como un Durero que lo había pintado en Italia influenciado por lo de allí. El resultado es que se trataba de una ta-

bla maravillosa y que Don Manuel estaba tan enamorado de ella que a veces se pasaba horas en contemplación. Pero este señor tenía dos vidas muy distintas. Llegada la noche se iba a los colmados con otros amigos del mismo jaez, todos de alta consideración social, aunque admitieran entre ellos algún torero o artista famoso. Eran grandes manzanilleros, y las fiestas concluían en el coto de Don Manuel, que era una casa donde había unas muchachas lindas y alegres, una especie de serrallo para su uso particular.

Allí se congregaba mucha canalla de bailadores, guitarristas, cantadores graciosos de oficio, gitanos, que en las mayores borracheras respetaban a Don Manuel y sus amigos y ¡Ay! de ellos si no lo hacían. Porque Don Manuel a pesar de su edad madura era fuerte, ágil y poco le importaba estrujar a cualquiera de aquellos granujas como a una sabandija. En realidad era él extraordinario en todo. Dentro de su casa el caballero más cumplido y ceremonioso, fuera de ella un loco de atar.

Dicen que de joven era muy buen administrador de sus cuantiosos bienes y con una gran energía y decisión por aumentarlos. Cuentan que cuando por la amortización de los bienes del clero salió a subasta una dehesa inmensa que poseía, tomo posesión de ella en la siguiente forma. Tenía Don Manuel una jaca preciosa que era la envidia de todos los caballistas. El alcalde del pueblo donde estaba enclavada la dehesa a que me refiero, era un campesino ricachón, estaba enamorado de la jaca, y había hecho a Don Manuel grandes ofrecimientos. En la toma de posesión de los terrenos del Estado, actuaba dicho alcalde como notario. Llegado el momento se presentó Don Manuel montado en su jaca y el alcalde le dijo:

-De modo que se ha traído usted la jaca para hacerme rabiar -. Y Don Manuel le contestó con su más refinada cortesía.

-No señor, la jaca la he traído para regalársela a usted en recuerdo de este día .- Ante tal rasgo el alcalde se sintió aun más espléndido, aunque a costa del Estado y replicó a Don Manuel.

-Pues vamos a marcar la linde y todo lo que ande la jaca en todo el día será para usted - Esto para quien no conozca el espíritu de Andalucía parecerá fantástico, pero es en absoluto real.

La señora de Don Manuel, que era de la más rancia estirpe de la nobleza española e italiana, tuvo una herencia de millones de

liras y Don Manuel fue a Italia a cobrarla. Allí enloqueció evocando el Renacentismo. Cuentan que daba banquetes servidos por mujeres desnudas, lluvias de rosas, orquestas...en fin que tras dos años de orgías tuvo que mandar a por dinero después de haberse gastado la herencia de su mujer. Y lo notable es que a ella no le parecía mal tales rasgos. De esto ya no se curó jamás, el dinero salía a manos llenas de sus bolsillos sin contarla. No había disparate que no cometiese y las anécdotas referentes a sus locuras no tendrían fin.

Durante un viaje coincidió sólo en un departamento con una señora muy simpática que llevaba un canario en una jaula: hizo de él un sinnúmero de elogios que Don Manuel escuchaba atentamente aunque muy cargado y aburrido. Y concluyó por sacar al pajarito de la jaula, ponérselo en un dedo y obligar a Don Manuel a que hiciese lo mismo. Entonces Don Manuel cogió al canario con plumas y todo lo masticó y se lo tragó. Luego tuvo que sujetar a la vieja que en vista de tanta locura quería tirarse por la ventanilla.

Tenía Don Manuel una dentadura soberana, partía las copas de cristal sin herirse. Visitando un cortijo le hizo frente un mastín al descender del coche, Don Manuel contestó a los gruñidos del perro con los suyos, hasta que los dos se acometieron y rodaron por el suelo, y el mastín acabó por salir huyendo chorreando sangre de los mordiscos de Don Manuel.

Cierta madrugada organizó una procesión que él presidía desnudo con su manto de Caballero de Santiago y todos los amigos y la chusma totalmente desnudos hombres y mujeres con hachas encendidas.

En una exhibición de figuras de cera saltó sobre la escena y devoró las figuras. Su don de gente era extraordinario. Yo coincidí en su casa en ocasión del juzgado embargarle. Los recibió en un gabinete mientras yo estaba en otro con la familia toda volada sin saber como terminaría aquello. Sonó la campanilla, fue el criado y volvió diciendo que el señor pedía unas botellas de jerez. Al poco tiempo volvió a pedir lo mismo y al abrir la puerta se escucharon grandes risotadas. El final fue que todos salieron tambaleándose y abrazándose a Don Manuel a quien decían:

-Nada, lo que usted quiera, y a su disposición...

Se le ocurrió vadear el río Guadaíra con el coche, pero se fue al fondo y dos de las mujeres que iban dentro, se ahogaron.

No se concibe como se permitían semejantes atrocidades y locuras; más como los hijos varones tuvieron ese ejemplo también eran por el estilo. El mayor salió de alférez de la academia de Caballería destinado a Húsares, pero cuando se vió ante el espejo con aquel uniforme de chaquetita corta que acusaba más aun su trasero que lo tenía muy grande, se encontró ridículo, se despojó de aquellas galas, las tiró y pidió el retiro.

El otro era un alférez alumno de Artillería. Certo día no tuvo ganas de asistir a clase y envió decir que se encontraba enfermo, pero como no lo creyesen mandaron al médico que lo encontró muy amodorrado y acurrucado en la cama y como vió que no tenía mal alguno lo amonestó diciéndole:

-No me atrevo a decir lo que estoy pensando de usted, señor alumno -. Y el otro saltando del lecho le replicó:

-Hace usted bien en no atreverse porque iba usted a salir por la ventana. Otros dos eran aficionados al toreo y por el mismo estilo. En cambio las señoras de la casa eran todas finísimas y de un alto nivel moral.

Mi amistad con ellos y ellas era casi familiar y otro tanto me ocurría entre otras personas de distinción. Hubiese podido ser un pollo a la moda y haber hecho un matrimonio que asegurase mi posición social, pero ni pensaba en ello.

Todavía tuve otra derivación se me ocurrió meterme en negocios asociado con cierto amigote que era el tipo más original y bestia que he conocido. Se trataba de surtir de madera a una mina para las entibaciones, yo era muy amigo del ingeniero jefe y el pedirme mi amigo una recomendación para él fue el origen de ésto. En realidad yo pude haberme limitado a poner dinero, pero quise ver como se hacían las cortas más que nada por ver aquellos paisajes. Fuí allí y me dió tal pena de ver como abatían aquellos preciosos pinos, que aunque el negocio era bueno desistí de tener intervención.

Muerte de mi padre

Por aquel entonces llegó a Sevilla un jesuita que parecía un muerto en pié, todo seco, se le adivinaba la calavera, y era tuerto, pero con todo ese aspecto resultaba al tratarlo tan atrayente que

conquistó a muchas muchachas de la buena sociedad para hacerlas monjas, entre ellas a una hermana mía que valía mucho, esta tiró de la otra que era muy guapa y tenía gran partido, y al fin, se llevaron también a la tercera. El tal jesuita fue también mi confesor y todo esto acaecía cuando mi padre estaba ya al final de su vida, con ochenta y pico, quedando en casa sólo mi madre y una sobrina y yo.

Aunque mi padre era de avanzada edad se conservó bien como ya expliqué al hablar de él, pero ya estaba muy decaído. Yo no dejo de considerar la picardía de que mis hermanas se fueran al convento en tales condiciones dejándole a mi madre toda la carga de mi padre enfermo. La religión es bien acomodaticia. Eso de "Abandona a tu padre y a tu madre, coge tu cruz y sígueme" será todo lo que se quiera, pero yo creo que mayor cruz hubiese sido para ellas asistir a mi padre que irse a las Reparadoras. Entonces yo no le dí a aquello importancia. Mi padre sí, sus hijos varones menos yo, habían muerto, y las hijas lo abandonaban. Certo día de Corpus cuando me preparaba para irme a la calle entró mi madre en mi cuarto toda descompuesta a decirme que mi padre tenía un vomito de sangre. Fuí a su cuarto y allí estaba lívido con la cabeza sobre la almohada y de la boca salía la sangre perdiéndose en las barbas blancas. Corré a la calle en busca de un médico y mandé criadas que buscasen otro, pero la procesión del corpus y la aglomeración impedía el movimiento, no hubo medio de tener un médico, pero un poco de hielo bastó para cortar la hemorragia. Envista de tal gravedad se le dió la extrema unción que recibió en un sillón sentado. Al ir a ungirle un pie, me llamó y me dijo:

-Acuérdate que luego me ponga en esa rozadura que tengo un poco de aceite de almendras dulces -. Los que le oyeron decían que estaba delirando.

¡Quiá! Les contesté yo. Lo que pasa es que se encuentra bien y él se cuida siempre de esas cosas pequeñas. Efectivamente al otro día estaba en pié frente al espejo haciéndese la barba. Era magnífico.

Se había conservado bien hasta cerca de los ochenta y tres años, tan bien, que cierto día al entrar yo en la azotea jardín lo hallé de pie sobre la baranda del patio arreglando unas enredaderas, y me dió tal miedo que me volví a marchar sin que me sintiese por temor a distraerlo y que se le escurriera un pie. Bien es

verdad que no dejaba de practicar tales ejercicios, pues tenía la manía de cerrar su habitación sin tener en ella nada de especial que guardar. Le tenía puesto un candado de cierre automático y como era muy distraído, frecuentemente se dejaba la llave encerrada, más como el balcón lo dejaba abierto, cuando volvía se pasaba al balcón de su habitación desde el contiguo llamando la atención de los transeúntes al ver un anciano en tales ejercicios, pero a veces me obligaba a mí a que lo hiciera, y claro es que yo obedecía, aunque haciendo de tripas corazón. Él en cambio tenía la cabeza muy firme y no había olvidado sus prácticas de guardia marina de trepar a las cofas y a las vergas.

Pero se le ocurrió a los ochenta y cinco años subirse en una silla para alcanzar la jaula de un pajarito, cayó se rompió la cabeza del fémur, y ya no volvió a levantarse más. Así postrado estuvo largo tiempo. Con ilusión de que la pierna no estuviera rota hacía que lo atendiera un masajista. A veces se animaba y atendía a visitas, pero otras cerraba los ojos y pasaba el tiempo amodorado. Estando así me llamó para que me acercase y me dijo:

- Me parece que me voy a morir, ponme ahí en la mesilla un buen vaso de vino por si me dá miedo. Practica que tenían los viejos marinos al entrar en combate. Otro día me hizo que le llevase papel y pluma para dictarme un testamento que comenzaba diciendo:

En el nombre de Dios todopoderoso, y seguían las disposiciones dejando por partes iguales algún dinero que tenía en el banco. A mí además me dejaba la plata y de las monjas decía que les perdonaba la falta que con él cometieron. Y luego firmó aquello que yo escribí y que no tenía fuerza legal alguna. Yo lo sabía pero daba igual, no lo quise molestar con observaciones. En mi casa se habían ido gastando las rentas y varias herencias y solo quedaban las dos fincas vitalicias de mi madre y algún dinero en el banco que con la firma de un cheque en blanco era bastante para recuperar.

Estando yo en la terraza haciendo un estudio me mandaron llamar porque mi padre se agravaba. Lo encontré con una fiebre intensa y sin conocimiento; le tomé el pulso, fueron aumentando los latidos hasta constituir una carrera loca, luego comenzó el descenso como un tren que llega a su término y concluyó por pararse. Así acabó tan noble caballero.

Cesó para mí la angustia de aquella agonía de la que recogí hasta el último latido. Vestimos el cuerpo con un hábito viejo que el fraile había llevado. Cerré sus ojos, cruzamos sus manos sobre su pecho donde pusimos un crucifijo, y lo dejamos tendido en otra cama limpia con la capucha echada y salí a respirar.

Luego entré a verle. Era como una escultura de marfil de singular belleza disecadas sus bellísimas facciones. De aquel carácter tan bravo, tan noble, y al par tan autoritario no quedaba más que la expresión de paz, de santidad, de belleza, de lo que constituyó siempre su esencia.

No lo he olvidado nunca.

CAPITULO QUINTO

De los veinte a los veinticinco - Los maestros y el Conde de Bagaes- Mi nueva casa- La casa de los Cepero - Zuloaga - Iturri-no - Canals - Mille Sandeau - El patio de las de "Anguita"- Rego-yos.

A los maestros hay que escucharlos atentamente y luego recapitular sobre lo que han dicho y abstenerse de seguir sus enseñanzas hasta estar completamente convencidos. Es decir, todo lo contrario del voto de obediencia jesuítico. Es el único medio de encontrar nuestra personalidad.

Jiménez Aranda decía:

-Cuando usted dibuje un cuerpo no se entere de cómo es el tal cuerpo. Usted no debe de ver sino las líneas que si están en su sitio reproducirán el tal cuerpo tal como usted lo ha visto. Cuando se dibujan cuerpos separados, hay que atender tanto a la silueta de cada uno de ellos como a la silueta de cada espacio.

Como se verá estos enunciados son distintos del proceder clásico, el cual estudia la mensura de los cuerpos, su Anatomía o constitución, sus proyecciones perspectivas, sus posibilidades de movimiento y mediante el conocimiento y la razón reproduce lo que imagina sirviéndose de la materialidad del modelo sólo para estudiar, no para llevarlo al cuadro.

-El modelo-decía don Eduardo Cano como pintor del romanti-cismo-destruye la inspiración del artista.

Lo que decía Jiménez Aranda, pintor naturalista, nos llevaría al dibujo fotográfico. Para él lo esencial era el dibujo y añadía:

-El color es de sentimiento.

Es decir que según él el dibujo sería un mecanismo que no merecía la pena de trabajarla a ojo pudiéndolo hacer con una máquina. Pero tal proceder nos desvía del Arte en todos sus sen-tidos puesto que no es hacer por reglas ni por inspiración o sen-timiento.

¿Y por qué hacer esa distinción entre el dibujo y el color?

En Arte tan de sentimiento es el color como el dibujo, y si no, sólo hay que mirar juntos dos buenos dibujos de Durero y Rubens, y aunque los dos representen lo mismo habría que ver la diferencia enorme del sentir de cada cual.

De otra parte que conceptos más diversos entraña el dicho de Goya. "Siempre línea nunca forma".

La forma podrá darla la observación directa, es decir podrá obtenerse empíricamente, pero yo creo que no. Para obtener la forma se ha necesitado de la Ciencia. El Arte primitivo es plano.

Y lo mismo ocurre con el claro-oscuro y lo mismo con el color. Se puede en todo llegar empíricamente, pero sólo se asegura mediante la Ciencia. Con proceder clásico, y tanto en forma como en color, pues antes del Impresionismo hubo atisbos del color en Ticiano, en Rubens, en Greco, en Velazquez, en Murillo, en Goya, atisbos que no prevalecieron porque no existía Ciencia en que apoyarlos como ocurre más tarde con el espectro solar, con la observación de los complementarios, con todo lo que ha informado el Impresionismo aportando el color a las otras aportaciones de la Ciencia. Proyecciones, perspectiva, etc.

Tal modo de proceder para dibujar no es clásico ni académico, sino realista o naturalista.

Los Impresionistas también proceden así, pero mirando de otra manera, pues lo de Jiménez Aranda es un análisis paciente. Paciencia grande se necesita para hacer un cuadro "Messonier".

Tenía Don José Jiménez-Aranda un cuadro expuesto y como viera a unos señores mirándolo detenidamente y hablando entre ellos, se acercó para escucharles y oyó que uno decía:

-Y qué paciencia-y el otro le replicaba.

-¡Qué paciencia!

Y don José amostazado les preguntó:

-Pero ¿nada más que paciencia?

Claro que en sus cuadros había otras cosas, pero la paciencia resultaba de relieve.

En sus últimos tiempos quiso ser luminoso y pintaba unos paisajes hoja por hoja y sombras de sol moradas que parecía que habían derramado vino tinto.

Decía que el color era de sentimiento, pero él carecía de ese sentimiento para el color y para el dibujo mecánico también.

Andando el tiempo y tratando con muchos impresionistas mediocres, he podido ver que con el color ocurre también como con el dibujo.

Recuerdo que Rusiñol al mostrarme un cuadro suyo me dijo:

-Le faltan los amarillos.

Anglada Camarasa en su época de calidades usaba unos tubos de cobalto que costaban un dineral.

A cuantas tonterías se presta el Arte.

Como es natural a Jiménez-Aranda no le gustaba Goya hablando del cuadro de la familia real decía que las piernas parecía que estaban llenas de algodón y es que ignoraba que el rey se las llenaba y que lo mismo hacían los cortesanos por imitarlo ¡Qué no supiese Goya dibujar una pierna! Véanse las de los aguafuertes a punta de cincel.

Jiménez-Aranda tenía una habilidad enorme dibujando. Sin levantar el lápiz del papel era capaz de trazar la silueta del modelo y decía:

-Esto que hago yo no tiene mérito, porque yo miro el modelo, luego miro el papel y veo allí el modelo reproducido y no tengo más que pasar el lápiz por las líneas.

Y en verdad que sus dibujos parecían hechos por una cámara lúcida.

Pero a pesar del mecanismo tenían su carácter ¡Hay que ver lo secos y angulosos que eran!

Gonzalo Bilbao era muy distinto.

Era un pintor muy bien dotado. Un enamorado de su arte con una gran inquietud de avance y de modernidad, y sin querer perder el nexo con lo clásico y aún con lo académico.

Era un verdadero señorito Liberal-Conservador, que en sus tiempos era lo elegante; pero le faltaba talento y no es que no lo tuviera, pero no el suficiente ni cultura profunda tampoco.

Era pintor de *partí-pris*. Iba a París todos los años, como los modistas, a ver las que se llevaba, a traer las modas.

Fue colorista, costumbrista, luminista y hasta impresionista, rayista y puntillista. Fue de todo, todo lo moderno que alcanzó, siempre en pugna por destacar. Siempre celoso, ya de Villegas, ya de Sorolla, ya de Zuloaga y por último ¡hasta de Velázquez!

Dejó una obra importante, pero pudo haber llegado a más si no se hubiera pasado la vida queriendo ser mejor que otro, con lo cual sólo conseguía coger defectos de los otros y privarse de su personalidad.

Fue mi maestro desinteresadamente, me inició en el movimiento moderno hasta donde él lo alcanzaba, me favoreció y me perjudicó bastante.

A pesar de sus viajes anuales a París nunca le oí hablar de los impresionistas. Sólo hablaba del Salón oficial donde él tenía medalla., pero del Impresionismo nada. No sé si lo desconocía o le parecía anarquizante, o si por cálculo se quedaba en ese justo medio...

Cuando yo ví su pintura por primera vez (1892) preparaba unas telas para la exposición oficial de Madrid. Cinco cuadros preciosos llenos de luz y de color. Pintura de Aire Libre, que no me atrevo a juzgar ni los he vuelto a ver.

Cuando yo fuí a su estudio como discípulo (1893) trabajaba en el cuadro de “La Siega” como ya dije, efecto de pleno sol muy logrado, distinto al sorollismo, pintura de más enjundia, más sólida, más trabajada.

Dicho cuadro figuró por entonces en el Salón de París y quiso adquirirlo el estado francés, pero no sé por qué motivo Bilbao no aceptó. Figuró después en la exposición nacional de Madrid. Se le discutió mucho. Decía cierta crítica que la luz no era un motivo pictórico por sí misma. Se le quiso desgraviar con una condecoración por haberle negado la primera medalla, que bien la merecía. El cuadro como pintura lumínica era maravilloso, y muy por encima de lo que entonces se hacía. De entonces data su pugna con Sorolla. Hizo Bilbao otro cuadro de motivo semejante, pero más anecdotico “La Recolección”, mucho más complicado de composición y detalles.

Luego abandonó el tema para dar más importancia al asunto de figuras, pintó entonces “Triste Antesala” que figuró en Berlín y

creo que allí fue adquirido, una réplica del asunto, pero muy superior, figura en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

Luego pintó *El Baile de los Seises* por encargo de Lord Rosbery. Un cuadro de luz artificial del interior de la catedral de Sevilla, de una pujanza de tonalidad, composición y ambiente extraordinario.

Concluido este encargo la emprendió con la pintura sorollesca haciendo varios cuadros entre ellos *“Las Cigarreras por el Puente de Triana”*, precioso cuadro lleno de luminosidad y de gracia.

En esta época coincidió en Sevilla Ricardo Canals y visitó varias veces el estudio de Bilbao. La opinión que le mereció a Canals, según él mismo me dijo, fue que Bilbao sabía muy bien su oficio. Yo creo que había mucho más que eso que Canals le conocía. El gran pecado de Gonzalo Bilbao fue el mostrarse celoso de todos y el no querer nunca seguir caminos que pudieran parecer de ideas avanzadas y sentido revolucionario. Lo sacrificaba todo a ser persona de buena sociedad. Conservador aunque en el fondo vibrando de inquietud y esto lo llevó a fluctuaciones incluso a salirse de sus ideales estéticos y mezclarlo con motivos como en su cuadro *“La Esclava”* de una filosofía barata y ajena a lo esencial pictórico como ya había ocurrido en *“Triste Antesala”*. No podía prescindir de los asuntos de cierta referencia del llamado cuadro de género y en ello incurrió incluso en su célebre tela tan lograda *“Las Cigarreras”* aunque en nuestro modo de ver eran mejores la serie de cuadros que hizo, como preparación, inspirados en la gran tela velazqueña *“Las Hilanderas”* pero añadiendo la modernidad del divisionismo de color, peligroso divisionismo que daba lugar a que cierta gente chocarrera de su Sevilla que parecía hecho el cuadro con sopa de hierbas... pero lo que a mí desmerece es el motivo de la maternidad. Una sensiblería que no viene a cuento y en pugna con el carácter del cuadro las figuras tratadas académicamente.

Aún decayó más en obras posteriores en que quiso superarse con una falsa despreocupación de carácter, pero él ¡revolucionario! Como las grandes telas lumínicas de la procesión del Rocío...

Y él no quiso figurar y seguir el Impresionismo, por no parecer desentonado con lo instituido claudicó contra sí mismo con un pretendido avance carente de significación.

Fue una pena de posibilidad artística malograda que con otra ética (sin ella es imposible la realización completa del Arte) puede ser que hubiera elevado España al nivel del Arte Universal. Hubiese dejado una escuela y con su prestigio y su situación social hubiese servido de barrera al arte de pandereta sevillano.

Mi maestro Bilbao era un virtuoso trabajaba como un condenado, y digo como un condenado porque siempre lo hacía rabiendo. Tenía la manía del grueso de color y de la pincelada larga.

A mí me decía constantemente:

-¡Hay que trabajar! ¡Hay que trabajar!

Lo que no me hacía mucha gracia porque si yo me dedicaba a la pintura era por creer que la pintura no es trabajo.

Decía también cosas absurdas y en contraposición con sus conceptos, como por ejemplo:

-Haga usted el tronco de ese árbol que parezca una fotografía.

En una ocasión en que yo pintaba un patio de Sevilla, que tenía como es costumbre un toldo, me corrigió diciendo que no debía suprimir los cordeles por que eso indicaba que el toldo se corría y se descorría. ¡Qué la casa estaba habitada! Todo lo cual me importaba un pito.

En resumidas cuentas que todo lo que necesitaba de mis maestros no lo tuve, y lo que aprendí fue en los Museos las Bibliotecas y en el trato con los camaradas. Pero sobre todo en la soledad del campo...

Más rastro dejaron en mí mi infancia las observaciones del restaurador Bertendona ante los cuadros antiguos o el salvajismo de Iturrino o el estudio que hice del Greco del Museo de Sevilla, con ocre, negro, marfil, almagra y laca de garance, como el retrato tiene en su paleta, que todas las zarandajas y asiduos trabajos.

Mi compañero Soro trabajaba día y noche y cada vez lo hacía peor.

Otro conocí que pintó una flamenca muy bonita y le encargaron otras iguales, y pintó tantas, que la última para buscar distracción la pintó con la cabeza para bajo y los pies para arriba y des-

pués le dio la vuelta al cuadro y estaba tan bien. Digo estaba tan mal como la primera.

El Conde de Bagaes

Cuando después de los sucesos del Puerto mi familia se trasladó a Sevilla ya estaba allí mi tío Bernardo que al heredar el título y caudal había pedido su retiro de capitán de Artillería casándose con Doña Carmen Sánchez Arjona y Cabeza de Vaca, hija de los Condes del Álamo, gente también adinerada y tanto ellos como mi tío muy pagados de su nobleza y de sus bienes, y que como es natural figuraban a la cabeza de la aristocracia de Sevilla.

Los funerales de mi padre fueron ostentosos, como solía serlo en Sevilla, pero las circunstancias de acompañarme en el duelo mi tío el conde de Bagaes, hizo que desfilara ante mí toda la aristocracia sevillana y luego, mi tío el conde se creyó en la obligación de guiar me y protegerme. No tenía yo por él demasiadas simpatías, era un buen señor encasquillado en sus millones y su esposa una aristócrata extremeña buena persona y llena de ese orgullo con capa de modestia de que tanta gala hacen las personas de alta alcurnia, que conmigo era de una amabilidad exquisita. Por añadidura habían la caducidad del título de conde de Winthuysen, que yo logrando una posición fácil de conseguir, podía haber rehabilitado, pero la verdad es que por la educación y el ejemplo que había recibido de mi padre, las grandezas no me atraían aunque sí el bienestar y la belleza.

Fallecido mi padre tomé el gobierno de nuestra casa soslayando en lo posible la influencia de mi tío el conde, que para mí era un señor algo pesado. Las personas que me rodeaban consideraban mi pintura como un bonito entretenimiento. Salvo excepciones, en Sevilla existía una incultura funesta, y pintores no eran más que tipos humildes habilidosos, y así era en realidad, excepto algunos pocos los había hasta analfabetos. Pero mi obsesión era pintar, dejar en marcha la casa de mi madre y sobre todo, irme a París. Dejé bien organizada nuestra casa, alquilamos la que hasta entonces habíamos vivido en buenas condiciones, yo tenía la ilusión de tener una casa antigua sevillana y mis amigos los López Cepero, que tenían la pinacoteca más importante de Sevilla, me ofrecieron junto a ellos en el barrio de Santa Cruz, entonces sin ridiculizar, una casa de su propiedad de estilo barroco del XVIII pero con la elegancia que le da en Sevilla el sentido mudé-

jar. Un portal con puertas de roble y clavos dorados, un patio con columnas y losas de mármol blanco. La escalera amplia de mármol rojo, que yo luego realcé con un gran cuadro de escuela del Ticiano, que adquirí gracias a mis conocimientos de arte por muy poco dinero, un jardincito con una tapia baja separaba de otros mayores con grandes árboles y dando a él un comedor en que podía entrar el sol a raudales. Un salón isabelino con buenos muebles, habitaciones y servicios cómodos, que todo decorado por mí se convirtió en precioso palacete. Cuando invité a sus dueños para que la vieran la encontraron desconocida. Mi tío estaba fuera y cuando volvió se mostró admirado por nuestra instalación casi suntuosa. Al par de esto arreglé cuentas y contratos asegurando una renta con superávit. Pero el complemento para mí era la proximidad de la casa de los Cepero, mis grandes amigos. Eran tres hombres solteros muy originales. La gran casa tenía un amplio patio de ladrillos y azulejos y en el centro un surtidor con taza de mármol labrada de gran tamaño que derramaba en una estrella de grandes azulejos rodeada de macetones de bojes y palmeras. Las correderas del patio tenían las paredes ocultas con tantos cuadros que sólo dejaban lugar para ventanas puertas. Los amplios salones bajos también macizos de cuadros y lo mismo se repetía en el piso principal. Al fondo de la casa un jardín renacimiento completaba el empaque señorrial.

Habían otros hermanos que estaban casados y fuera de la casa. El mayor enloqueció, el otro era un espíritu chabacano que sentía odio por la antigua casa y por los cuadros. De los tres que allí habitaban el mayor sólo salía a la calle para ir a misa. Las plantas y las flores absorbían su atención y fuera de los amigos que frequentábamos la casa no se le conocían ni amores ni amistades. El menor era poco inteligente. Sólo el mediano tenía un gran conocimiento, buen sentido y algún trato social. Eran sobrinos del célebre deán López Cepero contemporáneo de la invasión francesa. Un canónigo rico de formación dieciochesca versado en Artes y Ciencias. Al tanto de los robos y desmanes de las tropas francesas de ocupación en Sevilla, hizo acopio de pinturas salvadas en saqueos y destrucciones formando no sólo la importante colección que la casa encerraba, sino otra igual puesto que tenía dos sobrinos y partió entre ellos la fortuna. En la colección de Sevilla había mucho cuadro malo y mediocre, pero entre tantísimo montón de obras las había de Greco, Velazquez, Zurbarán, Murillo, Herrera, Pacheco, etc...., y entre los extranjeros Rubens y

otra porción de flamencos y holandeses, alemanes e italianos. El padre de mis amigos había hecho viajes a París, cambiando algunas obras españolas por extranjeras y las tenía todas bien clasificadas y apreciadas. Aunque en los últimos años habían cambiado tanto los gustos que había obras de grandísimo valor casi despreciadas. El segundo de los Cepero que como digo era bastante inteligente, de haber tenido otro genio hubiese podido elevar el rango de aquel verdadero museo. Yo le hice algunas insinuaciones, pero era un apático. Gustaba de muchas obras de las que tenía, pero gustaba más de aquel conjunto tradicional que la casa representaba visitada continuamente por extranjeros, que adquirían las mejores obras e iban quedando las malas. Para mí lo más importante era el empaque de la casa su patio y su jardín donde entraba y salía como en casa propia y tenía siempre telas que pintaba.

En esta época (1901) llegó a Sevilla Iturrino con su pintura desordenada y brutal, pero con una visión que me sedujo y que tal vez fue el origen de un cuadro lleno de luz y frescura que pinté en aquel jardín y fue muy celebrado. Mi obsesión era irme a París. Estábamos en unos tiempos de afán de europeización. Mi madre me dejaba hacer, mi tío quería contenerme. Lo acertado hubiese sido quizás haberme limitado a visitar el extranjero sin perder la vida sevillana pero yo aspiraba a ir allá y saturarme de aquello. La bohemia era una enfermedad de moda yo no me explico aquella atracción porque mi vida en Sevilla no podía ser más fácil. Reducidos a vivir mi madre y yo, porque mis hermanas estaban en el convento y la sobrina aún en el colegio, la existencia era para nosotros pacífica y ordenada, pintar como quisiera y divertirme bien me divertía pero a pesar de todo decidí irme a París.

Mi tío que lo que debió hacer fue pagarme el viaje lo tomó de otro modo. Trató de convencerme de que desistiera de ir diciéndome que Velázquez no fue a Italia hasta ser un gran pintor. Con lo pesado que era la tomó con lo de Velázquez y ya me tenía hasta el pelo refregándome a Velázquez, hasta que un día me cargué y le dije:

- Velázquez fue un semidiós, pero por eso no voy a ser yo un pintor mediano-, que era lo que él me daba a entender y le añadí sin duda desconsideradamente:

- Es lo mismo que si yo le nombrara a usted continuamente a Napoleón, porque fue como usted oficial de Artillería, pero Napoleón llegó a Emperador y usted no pasó de capitán.

Mi actitud me desvió de mi carrera de personaje social...pero fuí a París.

Zuloaga (Escrito en 1945, a la muerte del maestro)

Hace ya medio siglo (1902) aparecieron por Sevilla unos pintores impresionistas llegados de París y se establecieron para trabajar en un pabellón de los jardines de la famosa Casa de Pilatos.

La noticia despertó entre los que comenzábamos a practicar el Arte, una gran curiosidad. Conocer París, sus famosos salones, las tendencias modernas, y la bohemia de Montmartre, era nuestro sueño dorado.

En aquella época había en Sevilla notables maestros: García Ramos, Jiménez Aranda, Gonzalo Bilbao...pero la enseñanza que recibíamos era sencillamente académica y sólo teníamos vaga idea, conociendo la existencia de Manet, Degas, Renoir, etc., sólo por revisas que llegaban a nuestras manos.

Llenos de curiosidad fuimos algunos al taller de la Casa de Pilatos. Uno de aquellos pintores era Zuloaga; un vasco fornido y atlético que pintaba en grandes lienzos gitanas, cigarreras y toreros. Pintura amplia, sintética que a nosotros acostumbrados al cuadro de caballete detallado, nos desconcertó de momento. Aquello no eran las flamencas y toreros que solíamos ver pintados...Uno de los que nos acompañaba pretendió iniciar una discusión con Zuloaga diciéndole:

Porque ustedes los impresionistas...

Y Zuloaga lo atajó despectiva y bruscamente:

- ¿Qué impresionistas? Para mí no hay más que pintores buenos y pintores malos.

Zuloaga se enamoró de Sevilla. Dejemos a un lado los detalles pintorescos de su aprendizaje en la escuela taurina etc., para ocuparnos de su pintura. En París había hecho ensayos de las tendencias más avanzadas, pero su temperamento le inclinó al

clasicismo de Manet. Greco, Velázquez y Goya eran los precursores del nuevo arte que el Impresionismo supo recoger, mientras que aquí en España a Greco se le tenía por un estafalario, a Goya se le perdonaba sus genialidades, y sólo a Velázquez, al pintor de la verdad, se le rendía tributo pero... para hacer todo lo contrario muy lejos de penetrar su esencia. El arte español se había ido alejando, desde el postgoyismo, de sus propios valores.

De Sevilla habían ido desapareciendo muchas obras clásicas que antes encerraba, pero aún tenía buenas muestras de Greco y Goya en colecciones particulares, y en su Museo y templos a Zurbarán, a Valdés Leal, a Murillo, el más popular sevillano aunque para el movimiento moderno no contaba... Los asertos del libro de Pacheco y sus recetas, podían comprobarse con sus propios cuadros y la tradición del tecnicismo clásico subsistía en la "pintura de batalla", que aún preparaba sus lienzos, hacía sus pinceles y molía sus colores como cuando Velázquez era aprendiz. Zuloaga escudriñaba con afán todo esto, produciendo aquella pintura fluida, sencilla, sobria, de su primera época, y que transcurridos los años había de transformarse con la fuerte materia y distintas modalidades que todos conocemos.

Yo no sé si la añoranza de aquellos tiempos de juvenil entusiasmo nos llevará a ciertas preferencias, pero no puedo jamás olvidar el retrato de Carmona, un maestro de tauromaquia, ni aquel bellísimo cuadro del paseo después de la corrida.

Desde aquella lejana época seguí de cerca la labor de Zuloaga ¡Qué pintor! Le ví trabajar alguna vez. No hacía bocetos ni dibujos previos. Le ví con asombro acometer una gran tela limpia y de cuatro trazos enérgicos caracterizar el modelo que tenía delante para seguir luego aquella gran composición. Esto, para cualquiera que sepa lo que es pintar, resulta algo inaudito, punto menos que hacer una arquitectura sin planos ni andamiaje. Yo no he conocido pintor más bien dotado. Me dijo que jamás hacía boceto porque en él se iba la frescura, la inspiración, la espontaneidad de la obra, pero a pesar de tal significación la incomprendición de los viejos pintores y también la envidia, se cebaban en Zuloaga. Cuando tuvo la ocurrencia de enviar a la Exposición Nacional de Madrid, metieron sus cuadros en "la sala del crimen": en otro concurso fue rechazado. A toda costa se quería eliminar de España al único pintor español mientras que su fama se consolidaba fuera de España, y el cuadro de la familia de su tío Daniel (en la actua-

lidad en el Museo de Boston) y la enana de la bola de cristal, se codeaba en el Luxemburgo con la Olimpia de Manet, pero aquí se decía que tales triunfos eran amañados...

En 1903 ví en el Salón de París aquel preciosísimo cuadro, tan precioso como perfecto, de las mujeres de mantilla ante el tocador. Todo el público del Salón se apretaba a contemplar la obra, y Zuloaga con su sencillez vasca, casi infantil de hombre grandullón, me dijo orgulloso:

- Me han ofrecido un banquete de trescientos cubiertos, se han ocupado de mí trescientos periódicos...

Zuloaga saboreaba sus éxitos como saboreaba sus cenas en las tabernas madrileñas hasta poco antes de morir. Era un gran gustador y un buen hombre a carta cabal. Sabía disfrutar de la vida y administrársela y no concebía que se la amargaran. Fingía por esto un desprecio, pero en el fondo le quedó el dolor de estas injusticias, hasta el extremo de que en una de las últimas visitas que le hice y recordando los antiguos tiempos, me dijo:

- Voy a hacer testamento pidiendo perdón por los triunfos que he tenido y por haber ganado algún dinero.

Desde aquella época sevillana no dejé de seguir su labor y de verle aunque muy de tarde en tarde, ya en Sevilla, ya en París en su estudio de Montmartre y desde la post-guerra del 14 en Madrid, donde ya no era el pintor perseguido, sino el prócer de quien reyes y príncipes se disputaban su pintura, pero este Príncipe de su Arte, guardó siempre sus preferencias por sus amistades íntimas, sus cenas en las tabernas, su afecto por sus modelos gitanos y toreros, todo esto sin el menor asomo de chulería sino con la conciencia de ser quien era y su amor infinito por lo racial.

Nada hemos de decir de su gran obra posterior a aquella ya lejana época puesto que no es nuestro propósito un estudio crítico ni aquí cabría, sino ofrecer estos recuerdos como homenaje al gran hombre que legó a España y al mundo entero la riqueza de su gran labor y a sus viejos amigos la tristeza de perderle.

J. Winthuysen, 1945

Ya dije que Ricardo Canals había pintado en Sevilla, hizo pintura muy deprisa, demasiado tal vez. Era Canals de esos engreídos que le miran a uno despectivamente. Vió un retrato clasicote que yo le hacía a Lozano y le pareció muy mal y tenía razón; era

una cosa sobada, pesada, negra, horrible. Pero cuando volví el retrato contra la pared, salió por la otra cara de la tela otro retrato de un niño en una gama verde a pleno sol que lo dejó bizco. Era una nota puramente impresionista superior a lo suyo.

También estuvo en Sevilla un dibujante bretón, Mille Sandeau, un artista interesante, pero el pobrecillo era muy apocado. Había venido a España con la preocupación de la Inquisición y de los bandidos. Me decía que en el hotel había dos curas que lo espían, que se reían de él y que le llamaban el pintor de las muñecas. Me mostró el dibujo de una gitana toda tiesa, y como yo conocía sus dibujos de movimiento le pregunté por qué no la había hecho movida y me contestó que ella posaba como quería y él no se atrevía a decirle nada y además le cobraba cinco duros, cuando lo que ganaban era dos pesetas, pero que estaba amenazado de muerte por los curas y los gitanos. Tenía también dos telas imitando a Iturrino. Yo le aconsejé que se volviera a Francia y así lo hizo. Luego lo encontré en París perfectamente nivelado.

También estuvo el doctor Carvallo y compró una colección de tablas antiguas. Como se ve sin haber salido de Sevilla había hecho mi aprendizaje y había tenido contacto con gente de París. Al disponer mi viaje pregunté a Zuloaga dónde y con quién se reunía allí y me contestó siempre con su énfasis, que él en París no se trataba con pintores españoles. Aparte de esta contestación grosera puesto que en Sevilla tan bien lo recibíamos, conmigo había tenido atenciones especiales, incluso trabajando delante de mí en su taller. Antes en anterior temporada había pintado en Sevilla y Alcalá sus telas más preciosas, "La Corrida de Toros", etc., conservando la fluidez y la distinción del Impresionismo de Manet con el más profundo acento en lo español castizo. Hizo un detenido estudio de Pacheco, del metier español supo penetrar a Velázquez, Greco y Goya. Tenía además una modelo sevillana muy fina y perspicaz que le daba incluso consejos de buen gusto. Por aquel tiempo por imitar a Goya, se hizo también torero. Ya había empezado a evolucionar. Pintaba un precioso cuadro de dos mujeres con mantilla ante el espejo que llevó al Salón de París, y allí estaba expuesto cuando yo llegué con todo el público del Salón agolpado ante él. Un éxito rotundo.

Por cierto que uno de los primeros días de llegar yo a París, me crucé con él en un sitio estrecho de los alrededores del Luxemburgo. Yo iba a pie y él en un coche descubierto. Como me

había dicho aquello de que en París no se trataba con pintores españoles, me limité a saludarle de paso, pero él mandó parar el coche, bajó y estuvo conmigo afabilísimo.

Salí de Sevilla en la primavera de 1903 antes de que comenzaran las fiestas y dejando en la exposición que aún estaba abierta, mi cuadro del jardín de los Cepero que alcanzó un triunfo.

ITURRINO

No quiero pasar por alto mi conocimiento con Iturrino, llegó a Sevilla y fue a vernos. Entonces tenía unas barbas largas en su rostro tostado brillaban sus penetrantes ojos claros, bastante alto y fibroso, exactamente igual que el retrato que le hizo un pintor belga (Evenepoel) y que se conserva en el Museo de Bruselas, y como la reproducción de él nos era conocida no tuvimos que preguntar a Iturrino quien era. Mostró ansias por ver lo típico, pero debíamos primero recoger a su mujer, que la había dejado sentada en la Plaza Nueva mientras nos buscaba. Fuimos allá. Yo esperaba encontrarme con una extrajera, ya sabía que era belga, y me hallé con una mujer con pañolón, destocada y con una flor en la cabeza, decía que la había vestido a estilo del país. Lo que gozó Iturrino en Sevilla es indecible. Pintó muchas y muy grandes telas. Tal era su entusiasmo que pasábamos por una calle de Triana y oyó que cantaban y hacían palmas en un corral cuya puerta estaba cerrada, miró por el ojo de la llave y me dijo entusiasmado:

- Calla, calla, que precioso es esto.- Y como llevaba un portabocetos se sacó unos pinceles del bolsillo del chaquetón donde llevaba también tubillos y en un periquete hizo un boceto precioso. Lo llevé de paseo por las afueras. En un ventorro estaban muchos caballistas tomando vino. Iturrino tenía pasión por los caballos, se acercó a curiosear uno de ellos que le gustaba y el jinete alagado le preguntó qué le parecía, y viendo su entusiasmo le ofreció que lo montara, fue una expectación(15) ver aquel tipo tan raro entre lo más típico andaluz. Estaba Iturrino loco con Sevilla, de la amabilidad extraordinaria incluso de señoritas que se ofrecieron para que las pintase. Quizás sus cuadros mejores sean los de ésta época, (muchos años después gestioné con el escultor

¹⁵ Se entiende que quiere decir: espectáculo.

Victorio Macho que el Museo de Madrid adquiriese alguno pero no hallamos acogida ni en Juan de la Encina). Me llevó a que viese un gran telón que había pintado lleno de figuras de mujeres con mantones de Manila, era una salvajada. Me dijo que se lo criticara y al hablarle del dibujo me atajó diciéndome que eso no le importaba. Me referí al color y me contestó lo mismo.

- Pues bien- le dije;- dígame usted lo que le interesa para referirme a ello.

- Que haga grande,- me contestó.

Grande sí que lo era y disparatado. ¡Qué lástima! Era como un potro cerril. Disfrutaba una pensión no tenía ni que administrarse y se lo gastaba casi todo en pintar. Hombre sincero, un entusiasta le quiso comprar dos cuadros y él le dijo:

- Bueno, este se lo vendo, pero este otro no me lo compro porque es muy malo.-

Las traía con Zuloaga. Nos reuníamos por la noche en un café, y Zuloaga se despachaba a su gusto con nosotros contándonos grandezas con su énfasis bilbaíno.

- Calla, no seas embustero, vas a decir que aquel cuadro te lo compró el Museo de Amberes cuando fuiste tú quien lo regalaste.-

No he visto dos temperamentos más distintos.

El Patio de las de Anguita

Hice amistad por aquellos años de finales de siglo pasado, con un dividuo que trajo para mí andando el tiempo muy malas consecuencias. Era una persona distinguida y modesta, de esas personas provincianas muy pagadas de su progenie, con dejos de elegancia, cultura y buen ingenio, y que viven de una renta modesta y se mantienen a fuerza de virtuosismos y abstinencias y me envolvió en su modo de ser correcto y escéptico. Carente del fuego juvenil, abstemio para el bien y para el mal, mediocridad inodora, incolora e insípida.

Él era abogado sin ejercicio, y yo...pintor también sin ejercicio porque casi nunca pintaba. Total dos señoritos de la clase media sin dos pesetas, aficionados al remo, y él al trato de niñas cursis. Esto de las niñas cursis constituía carácter en aquella época en que la mujer de clase media sólo tenía salida para casarse, o pa-

ra meterse monjas si no habían de concluir en viejas ridículas y hambrientas.

¿Han leído ustedes la Hermana San Sulpicio de Armando Palacio Valdés? ¿Recuerdan ustedes el Patio de las Anguita? Pues así era la reunión a que mi amigo asistía, y a la que concluyó por llevarme.

¡Divertidísimo!

Era la familia de un médico viejo que además tenía negocios de campo; y como él era de origen campero, aunque al par médico de talento, partero, gustaba de aquella doble vida.

Por la reunión no iba nunca, eso era sólo para la señora y los niños cuatro hembras y otros tantos varones, también médicos o camperos. Una familia verdaderamente notable y que luego lo fue mucho más consagrada por un torero.

Don José, que así se llamaba el señor, era bajo y rechoncho, con barbas blancas y andaba balanceándose y arrastrando los pies como si fuese cargado con su gran peso. Llegaba a casa a las nueve de la noche, cenaba rodeado de toda su chiquillería, se vestía su traje de campo, montaba a caballo y se iba a la huerta. Allí el capataz le daba cuenta de las faenas del día. Iba a los establos de las vacas, a las pocilgas de los cerdos, se sentaba frente al capataz, apuraban una o dos botellas de vino y echaban un sueño hasta las dos de la madrugada en que (16) se levantaba para vigilar el pienso de las vacas, y ver al amanecer el ordeño, las labores. Entrada la mañana montaba a caballo y regresaba a casa. Se acostaba y leía revistas. Se levantaba al hilo del medio día, se vestía de limpio y se iba a hacer la visita como médico. A la hora de almorzar iba a casa de los Luca de Tena, sus grandes amigos, y después de comer con ellos se quedaba sestando en el sillón, cuando se espabilaba seguía su visita médica y a media tarde celebraba en su casa la consulta y salía a sus múltiples negocios, sobre todo los pleitos, a los que era aficionadísimo y todos los ganaba por su propia iniciativa, según decía su abogado, de marrullero que era, volviendo luego a su casa a cenar, vestir de campo y montar a caballo, cerrando así el ciclo de su infatigable y fatigosa vida.

¹⁶Cuando es el equivalente en la lengua corriente.

Para las reuniones de su familia solo tenía bufidos, pero eran tantas sus ocupaciones y preocupaciones que dejaba hacer y hasta lo tomaba con humor.

Si notable era el señor, no lo era menos la señora. Católica, apostólica, romana, a machamartillo. Misa diaria, sin perjuicio de alguna novena, confesor jesuita, etc., todo esto para sí y adláteres, sin admisión de concesiones.

Catolicismo a la trágala, y en medio de esta beatería, siempre alegre, siempre dispuesta y transigente, siempre halagadora y haciendo trabajar y sin reparar en gastos. Espléndida en todo, espléndida y modesta. Metiéndose en asuntos que no le importaban de todas sus amistades, guiándolos, aconsejándolos, y hasta manteniéndolos. Era también casamentera.

Tenía entonces ocho hijos pero había tenido veintitrés partos. No le apuraba ni la enfermedad ni la muerte, y aquella vida sana y optimista, entregada por completo a la voluntad de Dios, irradiaba a toda la familia y a los amigos que formaban la alegre reunión de su patio en verano, y su salón en invierno donde todo el que entraba se consideraba en su casa con toda la libertad y confianza. Todo lo que se diga de la originalidad de esta señora se queda en pañales y de su vulgaridad e ignorancia también. Su salud estaba a prueba de bomba, sus veintitrés partos no habían hecho ninguna mella a pesar de sus medidas de higiene absurdas. Su conversación favorita eran sus embarazos y sus partos. Se metía en todo lo que no le importaba de propios y extraños y para todos tenía arreglos y procedimientos expeditivos. Una vez les hizo unos trajes de majos a los niños, y los llevó a casa de unos amigos para que bailaran, pero los niños se negaron a bailar. Entonces ella salió del salón y volvió con una escoba con la que les dió una soberana paliza a los nenes que tuvieron que bailar entre lágrimas. Cuando hacía la matanza, regalaba espléndidamente a sus amistades, y un año llegó a matar catorce cerdos.

En otra ocasión una familia numerosa amiga se quedó arruinada por la muerte del padre y ella les dijo:

- No hay que apurarse- y desde el día siguiente les mandaba una olla bien surtida, hasta que la familia se remedió y le devolvieron la olla porque no estaba bien guisada. Si el apuro era grande, tampoco se sobrecogía, se encomendaba a los siete

durmientes que eran santos de su devoción y que siempre estuvieron propicios a hacer los milagros más estupendos.

Andando el tiempo fue uno de sus hijos torero (17) famoso y como en una ocasión estaba lesionado por anterior cogida y tuviera que matar un toro de gran pujanza que todos temían, la señora se encomendó a la Santísima Virgen y cuando el toro feroz salió del chiquero, arremetió contra la barrera y se desnucó.

En la casa además del matrimonio y de los ocho hijos estaba la abuela, dos tíos y con frecuencia invitados. De los hijos el mayor, cursaba medicina. Se las daba de elegante y entre pollos elegantes tenía sus amistades y su presunción y osadía no tenía límites, hasta en el ejercicio de su profesión. El que le seguía era campero, gran caballista y garrochista. El otro que venía después fue el famoso torero, que murió de una cornada atroz en 1932. Otro enloqueció y el otro medio torero medio caballista. Las hijas muy divertidas y simpáticas, graciosas, feúchas y feas del todo. Una murió muy joven, otra fue religiosa otra fea y atrayente murió enferma ya madura y la otra, la mayor, fue la que me tocó en suerte por desgracia y de la que naturalmente quiero hablar.

Se comprende que se haga un disparate por amor, porque el amor constituye a veces una obsesión, una enfermedad que el paciente no sabe evitar por sí mismo, pero llegar al disparate del sacrificio de la vida sin estar enamorado ni cosa parecida, es una estupidez inconcebible.

Me zambullí en el patio de las Anguitas, muy pintoresco, muy cómodo, estaba allí como en mi casa. Como años después vivíamos en el pueblo yo me pasaba la vida en Sevilla, estaba en aquella casa continuamente invitado, me llegó a envolver aquel ambiente entre ganso y cursi, tuviera la gracia que tuviera, y tan ajeno a lo que yo representaba.

Sin embargo mi desgracia la determinaron varias causas: primero el dejar correr los sucesos impremeditadamente. Segundo mi poltronería y tercero un prejuicio de caballerosidad improcedente.

El amigo nefasto a que aludo (18), fue el que me condujo a aquella casa pintoresca en la que entré como en una ratonera.

¹⁷ El famoso torero fue Sánchez Mejías.

¹⁸ La forma correcta es: al que aludí.

Mucho me ha costado. Me ha costado lo más que puede costar socialmente y en la vida privada un matrimonio desigual. La pérdida de la significación social que ofrece la calidad de los enlaces, y las posibilidades económicas. Fracasos sin cuenta en mi vida artística y una persecución implacable cuando al fin me separé de ella; pero semejantes resultados ni se vislumbraban al entrar yo en aquella casa tan divertida.

Las reuniones en el patio o en el salón eran lo cotidiano, pero además había los extraordinarios. Carnavales, casetas de Feria, etc. Aquello era un derroche de alegría. Una porción de muchachas lindas las unas, graciosas las otras. Una despreocupación social que no podía hallarse entre gente distinguida y una falta absoluta de interés cultural. La sociedad aristocrática de mi tiempo era insoportable, ceremoniosa, fría con las niñas encorsetadas que daba lo mismo cogerles la cintura que cogérsela a un caballero armado. Siempre acompañadas de la inevitable mamá y la influencia jesuita... Esta vida social era bastante sosa, y yo no sentí nunca atracción por las señoritas distinguidas.

La gente cursi era otra cosa. Imitaban a la gente elegante, pero en el fondo se movían con mayor libertad y naturalidad. Aquellas fiestas en que corría el vino y las bromas más familiares eran divertidísimas.

Mi modo reservado de ser me llevó a cultivar un trato más asiduo con una de las niñas la cual me dijo un día, que si había de hacer de ella una distinción, hablase con su madre y nos considerásemos en relaciones. A lo que le contesté que eso no lo hacía porque yo no estaba en condiciones de casarme, y por lo tanto ni comprometerla ni comprometerme.

Claro que al llegar a este punto, que era como asomar la cabeza a la ratonera debí de haber cortado en absoluto mis visitas, pero como de aquello no se volvió a hablar más y me hallaba muy cómodamente y divertido en aquel ambiente en que no era sólo a la niña que se consideraba preferida por la que yo cultivaba preferencias, pues dejé correr la situación hasta que las circunstancias me fueron empujando a resultar lo que no quise ser nunca. El novio. El ridículo novio, y novio por añadidura de una mujer a la que sí, tenía simpatía y afecto, pero ni pasión ni amor, ni conveniencia me movían.

Pero por entonces otras causas me empujaron. Una de ellas fue que aficionado a mi mediocridad, pensé que para una vida mediocre aquella mujer podía ser para mí conveniente. Mi falta total de ambiciones sociales y aún profesionales y económicas me hizo concebir cierta vida de paz modesta. Dentro de esto no dejé de razonar la cuestión. Yo tenía una situación económica modesta pero suficiente para enfocarla a mis aficiones. Quise vivir explotando un negocio de huerta muy sencillo y del que estaba bien enterado. Esto resolvía mis aficiones a los cultivos al par que mis aficiones paisajistas de pintor. Tenía los medios suficientes para emprender el negocio, pero. ¡Infeliz de mí! Se me ocurrió consultar con mi futuro suegro... cuya vida era tan difícil para atender a los dispendios de la familia y que se hallaba en aquella ocasión agobiada, y al ver que yo podía servirle de ayuda, con el dominio y picardía que lo caracterizaban, me convenció de que en vez de emprender tal negocio por mi cuenta, era mejor ayudar al suyo ya en marcha, ...su negocio ya en declive ayudado por unos años de sequía, dió al traste con mis escasos medios, que aunque no representaban gran cosa, constituyó el origen de mi ruina.

Unirse a otra persona de situación social y educación (19) inferior pensando que así se resuelven los propósitos de modestia que uno tenga es un error completo, porque uno busca a esa persona inferior atento a la propia modestia, mientras que ella ha buscado a la superior, atenta sólo a sus pretensiones, y no hay inteligencia posible.

Falta de inteligencia que tiempo y circunstancias se encargan de agravar. Claro es que mi familia y mis buenas amistades veían muy mal todo aquello, pero no pude encontrar una persona que me hiciese consideraciones, sino quien me contradijese que era tanto como echar leña al fuego, dado mi carácter y circunstancias.

Yo en la Sevilla de aquel tiempo, era un señorito de buena familia en una posición que me permitía vivir como hijo de familia y aún figurar algo en sociedad. Esto y cualidades físicas y morales, me ponían en disposición de aspirar a todo. El patrimonio que yo podía allegar, era bien escaso y profesión bien puede decirse que no tenía ninguna. Los muchachos de situación semejante a la mía, solían hacerse abogados, militares, ingenieros, pero yo no

¹⁹ Escrito a mano por la editora: "social y educación".

era nada de eso. Yo sólo era pintor. Pintor destacado, pero en la incultura de aquella Sevilla, esto importaba un pito.

Pintor, excepción hecha de Gonzalo Bilbao, podía serlo el hijo de cualquier menestral, y aunque por mí bien bebían los vientos muchas muchachas lindas y ricas, no entraba en mis cálculos que nadie me tomara por un pesca-dotes, y envuelto en estos prejuicios sacrificué mi conveniencia y muchos años de mi vida.

¡Quién sabe! Después de todo hice de joven una vida divertida. Procedí como me dió la real gana, no tuve a nadie que me mandase e incluso en la necesidad y en la pobreza, he tenido una consideración social. Consideración que por añadidura, ni busqué nunca, ni nunca me importó. Fuí siempre un cultivador del *Ego sum qui sum* y en los concursos degustaba abstenerme, pero tomando en ellos parte mentalmente, para mi convencimiento de que podría triunfar. Pero no me llamaba la atención de ser del “vano dedo señalado”. Siempre he tenido bastante con mis ideas idealistas, y en realidad no me he quedado sin comer.

Pero nadie está libre de que lo tiente el demonio, y ya maduro encontré a mi paso a una muchacha linda. Ya había encontrado varias, pero ésta fue excepcional, y entonces ví a mí alcance aquello que podía yo haber tenido. Amor, conveniencia, gusto y regusto. ¿Y por qué no había de atraparlo? Y ya en éste plan Mefisto hizo todo lo demás fácilmente.

¿De modo que yo que había sacrificado mi conveniencia a comportarme bien, había de tirar ahora a rodar todas las leyes divinas y humanas con que yo mismo me había atado?

Pues ¡así fue! Y lo mismo que antes me sacrificué a ciencia y conciencia, a ciencia y conciencia rompí luego todas las conveniencias. Diciendo con el orgullo del Caballero Andante: “Mis fueros son mis bríos y mis pragmáticas mi voluntad”.

Toda la gente joven imagina su novela conforme a sus deseos y aficiones. Yo imaginaba llegar a ser un héroe marino como mis antepasados y era tal mi excitación que a veces acuchillaba las puertas a sablazo limpio. Otras, mi temperamento de artista me llevaba a lo místico o a lo bucólico y pasaba desde tomar un barco al abordaje hasta plantarme un huerto como Frai Luís, pero lo que no ideé nunca (a pesar de gustarme tanto las muchachas) fue ser un Tenorio y menos aún un Fausto.

Tenorio, menos mal, pero Fausto y su trato con Mefisto me repugnaba, y lo que es el destino, tomé la apariencia de Fausto y poco me faltó para imitarlo.

Pero había diferencia, y yo no tuve que hacer tratos con Me-fistófeles para que me volviera a la juventud porque a pesar de llegar a los cincuenta, no la había perdido, ni tenía que valerme de malas artes para matar a nadie. Primero porque no sentía tales deseos y, segundo porque puesto en el caso me bastaba yo mismo. Fausto me repugnaba.

Yo no engañé a mi Margarita, lo que hice fue ceder a sus encantos y si estuve a punto de exponer mi vida no fue por deshonrarla sino por honrarla, y por honrarla me salté la ley, me salté la sociedad, y tuve la presencia suficiente para hacerme mis propias leyes y que al fin y al cabo me las respetaran propios o extraños. El tema podría ser bonito para una novela o comedia, pero la una ni la otra me importan y mucho menos ser actor, de modo que dejemos este asunto.

¿Qué más da?

Lo único que tiene trascendencia en el hombre es su obra, es decir la obra que deja y para tal satisfacción o quizás gloria he perdido el tiempo lastimosamente. Aunque también creo que da igual. ¿Qué hubiese supuesto el ser pintor famoso? Hay tantos pintores famosos que uno no se echará de más o de menos. Además yo tomé la lección de aquel alcalde de pueblo que al serle presentado como pintor notable, respondió tan grosero como escéptico...Vamos a dejarlo en regular.

Y la cuestión es que creo que tenía razón. Yo no paso de regular...por más que digan. El tal alcalde no tenía elementos de juicio pero acertó por intuición.

Que necios son los ditirambos que se aplican a los artistas. El noble, el ilustre, el inspirado...Cuando se trata de otras profesiones no suelen darse esos bombos necios.

A mí me avergüenza que me adulen, y además me pasa como al alcalde, que no lo creo.

Sea como sea mi papel en la vida se ha reducido a amar. Lo he amado todo y no he necesitado más que amar. Amar sin trascendencia. Amar por amar.

La acción no me ha interesado nunca, porque la acción siempre deja que desear para el actor o autor si tiene verdadero talento. Nunca se llega al deseo.

Recuerdo que una vez mi maestro hacía el retrato de un canónigo poeta y se quejaba como de costumbre porque no lograba hacer lo que anhelaba, y el poeta le dijo:

-Eso nos pasa a todos. No podemos llegar a nuestro deseo pero debemos conformarnos con lo que podemos hacer. Luego cuando alcancemos la gloria en la otra vida, entonces, usted pintará como desee y yo haré versos como quiera, pero nos estorba la materia. ¿No?

Y esa es la fuerza de los místicos, que están más cerca de lo espiritual que de lo material. Las ideas elevadas no pueden nunca desarrollarse sino en pureza.

Un pintor (en el alto sentido artístico) un poeta no puede hacer obra con otro fin que la satisfacción de hacerla, es decir de plasmar aquello que ha sentido, de dejarse fecundar por las ideas y engendrar, parir por dar forma a aquello de que se prendó.

Este idealismo lo llevé yo al amor. Yo nunca concebí otro amor que el de la virgen y ahora, cuando mi larga vida está en su ocaso y veo las bellezas que pasan ante mi pobre vista, todavía las amo aunque lo oculto cuidadosamente. No me atrevería a empañar tales bellezas con mi aliento viejo.

Nada de romanticismo, ni ruinas ni historias, ni lagunas palúdicas reflejando sauces... Soy realista, panteísta, sólo Naturaleza pero Naturaleza ¡en flor! O fruto recién maduro.

CAPITULO SEXTO

De los veinticinco a los veintinueve- A París- Lozano y Durrio- El Doctor Carvallo- Manolo Huguét- El Marques de la Vega Inclán - Los Salones- Los Impresionistas- El Louvre- París 1900- Siglo XX- París 1903- El Post Impresionismo- Concepto Impresionista- Académicos y Bohemios- Montmartre y Montparnasse- El valle de Arratia- Ensayo de pintura Holandesa que resultó moderna- A Madrid, a Toledo y al Escorial- Copia del Greco.

Ya expliqué el ambiente sevillano de comienzos de siglo donde entonces apareció Zuloaga con Regoyos y otro que no recuerdo, instalándose en un estudio y emprendiendo trabajos. Excuso los comentarios entre los pintores el grado que alcanzaron y lo que se diría del Impresionismo del que nadie sabía palabra. Creían algo así como si hubiesen llegado seres extraños de alguna isla desconocida. Unos fueron a verlos como a bichos raros, otros se informaban por las modelos, y todos convenían con que aquello no era pintura ni era nada, sino chifladuras estúpidas extranjeras, opinión en la que colaboraban los pocos sevillanos que solían visitar París, y excuso decir que los que no participaron de tal creencia, eran (20) excomulgados.

Yo fui a visitarles y no los encontré porque habían salido de excursión y a Regoyos nunca tuve ocasión de conocerlo personalmente aunque sí sus interesantes y originales obras, y él también conoció más adelante algunas mías y, según referencias mostró aprecio. Zuloaga volvió a Sevilla donde pintó algunos de sus cuadros de aquella su primera época semejantes, según pude apreciar más tarde a los de Manet inspirados en la clásica tradición española y que no me explico por qué los pintores de España podían encontrar extraños si no eran, porque ellos, se habían separado de lo español hasta perderlo de vista. La inquina que tenían contra él, era terrible. Verdaderamente, Zuloaga, personalmente, no se hacía muy simpático con sus exabruptos de infantilidad bilbaína despectiva, lo cual nada tenía que ver con la Pintura. Yo lo traté bastante y visité con alguna frecuencia su taller viéndole comenzar delante de mí algunos de sus cuadros, cosa excepcional. Jamás hacía bocetos sino que atacaba los grandes lienzos dibujando a grandes trazos las figuras con seguridad

²⁰ El presente histórico forma parte del estilo narrativo del autor.

magistral. Desde luego era hombre brusco, aunque conmigo no lo fue ni en Sevilla ni más tarde en París, donde coincidí con uno de sus grandes triunfos; pero entre ciertos pintores de Sevilla era terrible. Recibía también en su estudio a Vázquez-Díaz y Arismendi, muchachos muy jóvenes entonces y muy bien dotados; pero cuando llegamos un día, Zuloaga volvió la tela que pintaba contra la pared y les dijo que le habían contado que lo copiaban y no se debía copiar a nadie (¿) (21).

Zuloaga llegó a constituir una verdadera obsesión para todos, tuvo la ocurrencia de enviar un cuadro a la Exposición Nacional de Madrid y se lo colgaron en la “Sala del crimen” donde relegaron también a Regoyos; haciendo del nombre de éste una chabacana interjección. Cuando no gustaba algún cuadro decían:

-¡Regoyos! Que malo es ésto.-

Así andábamos en aquella época feliz, en la que los asqueados propugnaban la europeización.

Llegaron también como ya expliqué otros pintores. Canals que seguía los pasos de los primeros impresionistas, venía subvencionado por un “marchante”. Me interesó mucho su pintura, pero no simpaticé con él; en cambio trabó gran amistad con Lozano, el que lo introdujo presentándolo a Bilbao, que en el ex-convento de los Remedios de Triana tenía entonces el estudio y traía entonces entre manos una porción de telas de asuntos populares referidas singularmente a las graciosas y típicas Cigarreras, asuntos y modelos que, naturalmente atrajeron tanto a Canals como a Iturrino, y Canals frecuentó los Remedios.

Con esta serie de muestras, ya pude hacerme leve cargo de lo que el movimiento impresionista pudiera ser por más que eso mismo me instaba más aún, a desear conocerlo en sus orígenes. Lozano, Vázquez-Díaz y Arismendi ya se habían marchado a París, pero yo seguía atado por asuntos de familia a Sevilla. La impresión que me había quedado de Zuloaga, Canals e Iturrino fue beneficiosa aunque al haberse ausentado mis compañeros con nadie podía compartirla, pues en cuanto a mi maestro Bilbao había quedado resentido de ellos. Y ciertamente no tuvieron razón de ser con él despectivos, pues por una parte Bilbao incluso

²¹ Parece que el comentario sobre no copiar llegó a las fibras sensibles de la editora mecanógrafa, María Héctor.

les hizo favores y por otra, lo que estaba pintando entonces eran unas telas llenas de vibraciones y de ambiente.

Como ya dije, por aquella época 1900 murió mi padre y con mi madre y mi sobrina nos instalamos en la casa del barrio de Santa Cruz, contigua a la de los López-Cepero. Mi vida era de aislamiento y aficiones culturales y como por añadidura contábamos con renta suficiente, me hallaba sin más inquietudes que el afán que la producción artística acarrea; y si en el contiguo Jardín de los Cepero pintaba mis paisajes, en casa trabajaba con modelo.

De vez en cuando por cambiar de ambiente pasaba temporadas en Alcalá de Guadaíra. A pocos kilómetros de Sevilla, Alcalá de Guadaíra, se sitúa donde se interrumpe el llano con relieves calizos dando lugar a paisajes de un preciosismo original y variado. El río, con sus remansos o las cascadas de las azudas de sus viejos molinos árabes y de sus riberas de adelfos y álamos de plata; los huertos de naranjales intercalados entre la vegetación espontánea, los cerros con granados, almendros olivos y nopalos o los bosques de pinos tapizados de verde, salpicados de lirios y otra multitud de florecillas.

Y luego el pueblo todo enjabelgado de blanco donde jugaban los reflejos del sol y los crepúsculos con variedad de vibraciones inefables; y los patios de las sencillas casas encaladas y rebosantes de flores, limoneros, jazmines y mosquetas vistiendo las paredes. Y para completo regalo de los sentidos, durante las noches, como había tantas tahonas, se saturaba el pueblo de olor a pan cocido con el perfume del fuego de la retama y el pino resinoso.

Me hospedaba yo en una de aquellas sencillas casas que desde hacía muchos años era el albergue tanto de los pintores sevillanos como de muchos extranjeros que por allí desfilaron, así es que las patronas, aunque gente sencilla, mostraban admiración por la pintura y otro tanto ocurría con el pueblo y sus contornos de tal suerte, que a veces dejaba yo una tela empezada atada a un tronco en medio de un bosque, en la evidencia de que nadie la tocaría.

En cuanto a mi hospedaje casi siempre estaba sólo o a lo más compartiéndolo con un originalísimo pintor, Nicolás Alperiz, que era ferviente admirador de Jiménez Aranda, y que pintaba unos miniados (22) cuadros de figuras, generalmente de viejas y de

²² Cuadros que parecían miniaturas.

niños, más negros que el carbón; pero como éramos tan sumamente distintos me parecía que no me influiría y en cambio, era un cariñoso amigo, célebre en el pueblo, en contraste con su pintura, era alegre hasta lo infantil. Muy fuerte y robusto con las piernas muy cortas, hasta parecer enano, con ojos azules y unas grandes barbas rubias y cabellos largos que recordaban a Moisés. Aparte de la pintura tenía pasión por la caza y una escopeta que limpiaba y sobaba de continuo con la que solíamos salir a tirar al blanco con bala o a los pajarillos o ave frías. Otro crimen mayor cometí, a un perro que me estorbaba siempre que me veía cargado con los chismes de pintar, le metí un balazo por el codillo. Aún me remuerde la conciencia.

Nuestro yantar en el hospedaje era bueno y sencillo; algo de vaca y cordero, huevos cogidos en los corrales, espárragos trigueros que todo aquel campo producía, pescadillas y sardinas sí llegaban muy frescas, algún guiso de arroz con nuestra propia caza, migas y poleadas, y cuando teníamos invitados, una gallina rellena y asada en el horno vecino, plato que era la especialidad de nuestra patrona, y de postre las famosas bizcotelas rellenas, orgullo de la confitería alcalareña.

Yo pinté muchos paisajes y muy distintos de los que solían hacer otros pintores, a pesar de tantos cuantos desfilaban por allí (23), pero la mayoría de ellos eran obras inconclusas, pues sólo me interesaba recoger impresiones, aunque en algunos trabajé con mucha insistencia.

El deporte del remo constituía otra de mis pasiones y cuando no lo practicaba para correr regatas, lo empleaba para recorrer el Guadalquivir, solitario en mi pequeño esquife, ya contemplando las sorprendentes puestas del sol y haciendo apuntes de color o extasiándome dejándome ir con la corriente en las noches veraniegas de plenilunio. En tal época remontaban el río desde el mar, una especie de peces que en Sevilla se llaman “albures”, que saltaban de las aguas con frecuencia pareciendo en el aire como dijes diamantinos y al volver a caer en las tersas aguas, formaban en ellas círculos de plata, cuyas vibraciones se ensanchaban gradualmente hasta borrarse, algo así como una callada música inefable.

²³ Alcalá de Guadaira era, en la época de fin del siglo XIX, lugar pintoresco donde acudían a pintar los artistas de Sevilla y de otras ciudades españolas y europeas.

Lo que descolló en mi producción de entonces, fue un paisaje de jardín que pinté en la casa de los Cepero, unos macizos de lucientes bojes entre los que destacaban grandes árboles sobre la deslumbrante blancura de los edificios y del cielo azul, todo bañado de pleno sol. (1902 tenía 27 años) (24).

En este cuadro de factura tan galana como espontánea, a pesar de ser asunto tan sevillano, logré en absoluto prescindir de todo lo banal para quedarme sólo con la esencia pictórica.

Llegar en la Pintura al ideal que se persigue presenta una dificultad la mayor parte de las veces insuperable. El propósito que me guió en este cuadro, fue el que me propuse en otros sin conseguirlo, porque la Pintura presenta la gran dificultad de que aún descartado el concepto y el dominio del oficio, todavía quedan muchos accidentes que pueden determinar que la obra se logre o no se logre; vicisitudes en que entra en mucha parte suerte o desgracia; y es cuestión que se agudiza más al pintar directamente al aire libre, pues yo no he entendido nunca hacerlo de otro modo, puesto que lo que me atrae para pintar, no es lo que cerebralmente pudiese llevar al cuadro, sino la captación de las vibraciones que la Naturaleza ofrece; y como el que posea el divino don de apreciarlas, tiene que descontar superar la Obra, o el resultado de la Obra del CREADOR, a menos que tenga el vanidoso orgullo de Luzbel, no es posible que invente los valores que la Naturaleza ofrece. Así es que yo por mi parte, nunca he podido pintar sino en íntimo contacto con la Naturaleza y procurando imitarla.

En este cuadro del Jardín de los Cepero, estuve afortunado, y como ya en Sevilla había algún grupo de amantes del Arte, libre de los prejuicios viejos, tuve un éxito; y no ciertamente por modestia, sino porque siempre me he sabido apreciar a mí mismo sin que nadie me lo cuente.

En aquel entonces se arreglaron mis asuntos de tal forma que pude disponer mi deseado viaje a París.

Lastima que no hubiese concluido aquí mi vida; hubiese entrado con facilidad en la Gloria puesto que ya me encontraba en su antesala.

²⁴ Los comentarios de la editora entre paréntesis comunican dialogo entre lo que el autor indica y lo que se piensa que considero como texto válido para la comprensión general.

París constituyó para mí una verdadera ilusión, pero a pesar de las emociones que en cuanto al Arte pude hallar, no pude librarme del contraste entre la bohemia y mi pulcra vida sevillana, de lo que se derivaron para mí futuras y graves consecuencias.

Acordado mi traslado a París, pensé primero hacerlo en tren y detenerme en Madrid unos días, pero como ya conocía el Museo del Prado y tanto Velázquez como Greco y Goya (los tres ídolos del momento) me eran familiares, lo que ansiaba era borrar mi visión de la Pintura española y enfrentarme con el Impresionismo, pero tampoco quería hacerlo de sopetón sino dejando un margen a mis deseos; y como de otra parte se presentaba la coyuntura de navegar, que tanto me atraía, me embarqué en el mismo Sevilla con rumbo a Marsella haciendo escalas.

Cuando salí a alta mar con sus imponentes aguas azul oscuro, sentí la añoranza de no haber sido marino como mis antepasados que sin cesar evocaba al cruzar con las costas gaditanas. Se me borró el ser pintor y soñé despierto que manejaba un navío al cruzar Trafalgar. Pero donde recibí la impresión más deliciosa fue al zarpar de Málaga. Me tendí en la misma proa boca abajo de suerte que no veía nada del barco, sino sólo mar y cielo: un bando de gaviotas nos escoltaban. La mar celeste estaba toda bordada de rompientes olas centelleantes y burlando el tajamar saltaban airolos los grandes delfines con caprichosos juegos y pensé que con las mismas galas se vistió el Golfo cuando nació Afrodita.

Paré en Cádiz, luego en Algeciras donde entraron dos ingleses, el uno rechoncho y bajo con el pelo blanco y el otro que parecía el ayuda de cámara o secretario, alto y fuerte. Venían de Gibraltar, no hablaban nada de español y ni yo ni la oficialidad el inglés, así que nos entendían por señas o palabras sueltas buscadas en un vocabulario. El de edad era gran bebedor, tomaba ginebra en las comidas. Había un queso de bola como postre en la mesa que nadie se decidía a partir, pero el inglés le metió el cuchillo por la parte alta, haciendo como un tapón que luego sacó, se sirvió queso del interior de la bola y volvió a taparla. A mi me pareció muy bien aquello pero a los marinos no.

Eran gente burda norteña y estos españoles odian a los ingleses. A mi me ocurre lo contrario. Estando solos en la cámara sacó el vocabulario y me dijo:- ¡Calor!

Yo le hice señas que esperara e hice que el camarero abriese la escotilla de cristales. Buscó el inglés y me dijo:- Gracias,-

Seguí a Málaga.

Al llegar a Barcelona desembarqué tanto por abrazar a Paco Bertendona que allí se había trasladado, como por conocer a unos parientes míos y permanecí unos días hasta embarcar de nuevo para Marsella. Mandaba este barco el capitán más viejo de la Marina Mercante española y en su juventud había servido en la Armada. Cuando salté a tierra me encontré frente a él y me dijo:

-¿Winthuysen? Es usted igual que su padre-y añadió emocionado-Me parece estarlo viendo montando la guardia en la batería del navío "Feliz".

Junto a él estaba un oficial que me sonreía y me encontré con que era un compañero mío de colegio, de modo que el final de mi navegación no pude ser más agradable.

Tuve el precioso barco por mío, lo mismo en la cámara que en la pasarela de mando, y lo agradable se completó con la amistad que hice con otro pasajero inglés también joven como yo. Tocamos en Palamós y en San Felíu y luego al dar vista a Marsella, con el mar muy alborotado salía de allí una escuadra escoltando al Presidente Loubet y nos cruzamos cerca de dos grandes acorazados que navegaban serenos mientras que nosotros hacíamos cabriolas, hasta que entramos en el puerto semejante a un bosque con tantísimos mástiles. Salté a tierra con el inglés que me propuso que fuese con él a Inglaterra, pero como yo tenía la ilusión de ir a París no quise aceptar. Me insistió diciéndome que él iba a Niza a pasar unos días con unos amigos y me dejó su dirección diciéndome que si me decidía le escribiese desde París, ponderándome la suerte que tenía en poder recorrer Inglaterra con él pues todavía gozaría un mes de permiso, y que luego me podía dejar bien instalado es la isla de Jersey donde podría pintar y aprender el inglés. Nunca he lamentado bastante no haber aceptado esto que parecía providencial, pues aunque yo no me había vuelto a acordar del inglés, nos volvimos a encontrar en París las pocas horas que él estuvo. Como se iba muy de mañana me propuso cenar juntos y luego nos fuimos a matar la noche al

Moulin Rouge y otros cabarés. Me insistió sobre el viaje a Inglaterra, yo no acepté y nos despedimos.

Llegado a París, me dirigí a la rue de la Rochefoucauld, donde Lozano estaba instalado en el taller que Iturrino le había cedido, pues él continuaba en Sevilla entusiasmado de pintar allí y como su taller era tan céntrico, le convenía que Lozano se lo guardara al par que yo pudiera allí alojarme.

Apareció Lozano ante mi vista del modo más deplorable: sucio y desgreñado, con un gabán viejo recordando la figura astrosa del "Esopo" de Velázquez, como aunque estábamos en abril hacia frío, la estufa estaba encendida y junto a ella se amontonaban sobre el parquet, carbones y cenizas que también lo ensuciaban todo. Para complemento del asqueroso aspecto de mi amigo tenía en la mejilla un gran forúnculo.

Sobre un caballete, había una cabeza de gitano comenzada, de gres, coloración negro y ocre y de línea muy segura y estilizada. Bueno, los retratos estaban bien, fuertes, originales, tan tristes y sucio de color como todo lo que él hacia. Eran dos gitanos de esos que van a París a ganarse la vida con conciertos de guitarra. "Fabián y Perico el Sillero", dos tipos sevillanos de los bajos fondos tagarnarios (25), pero allí en París usaban corbatas, y cuello de pajarita. No llevaban el menor indumento típico y así honradamente estaban retratados, pero con todo el vigor racial de sus rostros cetrinos y graves acentuados por aquel concepto escultural egipcio.

Me refirió Lozano con su apasionamiento de siempre, lo que habían despertado en él las esculturas del arte egipcio y también me dijo que lo importante era la depuración de la línea, que la pintura Impresionista era floja y decadente. Me habló de su amistad con el escultor Durrio que a ello le había guiado y, precisamente, Durrio apareció en aquel momento: ¡Figura singular! Era muy pequeño verdaderamente enano, pero sin desproporción alguna sino por el contrario bien formado, cara, muy inteligente y expresiva y continente tan activo y serio que admiraría si no se viese en aquella rara miniatura y con su especial atuendo. Su sombrerillo

²⁵ El Tamarguillo es un afluente del Guadalquivir. Las obras de canalización subterránea, que se completaron a mediados del siglo XX, controlaron la cantidad de despojos y arrastre que causó inundaciones de proporciones increíbles en la ciudad de Sevilla. La población pobre de Sevilla sigue viviendo a lo largo de la avenida de lo que fue el curso del Tamarguillo. Fuente de información: José María de Mena: Curiosidades Históricas de Sevilla, 1986—1992, capítulo 10.

gris tenía la cinta, completamente deshilachada y sus alas caídas, más bien era capacha que sombrero, y correspondiendo a éste, su raída chaqueta se cerraba hasta el cuello porque no llevaba camisa. Un orgulloso pordiosero. Estuvo sólo unos minutos y se marchó tan reverencioso y cumplido como serio.

Al quedarme solo con Lozano tratamos de mi alojamiento allí, pero lo primero era limpiar aquella pociña y quedamos en que se llamaría a quien lo hiciese, desde luego por mi cuenta, y mientras tanto, me iría a un hotel.

Estando en esto entró el doctor Carvallo, su mecenas, que estuvo mirando atentamente la cabeza comenzada, y le dijo que se la quedaría. Le estuvo examinando el forúnculo y mientras Lozano se vestía me dijo: -Este pobre hombre se debía de volver a Sevilla pues ésto le cae, muy mal.

Luego Lozano y yo, tomamos un coche y fuimos al Luxemburgo a visitar la sala de los Impresionistas.

Cuando me he encontrado ante obras extraordinarias como por ejemplo el acueducto de Segovia, la Mezquita de Córdoba o el Museo del Prado, mi sorpresa ha sido tan grande como mi emoción y mi emoción ha sido plena aún teniendo de ello referencias gráficas. A Velázquez, a Greco y a Goya, los penetré desde el primer momento, sean cuales sean los valores infinitos que haya podido apreciar y las posteriores contemplaciones de estas inagotables obras, pero al Impresionismo llegué de un modo bien distinto.

En mal hora llegué yo a París estando allí el bestia, de Lozano, tipo extraño que a su intuición, imaginación y talento, unía la mayor incultura, envidia e incapacidad de realizar lo que se proponía o imaginaba. Era el hombre de talento más grosero y bruto que he conocido. Claro es que todo esto era ajeno a mí y que no sólo no me envolvía sino que lo rechazaba de plano, pero en mí hay dos cualidades que me han costado siempre muy caras; mi sobra de sensibilidad y mi falta de energía de la que tarde en reaccionar aunque cuando reacciono llego hasta la fieraza.

Ya dejó anotada cual fue la primera, impresión que recibí de París cuando entré en su estudio, impresión que nada tiene que ver con los propósitos que a París me habían llevado, pero que constituían cuestión bastante importante para el acomodo material que exige el disfrute de lo que se desea en orden tan delicado

como son la percepción intelectual y el razonamiento, y del ambiente que yo en Sevilla me había creado a encontrarme zambullido en aquella pocilga, ya se puede suponer lo que en mi ánimo pesara, pesar que se fue acentuando pues después de la visita al Luxemburgo me llevó a comer a una taberna de la Place Pigalle cercana a su estudio y allí me encontré con un público de lo más chabacano y desagradable. Había entre otros unos guitarristas gitanos, de esa gentuza de Andalucía llevada a París por el "snobismo", pero no gitanos en su propia salsa sino disfrazados de señoritos con tirillas almidonadas pretensiones de civilizados y comiendo como guarros. Uno de ellos era el modelo que pintaba Lozano en su estudio inspirándose en la escultura egipcia, Fa-bián, que luego se metió a pintor y que tan bárbara y grosera como él era su pintura.

Había también varios presuntuosos bohemios de esos que, se creen geniales y desde luego varias mujeres equivocas y la comida acorde con los parroquianos.

Por la noche me trasladé a un hotel también próximo donde me encontré con una habitación toda llena de cortinas, un lavabo antiguo con un jarrito de agua, lámpara de petróleo y en la cama, colchas y edredones y todo abigarrado y oliendo mal.

Y claro está que mi estancia en Montmartre no duró dos días, pues al siguiente me fui a Montparnasse donde estaban otros amigos, Joaquín Bilbao, escultor hermano de mi maestro y González Agreda, compañero mío en las academias de Sevilla.

El estudio de Lozano ya lo habían limpiado y encerado, pero se lo dejé a él para que lo volviera a ensuciar y me trasladé a Montparnasse al boulevard Raspail, al hotel donde vivían los otros y aunque en una habitación modestísima en la mansarda, me hallé en lugar ventilado y limpio.

Bien puedo decir que si salí de Guate-mala, entre en Guatapeor, pues si en Montmartre me asqueaban, en mis nuevos compañeros de Montparnasse sólo hallé la mediocridad académica, para, lo cual no había yo ido a París ciertamente.

Estos nuevos amigos no sólo ignoraban el Impresionismo sino que lo detestaban. Eran muy trabajadores, muy buenos chicos, asiduos concurrentes a la academia Julien pero en este orden prefería, no ya a Durrio y a Manolo, hombre inteligentísimo con quien trabé amistad, sino hasta al mismo Lozano. De modo que

no intimé ni con unos ni con otros, sino que me aislé y recorrió París siguiendo mi propia vida y propósitos.

SIGLO XX-París 1903

Salas del Museo de Luxemburgo. Cuadros y cuadros académicos. Técnica cuidadosa. Algunos de sentido poético, otros fotografías, otros literarios. Cada tendencia ofrece un aspecto que poco tiene que ver con la estética pictórica, con los valores fundamentales que buscamos. Entre ellos, sin embargo, nos atrae el "Pauvre Pecheur" de Puvis de Chavannes, el busto de mujer de Rodin tan sutilísimo que hacia dudar de que la piedra fuese piedra. Milagros del genio francés. Aún no estaba allí ni existía "El Arquero" de Bourdelle. Era esto en 1903.

En una sala pequeña una modesta instalación de pintura moderna, inapreciada todavía por el gran público y que era lo que íbamos a buscar: Manet con la austereidad velazqueña de sus grises o los colores cantarines de su Olimpia, contrastando la rica materia y el divisionismo de los tonos complementarios de Renoir, las etéreas bailarinas de Degas, los construidos paisajes de Pissarro el esfumado ambiente de la Gare Saint Lazare de Monet, la claridad lumínica de Sisley, y entre ellos la austera pintura de Zuloaga, que aún arrastraba cuando por primera vez lo ví en Sevilla, y que se honraba allí con "Mi Tío y mis Primas", 1898, y con "La Enana de la Bola" que parecía un Carreño.

El público que generalmente llenaba esta sala era distinto del que curioseaba el resto de aquel museo plagado, con algunas excepciones de los cuadros novecentistas de asuntos literarios dentro del correcto academicismo francés más antipático para mí que el español.

Nunca alcancé a comprender cómo después de más de treinta años de iniciado el Impresionismo, tuviese en el mismo París la escasa significación oficial que representaba aquella pequeña colección, ni como continuaba la corriente pictórica por los cauces de Jean Paul Laurens, o los imitadores de Velázquez, Bonnat o Benjamin Constant que no tenían de Velázquez sino la cáscara, ni que una labor de luz y ambiente como el Impresionismo representa, quedase sólo para espíritus muy cultivados. Verdad es "que las frases sutiles, duermen en los oídos del necio" y tales frases no digamos en la actualidad en que se hayan pronunciado

sino en las mismas que hoy apreciamos en Greco, Velázquez y Goya han tardado ¡siglos! en llegar.

Aquello fue un hartazgo de impresiones de las que al fin nos libraremos saliendo a respirar el aire.

Nunca se nos apareció más sabrosa y fresca la Naturaleza que el ambiente primaveral de aquellos jardines joyantes de verdor, sembrados de flores, con el estanque absurdo de lámina de agua, tersa, inmóvil y en plano inclinado. Ingeniosidad también muy francesa de sustituir a la Naturaleza con ella misma dispuesta en fingimiento, así como hacen las modistas de una mujer una muñeca.

La visión de la Naturaleza que por el arte Parisién se opera mirándola a, través de un vaso de ajenjo.

Desde los jardines en donde juegan en competencia los gorrones y los niños, parte la inmensa avenida del Observatorio. Nueva impresión de Arte, aquí de Arte paisajista. De lo que Morelle decía de Le Nôtre: "Usurpador insigne que sustituye a la Naturaleza ocupando su lugar."

Desde aquí, desde el Luxemburgo, se extiende hasta perderse en la bruma de la lejanía en anchuroso tapiz verde entre las paralelas de enarenados paseos. Entre la perspectiva de corpulentos castaños tallados cuajados de flores blancas. ... Ya no sabemos que hacer con la inmensidad de tales impresiones recibidas. A nosotros pobres pueblerinos, ya no nos queda más que rezar o llorar.

No digo todo esto por vana presunción de haberlo apreciado pues lo creo sencillamente cuestión de temperamento, y no es tampoco que mi aprecio fuese debido a prejuicios de afán de modernidad puesto que yo, a pesar de encajar en tal manifestación de Arte-me refiero al Impresionismo-tenía sobre los autores no mi convicción digámoslo así partidista puesto que incluso reaccioné guiado por mi gusto ecléctico, frecuentando asiduamente el Louvre, donde si hallé a mis clásicos, carecían de la importancia de lo que ya en Sevilla y en Madrid me era familiar, pero me embebí en cambio con las antiguas Escuelas Italianas, Flamencas y Holandesas que apenas conocía y la mayor parte de ello ignoraba disfrutando con sus valores al par del Impresionismo.

Y no sólo era la Pintura lo que en el Louvre me atraía, sino la escultura para mí casi totalmente desconocida porque en Sevilla, sólo sabía de ella lo que puede derivar de la religiosa en que Martínez Montañés descollaba, de modo que en el Louvre, no sólo lo Egipcio sino las contadas piezas griegas, y la Escultura francesa del XIII, despertaron mi pasión.

A tal punto llegué a acomodarme en pocos días al ambiente Parisién, que me sentía aunque con tantas diferencias, como si estuviese en Sevilla.

Verdad es que el ambiente de París de aquella dichosa época, era tan acogedor que se vivía en la gloria. En aquel París se conceptuaba uno como ciudadano del mundo.

Además la ciudad me encantaba. Cuantas veces recorrió el Sena desde Charenton a Saint Cloud desembarcando en todos los lugares del trayecto y cuantas y cuantas veces fuí desde el Louvre al Bosque de Bolonia recorriendo la Concordia, Tullerías, Campos Elíseos y Avenidas, y cuantas a la Avenida y Jardines de Luxemburgo y a la Opera y a la Magdalena y a la Plaza Vendôme y a los Bulevares interiores cosmopolitas. Asistí en la Gran Opera a las Walkirias y contemplé en su "Foyer" las damas más elegantes y hasta raras riquezas orientales, también asistí a la Opera Cómica. A otros sitios no, porque de poco me enteraría, pero sí a los cabarés y todo esto casi siempre sólo. Pero mis visitas cotidianas eran a los Museos y las Exposiciones, asistiendo tanto a la inauguración del Salón y al de los Independientes como a las galerías de la rue Lafitte donde tuve la fortuna de contemplar la serie de los "Nenúfares" de Monet.

Sólo el rato de las comidas en el boulevard Raspail constituía para mí una diversión, no sólo porque solía hacerlo agradablemente acompañado, frecuentemente por el dibujante catalán Gosgé (26) y su amiga la modelo de Rodin, que eran simpáticos.

Como este restaurante estaba en la esquina de la calle Leopold Roux, le llamaban de los pieles rojas, pues a él llegaban cada día nuevas bandadas de muchachas americanas, de esas que recorren mundo y que como las de siglos pretéritos que menciona El Quijote, después de andar de monte en monte y de valle en

²⁶ Posiblemente la referencia es: Rogé.

valle, se iban tan enteras a las sepulturas como las madres que las habían parido.

Encontré a una de aquellas muchachas que había conocido en Sevilla donde solía ir todas las primaveras y la visité en su estudio donde vivía entregada a la pintura (27). Me dijo que vivía allí completamente sola y como no veía cama ni diván, me explicó que dormía sobre el parquet y que sólo usaba almohada. Vida de semejante austeridad la hacía mucha gente entregada con pasión a las Artes y en el vestir eran lo mismo, si tenían que sustituir alguna prenda interior, la compraban y dejaban abandonada la vieja en la casa de baños, y si un sombrero entraban Au Bon Marché o en otro bazar semejante, cogían una capacha de las doscientas que había amontonadas sobre una mesa y en otro *rayon* unas cintas o unas flores contrahechas, se las sujetaban con un imperdible y se iban a la calle tan elegantillas. En París trabajaban los bohemios de las cinco partes del planeta intensivamente.

Se acercaba la inauguración del Salón y mis académicos, no hacían más que ir y venir intrigando para, lograr medallas o contentándose los más modestos con que no los rechazasen.

Al "Vernissage" había que ir de etiqueta y si no se poseía el sombrero de copa, había que pedirlo prestado o buscarlo de lance.

Para asistir al Vernissage se desplazaba medio París a los Campos Elíseos, y era el día señalado por las elegantes para estrenar sus galas de primavera, y una muchedumbre enorme ocupaba aquellas salas con miles de cuadros y esculturas que aparecían tan macizas de gente que no había lugar para ver las obras.

En el Salón Oficial de los Campos Elíseos había jurado de admisión y se concedían medallas. En el contiguo de los Artistas franceses-La Nationale-no los había, pero se concedían los grados de Socios, Asociados y Secretarios.

En el Oficial figuraba un cuadro de mi maestro, que siendo quien era, tenía la obsesión de las recompensas y su cuadro ostentaba un rótulo que decía *Medaillée Anterieurment*. En el de Ar-

²⁷ La técnica luminista de Joaquín Sorolla atrajo artistas americanos deseosos de aprender. Entre ellos miembros de la Ash Can School en Nueva York donde se expuso la obra de Sorolla. La pintora americana a quien se refiere Winthuysen viajó a España donde pasó varios meses en compañía de Sorolla y su familia viajando de Valencia a Sevilla.

tistas franceses figuraba Zuloaga con su cuadro *Mujeres de Mantilla ante el Espejo*, que yo le había visto pintar en Sevilla y ante el que se agolpaba una masa, impenetrable de admiradores. Le ofrecieron un banquete de trescientos cubiertos. Se ocuparon de él trescientos periódicos. Esta noticia que me dió él mismo ya la referí.

Por cierto que al banquete concurrió Manolo (28) que con la desvergüenza que le caracterizaba, después de los discursos de muchas personas eminentes, se levantó él con sus cuartillas, pero no habló sino, que cantó entonándose por el tango flamenco llamado en Andalucía *Sangá-sanga*, con unas coplas laudatorias de su invención que terminaban con el estribillo:

"Está pintando unos cuadros
que otros pintaron mejor".

Al par de estos dos salones había otro, el de los Independientes, instalado en una grandísima barraca en el Quay d'Orsay y como no había ni jurado ni recompensa y podía concurrir todo el mundo que abonase la insignificante cuota, estaba abarrotado de las obras más dispares, sin embargo de lo cual, estaban muy ordenadas por tendencias, desde las más vulgares hasta las llamadas *Les Fauves* pero lo cierto es que de aquí salían los nuevos artistas que descollaban.

Visto este panorama artístico a distancia, no se concibe que nadie pudiese hacerse cargo de los diez mil cuadros que sólo en primavera se exponían, así es que el que no tuviese una personalidad muy destacada necesariamente tendría que quedar ignorado en el montón, y aún saliendo de él ¿Qué circunstancias tan extraordinarias no se necesitarían para lograr un nombre? ¡Y cuantos sacrificios, cuantas tragedias representaba esto! ¡Pobres bohemios agotándose en su hambre!

Claro que me refiero a quienes emprendían esta lucha por el ideal artístico, pues otros muchos no pasaban de ser unos vanidosos, practicaban esto como un deporte para vanagloriarse de ser admitidos en el Salón o a lo menos para conseguir ¡Una Medalla! Por mi parte ni me importaba semejante satisfacción huera, ni entraba en mis cálculos inmolarme por la gloria, ni me movía el menor afán de lucro.

²⁸ Se refiere aquí al escultor catalán Manolo Hugué.

Hacía años que mi filosofía estribaba en la Vida del Campo de Frai Luís de León.

¿Qué presta a mi contento si soy del vano dedo señalado?

Complacerme en la Naturaleza, admirarla y fundirme en ella como amante, sí.

Pero ir a ella para lucir la habilidad de interpretarla no me atraía demasiado, y luchar con otros y medirme para ser mejor o peor que éste o aquél, mucho menos y someterme al juicio de Jurados o Críticos para que me aplicasen este aparato que usan para medir capacidades, que yo llamo Talentómetro....

Que se lo apliquen a sus señoritas madres.

El Arte (llamémosle así) para entendernos, pero mejor dicho, la expresión estética, no la entiendo más que de un modo desinteresado y sin esfuerzo,

Decir, Cantar, Trazar y sus derivados no deben constituir un oficio sino una gracia con que la sensibilidad del dotado eleve el espíritu de los demás.

Claro que con esto no se elevaría la suntuosidad artística con que culminan las Civilizaciones pero ¿Qué falta hacen las obras suntuarias?

Además si todo ese enorme tinglado que suponen las manifestaciones culturales que representan en el caso que tratamos los Salones de París (y los de otras ciudades) con su secuela de metros de tela con que se podrían vestir a todos los que están desnudos, con sus toneladas de madera, sus metros cúbicos de colores, etc., no constituye en la mayor parte sino una farsa, en cuanto a los artistas se refiere, una farsa y un martirio, no es menor la farsa lo que al público atañe ¿Hay alguien que de buena fe acepte que la inmensa mayoría de tal público vaya a deleitarse espiritual ni inteligentemente con aquellas grandezas que pudiéramos decir de papelón?

El porcentaje del público que percibe las bellezas expuestas, suponiendo que las haya, es tan reducido, que se queda en lo centesimal, y para que las unas luzcan sus galas y los otros su vanidad, se sacrifique a quienes movidos por un falso espejismo sacrifican sus vidas, la aberración resulta manifiesta.

Ahondando, ahondando, he venido a parar a la estupidez que suponen las culturas, sólo para el disfrute de unos cuantos y la consecuencia final es, que las masas de vez en cuando las arrasan, o si son difíciles de demoler, quedan cual las Pirámides como hitos de la Historia.

Lo que dejo dicho al correr de la pluma, no es ya por la menor pretensión de que ello tenga trascendencia y quizás yo mismo tacharía o rectificaría algo o mucho de lo expuesto si quisiera depurar estos conceptos, cosa que no pienso hacer, pues lo único que me propongo, es dar idea de mi estado de ánimo. Estado que siempre me lo produce en todos los órdenes, cuando me encuentro rodeado de boato, que lejos de disfrutarlo sólo hace pesar sobre mí como una losa, pues sólo estoy conforme y satisfecho conmigo mismo, en el aislamiento y en la sencillez. Pero la inquietud que me producía París, hasta el deseo de marcharme se reducía a otra cuestión más vulgar.

Aunque mi situación económica era desahogada en Sevilla viviendo en familia para mi estancia en París sin sufrir necesidades, era insuficiente, y eso de ganar dinero y menos con el Arte, no entraba en mis cálculos y buscarme una protección, mucho menos.

Era yo para eso demasiado señorito.

En mi trato con mis amigos del Boulevard Raspail, conocí al Marqués de la Vega Inclán, futuro iniciador del Turismo en España. Hice cierta amistad con él por nuestros gustos artísticos. El entonces recorría Europa llevando algún cuadro importante para ponerse en comunicación con los Museos y en aquella ocasión llevaba un retrato del Cardenal Niño de Guevara del Greco, que me llevó a ver al hotel donde se alojaba, y le hablé del doctor Carvallo a quien él no conocía, y de las adquisiciones que había hecho en Sevilla.

Le interesó conocerle y le dije lo que de él sabía.

Carvallo era un médico joven que había ido a París a ampliar sus estudios, hombre inteligente y arribista, conoció a una americana rica y se casó con ella (29). En París, donde a ella le gusta-

²⁹ El Doctor Enrique Carvallo casó con Ann Porter. Ann Porter llegó a París con las generaciones de los Norte Americanos que encontraban la vida fácil en París viviendo con los dólares de Norte América, a principios del siglo XX. El fenómeno de desplazamiento de los artistas estudiantes participantes en la edad sobre-dorada, como se la conoce en la historia de Estados Unidos, constituyó millares que vivían

ba vivir se despertaron sus aficiones artísticas y aunque la fortuna, no era muy grande, les permitía destinar parte de la renta a sus gustos y aficiones. Carvallo se hizo súbdito francés adquiriendo un Chateau en Normandía (30).

Él estuvo en Sevilla y compró una colección de tablas antiguas en cien mil pesetas, que entonces eran una fortuna; y esto era todo lo que yo sabía de él.

Al Marqués le interesó completamente el asunto y aunque según me dijo llevaba el Greco a Berlín, tal vez pudiese convenir que Carvallo lo viese y me encargó que lo llevara.

Como yo no había ido nunca a casa de Carvallo y por otra parte no quería hacerlo sin contar con Lozano a quien también le gustaría ver el Greco, encargué a éste que se lo dijera. Quedamos de acuerdo en el día que íbamos a ver a Vega Inclán, fueron a recogerme a mi hotel y nos dirigimos allá acompañados también por Mille Sandeau. Por el camino, Carvallo me pidió noticia del cuadro y de su dueño diciéndome con su tono ganso de nuevo rico, ese no será Marqués ni nada sino algún sacristán de Toledo que lo habrá robado. Yo le contesté que conocía su personalidad y respecto al cuadro que ya lo vería.

Los presenté y Carvallo con el mismo tono despectivo cuando vio el cuadro hizo como si no le interesara, gran cosa y dijo presumiendo de inteligente: - Me parece que tiene mucha restauración. ¿Tiene usted una lupa?

Y el Marqués muy afable le replicó:

-No señor, no tiene ninguna, al par que le ofrecía dos lupas. El otro amontazado le dijo: -Con una tengo bastante.

Y el Marqués:

-No, una es para de cerca y otra, de lejos.

salvando las apariencias, algunos, y otros lujosamente. La pequeña fortuna de la familia Porter le permitió a los Carvallo en París la adquisición del Castillo de Villandry en Normandía, además de obras maestras españolas que se conservan en el Castillo de Villandry.

³⁰ Winthuysen nunca llegó a visitar Villandry pero ayudó a su amigo Antonio Lozano en el dibujo del Jardín de los Enamorados e hizo una terracota que se encuentra en el arreglo ajardinado de la entrada del Castillo de Villandry. De acuerdo con la información recibida de Henri Carvallo, nieto del Doctor Enrique Carvallo, Director de Villandry, con quien conversé hace poco, el Jardín de los Enamorados está inspirado en una planta medieval. La terracota es sin duda una de las muestras de cerámica construidas en los hornos de Triana, como explica el autor.

¡Ah!-le replicó cortado- y después de examinar el cuadro atentamente le preguntó secamente al Marqués:

- ¿Y cuánto quiere usted por él?

-No lo vendo.

Aún más cortado se volvió y me preguntó:

-Entonces...

Y yo puesto a tono le repliqué:

-Yo no lo he traído a usted como corredor, sino sencillamente para que viese una obra que creía que le interesaría y que en mutua correspondencia me mostrase usted las que usted posee.

Y el Marqués en tono de intimidad le explicó que el Greco estaba en unos momentos de valorización en que no se sabía fijamente lo que convenía y que aunque le interesaba mostrarlo a personas escogidas no creía el momento propicio para tratarlo como negocio. Carvallo concluyó por mostrar su admiración por el cuadro y nos despedimos en tono cordial.

Ya en la calle trató conmigo en buen tono y me invitó a su Chateau de Normandie.

Instintivamente, le miré la cara a Lozano que se le puso verde. Carvallo se despidió pretextando quehaceres, y mientras, hablaba aparte con Mille Sandeau, Lozano me dijo furioso y grosero:

-¡Eso es! Ya se metió usted por en medio para, estropearme mi amistad.

-Tranquilícese usted,-le dije- que no pienso aceptar la invitación.

Le volvió el color y se tornó afable y Mille Sandeau nos dijo que Carvallo había pensado invitarnos a comer, pero que se le había hecho tarde y le había dejado un Luís para que nos invitara en su nombre y a Lozano le brillaron los ojos y dijo:

-¡Un Luís! Pues podemos darnos una gran comida.

Y el otro dijo:

-No, comeremos corrientemente y le devolveré el resto.

No sé que me supo peor si la grosería, del uno o la servil modestia del otro, y no me excusé porque me dió fatiga.

Este era el panorama de mi trato con la bohemia y sus mecenazgos que deseaba perder de vista.

Antes de marcharme de París busqué a Manolo, con quien había simpatizado. Manolo era entonces un tipo original, usaba sombrero ancho cordobés y melena. Melena negra que enmarcaba su cara morena, tan fina, como inteligente. No trabajaba entonces absolutamente nada con grandes protestas de sus paisanos y colegas escultores catalanes, hombres trabajadores y serios aunque escultores insignificantes pero que se bandeaban buscándose trabajos en industrias artísticas o maritatas y Manolo solía pesar sobre ellos, pues él no claudicaba prostituyendo su arte, aunque comiendo cuando podía, pero si como se dice: "el fin justifica los medios" en buena hora Manolo procedía así. A él no volví a verle pero sí sus preciosas esculturas y sus escritos y si era amoral, ya había bastante con su arte puro y su criterio estético.

Cuando le expliqué por qué me marchaba me dijo:

-¡Qué lástima les tengo a ustedes los que tienen unos cuartitos!

Manolo no le caía bien a los catalanes. Todos eran académicos trabajadores, ordenados y en cambio Manolo no daba golpe y se atenía a que lo convidaran y hasta hacía preciosas trastadas como entrar en una iglesia, pasar la bandeja entre los fieles y llevarse lo recaudado. El decía que sólo se había llevado lo que voluntariamente le habían echado. Era ingeniosísimo y simpático. Zuloaga le había adquirido una bujía en extremo original, que la formaban dos manos una de mujer y otra de hombre que hacían de pantalla. Tenía talento, era con el único que podía hablar de Arte, y me estimaba.

La razón de marcharme de París estribaba no sólo en mis cálculos económicos. Al margen de las impresiones que dejó expuestas, había realizado la labor referente a los conocimientos de mi Arte que era lo que en primer término interesaba. Al par de haberme impuesto respecto al aspecto moderno hice un detenido estudio de lo que al Arte en general se refería con mis frecuentes visitas al Louvre, conociendo Escuelas como ya he dicho, para mí casi ignoradas. De una parte el Renacimiento italiano pues si de la escuela Veneciana conocía mejores obras del Museo del Prado, en cambio apenas tenía noticias de las obras que el Louvre

me ofrecía y tanto Boticelli como Guirlandaio, Leonardo, etc., llamaron poderosamente mi atención, y saltando de aquí al Arte norteño me deleité en Durero, Cranach, y otro tanto con Rembrandt, Franz Hals, Van Ostade, y los paisajistas Van Goyen, et., sin dejar de recrearme con lo Egipcio y lo que había de Grecia y muy particularmente con sus artes menores y la escultura medieval francesa. La pintura francesa no me interesó exceptuando a Claude de Loraine, y aunque había muestras tan apreciables como, Chardin, Fragonard, etc., mis propósitos tendían ni con mucho a la erudición sino a disfrutar del Arte en sí mismo, de lo que me gustaba y creía sacar de ello enseñanza y pasaba de largo ante otras obras fuesen cuales fuesen sus valores.

De todos modos, aunque no hice un estudio ordenado recogí impresiones más que sobradas para mí avío y complacencia estimando que mi visita a París había sido verdaderamente fructífera.

Dudé algo si trasladarme a pintar a la campiña francesa o si regresar a España. Aislarme en el campo francés ofrecía para mí el inconveniente de encontrarme además de desplazado, con que tenía que gastar francos que entonces estaban muy elevados con relación a la peseta y consideré que para enfrentarme con la Naturaleza, tanto me daba un lugar que otro. Lo cual no era muy cierto, como después he podido apreciar puesto que el Impresionismo francés, que me seguía atrayendo, es hijo muy principalmente de su propio ambiente ya que las circunstancias metereológicas que en él concurren son bien distintas a la sequedad de España. Un Monet, un Sisley se hubieran formado en España de modo bien distinto, y seguir sus pasos fuera de su ambiente, su imitación, es punto menos que imposible. ¿Dónde hallar las vibraciones lumínicas que yo había apreciado en sus cuadros sino en sus bosques de fronda, en las lejanías del Sena, en el paisaje urbano donde descollaba al atardecer el Sacré Coeur entre la bruma gris como un velado y suave pétalo de rosa?

En vez de esto me trasladé a todo lo contrario; al paisaje vizcaíno, eligiendo esta región sencillamente por ser lo más cercano y porque no la conocía.

Concepto impresionista

Al concepto impresionista había yo llegado desde mis comienzos por intuición, por temperamento y por gusto, ejerciendo

sobre mí influencia definitiva, la Luz: que llevada a la tela es Color, cosa distinta que Colores.

Luz y Ambiente pero claro está que por si solos tales elementos, no pueden plasmar en un cuadro si no es en la Forma, que aunque ofrezcan el cambio que Luz y Ambiente le impriman, subsiste en esencia por sí misma.

Esto sentado, mi propósito no ha sido transmitir mediante el color una impresión efímera, aunque así lo haya hecho muchas veces, en obras que considero inconclusas, porque mi deseo no era ofrecer la impresión de lo que yo hiciera, sino captar y transmitir la impresión del momento en la Naturaleza sin detrimento de lo formal aunque no en su esencia sino en sus transformaciones.

Ardua labor de presentar en la tela un momento construido.

Para vencer tal dificultad, hay quienes siguen dos difíciles caminos:

Uno, el más sencillo, es pintar de receta, tonos complementarios, divisionismo del color y pincelada, etc., etc., lo que no constituye sino una imitación de lo que se escapa, de la infinita variedad que la naturaleza ofrece.

Y otro, el considerarse con tal retentiva, que se pueda resolver dentro del taller lo que se ha captado. Bien difícil por cierto, porque la multitud de matices, sus valores y su correspondencia rítmica, son innumerables.

Y en cuanto a inventarlos, yo por lo menos no me encuentro capaz de competir con la Creación.

En resumen que llegar a producir un paisaje cumbre, Impresionista, resulta aún más difícil que fraguarse un cuadro clásico, y no digo que uno académico, dentro de lo cual "el paisaje" era naturalmente considerado como asunto menor.

"El pintar un paisaje
no tiene pierde,
se pone azul arriba
y abajo verde".

Tiempo y tiempo me he extasiado en la contemplación de algunos paisajes en la Naturaleza sin decidirme a pintarlos y cuando he ido a ellos, a veces, los he logrado con espontaneidad, pero las más, he bregado con ellos sudando como si cavase; y la ma-

yoría he insistido tanto, que he concluido por tener que tirarlos, porque en la Naturaleza siempre aparece la originalidad, y además cuando he llegado a ella lo primero que he hecho ha sido tirar por la borda todo el bagaje artístico que llevaba y como por añadidura más tengo de torpe que de habilidoso cuando pinto me cuesta gran esfuerzo.

En cuanto a la originalidad en el sentido de hacer cosas nuevas o raras, poco me ha importado. Al contrario he tenido siempre presente cierta anécdota que leí sobre un pintor de la antigüedad que como trabajara en un cuadro que sus visitantes le celebraban porque no se parecía a nada, se llegó a amontazar y le dijo al criado:

-“Bórrame deseguida ese cuadro porque cuando no se parece a lo que hacen tantos grandes pintores, muy malo tiene que ser”.

El color es distinto, tiene reverberaciones que también varían, tiene reflejos de otro color próximo y tiene en fin las gradaciones del aire interpuesto y el color de la luz que recibe y ya se convierte todo ello, formas, perspectivas, ambiente, etc., en un mundo complicadísimo de valores.

Si las circunstancias de la vida humana siguieran una marcha uniforme ideal, al entendimiento humano le hubiese sido más fácil desentrañar la Naturaleza, pero vienen las hecatombes y lo que se hizo pacientemente en siglos, se borra sin dejar a veces el menor rastro y hay que volver a empezar, volviendo desde un monigote troglodita milenario, a otro monigote poco menos que contemporáneo, y esto, no solamente lo que las circunstancias imponen, sino lo que provoca el hombre en sus decadencias, cuando en vez de seguir a la Naturaleza se siente semidiós capaz de crear o cuando en su flojedad le fatiga la complicación de todo lo inventado y se acoge a lo más fácil de expresar, despreciando los valores ya existentes.

En todas las manifestaciones del entendimiento humano, en cuanto se prescinde de la virtud o si se quiere del virtuosismo, todo se desmorona y viene a tierra, y lo mismo ocurre también cuando lo adquirido no se confronta continuamente con la Naturaleza, pues al prescindir del Origen, el artificio cae más y más.

Decía el pintor Mengs, en el Neo-Clasicismo, haciendo un estudio de los grandes artistas del Renacimiento, que el dibujo debía tomarse de Rafael que fue a su juicio, quien más lo logró; y

por la misma razón, el color debería tomarse de Ticiano y el Claro-Oscuro de Corregio.

Fiel a esta receta, y siendo como era un pintor correcto y que sabía su oficio, pinta un gran cuadro que está en el Museo del Prado y que creo recordar que representa "La Adoración de los Reyes".

No he visto un cuadro más empachoso y contrahecho, a pesar de haber querido llevar a él los elementos en que más brillaron los antiguos maestros renacentistas.

En cambio, de Mengs podemos admirar muchos retratos que nos complacen aunque están lejos de implicar lo que consiguieron en este orden lo mismo los autores por él preferidos que Dürer, Velázquez o Greco con mejor esplendor. Pero sin embargo los retratos de Mengs, están bien, y sobre todo hay una diferencia entre estas obras y su pretendida superación en el cuadro de la "Adoración de los Reyes" como entre la noche y el día. Y es que en los retratos tuvo la, obligación de imitar la Naturaleza (sin duda, llevando a ello el bagaje de su gran cultura) mientras que en la "Adoración de los Reyes" no imitó la Naturaleza, sino las copias de la Naturaleza o sea una Naturaleza de trasmano.

No digamos al rebajamiento que llegarían quienes imitasen a Mengs. Llegarían a lo que llama Tolstoi: "Falsas imitaciones de un falso arte". Academia,

Decadencia.

Como corolario de lo expuesto y en la misma época de Mengs, surge la llamarada del potente Goya, que va si, con su bagaje cultural a la Naturaleza, pero no para, emplear en sus construcciones materiales extraños, sino como andamiaje para subir a ella. Único modo de resurgir el genio. Única, posibilidad de Originalidad, recurrir al Origen.

Desde la frontera llegué hasta Bilbao dónde tenía algunos muchachos conocidos no artistas y en una de mis excursiones llegué al valle de Arratia y como encontrase allí un buen hospedaje situado en un paisaje que me atraía, decidí parar allí.

El tiempo era continuamente lluvioso pero en la casa donde estaba casi sólo había un balcón volado que lo libraba de la lluvia y desde donde se ofrecía un paisaje que me gustaba y allí me puse a pintar.

Los caseríos amparados por algún árbol frondoso, las parcelas de tierras de labor, los caminitos como franjas grises y el fondo de montañas que el tiempo nuboso envolvía, daba lugar a una acusada perspectiva aérea en la que destacaban los primeros términos en luz neutra, y como por mucha independencia, de visión que se tenga yo venía saturado de tantos cuadros, relacioné aquello con lo holandés, aunque sólo fuese por la construcción formal que la luz neutra ofrecía y me puse a trabajar no sólo por captar el conjunto sino por construir los detalles, pero... a pesar de todo esto, el paisaje en el que trabajé todo un mes, resultó... ¡impresionista! e impresionista estilo Regoyos a pesar de que no conocía ni a él ni a su pintura. Y esto me demostró una vez más, que el Impresionismo en su base fundamental no consiste en que la materialidad en la tela, se reduzca a emborronar una ligera impresión que la Naturaleza ofrece.

Fue la consecuencia del ambiente cantábrico y de la sinceridad, así como también el conocimiento del arte Impresionista y el Neerlandés. Las mismas causas produjeron el mismo efecto. Apenas hice más.

Con este cuadro que yo tanto estimaba por representar una modalidad aparte de mi obra, me ocurrieron lamentables desdichas, una que por los ingredientes empleados se ennegreció y otra, que con mis mudanzas, no sé dónde ha ido a parar. Lo expuse en Madrid dónde al par exponía Regoyos y por referencias sé que fue de él muy apreciado. Otros paisajes que intenté pintar no los conseguí.

El tiempo se había tornado muy variable y no me permitía trabajar a placer en lo comenzado y como mi estancia allí era tan aburrida, pensé en recorrer el Cantábrico hasta Galicia, pues no conocía nada de ello, pero como tardasen en contestar a las noticias que había pedido y sentí añoranza del Museo del Prado decidí irme a Madrid, a dónde volví ansioso de enfrentarme de nuevo con Velázquez, Goya y Greco.

Mis únicas relaciones durante mi estancia fueron el maestro de escuela y un ingeniero francés de minas. ¡Pobre maestro! Era un riojano que había caído allí con un sueldo mísero.

El cura le obligaba a que enseñase el catecismo en vascuence, y el Inspector cuando se enteraba de que no lo hacía en castellano lo castigaba con suspensión de sueldo. El pobre hombre

siempre estaba pescando en el río y había días que sólo comía aquellos pececillos y cangrejos.

El ingeniero francés me contó una historia de un profesor suyo, que aunque nada tiene que ver aquí no quiero dejar inédita. El tal profesor era un hombre hurao, sin familia. No se le conocían amistades ni distracciones, ni aún vicios. Cierta noche lo abordó una mujer de la vida; él la reprendió y la pobre mujer le contó su triste historia. Que iba a hacer sino eso o morirse de hambre. Se enterneció tanto el profesor que se la llevó a su casa ¡Pobre mujer! Algun tiempo después la recogida le habló de una amiga suya que se hallaba en igual caso y también la recogió. Corrieron las voces llegó a reunir hasta cuatro arrepentidas, que como eran de la peor calaña armaban unos escándalos atroces aparte del aspecto que tenían, que además eran viejas y feas. Llegó a oídos de la superioridad que aquel señor vivía nada menos que con cuatro de aquel jaez. Lo amonestaron, pero él lejos de dar explicaciones se encerró en que hacía de su vida privada lo que le parecía. No encontraron fórmula legal contra él; pero estimaron que aquello no era digno y lo destinaron a la Martinica. Allí se fue con las cuatro y perecieron todos en el célebre terremoto. Si el hombre hubiese sido religioso podía haber sido considerado como el fundador de una orden; pero era laico...

Delicioso país el arratiano, sabiendo guardar las fórmulas religiosas. Las comidas eran opíparas, cocidos sustanciosos, buenas chuletas, buena leche, pollos asados.

En una romería hablé con una zagala magnífica, luego cuando me cruzaba con ella por donde pasaba con su tipo garrido, las manos en la cintura y el caldero en la cabeza, yo sólo le decía adiós y ella me contestaba:

-¡Adiós salero!

Un día de fiesta me encontré al volver a casa con una, mujer preciosa, que sin más rodeo me dijo:

-Estaba esperando al pintor para que me suba a ver sus cuadros y me invite a almorzar.-

Nos sirvieron en mi habitación y la pupilera me dijo:

-!Pobrecilla! tiene un marido viejo y además anda por ahí borracho-

Todo aquello era muy comprensivo.

Por las noches me decía:

-Ahora cerraremos la puerta para que no se vea luz desde la casa de mi tío el cura, y a bailar y a divertirnos.-

Qué distinta esta sencillez encantadora de mi Andalucía y del París que acababa de dejar.

Yo había escrito a Sevilla mis reacciones ante el Impresionismo. Iturrino leyó la carta y dijo:

¡Caramba! Yo me había creído que Winthuysen tenía talento. El no concebía reflexionar sino pintar a troche y moche. ¡Qué lástima! Si hubiese tenido freno, hubiese sido el primer pintor. Le faltaba lo que le sobraba a Lozano, que era la fluctuación personificada, penetrar si que penetraba, pero abandonaba una cosa, por otra.

Carvallo lo paseó por los Museos de Europa y ya fue la coloración de Ticiano, ya las luminosidades de las medias tintas y escuros de Rubens, los fundamentos geométricos de Miguel Ángel... todo lo captaba bien y al llegar a sus telas, fracasaba. Yo lo apreciaba mucho y él a mí y su misma falta de delicadeza me servía de mucho, porque me criticaba brutal y sinceramente y yo también a él, aunque sin envidiarlo. A veces por broma, recogía ideas suyas y las resolvía en mis trabajos que luego le mostraba, dejándolo admirado y furioso algunas veces y sin que diese la menor cuenta de que me hubiera apoderado de sus descubrimientos. Entonces yo se lo descubría y él rabiaba por haberme orientado.

Ya llevaba yo casi medio año abrasándome en emociones, y para contenerme emprendí la copia, o mejor dicho, un estudio del "Caballero de la mano en el pecho". El Greco, sobre todo los retratos ejercían sobre mí una gran atracción. Digo sus retratos porque aunque admiraba toda su obra, no la refería a que me sirviese de guía para intentar seguirla. Consideraba vano continuar nada sobre tan rara y singular visión en que tanto sus reglas de Arte, como su ciencia y su concepto de idealidades extrañas aunque excepcionalmente, su cuadro de la Trinidad constituye una verdadera lección de Arte clásico para quien sepa aprovecharla. Composición equilibrada, estilizaciones de color y forma. Todo está allí, pero en sus retratos siempre he visto una penetración

excepcional, un mundo psicológico y unas calidades tan diversas que nadie las ha igualado.

Ya en Sevilla había hecho yo, como ya expliqué un estudio de aquellas calidades del retrato que hay en su Museo, empleando para copiarlo los colores que están en la paleta de aquel retrato.

Pero la serie de retratos del Prado ofrecen singularísimos contrastes. Contrastos infinitos de aquel extraño ser cuya investigación constante llega a convertir un reducido espacio de tela en vibraciones infinitas.

Me decidí a copiar "El Caballero de la mano en el pecho" porque está conseguido por Greco como una serie de acuarelas superpuestas, prescindiendo de la suma elegancia y espíritu de la obra, de la cual lo que para su estudio me importaba era lo que ya digo: el modo de conseguir las calidades, y en ello trabajé hasta lo que pude alcanzar, y lo abandoné como había hecho con el que copié en Sevilla pues Dios me libre de conservar las torpezas de, una copia para, que a fuerza de verla, llegue a borrarse lo que tanto ama uno del original.

Un inglés pintor a quien yo no conocía se paró allí largo rato y entró en conversación conmigo. La factura, del Caballero era un problema. La factura tiene una importancia enorme, hay que meterse dentro de ella para poder apreciar tanta delicadeza, tantísima insistencia en un más allá de calidades. Allí bregaba descompuesto a brazo partido, embadurnando torpemente. Aquel pintor, que era muy inteligente me llamaba la atención sobre aquellas tintas delgadas, fluidas. Está pintado decía, como a acuarela y sin un milímetro muerto añadía yo, y así bregué hasta aburrirme. Son las dos únicas copias que he intentado, pero estas luchas y fracasos las estimo en mucho.

Después de esto y persiguiendo al Greco visité Toledo como los estúpidos turistas, recorriéndolo todo velozmente en coche y así ví todos los Greco que Toledo encerraba desde "El entierro del Conde de Orgaz" hasta los del Hospital de Afuera sin dejar de embeberme en el extraño paisaje que más tarde he vivido pero no pintado.

El paisaje urbano de Toledo es en esencia, todo lo contrario de los que interpretaba el Impresionismo. Yo no he visto nada semejante de color y ambiente. Las calles toledanas aparecen a pleno sol como un dibujo al carbón muy acusado con sus claros

crudos y sus sombras negras. Buenos modelos para, paisajes de Zuloaga, aunque bien es verdad que todo lo que carecen de vibraciones lumínicas lo tienen de expresión.

Toledo me resultó un laberinto. Desde fuera muy bien, pero estas ciudades viejas con los remiendos astrosos de siglos y siglos y además con ingerencias modernas, me fastidian. Sólo vi pintura del Greco y su dinamismo único. Las figuras en espiral, como una hélice en el aire. Las otras como cohetes disparados que rasgan el espacio con las cabezas allá arriba y los pies allá abajo como chorros de fuego ¡Qué divina locura, qué talento único!

Fuí al Escorial. La inmensa mole del Monasterio como nacida de aquel austero paisaje me produjo una gran emoción, esa emoción que sólo he sentido ante el acueducto de Segovia y la Mezquita de Córdoba. La humanización de aquel paisaje vinoso en que el Monasterio brotaba como de sus entrañas me sobrecogió hasta el punto que aunque lo visité por dentro y vi tantas soluciones constructivas, tanto cuadro y jardines, nada me importó sino la poderosa mole arquitectónica

¡Qué necios, qué fatuos, qué insinceros todos esos literatos del peor liberalismo que han dicho sobre El Escorial y autor Felipe II, tanta estupidez!

Volví a Madrid a enfascarme de nuevo en Velázquez y en Goya ¡Qué atracción la de Velázquez! Cuantas generaciones ha atraído para que sólo hayan logrado imitar su cáscara. Y en cuanto a Goya ¿Cómo llegar a su reciumbre conseguida ¡Oh paradoja! Con pintura tan sutil como acuarela?

De Madrid fui a Sevilla, pero deteniéndome en Córdoba. Desde el ferrocarril ya amanecido, los paisajes de Despeñaperros truculentos, rotos, con riscos vestidos de aterciopelado liquen, sus escandalosas adelfas en los regatos secos, sus encinas, y luego los olivares. Aquel cerro cónico plantado de olivos hasta su cumbre, dijes de plata sobre el ocre rojo, algo chinesco de líneas nítidas a pluma. Después más olivares y olivares. Cielo azul intenso. Lejanías tan claras como el primer término. Nubes gordas algodonosas tan cercanas como lo demás. Tierra y cielo sólidos. Vida natural sólida, fuerte, sin nada para adivinar, positivismo puro, y dentro de Córdoba igual, más ¿quién sería capaz de coger ladrillos bermejos y piedras amarillas y fabricar y convertirlo en un

bosque de ensueño? Y la gente igual, sanos afables, borricotes, y la ciudad corregida con una luz verdosa. Yo en París solía pararme ante los escaparates de las tiendas de flores admirando los ramos de rosas sueltas con largos tallos, flotantes sus delicados tallos. En Córdoba topé con una viejecita, con su pelo gris recogido en un moñito en lo alto de la cabeza y llevaba en la mano como una bandeja, un ruedo de cartón con diversas flores ordenadas simétricamente como un esmalte policromo vigoroso. Todo fuerte hombruno y campero como un vino de Montilla capaz de resucitar a un muerto.

De pintura moderna no ví nada en Madrid pues Beruete era, aunque pintando allí, totalmente ¡desconocido!

Zuloaga, formado en París, vuelve la vista a lo tradicional español y produce paisajes, sabe captar la tradición de la escuela española ¡Vaya si sabe! pero no va más allá de una imitación técnica. Renoir sigue los pasos de Goya; pero anda solo no a remolque.

El paisajismo de Greco y Velázquez está aún por recoger y no podrán recogerlo sino los españoles en su propia naturaleza.

Preguntando Renoir dónde había aprendido a pintar respondió:

-¡Parbleu! ¡Dans les Musées!

Pero no es sólo a pintar lo que se aprende en la obra maestra sino a desentrañar el concepto estético para seguir los descubrimientos, no para volver a recorrer quizás torpemente el camino que otro recorrió lleno de agilidad gloriosa.

Otro pintor norteño, Regoyos, también formado en París reconoce admirablemente la enseñanza de los impresionistas en sus paisajes vascos; pero ¡Oh dificultad de ver no sólo la Naturaleza sino el Arte! Cuando Regoyos presentó sus obras en la Exposición de Madrid sólo sirvió para que hicieran chiste grosero de su nombre convirtiéndolo en interjección ¡Regoyos que malo es ésto! Verdad es que a Zuloaga entonces que era cuando estaba mejor, o al menos más puro, también se le rechazaba y al mismo cuadro "La Siega" de Gonzalo Bilbao, que era más que otra cosa un paisajista de visión extraordinaria, se le discutió neciamente. El crítico que tenía más autoridad dijo que la luz no era asunto para un cuadro. Antes ya le había ocurrido lo mismo al presentar "La vuel-

ta al hato" composición que tenía como fondo un cielo malva de anochecer. Decían que aquello no era verdad ¡La verdad! Este fue al par del impresionismo otro legado de Francia de la Francia académica que llamaba verdad a lo fotográfico. Pero lo notable es que aquí en España se apreciaba a Velázquez (y en Francia también tuvo torpes imitadores) llamándole "el pintor de la verdad" ¿Pintor de la Verdad? ¿De qué verdad? Como si nos fuese dado resistir junto a nosotros sus asquerosos enanos y bufones si no fuesen traducidos por un concepto estético tan espiritual, ¡tan elevado! Lo que ocurría es que España, en general, llegó a tal grado de decadencia que se embotaron sus sentimientos y las altas expresiones estéticas no son para las bestias, ciertamente. Era la época de la europeización. Nuestros valores históricos, al ser vencido el tradicionalismo se arrinconaron. Los monumentos más maravillosos se convirtieron en cuarteles, era difícil encontrar estatua, con narices y árbol con corteza entera, lo antiguo quedó envuelto en mugre. Los curas y los aristócratas arrancaban los lienzos de iglesias y palacios para venderlos a los extranjeros y no ya los cuadros esculturas sino hasta los artesonados y ¡hasta las piedras!

CAPITULO SIETE

Muerte de Juana- Rota y Marruecos-Sale mi hermana Manuela del convento- Tristes consecuencias- A Castilleja de la Cuesta- Ensayos de modelado- Autorretrato-Sevilla desde la trocha- Éxito de pintor- Viajes continuos a Sevilla- Otra vez en Sevilla- Ensayos de Cerámica-Consideraciones.

Al llegar a Sevilla me encontré con la vieja Juana de cuerpo presente. Pobrecilla. No le quise ver la cara, que la tenía tapada con un pañuelo. Sólo ví sus manos deformadas terrosas, con ese ocre verdoso de la muerte que me llena de horror. Pobrecita, ella que decía que no se moriría nunca porque en no cerrando los ojos: ¡Vamos a ver quien puede más! Llegué a tiempo justo de presidir su funeral y enterrarla, y hubiese también enterrado al sacristán canalla que dispuso un funeral ridículo fuera de circunstancias para, sacar los cuartos y en cambio en vez de una sepultura sola donde yo le hubiese puesto una lápida, me la metieron en una fosa de tercera con otros dos socios. Mi indignación fue cuando el tío asqueroso me dijo: ¡Como era una criada!

Cogí el dinero que tenía ahorrado ella y con mi madre y sobrina fuí a Rota, frente a Cádiz de donde era ella y dejaba herederos. Estos eran cuatro. Ella, Juana, tenía su preferencia por Juanito, un sobrino granuja que solía visitarla en Sevilla y le sacaba los cuartos, así como también la madre de éste, que era el prototipo del pillo de playa. Había estado en presidio y en otros tiempos hubiese ido a galeras, o en las levas a gatear por las jarcias. No hacía sino vaguear, un marinerocho cobarde que ni se embarcaba. Otro por el contrario era el patrón de un laúd, hombre cabal y que tenía la mosca en la oreja de que Juanito se fuese a quedar con todo. Las otras dos eran unas viejecitas que vivían de limosnas. Si procedíamos judicialmente a liquidar la herencia resultarían dilaciones y gastos inútiles. La existencia del dinero no constaba en ninguna parte. Entonces y aunque yo lo sabía, me asesoreé y me enteré de lo que haría el juez, y yo, por mí y ante mí procedí lo mismo. Hice cuatro partes, una para el patrón de laúd, otra para la madre del Juanito y las otras dos para las dos viejas, y mediante testigos repartí el dinero como si me lo sacara de mí bolsillo ¡Uy la que se armó! El dinero no era gran cosa, pero cuando les dí los billetes y los duros a las pordioseras, me besa-

ban las manos, me abrazaban, y fueron tales sus gritos que se reunió gente frente al balneario donde hice el reparto.

Allí estaba también un literato amigo, muchacho de posición un tanto poeta y loco entusiasta del Arte, un madrileño fino, y había otra porción de gente de Sevilla. Hacíamos la vida insulsa de veraneantes, el baño en la playa de la Costilla, la playa más preciosa, y limpia con América en frente sin más pero defendida por un arrecife que contenía fieras marineras y malezas ¡Qué luz, qué océano, qué arenas de oro! Hice mis apuntes y hasta manché alguna tela.

Paseando por el muelle, el patrón del laúd me dijo:

-Señorito ¿Se viene usted a ver los moros?

-¿Cuándo sales? -Esta noche a las doce.

-Pues hasta luego.

-Pero ¿se atreve usted a venir aquí?

-¿Pues no van ustedes?

Llegué al balneario, arreglé una maleta, encargué fiambres y una botella de ron y dije que me iba. Eso de atravesar el Estrecho en un barquichuelo de vela les pareció a todos muy extraordinario. Mis aprendizajes marineros no habían pasado del Guadalquivir, pero yo tenía, si no el conocimiento la intuición, y aquel paseo no me preocupaba lo más mínimo. A las once me presenté en el muelle acompañado por los amigos. Era una noche de calma absoluta, la marea creciente chapoteaba entre los faluchos que apenas flotaban, y en el laúd se hacían los últimos preparativos y el patrón al verme llegar con mi maleta se quedó sorprendido.

-¿Pero de veras se viene usted?- bueno, le dejaré mi litera que es la única que hay; mal va usted a ir. Creció la marea, flotó el barco, desamarraron y empujando con pértigas fuimos ganando agua. Los amigos se desataban en bromas; fingían llorar, daban suspiros lastimeros y a la luz de las estrellas y faroles del muelle, me repitieron sus adioses agitando los pañuelos. Se iba a izar la entena y me rogaron que me metiese en la cabina para no estorbar. Quedaron izadas todas las velas. Mayor, foque y cangreja.

El patrón mandó al timonel que pusiera proa a cierta estrella y dijo: "Ya vamos con la Virgen del Carmen". El barco apenas se

movía, bajé a mi litera, que eran unas tablas con una manta encima y una almohadilla, me tendí, el agua chapoteaba junto a mi oreja y me quedé dormido. Muy de mañana me despertó un rumor acompasado. Asomé a la escotilla y era la vela que rozaba por los cajones que iban sobre cubierta a cada balanceo cadencioso. Sólo un timonel estaba en su puesto, los demás dormían no sé dónde. Recibí un efecto que no esperaba. El cielo era una bóveda gris y el mar un disco de plata abollado, sólo por un horizonte había un rompiente de luz amarilla y recortando sobre él una serie de faluchos, que sus velas vistas de proa, parecían una procesión de penitentes chiquitos, chiquitos. Pregunté dónde estábamos y me dijeron que en Santi Petri. Un poco más abajo de Cádiz y eso en toda la noche. Saqué de mi maleta la botella de ron y los invité a todos, eran cinco y el grumete, un chavalillo que hacía rancho aparte. Por Levante comenzaba a dibujarse una lejana línea de tierra que hacia el Sudeste se alzaba en una eminencia.

-Aquellos serán Cabo Trafalgar - dije.

-Si señor, que lo es, pero como, lo sabe usted si no ha venido por aquí nunca.

-Pues por la carta. Si estamos a la altura de Santi Petri aquello tiene que ser Trafalgar- y les enseñé un pequeño croquis que llevaba en la cartera.

Pasó de mano en mano, le dieron muchas vueltas, y aunque les expliqué, no entendieron nada. El grumete nos sirvió un mal café. Avanzó la mañana que se hizo espléndida y por poniente apareció una línea oscura en el mar que venía avanzando ya de azul potente.

Se maniobró y al poco tiempo el viento hincharon las velas, y el barco arrancó airoso con sus bigotes de espuma dejando tras sí la estela. Se arrió por popa un aparejo de cuatro anzuelos flotantes por si picaba, algún pez. Se picó el mar rompiendo la espuma blanca sobre el azul negro y así saltando y con viento largo se sirvió un lebrillo de papas con pescado, se sacó el plato para el grumete que se fue con él a proa. El patrón metió su cuchara diciendo "Jesús" y los demás lo seguimos empujando la cuchara con una rebanada de pan. Unas papas duras y un pescado basto. Añadí los fiambres que llevaba, trajeron café, saqué unos puros, le ofrecí al patrón a iba a hacer lo mismo con los marineros, pero

no lo consintió. Caí en la indelicadeza de tratarlos de igual a igual y esto no estaba bien a bordo. Después de pasar Trafalgar divisamos cabo Espartel al que pusimos proa arreciando más el viento. Navegábamos bien y a poco comenzó a dibujarse Tánger sobre la montaña africana, viramos y con la vela en crujía entramos en popa a las cinco de la tarde. El viaje no pudo ser más feliz.

Tánger no era lo que fue luego ni lo que es hoy, sino una ciudad mora típica menos las Legaciones y algún pequeño trozo europeo. A mí me llevaron por unas callejuelas empinadas y sucias a un hotel inglés que estaba muy bien. Mi habitación daba al mar y con tiempo claro se divisaba Tarifa por el norte y al este los montes de Anghera. Dí un pequeño paseo por las calles muy concursadas, con muchos borriquillos que los arrieros ayudaban empujándolos. Las fuentes típicas donde abrevaban las bestias, los minaretes, los aguadores con su piel de cabra con boquilla de metal y de tapón el dedo y las escudillas, también de metal colgando de una cadena. Cuando les pedían agua quitaban el dedo y por presión salía un surtidor en arco que recogían en la escudilla. Muy bonito. Había moros y judíos con trajes ricos, otros muy sucios y desastrados, mujeres tapadas, frailes franciscanos y muchos españoles. La playa no era dorada como la de Cádiz, sino arena morena, y bastantes europeos paseando a caballo. La comida estuvo bien, mesa redonda y unos cuantos judíos europeizados y un moro fino y gentil de camarero. Charlé un rato con el dueño inglés, luego salí a la calle y sin perder el hilo de aquellos callejones estuve un rato en un café europeo y casi a tientas regresé al hotel, cené y me acosté. Muy de mañana mi habitación se llenó de sol, debajo de la ventana se oían unos lamentos lastimeros, era un mendigo ciego que pedía limosnas. Desayuné en el comedor, estudié el plano de la ciudad y me lancé a la calle sin permitir que me guiasen. Estuve en el zoco grande y en el chico, me crucé con una judía guapísima quo se insinuó, ví a las vendedoras de pan sentadas en el suelo liadas en sus telas, el juzgado dónde llevaron una gallina y uno de aquellos moros la estuvo mirando, le retorció el cuello y la tiró, y luego trajeron un recipiente con leche, metió el pesaleche y la tiró también. Me parecieron procedimientos muy expeditivos. Ví paseando a un franciscano de barbas largas departiendo con un judío y un moro. Me pareció muy bien tanta hermandad. Me creía trasladado a la Edad Media. Había muchísimos españoles comprando y vendiendo y los mismos moros pregonaban:

- ¡A perra gorda la libra de tomate!

Me metí en la cervería de un judío a descansar y tomar una ginebra, compré tabaco, ví como los trajinantes entraban en una mezquita frontera metiendo antes los pies en un pilón que había en el suelo. Ví un tipo raro de joven con una túnica riquísima y a otro que andaba como borracho a camballadas con mucha rosarios al cuello. Pero el patrón que se extrañó de verme beber ginebra y se sentó un rato conmigo al ver pasar por allí la judía guapa, que me miró insistente, me dijo que tuviese mucho cuidado que allí la sífilis era terrible. En el comedor había un muchacho inglés joven, guapo y sonriente. Me ofreció entremeses, me habló en inglés, yo le contesté en español, no sabíamos entendernos y nos echamos a reir. Los demás de la mesa eran comerciantes judíos hablando idiomas diferentes, pero ni el inglés ni yo cruzamos con ellos la palabra, preferíamos comunicarnos entre nosotros por señas. Otra vez me trajo postales y hasta paseamos juntos divertidos con nuestra mutua incomprendición.

Yendo solo de paseo me abordó un morito muy lindo y se ofreció de guía, al otro lado de unos huertos se alzaba la Alcazaba, me fue simpático y le dije que me guiara allí: y fuimos entre los huertos por callejones bordeados de pitas y chumberas. El morito iba delante, cogía florecillas de los vallados y haciendo ramitos, me los ofrecía, era encantador: aprovechando un momento en que el morito iba delante y que junto al callejón había un claro con un montón de piedras y un palo con unos guiñapos que yo creí un espantapájaros, me metí allí a satisfacer una necesidad. Cuando el morito volvió la cara y me vió, tiró las flores, levantó los brazos y gritó:

-¡Un santo, un santo!

Entonces me dí cuenta de que era una tumba. Quise disculparme, gratificarle pero me volvió la espalda y se alejó. Cuando se lo referí al dueño del hotel, se quedó frío:

-Ha hecho usted la mayor atrocidad que se puede hacer en esta tierra y ha escapado milagrosamente de un gran disgusto, gracias a que sin duda no lo vieron. Si un moro le molesta puede incluso darle un puñetazo o un palo, sin que pase nada, pero contra su religión, guárdese bien.

Subí solo a la Alcazaba, ví gente junto a una ventana baja y me acerqué. Era la cárcel un sótano grande lleno de moros que,

charlaban con los de la ventana que les llevaban limosnas y alimentos. Las autoridades moras, creo, que sólo se ocupaban de meterlos allí y que los mantuviese la caridad. Los moros del Rey (tropas del Sultán) estaban siempre sin que les pagaran el sueldo y vivían de las denuncias que hacían por delitos comunes o religiosos. Detenían a uno y si éste pagaba, lo dejaban en libertad, y si no lo echaban a aquella pocilga hasta que pagara lo que estipularan. Si el moro delincuente se acogía a una legación extranjera o alguno de sus individuos, era sagrado. Al otro día me llevó el patrón a la posada de un judío que era el almacenista de huevos, que el laúd transportaba a Sevilla. Era un patio inmenso rodeado de almacenes. Allí llegaban las recuas de las cabilas con los huevos, que luego en cajones, colgados de palancas eran transportados al muelle y embarcados. Era aquello muy pintoresco, muchas bestias y moros con chilabas y pañuelos y turbantes. Unos en la faena otros por allí sentados. Comencé a dibujar a un viejo que se volvió de espalda cuando se dió cuenta y yo cambié de lugar y seguí mi dibujo, y él tornó a volverse de espalda cuando se dió cuenta, y así estuvimos en este juego con risa de los demás moros. El comerciante judío estuvo muy amable y me dió un muchacho moro de guía para, que me llevase a cabo Espartel. Alquilamos en el Zoco dos mulas con unos aparejos colorados y subimos por entre las legaciones hasta salir al monte, siempre ascendiendo, llegamos a una especie de huerto donde descabalgamos, y un moro viejo, me puso una estera en el suelo, un taburete y me sirvió un vaso de té verde muy agradable. Seguimos nuestra ascensión en las mulas. La mía era una resabiona que no había modo de hacerla avanzar. Me dió el moro un lápiz para que le pinchase, pero cada vez que, lo hacía la bestia volvía la cabeza para morderme las piernas y tenía que defenderme dándole con una vara en el hocico. Era bastante fastidioso. Me asomé por el vallado de un huerto de un santón que estaba bajo un árbol con su rosario. Más adelante cogí de un arbusto unas flores, pasaba una fila de mujeres con bultos sobre la cabeza, iban tapadas pero al pasar junto a mí descubrían algunas sus rostros, y una me habló y mi moro sonreía: le pregunté al moro qué me había dicho y me dijo que a ella le gustaban mucho aquellas flores.

Desde la montaña con el grave paisaje de tonos morenos y potentes se veía Tánger con su blancura abajo y luego el Estrecho y en la lejanía la costa española donde blanqueaba Tarifa. Las mulas no andaban, se hacía tarde y decidí volver sin llegar al

Cabo. Entonces las mulas, con la querencia, emprendieron un casi trote y regresamos muy deprisa.

Volví a cruzarme con la judía guapa y nos miramos. Un morazo bizco de aspecto repugnante me tiró de la chaqueta y me dijo una gran indecencia. Me lo sacudí llamándole alcahuete. Me metí en la cervecería del judío, el morazo se quedó a la puerta, se me cayó la caja de cerillas y el morazo vino a recogerla y entregármela. Entonces vino el dueño y me preguntó si el moro me acompañaba, le conté lo ocurrido y me dijo:

-Haga que se marche, de ningún modo permita que le acompañe y menos salir de la ciudad con él. Aquí hay más seguridad que en las afueras de París o Londres, pero es un gran bandido, uno de los mayores, haga que se vaya. Lo llamé y se lo dije, pero él me contestó:

- No, le espero,- y se volvió a la puerta. Volvió el dueño y me dijo:

- Pero ¿no lo ha despachado?

-Sí, pero no se va.

Ya veo que no sabe usted tratar con esta canalla, y se fue a él y le metió los puños por la cara y lo despachó con amenazas. Se me echó el tiempo encima. Mi madre estaría con cuidado y regresé sin asomarme a Tetuán como me proponía, en el vapor correo, un demonio de barco que cabeceaba y daba unos bandazos que todo el pasaje (yo no) echaban las tripas, y así llegué a Cádiz y de allí a Rota en falucho.

Mi reacción ante el Impresionismo francés.

Un paisaje en la Naturaleza es vida, no sólo se ve sino que se huele, se toca, se respira, y bien se puede ser un contemplativo, sin tener nada de artista en el sentido peyorativo de la palabra. Arte es otra cosa. Arte es imitar aquello que vemos mediante tal o cual medio por esa propensión innata de hacerlo, y para ese logro echamos mano, de lo más natural: a cantarlo; o lo más artificial; a pintarlo.

Un imperativo raro. Un animal en un cuadro no ve nada. Esto del Arte lo han ido fraguando las culturas.... ha surgido la Estética y no digamos cuales y cuántos cauces ha seguido sigue y segui-

rá. Por mí parte mi vehemente deseo sería coger en vilo eso que despierta mi emoción en la Naturaleza, y ponerlo en la tela. Sin más ni más.

Los artistas recogen ansiosos los paisajes pasando de unos a otros climas y en los más de los casos no sé para qué. Un Sorolla cuando se emplaza ante un paisaje gallego, (país de lluvia) trina, porque no hace sol. Un Regoyos cuando quiere pintar Andalucía o Levante trina también porque no hay nubosidad ¡Cuánto más les valiera quedarse en casa! Después de todo ¿qué hubiese, hecho Zurbarán sin sus frailes Murillo sin sus vírgenes y Velázquez sin el paisaje madrileño? Que más da que metamos en el cuadro una cosa que otra. Quien tiene buen sentido mete lo que mejor sabe y puede hacer y la cuestión no es el motivo, sino como se pinta. El pintor no es ningún tío encargado de hacer vistas para el Turismo sino de hacer cuadros para quienes sepan de Estética, si es que no los hace para colgar en paredes.

Ahora bien: el ante propósito para producir es pernicioso, el Arte deriva de una emoción percibida, cuando es puro, y el oficio no puede ser otro que el que se sepa. Cuando necesitamos un traje vamos a la tienda a comprarlo o lo encargamos a medida, pero el sastre lo hará según lo que se estile. Otra cosa sería una pose ridícula. Yo cuando empezaba a pintar, me había empapado de Zurbarán, de Murillo, de Greco y de toda la pintura que desde el XVI hasta entonces había en Sevilla, que no era poca. De modernismo no sabía sino lo que hacía, mi primer maestro Arpa, derivado, mal derivado de Fortuny y luego de Bilbao que solía ir a París. Con este bagaje me fui al campo me emplacé ante el paisaje y me salieron unos cuadros impresionistas, enteramente modernos, tan modernos, que los tomaron por no sé de que pintor noruego entonces de moda. Pero además ya me había asomado a Madrid al Prado, y Velázquez fue para mí, una revelación. No diré que viera todo lo que hay en él, pero sí aseguro que muchas de sus obras, con mis veinte años las comprendí de tal forma, que luego no he tenido casi nada que rectificar. Y eso que los maestros eminentes que me sirvieron de mentores me desorientaban bastante: ¡Diablos de académicos! Alguno era tan bestia que al enfrentarnos con Greco me dijo textualmente:

-De esta chifladura no hagas caso, es la vergüenza del Museo. -

Así es que cuando llegué a París en 1903, con veintiocho, años, se extrañaban aquellos artistas jóvenes que traté de la cultura que llevaba.

Si voy a decir verdad al enfrentarme en aquella pequeña sala del Luxemburgo con los impresionistas, me quedé un tanto perplejo no por lo que había en ellos sino por lo que no había y que echaba de menos por mi saturación clásica.

Más como en el Louvre conocí tanta escuela distinta, por mí casi ignorada, me hice asiduo estudiante de ellas. Italianos y holandeses tuvieron mi atención hasta el punto de que después de estos estudios me fuí a pintar a Vizcaya y sólo pinté insistente un cuadrito nublado en que había unas casas detalladas y unos árboles con el picado en las hojas y un terreno dónde apuntaba el maíz y unos montes lejanos todo cuidadoso y resultó que el tal cuadro era ¡Impresionista! Por cierto que le gustó mucho a Regoyos (1903) (31).

Eso del Impresionismo se presta a confusiones. "Impresionismo" (entiendo yo) no es lo que por impresión pongamos en la tela, sino lo que nos impresiona que luego podremos llevarlo tanto espontáneamente detenidamente, es cuestión de lo que podamos hacer y de lo que convenga para conseguir la impresión recibida. Luz y ambiente. Esa conquista moderna consciente, hecha en el cuadro sin detrimento de todas las otras conquistas que se han venido haciendo desde que la pintura es pintura, y que cuando faltan echamos de menos, ambientistas estaría quizás mejor que impresionistas.

Lo que sí ocurre es que esos grandes cuadros del Clasicismo dónde aparecen tantísimos y tan valiosos valores, son obras de tanta ciencia y arte y tanto oficio que pesan como el plomo, y después del Impresionismo no podemos tolerarlos.

El oficio enturbia y oscurece la expresión estética. En el Museo de Sevilla podemos ver el gran retablo de Zurbarán, la "Apolotheosis de Santo Tomás" tan admirable como cualquier obra italiana renacentista. Pues bien, del mismo autor tenemos el "Refectorio de los Frailes". Construidísimo como todo lo suyo pero parece

³¹ En el texto el editor anterior tachó 4 y escribió 3. En los párrafos previos, nos dice el autor que cuando llegó a París tenía 28 años. Dado que nació a primeros de abril del 1874 la fecha de su llegada a París tendría que ser 1902. Posiblemente la fecha de 1903 sea más aproximada que la de 1902 o 1904.

que lo pintara con unos pucheros de colores y unas brochas como si hubiese pintado una puerta, hace la ilusión de que no hay nada de oficio. Es el cuadro más sencillo y más emocionante que conozco. No es posible llegar a más con menos. ¡Claro está! "La Olimpia" de Monet me conmovió, pero yo llevaba ya en la retina el refectorio... Esto fue en 1903. Luego volví el 11 y supe apreciar mejor al Impresionismo, pues si en la pintura, clásica, ya lo había, su aportación consciente, su fundamento, es el genio francés a quien corresponde sean cuales sean sus orígenes. Y dígase lo que se quiera en torno al Impresionismo, ello es que capta bellezas que antes no existían sino esporádicamente.

En cuanto al modo de proceder, al modo de acometer la materia, y a los materiales que hayamos de emplear, cada escuela tiene su técnica, y si nos remontamos a la expresión estética, a la emoción que ha de producir la obra (y si no la produce es oficio y no arte) tanto da proceder de un modo como de otro. La técnica no es para que luzca sino para todo lo contrario y ha de ser tan perfecta que no se eche de ver. Pero decir que se debe pintar así o asado, que se deben o no se deben emplear tales o cuales tonos, que se debe empastar o pintar fluidamente, etc., es pueril, y si vamos a un grado superior, a la materialidad del oficio, también es otra puerilidad que nos impongan la expresión fundamental que haya de tener la obra, a la que el artista lleve lo que le interesa, que puede ser la forma, el color, el ambiente, el arabesco. Podremos tener preferencias por unas o por otras pero decir que el Arte debe de ser de tal o cual manera, no cabe sino en la estrechez de un gusto particular, totalmente alejado del sentido crítico.

Y no digo nada de esos maestros que dicen si se debe o no se debe uno emplazar ante la Naturaleza, si se ha de pintar de recuerdo o copiándola. Cada cual en su caso hará lo que le parezca, lo que sepa o lo que pueda.

Para pintar una gran composición difícil, imposible sería copiar el natural sino fragmentariamente, para pintar las Meninas no hay más remedio que proceder de un modo directo.

Después del Impresionismo, cuando a los valores científicos que había reunido el Arte respecto a la Forma, se añadieron mediante los nuevos conocimientos físicos, los valores referidos a la luz, parecía que podría haber escuela que sumase todo ello, pero venir luego a decir si se debe o no se debe pintar el Sol, si se de-

be o no se debe emplear el negro ¡cuanta tontería! Aparte de un sentido meramente decorativo, una obra de arte es para recibir de ella una emoción para recreo del espíritu que si unos lo hallan en un retrato del Guirlandajo otros pueden encontrar en los nenúfares de Monet.

Pero aquí tratábamos del Paisajismo, de mar, y campo, de cielos, y la evolución de estos motivos inefables estriba en la luz y el ambiente.

El Impresionismo ha hecho algo más que agregar una nueva expresión a la pintura. El Impresionismo ha elevado a la cultura al Panteísmo, y aún a algo más que nos remonta fuera de la tierra.

Las soluciones luminosas no son caprichos ni modas, sino soluciones científicas, que vinieron a aumentar las posibilidades estéticas elevándonos hasta las posibilidades de la cuarta dimensión. Prescindir de ellas sería tanto como hacerlo de la Trigonometría dejando las representaciones reducidas al primitivismo.

Esto que hoy hacemos basados en la ciencia, se persiguió intuitivamente con anterioridad, y excepcionalmente fué conseguido por los clásicos de talento, y si no lo consiguieron plenamente fué por la atadura de la tradición.

Si observamos un celaje en las noches toledanas, nos convenceremos de que el Greco tomaba de la Naturaleza sus glorias. Cualquiera que sea pintor ve claramente que las Meninas no pueden ser otra cosa que el traslado directo del natural. Y en lo imaginativo, Ticiano si no a pleno aire pintaba en una rotonda para que las sombras de sus modelos se iluminasen.

Otro pleito que se ha traído a cuenta frecuentemente es si el pintor debe o no debe emplazarse ante la Naturaleza. Yo alcancé un profesor muy estimable que decía que el modelo destruía la imaginación del artista, lo que en ciertas interpretaciones no deja de ser exacto, pero al ir directamente al natural, lo importante no es lo que se vea, sino cómo se vea.

De excursión en un pueblo pintoresco, varios amigos uno de ellos escogió como motivo un montón de melones que había desembarcado un velero, haciendo un cuadro delicioso que tuvo un éxito, celoso otro de ellos repitió el tema. Andábamos buscándolo, y al preguntar a cierto crítico que nos acompañaba si sabía de él, nos respondió:

-Sí, lo he visto en el muelle donde está haciendo un inventario de los melones.-

En cierto huerto, había un pollino viejo que estaba muy agradecido a un gallo y a un perro; al uno porque le decía la hora y al otro porque le libraba de las molestias de los niños. Reparó el burro en una abeja que iba libando de flor an flor y ésta le explicó que con aquellos jugos hacía luego la miel, y el jumento que andaba siempre discurriendo como mostraría su agradecimiento al gallo y al perro halló una, solución magnífica. Se dió un hartón de glucosas hasta llenarse la panza llamó al perro y al gallo y les dijo:

-Poneos detrás de mí y veréis lo que es bueno- y soltó una formidable descarga.

Y esto es lo que ocurre que unos van a la Naturaleza y sacan miel y otros sacan.....

Mi regreso a Sevilla fue prematuro puesto que aunque la idea era volverme París, las circunstancias obraron de tal suerte, que me ataron allí siete u ocho años, y aunque seguí pintando, lo hice con grandes intermitencias y siguiendo caminos muy dispares. Ya he dicho la influencia que obra sobre mí el ambiente y las personas que me rodean. Además que como dice el adagio "Nunca segundas partes fueron buenas" puesto que si en Sevilla el primer acometimiento de juventud había ido acompañado por la ingenuidad y ese más allá, que a nuestra imaginación atrae, al perderse semejante ilusión ya no tiene uno la de lo ignoto, y entonces sólo es tiempo de edificar consciente y disciplinadamente y sin fluctuaciones para recorrer un camino firmemente trazado. Camino que sólo llegué a encontrar después de muchos años, ya en la madurez y en la vejez, en que de mis primitivos rescoldos brotó juvenil llama. Pero juventud, divina juventud, no hay más que una.

Durante esta larga época neosevillana ¡Cuántas cosas emprendí de nuevo!

¡Cuántas abandoné y volví a empezar! ¡Cuántas fueron mis actuaciones en la pintura y al margen de ella!

En vez de caminar en línea recta, mi camino era de lo más siniestro. En el transcurso de esta etapa logré algunas veces superarme, pero otras me perdía en inútiles intentos. Por ejemplo: me dió una temporada por el Clasicismo, estudiando la forma, no ya

por el dibujo directo sino por Trigonometría y estudios anatómicos en cuanto a procedimientos, consulté obras antiguas, incluso preparamé las telas, molí mis colores y clarifiqué aceites o empleé temple de huevos. Empleé veladuras... que se yo. Cosas que a nada conducían para el Arte moderno y que siendo yo pintor paisajista esencialmente y estando mi derrotero ya iniciado en operar siempre en pleno campo ante la Naturaleza, eran cosas que ni podía hacer ni las necesitaba, pero todo ello se apoderó de mí como una manía. Y lo peor era que yo carecía de la paciencia y del espíritu analítico para estos fines.

Continué viviendo en la misma casa con mi madre y mi sobrina, pero mi hermana menor, que no había profesado todavía, decidió volver a la familia, lo que determinó para, mí un cambio de vida ya que nos trasladamos a vivir a un pueblo próximo a Sevilla, Castilleja de la Cuesta. Tal decisión no podía ser más irracional, perder nuestra preciosa casa, alejarnos de Sevilla con difíciles comunicaciones para viajar a menudo alejándome de mis relaciones y de los centros que me convenía frecuentar, pero como mi idea era volverme a París en cuanto arreglase asuntos de casa que exigían mi atención, no me fue dado oponerme. Aparte de que Castilleja se prestaba también para, trabajar en aquellos paisajes que ya me eran familiares y por añadidura la casa que tomamos tenía un amplio espacio de terreno en el que pude satisfacer otra de mis aficiones criando animales y convirtiéndolo en jardín, que planté con mis propias manos y aunque esto no tuviese de momento ninguna trascendencia, me sirvió de ensayo para asuntos posteriores.

Vivía en el mismo pueblo un escultor amigo, Dionisio Pastor, que era profesor de modelado de la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla donde tenía que ir diariamente y como terminaba su clase de noche, tenía que regresar al pueblo a pie, así es que cuando yo iba a Sevilla, que era casi a diario iba a buscarlo a la Escuela para regresar reunidos y ésto determinó que yo decidiese modelar como discípulo suyo. No era hombre de vena artística, pero si bastante culto, muy sincero en su labor y conocedor de su oficio. Trabajando con él hice un bajorrelieve, pero no tuve tiempo de hacer más. Muchos años más tarde hice un leoncillo para la fuente de la Escuela de Ingenieros de Madrid también una figura de muchacha, inconclusa (32). Así que esta práctica también me sir-

³² Hay fotos de ella y es preciosa.

vió. En Castilleja pinté poco porque mis asuntos en Sevilla me embargaban, pero a pesar de ello hice dos trabajos interesantes, un autorretrato, que figuró en una exposición en Barcelona y un paisaje con el fondo de Sevilla iluminado por los últimos rayos del sol poniente (33) de un finísimo impresionismo.

Así es que en realidad no perdí mi tiempo, y al par pasé alguna temporada pintando en Alcalá de Guadaíra.

Un nuevo incidente vino a absorber mi atención desviándome de mis propósitos de regresar a París; tenía yo un pequeño negocio particular que tuve necesidad de liquidar, y como al par lo de mi casa me detenía puesto que si lo abandonaba podía dar lugar a un enfadoso pleito, no tuve más remedio por entonces que desistir de volver a París, y como la liquidación de mi negocio me permitía disponer de dinero suficiente para un asunto con el que siempre soñaba, que era una huerta para explotarla al par que su caserío me sirviese de estudio y de vivienda y hacer una vida aislada, comencé mis gestiones a fin de poner mis deseos por obra, pero se me ocurrió aconsejarme como ya dije anteriormente de cierta persona, que desvió mis propósitos haciéndome ver que me sería más conveniente operar con él, y lo que pasó fue que me envolvió en su ruina, estafándome.

Aunque esta pérdida no representaba cuestión vital para mí, descompuso mis planes, me restó crédito y sobre todo, me afectó en forma que me quitó el humor para pintar. Unido a esto mi maestro a quien habían nombrado jurado de la Exposición de Bellas Artes de Madrid, estuvo en mi estudio y me convenció de que debía enviar y él mismo escogió los cinco paisajes que presenté. Yo no fui a Madrid pero tuve muy buenas referencias sobre mi envío. El grupo de intelectuales en que destacaba entonces Raimiro de Maetzu apreciaron mis cuadros como expresión de la pintura impresionista que entonces, salvo Beruete y algún otro, nadie seguía, y Regoyos elogió el paisaje del valle de Arratia, que hice a mi regreso de París, pero en cuanto a recompensa, aunque Pradilla, que era también jurado me había propuesto para medalla, sólo me otorgaron mención honorífica. Es decir que mi ilustre maestro después de hacerme concurrir con obras que él mismo había seleccionado con elogio, me dejó en cuarta clase.

³³ "Sevilla desde la trocha". ¿Perdido?

Todo esto no me afectó gran cosa pues demasiado sabía el teje maneje que en las Exposiciones de Madrid se estilaba, pero que me ocurriera siendo Jurado mi maestro a quien tanto respetaba fue tan doloroso para mí, que cuando llegó a Sevilla y me quiso dar satisfacciones, le contesté que por mi parte había hecho públicas protestas del proceder del Jurado y que se lo decía claramente para que lo supiera por mí mismo y no por referencias. Yo ya estaba un tanto alejado de él como pintor, pero ésto me separó del afecto que le profesaba y hasta del agradecimiento que le debía.

Aún tenían que concurrir en aquella racha desdichada de contrariidades otras para más estorbar mis ilusiones. Me sentí enfermo sin que cuatro médicos que me atendieron acertaran aliviarde los intensos dolores que frecuentes aerofagias me producían, para los que la misma morfina llegó a ser poco menos que inútil, pero en cambio el régimen a que me sometieron me desnutrió, hasta el extremo que un buen día ante la disconformidad de subsistir enfermo, tiré a rodar el régimen lácteo que seguía, entré en un restaurante y me comí entre otras cosas un gran plato de calamares en su tinta, por ver si reventaba pero reaccionó mi naturaleza y me quedé bien (34).

Mientras tanto cansados, hasta mi familia, del aislamiento estúpido del pueblo, decidieron tomar nueva casa en Sevilla, que si no era tan bella como la que habíamos dejado, también era espaciosa y linda.

Mi labor paisajista entre unas y otras cosas se había interrumpido y como por otra parte no me encontraba fuerte para corretear por el campo, me dediqué a otros estudios. Adquirí y consulté muchas obras de la antigüedad clásica-y la de Mengs-del neoclasicismo, no ya por sus conceptos estéticos sino también por sus reglas y hasta por sus recetas, muchas de las cuales ensayé prácticamente imprimando telas, obteniendo colores e ingredientes, clarificando aceites y barnices, empleando templos y otra porción de cosas, para mí perfectamente inútiles puesto que lo que a mi me complace es pintar directamente ante el paisaje donde todos los cacharros no sirven más que de estorbo, pero a

³⁴ Sin duda se trataba de un principio de Anemia Perniciosa que más tarde se le manifestó de lleno como consecuencia de la necesidad que padeció durante su estancia en Valencia. Los terribles dolores de estómago y aerofagia denotaban una falta de secreción del factor que produce el estomago. En la complicada etimología de la condición Anemia Perniciosa es posible que "un plato de calamares en su tinta" contuviese elementos que le estimularon la producción del factor.

pesar de ésto pinté una cabeza, dándole antes a la tela una mano de morado muy estiradita y concluyéndola sobre fresco como dice Pacheco que hacía cierto pintor italiano, y que me resultó muy bien (35), e hice otro cuadro de un efecto de luz dando veladuras sutiles sobre pasta de color mordiente con bastante bello resultado, pero para mi nerviosismo tales filigranas no servían y no pasó de estos ensayos.

En aquella época con mi situación y mi juventud pude hacer lo que hubiese querido. Me propusieron entrar en el profesorado y lo rechacé. Tuve ocasión de hacer matrimonio de gran ventaja y tampoco lo aproveché. Me iba muy bien conmigo mismo haciendo lo que me venía en gana. Me hice más intelectual, tuve amistad con Juan Ramón Jiménez entonces muy joven y ya dije que hice estudios de los tratados de pintura sobre todo de Pacheco.

Llegó Lozano de París entusiasmado con el encargo que le había hecho el Dr. Carvallo de los jardines de su Chateau de Villandry que había proyectado decorar con vasos, pedestales y obeliscos de cerámica (36).

El proyecto estaba magníficamente imaginado, pero en su incapacidad para realizarlo recurrió a mí; y como lo recogí con entusiasmo, acepté entregarme completamente a ello, lo que dió lugar a que dejase la Pintura.

Estudié Química y Arquitectura. Sobre construcción tenía cierta práctica y sobre Horticultura también. Sacamos de un asilo a un viejo ceramista muy gracioso y activo con sus ochenta años Francisquito "el Plantao" un sevillano castizo del que diré algo.

Así, del empirismo a la razón, con un taller y horno en Triana acometimos nuestros ensayos, al par que yo estudiaba Anatomía, proporción y proyecciones de escorzos. Lozano era para esto un tanto vago y sin preparación. En su estudio le dibujé en el encerrado el esqueleto de una pierna, que luego fuí revistiéndola de sus músculos y resultó tan bien que se quedó admirado, pero furioso porque decía que era el mejor dibujo que yo había hecho en mi vida y que iba a chafarlo y no quiso que volviera a trabajar con

³⁵ La cabeza de "Merceditas la Gitana", puede reproducirse.

³⁶ COLLOQUE: LE JARDIN, formes et représentations. UNIVERSITE DE SAINT-QUENTIN-EN-YVELINES.

Colloque pluridisciplinaire, 6 et 7 juillet 2004. COMMUNICATION DE ODILE DIAZ FELIU, Université de GERGY PONTOISE: "Présence Andalouse en Touraine: les jardins d'ornement de Villandry. Traces, palimpseste et fiction mystique".

él. Yo no he conocido celos semejantes. En el taller de cerámica ocurrió otro tanto. Construí unos pedestales que se vidriaron y tomaron los inteligentes como piezas del XVIII. Hice otro ensayo de reflejo metálico mallorquín que se cotejó en París con los antiguos del Museo de Cluny. No podía sufrir Lozano que yo hiciera todo esto, estaba próxima la cochura del horno y no quería que yo participara, y estuvo tan grosero que un día me marché sin decirle adiós. Coció el horno, le salió defectuoso y volvió a buscarme proponiendo que yo operase solo, pero lo mandé al diablo. Otra coyuntura perdida porque la fabricación de cerámica artística sevillana se pagó en aquella época en América a peso de oro, y lo que yo ensayé estaba muy por encima. Pero esto fue origen de que yo siguiera después la Arquitectura de Jardines.

Decía que Francisquito el Plantao merecía unas líneas: era muy derecho, chiquitín de perfil aquilino, muy aseado se lavaba todos los días los pinreles come él decía y usaba agua de colonia. Un viejo así, y en un asilo, es algo extraordinario. Verdad es que el asilo del Pozo Santo, que así se llamaba también lo era. No sé si todos o la mayor parte estaban allí por derecho adquirido por haber pagado una cuota en época de pudientes. Había un director sacerdote muy humano, se les permitía salir, era más que asilo un hospedaje. Cuando recurrimos al "Plantao" para que nos ilustrase, se sintió orgulloso y como le gustaba mucho la manzanailla y los toros, estaba encantado. No dejaba de contarnos cosas de su larga vida.

-Hasta los cincuenta años no empezó a trabajar ¿Antes? ¡Pues las mujeres! No hay como las mujeres. A mí me pone usted al lado un caballero de frac y al otro una mujer desgreñada y yo le digo a ella:

-¡Pobrecita mía! ¡Ven acá conmigo! ¡Y al señor de frac que le vayan dando morcilla! De muchacho llegué a reunir ocho y la propia, y esta afición la tenía desde chico y decía mi tía ¿A quién habrá salido este niño tan sinvergüenza? Tu abuelo en todos los años de casado no le vió nunca las piernas a tu abuela. La tía de Francisquito estaba prendada de él, tan chiquitín, tan gracioso, y como tenía un taller de cerámica y despacho de loza en Triana, disfrutaba de bienestar y le daba cuartos al mocito que de vez en cuando asomaba por el taller y pintaba algún azulejo. Pero que lo que más hacía era divertirse, con un duro siempre en el bolsillo, no porque le dieran tanto, sino porque todos los días le cambia-

ban para que llevase el duro en el bolsillo y se luciera tirándolo sonoramente para pagar en la taberna, dejando asombrados a los amigos de que cada, día gastaba un duro. Un duro entonces tenía mucha importancia. Era Francisquito un gran humorista y nos contó una de sus conquistas. Era la velada de Santa Ana en que la calle Betis se llena de farolillos de colores, tíos vivos, puestos de turrones y alfajores, avellanas verdes, sandías y melones y buñolerías con mucha aglomeración de gente. Vió Francisquito que estaba con unos amigos una mujer estupenda, alta, garrida, seria, con su pañuelo de espuma y un ramo de jazmines en la cabeza, acompañada por una mujer de edad. Francisquito se acercó a ella sin titubeo y la requebró con su gracia: Ella ni lo miró, y la vieja lo rechazó con cajas destempladas. Pero bueno era Francisquito. Las siguió a distancia hasta Sevilla dónde después de andar bastante entraron en una casa, principal y se hizo cargo de que era una criada pueblerina, y la vieja su madre, y así era.

Desde el día siguiente puso sitio a la casa, y la vió en sus trajes, hasta que la intrigó y se le declaró. Francisquito iba muy bien trajeado, con su cadena de reloj y su sombrero ancho muy planchado. Un buen partido para una moza. La abordó en la puerta, le dijo sus pretensiones y ella le contestó que sí, pero que tenía que hablar con la señora, Y Francisquito aceptó. Lo que tenía él era labia de sobra. Aquella, familia era especial. Un matrimonio joven, él era coronel de inválidos, y la madre una señora anciana bonachona y recogida. No había sino ellos tres y la criada. Habló Francisquito con la anciana a quien le hizo gracia su desparpajo y cortesía y le gustó saber su posición que estimaba de sobra para la criada. En la Sevilla antigua había costumbres patriarcales. La madre de la muchacha la había recomendado para que la guardasen bien y no saliera sola ni le permitieran noviazgos inconvenientes.

Por las noches ama y criada hacían labores, y la señora vieja quedó en que Francisquito entraría en la casa y pelarían la pava, delante de ella. Los otros el matrimonio siempre salían, a reuniones o al teatro. Pasó el tiempo y Francisquito le propuso a la novia, que ya tenía ganada, que lo acogiese en su habitación, y ella acabó por consentir y combinaron lo que tenían que hacer. A las doce volvía el matrimonio del teatro y tomaban una ligera cena y se acostaban, entonces bajaría ella y le abriría la puerta. Cuando llegó la noche Francisquito estaba inquieto, dijo que se marchaba porque su tía estaba enferma. Desde antes de las doce comenzó

a rondar hasta que vio llegar al matrimonio. Pasó el tiempo y vió como la muchacha abría la puerta y le hacía señas y muy pegado a la pared y liado en su capa, se escurrió hasta llegar y cerciorado de que nadie lo veía, entró.

Cuando se cerró la puerta, me parecía que se había cerrado la losa de mi sepulcro-, contaba.- Me entró un miedo horrible. Si el coronel se despierta y sale con el sable o un revólver, yo le diré que no me haga nada, que no soy ningún ladrón, sino que soy Francisquito el Plantao y que esa mujer me ha comprometido. No sabía qué hacer.

Ella me dijo:

-Quítate las botas.-

Me las quité y al poner los pies en el mármol frío me vino un estornudo que ahogué en el embozo de la capa. Esta se me caía y arrastraba, llevaba las botas en una mano y la otra la tenía ella cogida y tiraba de mí. Subí la escalera con un miedo atroz y a oscuras, luego la otra escalera del piso alto donde ella dormía. Creí que allí iba a poder respirar, pero me advirtió que el dormitorio de la vieja estaba cerca, y yo me quedé maldiciendo la hora de encontrarme allí. Ella me dijo:

-Desnúdate.-

-Yo no me desnudo.-

- Pero ¿te vas a acostar vestido?-

- Yo no me acuesto.-

- Pues siéntate.-

- Yo no me siento.-

- Pues entonces ¿qué vas a hacer?-

- Nada. Que yo quiero irme a mi casa.-

- Pero ¿qué estás diciendo? -

- Que me quiero ir a mi casa.- Trató de convencerme pero insistí en mi negativa. Se desató en improperios, me insultó, me llamó hasta marica. Me cogió de la mano, bajamos y cuando me ví en la calle respiré como quien sale de la muerte. Al otro día referí en la taberna mi conquista, pero inventando que se despertó

el coronel, que lo amenacé con un revolver y que salí del apuro, y los amigos decían...

- Qué determinao eres. Te va a costar caro ser así.

- Pero no crean ustedes.- Añadía Francisquito,- luego volví a arreglarme con ella y a disfrutarla.

Claro que también sería mentira. Pero en fin era muy divertido.

Nos contó también cuando murió la hija del cantador "Cagancho". Cuando muere una mocita gitana de categoría, se la amarra con galas, se le da colorete, y la caja se coloca casi de pie y en torno a la difunta se hacen las más ruidosas manifestaciones de quejidos y llantos y alabanzas, pero los cantadores les improvisan coplas de cante hondo y entonces se guarda profundo silencio. La puerta de la calle estaba cerrada, sólo se abría a los personajes de la Cava y en la calle se aglomeraba la gente del barrio escuchando ansiosamente a través de puertas y ventanas.

Alguien dijo:-Allí viene don Francisco García.

Era este señor un político demócrata muy pagado de su persona, muy correcto, un señor de edad madura, guapo, metido en carnes, gran manzanillero, de esos que beben sin embriagarse jamás, amigo de toreros y cantadores, sin descender nunca de la dignidad de su cargo y gran cantador flamenco. Era Presidente de la Diputación provincial y venía vestido de castora y levita, con sus adláteres y guardias que le escoltaban. Don Francisco García era trianero y pariente de Francisquito el Plantao que estaba entre la gente. Llegado a la puerta de Cagancho por entre la muchedumbre que le abrió paso respetuosamente, llamó un guardia:

- ¡Qué está aquí Don Francisco García!

-Yo- contaba el Plantao- me colé con él, Sin hablar ni mirar a nadie llegó frente a la difunta, se quitó la góndola, el sombrero de copa, y entonándose por seguidillas gitanas cantó con voz pastosa:

Lo siento en verdá.

¡Canales! tengo yo en mis ojos
de tanto llorá:

Lo cantó como una lamentación y con todas las reglas del arte, y cuando se apagó diluida la ultima nota, estallaron los lamen-

tos y las lágrimas ¡Viva Don Francisco García! gritaban los gitanos. Se abrió la puerta y salió con su comitiva siguiendo la calle con la gente detrás gritando vivas.

Ensayos de Cerámica

El abolengo de la cerámica de Triana es bien antiguo. Después del mudéjar, el italiano Niculoso aportó la perfección en los ejemplos que aún se conservan y al par que esta pintura de esmalte sigue lo ornamental, con los tonos profundos del melado, los amarillos puros y los naranjas vibrantes. Falta el rojo, pero los azules y morados de manganeso forman tonalidades profundas y los verdes tinta se derraman transparentes como esmeraldas hasta en los cacharros más modestos. Entrado el siglo XIX, con la decoración semi-salvaje, son de gran efecto. Algunos lebrillos y vasos parecen pintura impresionista, al par que la azulejería pinta grutescos renacentistas y barrocos o historietas de figuras caricaturescas decadentes. Uno de los últimos pintores que yo conocí, que era también concejal republicano, pintaba concepciones mirllescas y corridas de toros y siempre ponía entre las figuras del público algún cura empinando una bota ja fin de desacreditarlos en la posteridad! Cuando yo frecuenté Triana sólo quedaba de interés lo empírico. Algunas casas oficios trabajaban por su cuenta con materias primas amañadas por ellos, y ésto era lo que el Plantao nos facilitaba y yo trataba de arreglar mediante conocimientos químicos, obteniendo productos puros pues las fabricaciones de alguna importancia no usaban ya sino los óxidos del comercio y se había llegado en ésto y en arte, a la total decadencia.

En realidad todos estos ensayos me importaron poco y seguía pintando paisajes en Alcalá de Guadaíra, o en los jardines sevillanos, aparte de algunas figuras y hasta algunas composiciones. No dejaba el trabajo pero el ambiente de Sevilla era fatal y lo hacía lentamente, se carecía de interés y de entusiasmo.

Mí deserción de París fue una total equivocación y aunque una y otra vez pensaba en volver, no lo hacía. Me había pescado el “qué más da” de la abulia sevillana, donde con cuatro ochavos y un plato de camarones, a la sombra de un naranjo se imagina uno todo lo que quiere.

Poco tiempo después murió mi madre y mi situación social y económica cambió por completo, pues si el capital reunido era

suficiente para vivir de su renta, al dividirse en seis a poco tocábamos. Sin embargo esta perspectiva no me alarmó. Lo que me correspondía no era bastante para seguir viviendo de la renta, pero sí suficiente para tener unos años por delante para valerme por mí mismo, y eso fueron mis deseos y propósitos que bien pude realizarlos, pero... no hubo, medio. La comunidad donde estaban mis hermanas procedió conmigo admirablemente haciendo que mis dos hermanas monjas me otorgasen amplios poderes e inhibiéndose en absoluto en mi acción. Si ésto hubiera sido todo yo hubiera liquidado sin el menor inconveniente en cortísimo plazo, y hubiera podido dedicarme a lo mío, pero el marido de mi hermana muy caballero y apreciable, no entendía absolutamente nada de negocios y lo que es peor; que creía solucionarlos ventajosamente, y con su criterio desbarataba de continuo mi labor, a lo que ayudaban también mi hermana menor y mi sobrina muy ignorantes las dos y con sus fluctuaciones se ponían unas veces de mi parte y otras en contra y así, lo que debió durar un mes, duró cuatro o cinco años, en los cuales yo fuí administrador, yo tuve que dirigir la gran obra de las casas que se venían a abajo, tuve que luchar con abogados y arquitectos... y aunque decidí vivir en Alcalá entre mis paisajes, entre ir y venir a Sevilla se me iba el tiempo y el humor.

En Alcalá surgió otro asunto que me ilusionó, una pequeña viña que me vendían baratísima y que estaba enclavada en el centro de los paisajes que más me gustaban, su producto era lo de menos, aunque algo representaba, pero lo importante era que con los materiales algunos muy ricos, que habían sobrado de la reforma que hice en una de nuestras casas, podía a poca costa construirme un precioso estudio en el centro del parque natural más maravilloso donde la viñita estaba enclavada, de modo que tendría mi casa, mi amplísimo terreno que yo transformaría con nuevas plantaciones y todo esto entre pinares de un suelo con un tapiz verde en el que los pies se hundían y casi todo el año florido, y abajo el río, saltando las azudas de los graciosos molinos moriscos enmarcados por adelfos, y las márgenes del río entre alamedas temblonas de plata, y como yo no quería nada de aquello para explotarlo sino para pintarlo, resultaba que podía haber sido dueño y señor de un parque que valdría millones sin costarme más de dos pesetas. Esto hizo cambiar mis propósitos de vivir en París, puesto que podría frecuentarlo a temporadas y llevar mis cuadros en época propicia y hacer al par una vida verdaderamen-

te paradisíaca. Pero estaba algo alejado del pueblo, y mi hermana metiéndose como de costumbre en lo que no le importaba, dijo que aquello era un disparate, y lo peor fue que convenció a mi mujer, porque yo después de liquidar nuestra herencia, vendiendo nuestras casas, me había casado.

Vivía con ella en Alcalá en una casita en el mismo pueblo, y comencé de nuevo a pintar. Unos pequeños cuadros del más delicado impresionismo, uno de los cuales me lo adquirió años después prendado de él, Juan Ramón Jiménez.

Hube de desistir de adquirir la viña produciéndome esto gran desilusión, y como además estaba ya cargado de la incomprendión de la familia y amistades y avergonzado del bajón social que mi matrimonio para una vida normal suponía, decidí que nos fuésemos a vivir a París, por alejarme del ambiente de Sevilla, que por las ingerencias de unos y de otros tanto daño me había acareado.

Siempre me ha ocurrido igual; cuando recibo daño de personas íntimas reacciono con tal furor, que las reventaría, pero incapaz de hacerlo, me desahogo tomándome venganza en mí mismo, me autocastigo.

Algo así como ese absurdo que he oído de los chinos que para vengarse se ahorcan en la puerta de su enemigo.

Le tomé asco a las familias y no era para menos, y aún a España entera, de tal suerte que cuando nació en París mi hijo en 1913, no lo inscribí en el consulado para que fuese francés, como llevase un diario, costumbre que siempre he tenido, de hacer anotaciones breves en mi agenda de bolsillo, años más tarde encontré una nota que decía: "En la madrugada de hoy nació mi primer hijo. No tengo ningún deseo de fundar una familia. El instinto es superior a la razón" (37).

Me fui a París con mi mujer... con la que no tenía el menor punto de contacto pero no iba como fui antes con las espaldas guardadas, sino quemando mis naves, allí se presentó la familia de ella, y allí vivimos como podíamos haber vivido en Alcorcón. Allí consumí mi pequeño peculio hasta el 14 en que regresamos

³⁷ El texto entre comillas se encuentra tachado en la copia mecanografiada del manuscrito. La reinserción contribuye a lo que el autor de las memorias quería referirse. Francisco Javier Winthuysen Sánchez nació en Montmartre, París, el dia 1 de marzo de 1913. Vide certificado de bautismo parte de la documentación de las memorias de su padre Javier de Winthuysen y Losada.

sin haber adelantado nada, dedicando mi vida a Museos, pintando en el estudio donde no daba pie con bola y tomándolo todo como el final de la vida.

Los muchachos que conocía en París, hombres inquietos de talento y finura espiritual. No bohemios, sino al margen de la vulgaridad, después de rodar o mejor dicho rodando, se encontraban siempre con alguna que los enamoraba. Yo no rodé ni por lo tanto, afortunadamente me encontré con nada. Yo soy más espectador que actor en la vida, me reservo siempre para actuar cuando vale la pena, y mientras miro y voy a la deriva.

Cuando encontraban la preferente, en general entre buenas muchachas, que también rodaban como ellos, constituían su nido. Nido más que hogar, a casi todos les nacía un hijo y concluían por casarse o al menos hacer la vida como si lo estuviessen ¡Qué contraste entre estos y yo!

1912

Nueva visita a París, ya no como neófito sino como iniciado. De primera intención hago el mismo recorrido que a mi llegada. Todo está igual.

Los jardines del Luxemburgo, la inmensa avenida del Observatorio. El tapiz verde, las masas paralelas de los castaños en flor, y ahora amplió mis recorridos en los vaporcitos del Sena desde Charenton a Saint Germain y desembarco con frecuencia en Bas Meudon, y llego por el parque de Saint Cloud hasta la Coquette.

Ahora no es el salto de Sevilla a París, ahora voy saturado de Madrid, de su ambiente señoril y pintoresco, y también de Velázquez, Greco y Goya, al clasicismo francés. Todo está igual. El Impresionismo anteriormente todavía dudoso, ya consagrado y rebasado por el postimpresionismo y fuera de los enquistados Salones en el de Independientes, las iniciaciones de, *les fauves*, que se acogen con sonrisas... No se ha llegado todavía a las aberraciones *pour épater le bourgeois* ni al marchante Israelita y al crítico de alquiler... aunque se anda cerca, pero la urbanización, la fisionomía Parísina es exactamente la misma y sigue hasta el 14 en que todavía crece el patriotismo al son de la Madelón, a los desfiles luego ante el "soldado desconocido", a la americanada y la debacle de la política, que en 1935 en que volvemos, perdura.

Nuestra vida de París fue distinta de la que yo había hecho ocho años antes, cuando fuí por primera vez. En realidad lo exterior no había cambiado. Nos alojamos en el mismo hotel del Boulevard Raspail.

Contábamos con una persona conocida, una simple mujer de edad madura que era *gouvernant* de un señor francés muy correcto y afable, fabricante de instrumentos de música, de donde provenían sus relaciones pues ella pertenecía a una familia de célebres músicos sevillanos y además tenía una sobrina que era violinista (38). Estas personas nos sirvieron de mucho puesto que llevaban tiempo.

También estaba allí Vázquez-Díaz, ya casado y con su pequeño hijo, de modo que lejos de estar aislados, contábamos con amigos atentos.

Encontré un buen atelier frente al de Zuloaga. Visité a Clará y después a Bourdelle con quien Daniel Vázquez Díaz tenía gran amistad.

Sin embargo en París me sentí desplazado. Mi mujer, aunque trataba de amoldarse al ambiente, ni por educación ni por temperamento cuadraba en él.

Mis cuadros y muebles de Sevilla, vinieron a París, la habitación era bastante confortable y como estaba situada a gran altura, desde su finestrón se abarcaba el grandioso panorama. Yo me dediqué de nuevo a la visita de museos y exposiciones sin una orientación determinada. Entonces (1913) ya las nuevas tendencias comenzaban a desbordar no ya el Impresionismo sino el Ne-impresionismo. Comenzaba a imperar el Cubismo, pero el magnum de la modernidad poco me interesaba, me encontraba mejor en mis visitas constantes al Louvre, donde aparte de Rembrandt y como contraste a la Escuela Florentina, me dedicaba a la Escultura Egipcia, y a las contadas obras griegas y a sus Artes menores, y también a la escultura francesa del XIII, pero pintar....

CONSIDERACIONES

En Pintura, como en todas las actividades de la vida, tiene que proceder un propósito a la acción, y una energía y una persistencia para lograr dicho propósito.

³⁸ La dedicatoria que aparece en el auto retrato: "Al matrimonio artista Lolita Palatui y Jacinto Higueras con todo afecto, Winthuysen" atestigua su afecto y agradecimiento a los Higueras. Daniel Vázquez-Díaz firma como testigo la fe de bautismo de Javier Winthuysen Sánchez.

Yo he carecido de ello he pintado como hablo, como me mueve en las cosas intrascendentales de la vida. He pintado simplemente por el gusto de pintar y sin poner en ello casi el amor propio.

Además esto del Arte es muy diferente a otras cosas que de antemano se sabe de ellas si están bien o están mal, y puede presidir el concepto que uno tenga para acometerlas.

En Arte no. Podremos opinar de lo que hagamos a posteriori, pero cuando lo estamos haciendo se ignora, lo que vaya a salir. Aparte de que puede hacerse de mil formas diversas y que dentro de esas formas esté bien o esté mal lo que se haga.

Mi maestro Gonzalo Bilbao me decía con frecuencia que me envidiaba como veía el Color, y que yo mismo ignoraba la importancia de lo que hacía.

Tenía razón a medias porque yo siempre he hecho lo que me ha parecido, de momento más conveniente. Lo que sí lamento es que los demás tampoco se hayan dado cuenta de lo que yo hago viendo el Color (según Bilbao), tan envidiablemente. Pongo esto porque si los que suelen comprar cuadros se enteraran, yo los vendería. Con respecto a esto suelen decirme que mi pintura es para una élite, y que el vulgo no aprecia ciertos valores, pero yo dudo de esto, porque recuerdo que había en casa de mis padres una cocinera muy limitada que contemplaba mis paisajes con admiración y decía que daban ganas de comérselos. He tenido otras criadas lo mismo de admiradoras.

En París un limpiachimeneas que estuvo en mi estudio, volvió pasado algún tiempo rogándome que lo dejase entrar para ver de nuevo un bodegón con una jarra de plata que yo había pintado. (Este cuadro lo regaló J. R. Jiménez a Mr. Huntington) (39). En Madrid en una carbonería había un cuadro mío que no sé por qué había ido a parar allí, y Vázquez Días que lo vió lo quiso comprar y le contestó el carbonero que no lo vendía que le gustaba mucho a su mujer. De modo que no me puedo quejar de falta de éxito entre la gente ignorante. Ni de la alta crítica tampoco pero lo malo del caso es que a quienes no les interesan mis cuadros, es a la gente que tiene dinero. A esa gente que mi padre con su sentido personal social, llamaba la "Canalla de levita".

³⁹ El cuadro que menciona no se encuentra en la colección de la Spanish Society, de Nueva York. Otra versión, o el mismo cuadro es parte de la colección Teresa Winthuysen Alexander.

A parte de todo esto íbamos diciendo la falta de energía que he tenido para escoger un propósito y seguirlo, único modo de llegar a realizar las obras pues si bien se puede evolucionar no cabe en lo posible producir lo debido con fluctuaciones constantes. El eclecticismo es fatal. No tenéis sino reparar las construcciones del pasado, aquellos constructores solo sabían el gusto y el tecnicismo de su época, ya fuese el clásico, el gótico o el barroco, y hoy en que cualquier arquitecto conoce desde las Pirámides hasta Le Corbusier, no se pasa de producir un arte ecuménico y frecuentemente de construir necedades, falsas imitaciones y tonterías.

Para lograr la producción hay que escoger un camino definirse bien, tener fe en su concepto propio y no fluctuar.

Pero yo que pienso así, soy tan sugestionable, que si alguien me dice que es de noche siendo de día, me quedo pensando si tendrán razón y si estaré soñando.

No he pintado cuadros más cochinos en mi vida que los que pinté en Aranjuez donde estuve una larga temporada (1915) al par que Santiago Rusiñol.

Rusiñol pintaba entonces aquellos parterres tan cuidadosamente dibujados y en Aranjuez tenía una corte de admiradores ¡Don Santiago! ¡Don Santiago!

Don Santiago era considerado como un semidiós. De mí, decían que era un pintor de "brocha gorda" y tenían razón yo no he pintado cuadros mas cochinos, y no era porque pretendiese copiar a Rusiñol ni porque tuviese el propósito de reaccionar contra sus paisajes de cartón, sino por no sé qué inquietud que me hizo no dar pie con bola.

Y lo mismo me ocurrió otra vez pintando junto a un amigo mío (amistad peligrosa) adorador de Jiménez Aranda y que lo pintaba todo negro (40). ¡Negro! en Alcalá de Guadaíra donde la tierra es color naranja, los naranjos parecen esmeraldas, los pinos se tiñen de oro y en las márgenes del río cristalino había álamos de plata y adelfas carmesíes.

⁴⁰ La amistad entre Nicolas Alperiz, 1868-1928, transcurrió en la época temprana de la pintura de Wint-huysen, al aire libre, en Alcalá de Guadaíra. Para averiguaciones de estilo de pintura de Nicolas Alperiz utilicé el catálogo: La Escuela de Alcalá de Guadaíra y el Paisajismo Sevillano, 1800-1936, Sevilla, febrero-abril, 2002.

Y el tío (e.p.d.) lo pintaba todo negro. Yo reaccionaba, pero también me contagió. Como me contagió Jiménez Aranda haciéndome llenar el dibujo de color, y como me contagió Bilbao con su grueso de color y sus pincelazos y el bodrio que hacía algunas veces de la pintura.

Por cierto que había entonces en Sevilla un pintor mediocre, pero interesante como humorista y no mal pintor del todo que hacía una división de la Pintura llamándola "Pintura, limpia" y "Pintura cochina".

Pues ¿Y las lecciones de mis maestros sobre Velázquez? Algunas de estas lecciones fueron ante sus cuadros en el Museo de Madrid.

Pues bien, ante los mismos cuadros me decían todo lo contrario de lo que era Velázquez.

Esto parecerá absurdo pero no lo es. Pues lo mismo les ocurría a aquellos grandes pintores franceses, académicos, imitadores de Don Diego mi paisano.

Para ver no basta mirar.

Yo como no esté aislado o con personas de gran afinidad, nunca estoy seguro de mi mismo.

Y no dejo de tener mis razones. En una ocasión fuí a cambiar unas monedas de oro a un banco donde había otras personas para, hacer igual operación. Se me cayó una moneda que sonó en el suelo y el que estaba junto a mí se agachó deprisa a cogerla.

Yo lo tomé por una, oficiosidad de finura y creí que me la iba a dar, pero lejos de eso me dijo que era suya, que se le había caído a él. Como es natural no quise avenirme se armó la disputa y cuando estábamos más enfascados, cierto testigo me dijo:

-Mírese Vd. en el doblez del pantalón.- Y, efectivamente, allí había caído mi moneda y tuve que deshacerme en excusas con aquel señor a quien también se le había caído otra. Es mucha casualidad y coincidencia, pero no es sólo esta vez cuando me han ocurrido cosas semejantes. ¿Quién será capaz de sostener lo que cree en lo que es problemático y opinable?

CAPITULO OCTAVO

Mi vida en París en 1911.- La Guerra del 14.- Vuelta a Madrid.- En Aranjuez 1915, Rusiñol.-El arte de Anglada.- 1916.-Casa en Madrid.- Sin dos pesetas.-

Encuentro con Juan Ramón Jiménez.- Exposición en la casa Vilches en 1916.- Pensionado por la junta de Ampliación de Estudios.- El Arte de la Pintura.

Yo me llevé a París una sevillana. Un absurdo. Llevar una mujer a París, me dijo uno en una ocasión, es una cosa así como llevar un bacalao a Escocia.

Mi estudio estaba como el oro de limpio, crujiendo; la ropa lo mismo, y a ella hasta le gustaba el impresionismo, vanguardia entonces, y yo... Se me acabó toda la inspiración. No daba pie con bola, perdí el hilo. A mis pinturas graciosas, espontáneas de Sevilla, intuitivas o por una reacción de mi cultura clásica y mis soledades en el campo y en el río, sucedió un querer y no poder, un forzar la máquina, un ir y venir a museos, un alejarme del magremagnum, donde bullían las ideas de actualidad!... No hay idea de lo que pasaba por mí. Unos deseos, una lucha por remontarme, un afán de ideal... y cien kilos de vulgaridad atados a los pies. Todo muy limpio, unos guisos caseros muy buenos, cepilladito, zurcido, muy bien y hasta pareciendo que a ella le gustaba hasta Greco... Cuando nació mi hijo, mi mujer, alarmada por su aislamiento quiso que su madre fuese a París.

Mi estudio se convirtió en un cortijo con mi señora suegra y mi cuñada. Se hacían huevos fritos con cebolla a llama viva del hornillo del gas hasta quemar puertas y techo, se le ponían jeringas al niño al lado de los cuadros, no porque no hubiera otros sitios, y se chillaba y se discutía sin parar con gran, admiración del vecindario que decía: *¡Oh la, la! ¡Y qué grandes disgustos padece esa pobre familia! ¡Quel dommage!* (41).

Pero nada de eso había y cuando yo les decía refugiándome en amargo humorismo que eran las costumbres de mí país se quedaban con la boca abierta.

⁴¹- ¡Mariquita, Pepal- gritaba mi suegra.- ¿Cómo quieres los huevos, fritos con cebolla?...

Mientras, en los otros estudios seguían su vida de inquietud intelectual y de paz material los otros matrimonios, que iban y venían, visitaban marchantes, concurrían a exposiciones, conquistaban amateurs... y yo... me escapaba para pintar a Córdoba ¡Nada menos que a Córdoba! ya que otras mujeres más distinguidas, pero peores en el fondo, las de mi familia, me espantaron de Sevilla y buscaba yo en Andalucía atar el hilo que se me había roto de mi vida inteligente.

Mi estancia en Córdoba fue realmente fructífera. Trabajé con ansia pintando paisajes urbanos y jardines que quedaron. Regresé a París, presenté en los Independientes y en el Salón de Otoño, 1912-1913, donde no me recibieron mal, ni dejó de complacerme la crítica. El plan de familia seguía igual y en la primavera del 14, decidimos regresar todos a Andalucía y yo solo con mi familia a Córdoba, pero estando tan próximos a Sevilla, ni allí pude vivir libre de las ingerencias familiares, y si en mi primera escapada solo, conseguí pintar a gusto, luego ya no lo pude hacer. De Córdoba nos trasladamos de nuevo a Alcalá y Sevilla y estando allí estalló la guerra del 14.

1914

Con la admiración que se tenía por Alemania que ciertos sectores juzgaban que eran punto menos que semidioses, hubo la creencia de que no se repetirían los hechos tal como en el setenta y que París sería inmediatamente ocupado. En realidad el fulminante avance alemán así lo demostraba. La vuelta por entonces a París era, no solamente absurda sino imposible.

Nos trasladamos a Madrid porque ya en Sevilla con mi nueva situación, no me era posible la vida con la holgura y distinción a que estaba acostumbrado y no entraba en mí ser hacer el ridículo, y para colmo, la familia de mi mujer había bajado hasta la ruina.

La Batalla del Marne había contenido la invasión alemana, pero surgió la guerra de trincheras y aquello no acababa y me convencieron de que fuese solo a París a levantar mi casa, y salvar lo que en ella había.

París en el año quince estaba lleno de animación. Ni aún en la economía de la vida se notaba. Los Museos estaban cerrados pero los espectáculos funcionaban. Además allí encontré a un

amigo Jefe de policía del Rey cuya misión se reducía a observar y... a darse la gran vida, Como también me la dí yo.

La *foule* de bohemios, casi había desaparecido, los apaches fueron enviados al frente, lo que abundaban eran los militares, en cambio, las muchachas continuaban igual. Yo hacía la vida de restaurante y diversiones, con mi amigo y habitaba en mi estudio atendido por una *femme de ménage* que me cuidaba bien. El estudio no lo pude despedir porque dejé de dar el aviso a su debido tiempo, y porque me sentía tan a gusto en él, que no quería dejarlo.

Incluso hice nuevas amistades y tuve visitas interesantes para mi pintura en mi taller y hasta estuve a punto de aceptar un puesto en una industria artística para mantenerme. Respecto a los azares de la guerra poco se notaban. Funcionaba el Berta enviando sus bombas, que también de cuando en cuando dejaba caer la aviación enemiga, pero con la grandeza de París ni se notaba. Más como pasaron unos meses hube de regresar a Madrid, dejando el estudio como estaba aunque me traje a Madrid casi todos los cuadros enrollados.

En el año 15 tuve un feliz encuentro con Juan Ramón Jiménez y reanudamos nuestra antigua amistad. Vió mis cuadros, se enamoró de aquel que he dicho de Alcalá de Guadaíra que me compró, me presentó a Martínez Sierra que me adquirió otro de los que había, pintado en Córdoba (42).

Conocí a una pintora inglesa que tenía dos estudios contiguos y me arrendó uno donde por las noches teníamos una academia donde concurrían varios exilados franceses, alemanes, holandeses, checos.

Rusiñol y los Jardines de España

Fue hacia 1900, en una escapada de Sevilla para ver nuestra Exposición Nacional de Pintura que se celebraba entonces en el Hipódromo. Zuloaga tenía su retrato de cazador, imitación de nuestros clásicos, en la "Sala del crimen"; allí estaba también el gran Regoyos. Se comenzaba a apreciar a Sorolla que, a través de su temperamento levantino fácil y desordenado, llenaba de luz

⁴² .. Patio de Monjas, figuró en la exposición de Vilches, en 1916.

la negra pintura española y su émulo Gonzalo Bilbao, mi maestro entonces.

Entre el maremagnum de tantos cuadros que se apiñaban en aquel certamen, me extasié ante un lienzo todo él sencillo, jugoso, con la gracia del impresionismo, vibrante de juventud; distinto de las muchas obras que ví después de Rusiñol.

A él le conocí personalmente unos años después en París. Salíamos en grupo de la taberna Lorraine a media noche; su figura de apóstol y su madurez destacaba entre la juventud de los bohemios que lo rodeaban, catalanes la mayoría; entre ellos estaba el escultor Manolo con su cara de Cristo, sus melenas negras, y su sombrero flamenco de ala ancha... Llovía y nos refugiamos bajo una, marquesina cantando un coro. Llegó un guardia y dijo: "Bajo, más bajo, que el vecindario duerme"; y con aquella condescendencia bonachona que había en París para los artistas extranjeros, se sumó al grupo, marcando el tono, con las manos y el gesto como un director de orquesta.

En 1915 coincidí con don Santiago en Aranjuez una larga temporada. Entonces era ya distinta su pintura; sus lienzos eran decoraciones; parterres precisamente dibujados, árboles de siluetas precisas. Las vibraciones del impresionismo habían desaparecido para dejar escueta la arquitectura del jardín; la ordenación fría con el surtidor siempre centrado; la euritmia como motivo esencial.

Ya padecía su reuma pero eso no tenía importancia para él. Pintaba toda la tarde sobre el terreno empapado; luego, al ventorro del "Rano Verde" a tomar un vaso de vino tinto; y de allí al casino a saborear un whisky, y después de cenar al café. Visitas a un salón alto donde había ruleta y monte; otra vez abajo a tocar el piano, a cantar, a charlar con sus admiradores; y de cuando en cuando escapadas a una mesa aislada para, añadir líneas a un "vodevil" (43). Espíritu singular de optimismo, de juventud eterna; mano a mano con todos, sin la menor reserva, y con el respeto absoluto de todos. Con la veneración de todos por don Santiago, con su sonrisa constante paladeando sibaríticamente la naturaleza, el arte, la humanidad, el whisky. Había venido al mundo como a una fiesta sin fin. Trabajaba, decía, porque le gustaba. Tenía toda

⁴³ El "Rano Verde", como se llama el restaurante continuaba funcionando el año 2004. El uso de "vodevil" en vez del término francés "vaudeville" se debe a la naturaleza fonética de la lengua española en que las palabras se escriben tal como se pronuncian.

la comprensión de la gravedad de la vida para saber que no había que tomarla enteramente en serio. De todo sacaba partido, incluso de su noble cabeza con su nimbo de greñas, tan naturales, y con las que tenía que luchar el pobre barbero para no descomponer la "Naturalidad." "Corte este mechón... deje largo este otro..." Era obra de romanos pelar a don Santiago. Hombre enviable con una clara visión y una naturaleza excepcional, tuvo el arte en primer término para poseer la naturaleza a su antojo, librándose de los dolores del espíritu. Para los corporales usaba la morfina. Nunca le ví preocupado ni menos enfadado. Al coincidir con él en un pueblo que frecuentaba, le pregunté si se alojaba en el mismo hospedaje de siempre, y me contestó que se había mudado porque su antiguo patrón le presentó una cuenta abusiva. Era precisamente, día de elecciones. Estábamos en la terraza de un café, y vimos venir calle abajo un numeroso grupo que vitoreaba a su candidato triunfante. Era el patrón de don Santiago que escoltaban sus electores. Rusiñol se levantó y esperó a su expoliador en medio de la calle y le dió un abrazo teatral, y el pueblo gritó con más entusiasmo: ¡Viva nuestro concejal! ¡Vivan los hombres íntegros! ¡Viva don Santiago Rusiñol! Y don Santiago volvió a la terraza radiante de satisfacción, con su sonrisa socarrona...

La prosa de la naturaleza se transforma con la pauta del jardín. No hay caminos fatigosos; las aguas se recogen limpias en recipientes de mármoles tallados; a la flor se le han multiplicado sus pétalos, acrecentando su belleza; lo que es matojo en el monte aquí es ordenación reluciente; la pompa de los árboles forman bóvedas; los personajes mitológicos sonríen serenos en sus pedestales y los mirlos ensayan su música humorística. Las aguas verdes del Tajo captadas por la "composición", corren entre muros coronados por vasos de flores; y el pintor haciendo arte del arte, lleva a la contemplación de las gentes estos jardines antiguos abandonados, sintetizados como decoraciones; quitando de ellos toda vibración, reduciendo su naturaleza al deleite formal, toda pasión excluida, reduciendo todo a ritmos serenos arquitecturales, a complacencia de vida transformada...

En el espolón de la Isla de Aranjuez, existe una glorieta donde en lo antiguo, hubo una fuente hoy desaparecida. Allí podría alzarse en un pedestal, en el centro de un lago circular perfecto, la hermosa cabeza de Rusiñol sonriendo eternamente en medio de la serenidad de la linfa- nuevo personaje mitológico que añadir a la serie. En torno un ordenadísimo parterre de mirto eterno, ence-

rrado por "himeneos" de rosales blancos. Homenaje al hombre singular, único, representativo de un concepto de vida...

"Crisol 18-6-1931
Javier de Winthuysen

¡Todos en perfecta camaradería en plena guerra! Allí dibujábamos el desnudo que yo también pintaba durante el día, con Elvirita, una modelillo muy graciosa (44).

En el año 1915 pasé unos cuantos meses en Aranjuez, donde también pintaba Rusiñol. Yo pinté una serie de paisajes en los jardines. Los peores que he pintado en mi vida.

Rusiñol

Ya en 1902 pinté yo un jardín a plena luz y vibración que me dió fama. Un escritor de Sevilla Don Francisco de León Troyano me dedicó un artículo en que decía "Si Rusiñol idealiza los jardines, Winthuysen los humaniza". Solté yo entonces mis andaderas pintando valientemente con toda la fuerza de la luz de Sevilla, juvenil y llena de gracia. Pero los críticos madrileños que no entendían de pintura al referirse a mis cuadros, más ciegos que topos, por ser jardines habían de repetir Rusiñol, Rusiñol y Rusiñol y ya estaba yo hasta la punta del pelo de Rusiñol cuya pintura no conocía sino por grabados. Cuando la conocí me parecieron sus celebrados parterres de cartón, sus flores de trapo, su correcto dibujo siempre líneas y nunca forma y la totalidad de su luz, neutra sorda, muda y ciega. Pero nuestros enquistados amateurs todavía hablan de, Rusiñol paisajista.

Todo esto era allá en el año 3 y doce años después, en 1915, durante la Guerra europea, que hizo que me ausentase de París conocí por fin la pintura de Rusiñol en Aranjuez, donde me fuí a vivir unos meses. Era don Santiago, como allí le llamaban populísimo y tenía una corte de admiradores locales. Hice amistad con él y por él ayudado le traduje al castellano un artículo que le habían pedido y que él escribió en catalán. Me decía que no podía escribir en castellano, yo creo que era pose porque comprendo que fuese así, pero el artículo era de tan poca monta que bien podía haberlo escrito como hablaba. Yo a él, a su pintura no, le

⁴⁴ Sin duda se refiere a su vuelta a Madrid, 1915, donde tiene un estudio, academia nocturna de dibujo de figura. A su estudio acudían, para practicar, artistas refugiados europeos.

había conocido hacía tiempo en París donde una noche por excepción estuve con una pandilla de catalanes jugando a la bohemia a la que él era tan aficionado. Se cantó por las calles haciéndonos callar la policía, se bebió cerveza, bailaron sobre las mesas él y otros, rompiendo vasos que pagamos entre todos...los que teníamos algún dinero. Era un catalanista cien por cien, y su hermano significado político, y otros lo mismo, y a un borracho francés que se nos unió y que por congraciarse vitoreó a España lo abuchearon. Desde entonces no lo había vuelto a ver aunque sí lo leí y conocí su "Místico" y lo tenía como literato en gran aprecio.

La vida que hacía en Aranjuez era la siguiente: estaba alojado no en un hotel sino en una pensión de un tal Grediaga, socialista. Allí le tenían una buena habitación con chimenea de leña y le guisaban a su gusto. Ya entrado el día se iba a pintar a los jardines y allí se pasaba sentado en su silla con aquella humedad a pesar de su gota.

No quiero dejar de referir cómo siempre estaba detrás de él un pobre imbécil muy embebido viéndole trabajar, y don Santiago comentaba como a las personas de menos inteligencia los sugerían el Arte.

Pero una vez tuvo que levantarse Rusiñol para coger algo que había dejado distante y dejó la paleta sobre la silla y el anormal aquél, vivo como un rayo, rebañó con un dedo el color amarillo y se lo comió sin que nadie pudiera evitarlo.

Cuando acababa de pintar nos íbamos a un puesto o restaurante que había a orillas del Tajo donde servían unas muchachas muy guapas. Nunca faltaba un admirador que era un pintor canario, según decía, porque yo nunca le ví pintar. No hacía otro oficio que admirar a don Santiago, era muy simpático y como se le hablase de su pasividad absoluta decía que él no tenía la culpa de ser africano. Allí tomábamos unos vasos de vino tinto para entrar en calor. Luego al atardecer en el Casino vermut o ajenjo y después de cenar nos íbamos a un café donde había juego, y don Santiago unas veces se apartaba a un rincón y escribía en un "vaudeville" que traía entre manos, y otras subía a jugar al monte y allí apuntábamos nuestras pesetas entre aquellos estúpidos trabajadores de la huerta que iban a dejarse allí el jornal, y esto duraba hasta después de la media noche.

Apareció por allí un batallón o regimiento de pontoneros que iban a hacer maniobras en el río, y lo mandaba un señor Parellada que era poeta festivo con un pseudónimo, muy popular y conocido-Melitón González-colaborador de periódicos y revistas. No podía yo figurarme que tal escritor gracioso y banal fuese militar y como conocía a Rusiñol fue a la reunión del café de uniforme. Estando allí llegó un soldado con todo su correaje, tercerola, etc., a llevarle un parte. Se trataba de que un mulo se había puesto (45) enfermo, y a cuenta de ello y del pobre soldado con tantos arreos hizo unos chistes que a mí por el lugar, por la clase de público que nos rodeaba y por su grado no me pareció cosa digna. Luego, escuchándose pedantescamente hizo comentarios de las tonterías en que incurrián los poetas más célebres. Yo le escuchaba por cortesía sin despegar los labios, pero en vista de mi silencio se dirigió a mí interpelándome de un modo un poco zumbón y le contesté:

-En efecto, los poetas serios incurren a veces en tonterías, diferenciándose así de los festivos que las dicen siempre.

Fuí a pelarme y el peluquero me dijo que también iba allí don Santiago.

-Pero si don Santiago va siempre con unas greñas... Yo creía que no entraba nunca en la barbería...

-Pues viene con frecuencia, y yo en cuanto lo veo venir me quito de en medio y se lo dejo al oficial. No sabe usted cuanto mareo, que si este mechón más largo que si el otro más corto, éste para detrás, el otro para delante. ¡Qué sé yo! Y le he cogido tal miedo que nunca lo sirvo.-

Y yo tan creído que aquello era natural descuido, pero Rusiñol era un gran humorista.

Bueno: anécdotas aparte, estuve en Aranjuez cinco meses pintando y pinté las telas más cochinas que he pintado en mi vida. Sordas, muertas ¡Qué desastre!

¡Qué estupidez! Volví a Madrid. Juan Ramón iba a Nueva York a casarse, quiso que yo lo acompañara y que fuese testigo de su boda y que al par llevase mis cuadros y los expusiera, pero yo ya no tenía medios de emprender tal viaje.

⁴⁵ Se enfermó un mulo, o, se puso enfermo. Melitón González añadido al texto original por uno de los editores

Cuando volvió ya casado Juan Ramón con Zenobia, me introdujo en su círculo de la Institución Libre de Enseñanza, me buscó compradores y yo por entonces trabé gran amistad con Antonio y Manuel Machado cuyas relaciones de familia con la mía eran muy antiguas e hice amistad con Valle Inclán, con Lasso de la Vega, y con otra porción de artistas, pintores, escultores literatos y periodistas.

Hice un nuevo viaje a Andalucía recorriendo Sevilla, Córdoba y Granada, donde volví a pintar.

Me gasté las últimas mil pesetas que tenía en una exposición donde figuraron una porción de obras (Casa Vilches, 1916) entre ellas, el paisaje que Juan Ramón había adquirido y otro también de Alcalá que me compraron. Aparte de esto no vendí otra cosa a pesar de que tuve mucha y buena crítica y que la exposición fue visitadísima. Concurrió a ella la Infanta Isabel que me trató con gran deferencia, no sólo por mi pintura sino por lo que mi ilustre apellido significaba; estuvieron también los príncipes de Baviera y bastantes personas distinguidas de Madrid y Sevilla a quienes les cogió de paso, de modo que la exposición fue bastante lucida, pero el resultado económico casi nulo. Aunque después de ella vendí algunos cuadros de los que figuraban.

Antes de la Exposición, envié a mi mujer a París a levantar mi estudio lo que determinó que nunca más volviera; gran desacuerdo porque al llegar los americanos los estudios tomaron un gran valor, y porque en París se vendió muchísima, pintura y a precios elevados, pero yo tuve que hacerme madrileño.

Viví estrechamente. Empeñé todas mis joyas y toda mi plata. Mandé a mi mujer y a mi hijo a Sevilla para, que la atendiese su familia y yo me quedé solo en Madrid, ya muy bien relacionado con literatos, artistas y sociedad distinguida a pesar de ser refractario a ella.

Tomé un estudio donde vivía solo y pinté el cuadro más interesante. Era una bella mujer joven que hallé en la calle con un niño de pecho pidiendo limosna y que logré que me posara. No tuve que hacer más que copiarla, pero estuve felicísimo. La pinté con gran facilidad, dentro de una coloración sobria y fluida que parecía acuarela y aparte de los valores puramente pictóricos su bello rostro de expresión tan triste que parecía que casi lloraba, contrastaba con el alegre despertar de la criatura uniéndose así a

los valores estéticos los psicológicos. Cosa que ni había logrado nunca ni volví a lograr jamás.

Este cuadro del que desgraciadamente no tengo ni fotografía, me lo adquirió al par que otros paisajes un señor desconocido y tuvo una triste historia porque dicho señor se volvió loco y le echaba la culpa al cuadro por su tristeza. Ni el señor ni el cuadro supe luego donde fueron a parar.

Anglada Camarasa hizo en Madrid una exposición lucidísima que fue muy discutida. Yo hice sobre ella un artículo sin otra intención que fijar mis ideas, pero lo leí en una reunión de literatos y periodistas, que hicieron que me lo publicasen en la "Correspondencia de España". Fue mi estreno como publicista, aunque críticas de arte no he vuelto a hacer jamás.

"Correspondencia de España" 24-8-1916

El Arte de Anglada.- Algunas observaciones.

Es Anglada como esas tierras fértiles de Levante que producen una vegetación espléndida y unos frutos hermosos y relucientes, pero algo desabridos.

Es un pintor que ha luchado enormemente para dar en sus cuadros la sensación que le produjo la Naturaleza. Y en esta lucha se nos presenta jadeante, ya vencedor, ya vencido, - pero dando siempre una sensación de vida, de fuerza, y de fe y alegría que nos subyuga. Es toda su obra una lucha para conseguir trasmirnos sensaciones. Y la mayoría de las veces consigue hasta deslumbrarnos con tan bellos matices y tan preciosas calidades, por las que olvidamos formas descuidadas e inarmónicas.

Es por esta noble lucha por lo que es desigual, aparte la unidad de visión y de pensamiento. Un cuadro se nos presenta como bella laca japonesa, otro nos parece hecho por algún cerámico diabólico, otros hay también que pierden este interés, y sólo nos presentan la cualidad femenina de casar bien unos tonos.

Prescindimos aquí naturalmente, de si tal figura es de éste o del otro color, cosas que en nada afectan a una obra que, como toda obra de arte plástica, es un conjunto de armonías en que juegue y repose nuestra vista. Gentes ineducadas llenas de prejuicios muy naturales, van a las Exposiciones a admirar vistas de tal o cual parte, tipos de tal o cual país; pero claro que Anglada no es esto. Ni tiene para qué serlo.

Vamos al Museo del Prado a deleitarnos (por citar algo naturalista) con los admirables retratos de Greco. Nos extasiámos ante aquellos señores, y quedamos convencidos, no solo de que están preciosísimos, sino de que los hemos contado con el número de nuestras relaciones sociales. El médico, el caballero de la mano en el pecho ¿quién no los tiene tan presentes como a personas queridas? ¿Y qué nos importan esos señores? Lo que nos importa es Greco, lo que nos importa, es la serie de ritmos y armonías que constituyen esas obras.

Retratos muy naturalistas hay a centenares en aquellas salas, por los que apenas mostramos interés, a pesar del correctísimo dibujo, el buen empaste y la detallada conclusión.

En un artista sintético, como Anglada, y en una época en que lo imitativo tiene menos razón de ser que en las épocas pasadas, en las cuales, al fin y al cabo, tenía lo imitativo una importancia que lo convertía en algo utilitario, por querer perpetuar lo que hoy se consigue con la fotografía. En esta época claro que lo imitativo tiene menos importancia, y la importancia que lo imitativo pierde, lo recaba para sí lo expresivo. Y esto hace Anglada: luchar con la materia para hallar las sensaciones que le encantaron en la Naturaleza. En un nuevo aspecto de la Naturaleza, producido por la materia, y para todos lleno de encantos. En la noche convertida en día.

Hombre de un país fuerte, él también vigoroso, y, por último, desarrollándose en un centro de cultura, en que se da excepcional importancia a lo *charmante*, es tan natural que se desarrolle así su pintura, que casi es imposible que hubiese tenido otro desarrollo.

Esos cuadros entre un gris perla parisén...

¿No observásteis en nuestro local del Retiro, aunque lleno de un molesto calor de fragua y complementado este desastroso efecto con el tono de tizne de sus paredes? ¿No observásteis cómo al atravesar ante los cuadros nuestras jóvenes modernizadas, con las sutiles medias que transparentan las carnes, las plumas los trajes vaporosos, los movimientos felinos, las fisonomías suaves en que a distancia se ven los ojos y los labios? ¿No veíais el complemento de los cuadros de Anglada, a pesar del ambiente de negrura y del ceño de nuestros adustos varones? Pues imaginaos esto en París o en Munich. Entre suavidades en-

tre blanduras. Blanduras y suavidades que ¡ay! se necesitarían muchos Anglada para acomodarlas entre estos fieros conquistadores que ya no conquistan y, estos rectos inquisidores que ya no rezan.

La obra de Anglada es un producto natural, un producto espontáneo, con algo de bárbaro y mucho de decadente. Hay cuadros determinados, en que dudamos si ignora cosas que ya son en pintura y que no dejarán de ser, o si prescinde de ellas para aumentar la expresión. Sus figuras tienen poco de humanas, en el sentido que ni sienten ni padecen. Son plantas lozanas o frutos de bello aspecto.

La serenidad, ese legado imperecedero del clasicismo, no existe ¡Qué va a existir esto en una vegetación casi tropical, atropellada con su rápido crecimiento!

La pintura de Anglada atrae a muchos pintores como la luz a las mariposas, y la figura de este notable maestro está rodeada de una multitud de discípulos y de imitadores.

¿Para qué analizar cada uno de sus cuadros? Encontraremos en cada uno bellezas y defectos. ¿A quién puede interesarle este análisis? Quedémonos con las bellezas los que gustamos de saborear la vida, y allá disfruten a su modo los adustos conquistadores que ya ni conquistan ni rezan... ni quieren dejarse conquistar por la gracia y la alegría de la vida.

Javier de Winthuysen

Entre unas y otras labores, logré un prestigio, pero aunque seguí vendiendo algunos cuadros, como el círculo de mis compradores estaba entre intelectualidad, que me podían pagar poco, ante una situación tan modesta como insegura discurrí pedir una pensión a la Junta para Ampliación de Estudios que a vuelta de muchos trámites y rodeos, y gracias al apoyo que me prestó el gran Sorolla, me fue concedida. Pero ¿en qué forma? Visitar los jardines históricos de España y tomar datos de ellos, y trasladarme de un lado a otro, todo por ¡Cincuenta duros al mes! Excuso decir que lo hice gastándome el poco dinero que tenía.

Viajes en tercera y hasta a pie, fotografías, dibujos, levantamiento de planos clavando en el suelo escarpías y triangulando

con cuerdas; investigaciones en bibliotecas y archivos y un curso de Botánica que me exigieron.

A pesar de todo recorrió muchos jardines y haciendo acopio de tales trabajos dí una conferencia ilustrada con proyecciones en el Ateneo de Madrid en enero de 1922.

El Arte de la Pintura

Hubo un tiempo, tiempo que yo alcancé, en que al aprendizaje del Arte de la Pintura no se le concedía en España más importancia que a otro arte cualquiera.

A la Pintura y a la Escultura se las llamaba todavía Artes Imitativas y en cuanto a los materiales que se empleaban aún subsistía la tradición de la época de Murillo y aún del taller de Pacheco que empleaba lienzos de tejido claro sobre los que se extendía una emulsión o papilla de barro con cola, algo de aceite de linaza y un poco de miel. Alisando esta preparación sobre la tela ya clavada en su bastidor y que daba como resultado, una preparación trabada al lienzo y nada absorbente en cuya superficie lisa se podía dibujar bien con la carbonilla, carbonilla que también se obtenía con varitas de mimbre que se metían juntas dentro de un cencerro apretándolas con un mazo para, que formasen un cuerpo apretado y luego, este cilindro así preparado se echaba en una fogata donde con el fuego estas varitas se hacían carbón verdades que dándoles el temple debido de fuego eran magníficas y suaves para dibujar. Los pinceles solían hacerse de pelos de meloncillo y de marta metiéndolos de punta en un dedal y acomodados con igualdad, se ataba la parte que del dedal salía con un hilo, haciéndolo fuertemente y el manojito así formado se metía dentro de una pluma de ave quedando ajustados en este canutito de mayor a menor al que se le encajaba el mango conveniente. El aceite de linaza se obtenía machacando la pepita hasta, convertirla en harina que luego prensándola destilaba el aceite que se clasificaba agitándolo con alcohol o mejor, dejándolo al sol en una botella de cristal.

En cuanto a los colores el negro de hueso resultaba mejor calcinando choquezuelas de cerdo. El ocre era tierra mineral de ese color y lo mismo la almagra que calcinada tomaba un tono carmín muy bello. Estos colores así obtenidos se molían con aceite sobre una losa con una moletilla y se encerraban luego en vejiguitas de tripas como los chorizos bien atadas, que se punzaban

para poner el color en la paleta: o también se guardaban los colores preparados en botecitos de vidrio o barro esmaltado dejando sobre ellos una capa de agua para que no se secasen.

No me extiendo más en estas recetas porque quien quiera puede hallarlas en el Arte de la Pintura de Pacheco y porque hoy son inútiles, y si las cito, es por dar la sensación de la enseñanza de la Pintura en aquellas épocas y porque yo tuve el capricho de ensayarlas aunque ya en mis tiempos había fábricas de lienzos y pinceles y tubillos de colores, pero quiero decir, que el pintor se puede hacer por sí mismo sus utensilios e ingredientes y desde luego que son mejores que los que suelen ofrecernos las industrias que no reparan en la falsificación y el engaño, y porque yo creo que tal como andan por el mundo las cuestiones sociales tarde o temprano vendrá un cataclismo universal que dará al traste con todas las técnicas de que tanto presumimos y estas flamantes y maravillosas culturas de que hoy disfrutamos desaparecerán como desaparecieron en los siglos otras civilizaciones de las que no quedaron sino las Pirámides o los restos del Partenón. ¿Quién le había de decir a la reina Karomamá o a una vestal que había de llegar gente tan bestia que destruyese aquello?

Como resultado de la guerra del 14 se tuvo en muchos casos que navegar a la vela. En la actualidad el hombre es (el hombre de abajo) no el ser privilegiado que usa la máquina para ahorrarse esfuerzos, sino el esclavo de ella. El hombre actual se toma el trabajo de hacer lo que ha tenido que hacer siempre para subsistir pero además, y por añadidura, tiene que hacer las máquinas, y ya se va hartando. El mundo se ha achicado al reducir las distancias y se han superpoblado las naciones, donde ya casi no alcanza para comer y los moralistas y los científicos y los sociólogos y otros señoritos burgueses, claman por la reducción de la natalidad porque esta reducción en último término, se puede traducir en escasez de esclavos para las industrias y de soldados que llevar al matadero. Todo lo cual poco tiene que ver con los chismes de pintura de que estoy tratando y no digo con la Pintura misma porque eso del Arte por lo que nos muestra la Historia y la Prehistoria, parece tan necesario al hombre como el comer.

Además: el Progreso se origina del Empirismo a la Razón, y si no volvemos de vez en cuando a los orígenes, la Razón suele extraviarse.

Ya sé yo que la mayor parte de las personas sensatas que pudieran comenzar a leer lo que estoy escribiendo me tendrían por mentecato pero... sigo. Y si en cuestión tan mínima como es tratar de los chismes del oficio de la Pintura caigo en esto, cuando me refiera a su aprendizaje, a su ejecución y aún a su concepto diré también cosas por el estilo, lo que parecerá muy mal sobre todo a esos críticos de Arte pseudo-literatos y pseudo-filósofos, y a la pandilla de jovenzuelos que corren tras los numerosos ismos de la modernidad, y se creen de buena fe que van a llegar a Genios sin más que comprarse unos avios para pintar y llenar telas de garabatos y colorines, leyendo al par el fárrago de ideas, llamémoslas estéticas que tanto irresponsable crítico, o de tantos artistas que pretenden valorizar los disparates que producen "por lo que dicen" ya que no los pueden valorizar "por lo que pintan". A estos jovencitos me voy a permitir darles un consejo: cuando se quieran enterar por ejemplo del concepto que tenían del Arte, Greco o Velásquez (46), procuren enterarse profundamente del cuadro de las Meninas, del primero o del de la Trinidad del segundo. Si sabéis verlos encontraréis en ellos dicho con el pincel más de lo que pudiesen expresar ellos mismos con la palabra o con las letras suponiendo que hubiesen escrito sobre ello. Pero es difícil ver; la mayoría de la gente tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Y no me refiero solo a jóvenes inexpertos, porque lo mismo a uno que a otro pintor los han estado mirando y admirándolos mucha gente madura y talentosa durante mucho tiempo sin que contadísimo número de ellos hayan logrado enterarse más que de la cáscara. Cito este ejemplo, por decir que en Pintura, lo que tiene importancia en los pintores es aquello que realicen, no es lo que digan sino lo que hagan. En Leonardo, en Durero y en otros, podéis hallar para, más fácil comprensión lo que hicieron y lo que acorde con su ejecución escribieron, y si cito estos ejemplos de la antigüedad es por recurrir a lo sancionado, no porque en la modernidad no haya pintores a quienes estudiar en sus obras y escuchar o leer sus asertos teóricos, pero mucho cuidado: primero porque aún no han pasado por la criba del tiempo que depura las ideas y segundo porque si tomamos guía por ejemplo de Picasso, el más celebrado actualmente como valor pictórico y el más revolucionario y múltiple en sus producciones, nos meteríamos en un lío, primero porque no sigue una recta sino un zig-zag desorientador y segundo porque no sabremos si lo que

⁴⁶ Se entiende como vice-versa.

hace o lo que dice es verdad o mentira, pues este tipo malagueño sin vergüenza presenta la paradoja de ser tan honrado que él mismo nos dice que la mayor parte de lo que hace es para desorientar a sus imitadores y para, burlarse de los burgueses y sacarles los cuartos además. ¡Mucho ojo! porque éste al menos se descubre, pero hay otros que incapaces de hacer sino estupideces se nos presentan como superdotados, los farsantes.

Otro peligro mayor es el de las Escuelas Oficiales. In "Illo Tempore" un pintor recibía en su taller discípulos y podía ocurrir que fuese un mal maestro pero eran casos aislados y fáciles de evitar. Ahora no, ahora, para el estudiante o aprendiz que no tenga medios económicos o personalidad para sustraerse y siente plaza en una de esas Escuelas engolosinado por premios viajes, etc., y bajo la férula generalmente de un maestro mulo, y digo mucho por poder rectificar y atribuir la m a errata, a lapsus, pero en realidad si empleo la m es porque ya sabemos que eso de los maestros se ha convertido en profesión en que se entra mediante oposición por el conocimiento de materias ajenas a que se sea o no se sea Artista, y es gente profesional que va a lo suyo, y el Magisterio no es eso.

Véase como se han ido perdiendo todos los bellos oficios del folklore, derivando a esas tonterías vulgares industrializadas o hechas por menestrales ya perdida la tradición y la inspiración propia, y lo mismo que en los Oficios y más, ocurre en las Artes.

Antes, aun en las decadencias, solía quedar algo de tradición como digo que aun alcancé en Sevilla donde aun quedaban hasta casi fines del XIX, la cerámica, la cerrajería y en Pintura, aunque reducido a cierto genero que llamaban "Batalla" podíamos hallar un recuerdo de la buena época y los trabajos del oficio ya apuntados. En cerámica quedaban los nombres de aparatos como Almágena, Zinguizarra, Almiarra, etc., que denuncian lo mudéjar y el modo de operar y componer los ingredientes solía llevar aparejadas bellezas pretéritas. En Pintura tuve ocasión de comparar, por el reverso, lienzos de los que digo de "Batalla" con auténticos cuadros de Pacheco y en cuanto a calidad pictórica eran bastante parecidos conservando un sello de Escuela. Después no. Ya en mis tiempos desaparecida la pintura tradicional incluso el Romanticismo, los pintores eran o académicos venidos a menos o los modernos de entonces con quienes yo comencé, que volvían de Roma imitando a Fortuny y pintando al sol crudo y con descuido

de la forma, o la corriente de París con el Neoimpresionismo sin digerir, o lo fotográfico de Messonier. Sólo Zuloaga que apareció por Sevilla ya en los últimos años del siglo, nos trajo el españolismo que con tanto acierto supo captar Manet. Zuloaga estudió todas esas cosas que digo de la Sevilla de la época clásica e hizo obras de bastante envergadura, pero lejos de seguir ahondando en el concepto (con lo cual hubiera llegado a ser un pintor extraordinario) derivó en su afán de buscar en sus lienzos calidades que recogió y premió la burguesía pero que son lo menos importante en verdadero Arte ¡Lástima!

Todo esto que digo poco se relaciona con mi actuación de pintor (Si se me permite que me llame así). Yo era paisajista, en academias o taller poco he trabajado como no sea haciendo ensayos. Mi trabajo era en el campo a plena Naturaleza donde no podía emplear ninguno de esos medios que cito sino unos cuantos tubillos de color, muy pocos porque mi paleta era muy simple y con los que bregaba a brazo partido para captar luz y ambiente aunque a decir verdad nunca dejó de pesar en mí el concepto clásico. Contagiado quizás del Impresionismo que tomé más de la Naturaleza que de los pintores. Cada cual es hijo de su época, y aunque no conservo, y lo siento, mis primeros paisajes, recuerdo que sin haber conocido aún el Arte Impresionista ni pensar por lo tanto en ello era yo impresionista y no precisamente de la cuerda de Manet, que tenía tanto de la filiación velazqueña, sino más bien de la de Monet y Sisley. Pero no tratemos de esto pues no quiero caer en eso que critico de los pintores de querer ser lo que dicen y no lo que hacen. De mi pintura lo que sé es que pinté lo que me gustaba y también sé, que me quedé a medio camino de mis deseos.

A la materialidad del oficio de Pintor aparte del material que empleé (lo cual tiene importancia en la calidad y resultado de la obra) hay que añadir la práctica, la labor asidua. No se puede ser pintor por afición, hay que serlo por oficio. La representación gráfica de lo que se quiere representar en la tela exige una asiduidad absorbente. Todos los pintores que merecen llamarse así se han formado en una práctica constante e intensiva, para educar la mano y la vista. Se podrá poseer el temperamento, la intuición y hasta la gracia. Quien posea estas cualidades podrá dar una sensación mediante la línea y el color, pero no pasará de una expresión incorrecta y aunque en Arte la concepción ocupe un lugar

secundario respecto a la Delicadeza, si la corrección no se logra oscurece y empaña la delicadeza.

Podemos hallar muchos cuadros de esos llamados “bodegones” o “naturalezas muertas” en que lo representado parece tan propio, tan bien hecho que parece que se puede coger como dice el vulgo. Esto que actualmente lo resuelve la máquina de fotografía, lo lograban los antiguos dibujando a ojo. Todos conocemos cuadros de ese género representando peras o melones que se pueden coger y que podrían servir de láminas para un catálogo de morfología. Que sea un arte lograr hacerlo así, que represente una habilidad en quien lo ejecute, no cabe duda, pero aquí estamos tratando de Bellas Artes, de Estética y no de habilidades sensoriales sino de las expresiones más elevadas del espíritu, de Arte, de Emoción.

Antiguamente, esas imitaciones (“Artes imitativas” así llaman a Pintura y Escultura) tenían gran importancia utilitaria, que hoy se puede lograr mecánicamente. Pero sin embargo, sólo porque un chisme esté hecho por la mano humana ya lleva en sí aunque sin quererlo el reflejo del espíritu, la cualidad humana que a la mano mueve. La supremacía de la Artesanía sobre la Industria: aunque todo esto que digo sea para los inteligentes los cuales distinguen entre una tanagra y un bibelot. Pero para el vulgo hay confusión. Confusión muy natural porque las Artes, las “Bellas Artes”, que pueden ser Bellas Artes aun sin ser bellas en el sentido vulgar de la palabra requieren tanta sensibilidad y tanta inteligencia en quien las producen como en quienes las contemplan.

El Arte Antiguo se producía para la Religión, para las Aristocracias, para los espíritus exquisitos o cultos, fuesen cuales fuesen el desvirtuamiento que originasen para su aprecio debido al interés de lo representado en un sentido material o fanático ajeno a la idea estética.

Hoy pasa igual o semejantemente.

La producción Artística es para la Intelectualidad, pero la diferencia estriba en que el Vulgo actual es un Vulgo Culto, extenso y poderoso, que paga el Arte con su dinero, que lo quiere a su gusto o por el valor material que represente la obra, o por la vanidad de decir “Yo también soy intelectual”, pretendiendo comprar, hasta la intelectualidad con su dinero. Y el Artista y la Crítica defien-

den o quieren defender el Arte, poniendo de relieve la diferencia que hay entre éste y lo industrial o mecánico, y de ahí, tanta depuración de concepto, a veces noble, elevado, pero frecuentemente falso y artero, envolvente para sacarle el duro a los burgueses incautos ya por el valor Estético que atribuyan a su obra o por el material que le asignen.

Arte es la colección de reglas para hacer una cosa.

Bellas Artes son las que persiguen la creación de la Belleza, y la Pintura y la Escultura son Bellas Artes "Imitativas" y no pueden ser otra cosa porque si no imitan la Naturaleza desentrañando de ella la Belleza qué van a hacer. En Ciencia cabe la abstracción, pero el "Arte" no se puede expresar sino materialmente. La Escultura es forma exenta, la Pintura línea y color, forma líneas, colores, en los que el Artista busca emociones y al realizar sus ideas crea la Belleza.

Ahora bien: para lograr ejecutar el arte hay que aprenderlo, y el de la Pintura es el más difícil y complicado de todos y no se puede llegar a él sino con una gran virtud. Para educar el ojo y la mano se necesita practicar el dibujo durante años y tal vez llegaremos a una copia exacta del modelo, pero no basta. Si ignoramos la constitución del modelo caeremos en errores, e incluso en monstruosidades al menor descuido, y si ignoramos la Geometría no nos será fácil representar las formas y proyectarlas y menos disponer las perspectivas, si suprimiéramos las razones del color nuestra obra se reducirá en ésto a colores, más o menos acordados al gusto, pero no a "Color" (Luz y Ambiente) si no ahondamos en los mismos, saldrá lo que saliere no lo que queramos que resulte. Se necesita el concepto de la Simetría, de la Proporción, del Orden.

Si el Arte fuese un mecanismo en vez de emoción, sería un aburrimiento.

Pero estamos tratando del aprendizaje del oficio y decíamos que tanto consiste en la educación del ojo copiando el modelo como en el conocimiento de éste y sus derivaciones. Si no adquirimos este dominio nada podremos hacer, sean cuales sean nuestras disposiciones ¿Cuál sea el procedimiento mejor para aprender?

-¡Ah!-Solo la práctica, el ejercicio continuo del dibujo, hasta lograr el retrato exacto de lo que buscamos representar.

En mis tiempos se le enseñaba al niño a copiar de estampas ojos, narices, bocas, orejas, medias caras de perfil, caras enteras, pies y manos, todo de estampas y hecho de líneas. Luego se pasaba al sombreado, y para depurar la corrección se dibujaba primero en un papel, con cisco fácil de borrar y corregir, y cuando el dibujo lo encontraba bien el maestro, se le tiznaba con cisco por detrás y se sujetaba el dibujo sobre otro papel más fuerte y con lápiz piedra se iban señalando fuertemente las líneas, para calcarlas sobre el papel sobre el que deberíamos seguir actuando. Así calcado el dibujo se volvía luego a corregir y a marcar bien las líneas obtenidas. Sin dejar de compararlas con la muestra, y una vez bien marcadas con el lápiz piedra, se sacudía la tizne con un trapo. Así depurado el dibujo se tomaba el lápiz compuesto y los difuminos que unos eran de papel arrollado y otros de bayeta, y con la muestra por delante se comenzaba a dar las sombras más tenues cuidando de no refregar mucho y así se iban logrando las medias tintas y apretándolas gradualmente hasta llegar desde las más claras a las más oscuras fundiendo unas con otras hasta acentuar los oscuros, todo hecho con limpieza y cuidado y empleando la goma cuando la justez de valores no se había logrado, y siempre yendo del claro al oscuro hasta dejarlo igual que la muestra.

Cuando ya se adquiría práctica en esto se pasaba a “dibujar del yeso”, pies, manos, cabezas, de reproducciones del clasicismo para ir, al par de la práctica del dibujo, educando el gusto juvenil en lo que se conceptuaba más Bello, y todo esto muy depurado de línea y muy justo de sombreado, de medias tintas, oscuros y reverberaciones, hasta obtener la forma precisa del modelo.

Dominado ésto se pasaba a la copia del modelo vivo, y más tarde a la clase de “Colorido y Composición”.

Al par de estas prácticas se cursaba “Historia y concepto del Arte”, “Anatomía y Perspectiva” y con todo este bagaje ya era uno pintor.

Había también clase de “Paisaje” en que le ponían a los muchachos algún cuadro de paisaje para que lo copiara y también iba a la sala del Museo para hacer copia de otros cuadros.

Esta era la Academia de mis tiempos en la que los niños buenos y aplicados obtenían premios en metálico que buena falta les hacía porque casi todos eran hijos de menestrales o de clases

modestísimas y de la que después de tantos años de trabajo solía salir algunos que se dedicaban a pintores y que generalmente eran unos pintores muy malos, sin que tampoco ganaran dos pesetas, y otros derivaban a las industrias artísticas, otros se dedicaban a la enseñanza y otros, los más, ahorcaban sus hábitos y se dedicaban a otra profesión u oficio cualquiera para remediar su hambre. Pero lo más notable es que los que llegaban a pintores no sabían ni dibujar ni pintar, porque en mis tiempos se hacía una división de éstos y se clasificaban en “dibujantes” y “coloristas”.

Yo no sé que tanto por ciento de los muchachos que cursaban en la Escuela llegaban a pintores: yo calculo que ni el uno por ciento, y de estos el noventa y nueve por ciento eran pintores mediocres y algunos por añadidura, casi analfabetos.

Hasta aquel entonces, el Profesorado se formaba ya por concurso de medallas obtenidas en Exposiciones oficiales o simplemente por nombramiento del Estado, Provincia o Municipio. Más tarde se cubrieron las plazas del profesorado por oposición, y la enseñanza en las Escuelas ignoro como sería o como sea, porque no me he ocupado de eso ni me importa. Solo sé que los pintores que tenemos que se puedan llamar pintores, apenas guardan relación con las Escuelas.

Cada cual se ha formado de un modo y generalmente en el extranjero.

En los tiempos que yo alcancé en mis mocedades, las Exposiciones de pinturas estaban llenas de telas enormes, composiciones nutridas de figuras de tamaño natural representando “La muerte de tal” o “La Batalla de cual.” Asuntos históricos generalmente, y en los que descollaban pintores como Ferrant, Pradilla, etc., Grandes telas adquiridas por el Estado y que figuran en nuestro Museo.

El Arte clásico español había casi desaparecido con Rosales y daba las boqueadas en aquellas grandes telas algunas de las cuales tienen indudables valores, hasta que llegó Sorolla barriendo todo con su luminosidad y su crudeza. El Arte romántico había desaparecido antes y el académico de Madrazo también. Comenzó el llamado de Género, pero lo que se propugnaba era la Verdad, el Realismo. Algunos cuadros eran poco más o menos fotografías ampliadas e iluminadas, con colores pardos, a pesar

de emplear complicada paleta de colorines, aparte de lo que ya digo de Sorolla, Bilbao y sus secuaces.

Pero lo notable es que mientras tanto el Museo del Prado estaba abierto, y lo más notable todavía es, que yo coincidí allí con muchos de los Maestros de entonces que me llevaban para admirar a Velázquez haciendo grandes aspavientos elogiosos ante sus telas para hacer ellos en sus obras todo lo contrario. ¿Cómo miraban a Velázquez? y ¿Para qué lo miraban y admiraban tanto? Fué cosa que no me expliqué nunca.

A Goya también lo admiraban aunque no tanto. Y a Greco, estaba en tela de juicio ¡Era tan raro! Y además padecía de astigmatismo.

¡Velázquez! ¡Velázquez! de éste es del que hay que aprender. Este retrato del Greco está bien, pero mire Vd.-me decía cierto señor sacando su lapicero y acomodándolo sin ningún respeto sobre la tela.

-Tiene un ojo más alto que el otro.-

Goya sí, pero es muy chapucero. Velázquez ¡Oh! ¡Velázquez! Y sobre todo su primera época. Los Borrachos... Velázquez, Velázquez, de éste es de quien hay que aprender.

Mientras yo pensaba.... si dice eso ¿cómo pinta este tío así, cómo pinta?

De Rafael, de Ticiano, de Tintoretto, de Rubens, ni palabra y de los primitivos, ni mirarlos, o disquisiciones eruditas. De Durero ni mirarlo, y lo mismo do toda la innumerable riqueza que encierra el Prado.

En Sevilla, mi tierra, aparte de lo antiguo que encerraban las Iglesias y el Museo, en lo moderno estaban Jiménez Aranda, Gonzalo Bilbao, García Ramos y otros de menor importancia. También estaba Parladé, pintor clasicote y más importante que todos ellos, pero éste era un aristócrata que entre los pintores no contaba. Los demás...unos pintores de cabezas de flamencas, flores o cuadros de género y paisajistas fortunescos. La Giralda, la Torre del Oro, el río y los álamos blancos cuando no tenían hojas, balcones con macetas de flores y otras anécdotas para vender a los ingleses, porque entonces a todos los "turistas" se les llamaba "ingleses".

En aquel entonces, los pensionados para el extranjero iban a Roma, a la Academia de Roma que regía otro sevillano, Villegas que tenía una gran fama de colorista y el prestigio de haber vendido al millonario Vanderbilt el “Triunfo do la Dogaresa” en ¡60.000! duros. Con sesenta mil duros entonces era uno en Sevilla un potentado.

El ambiente social de Sevilla no era de lo más adecuado para el desarrollo de las Bellas Artes, eso de ser pintor era casi denigrante. Se hacía excepción con Gonzalo Bilbao y se lo admiraba y su estudio lo visitaban señoritas de la alta sociedad. Recuerdo que en una ocasión contemplaba una de éstas un cuadro grande que Bilbao tenía, titulado “Moras en la terraza”. Eran dos moras, o por lo menos vestidas de moras que estaban sentadas en un pretil y a una se le había caído una babucha al suelo.

Y la señora que contemplaba el cuadro, decía:

-¡Uy! la zapatilla. ¡Qué propia está la zapatilla!-y al despedirse decía: -¡Nunca olvidaré la zapatilla!

He llegado a la conclusión, como decía Zuloaga, que no hay más que pintores buenos y pintores malos. Porque el pintor, el Artista, aparte de todo el bagaje de conocimientos que posea, si al llegar al momento de ejecutar no lo hace movido por emoción no valdrá la pena lo que haga. Del propio esfuerzo de la propia visión es de donde puede surgir la genialidad auténtica, porque las otras genialidades, las genialidades de la ignorancia no produce más que esos borrones que nos sorprenden en los niños, cosa que ahora la modernidad pedagógica investiga porque dice que representa algo más que la revelación de aptitudes. Aptitudes que ya se encargan, caso de que existan, de borrar o prostituir los profesores mulos de las escuelas especiales.

Al Arte en su sentido más elevado, hay que ir pertrechándose de conocimientos, pues sin reglas de Arte no hay Arte posible, habrá que llamarle do otro modo, pero no Arte.

Ni aún cuando en la producción hay Belleza se puede llamar a la ignorancia Arte, aunque a las Bellas Artes ha de acompañar, y en primer término, la cualidad ingénita de inspiración.

Don Trinidad Bertendona tenía una gran afición a los pájaros cantores y la casa llena de jaulas de jilgueros y verderones, que sin verse los unos a los otros entonaban inefables conciertos. Le

pregunté una vez por qué no tenía canarios y me contestó que no los tenía porque los jilgueros los imitaban y estropeaban su canto.

Yo pienso mucho en el taller de Pacheco ¡Qué respeto de maestro por su discípulo! Cuando los personajes cultos de aquel dorado siglo, miraban los bodegones del joven Velázquez le decían que era lástima que artista tan bien dotado se entretuviera en aquellas obras inferiores y no en manifestaciones de más alto vuelo, y Velázquez les contestaba que más quería ser primero en éstas que segundo en las otras.

Qué amor y que comprensión en el Maestro y qué visión la de Velázquez, qué ecuanimidad, qué humildad la de este hombre que sin desdeñar jamás lo que sus predecesores al Arte aportaron (Greco, los Venecianos, el mismo Rubens) sin cesar en sus investigaciones respecto a la Naturaleza, había de llegar a lo que llegó.

Manet cuando se enfrentó con Velázquez en el Prado, dijo que después de verlo toda la Pintura que encerraba el Museo con ser tan grande, le resultaba artificiosa junto a Velázquez.

El Pintor actual que pretenda hacer su arte prescindiendo de los elementos que ya lo integran, sólo producirá un arte manco y cojo, y cuanto digo no lo digo por mí puesto que yo he sido un haragán, un flojo, o tal vez porque me he contentado con idear las cosas en vez de hacerlas, pero el caso es que me voy de la vida sin saber pintar.

CAPÍTULO NOVENO

Como me hice jardinero—Curso de Botánica—Pensionado para el estudio de los Jardines Históricos —Mi conferencia en el Ateneo 1922—Encargo del Jardín del Palacete—Espacios libres, Moncloa: El Palacete y los Jardines de la Moncloa.

Artículos sobre Jardinería y Urbanismo — Excursiones a la sierra y colección de pequeños cuadros— Exposición de 1924— Homenaje— Jardines particulares— Boecillo— Tablada — Prestigio— Mi vida de familia— Solo con el niño — Un milagro— El artista es un cursi- Sevilla y sus jardines (1929), artículo.

1919

Cuando decidí dedicarme al estudio de la jardinería artística tuve necesidad de buscar el apoyo oficial poniéndome en contacto con la “Junta para Ampliación de Estudios”. Se me hizo una especie de examen, en realidad necesario puesto que por mi parte no poseía más títulos que abonasen mis pretensiones, que mi afición a hacer de los viejos jardines asuntos de mis cuadros y las observaciones y anotaciones hechas sobre estos modelos.

No estaba fuera de lugar que me examinaran; pero me percaté de que quienes lo hacían sabían del asunto mucho menos que yo puesto que no sabían nada. Sin embargo cuando celebré con ellos mi segunda conferencia tuvieron la desfachatez de repetirme en plan de maestros lo que yo les había expuesto en la primera.

Tal proceder, hubiera sido suficiente, dado mi modo de ser, para que me hubiese retirado, pero como tenía verdadero empeño en realizar esta labor y no había otro medio que contar con la Junta, busqué el apoyo de personajes afines (Sorolla y Juan Ramón Jiménez) que me impusieron. Entonces dilucidada ya mi capacidad artística, me objetaron que debería hacer un curso de Botánica lo cual me pareció acertado y me presenté al Director del Museo de Ciencias Naturales para ser admitido en dicho curso. Hallábase dicho señor con otro científico muy eminente por cierto, y con énfasis de superioridad perdonable por ser quien era le dijo:

—Ya ve usted. Aquí tenemos a este señor que quiere hacer estudios de jardinería sin conocer Botánica.

Me quedé un tanto corrido por el exabrupto pero me repuse y le repliqué que yo no pretendía estudiar cultivos de jardinería sino los trazados y significación estética e histórica de los antiguos jardines y que además, si no sabía Botánica ese era el motivo de ir allí, para que me la enseñasen, pues de haberla sabido a nada conduciría repetir un curso.

Quedé amigo de ellos, pero todavía continuaron poniéndome trabas para desarrollar mis trabajos. Más no perdí mi tiempo, con escasísimos medios y muchos sacrificios recorrió los jardines antiguos del centro de España, tomé notas levanté planos de los que no había, investigué Historia y ya pertrechado y con multitud de gráficos y fotografías para proyectar, dí una conferencia en el Ateneo de Madrid en Diciembre de 1922 que coronó el éxito más completo.

Todo ésto necesitó para rendirlos.

Me hicieron repetirla en la Residencia de Estudiantes y en la Universidad Popular de Segovia, me la publicaron íntegra en la Revista de Arquitectura de Madrid y la reprodujeron en la Revue de *L'Art Ancien et Moderne de Paris*. No pudo ser mejor acogida (47).

Coincidiendo con esto el Patronato del Palacete de la Moncloa me encargó de rehacer sus jardines.

Y héteme a Periquito hecho fraile.

Winthuysen levantó los planos, fotografió y estudió los jardines de:

La Abadía -- (Palacio del Duque de Alba, estilo Renacimiento, destruído).

El Escorial— Estilo escurialense— (jardines del Monasterio y detalles).

Aranjuez — Estilo Barroco (Jardín de la Isla, resto de antiguo parterre, Galería del parterre, Reforma de Isabel II, Plano del parterre, Fuente de Hércules, Detalles del parterre)

⁴⁷ En el texto de la Conferencia del Ateneo hay escrito de su puño y letra que antes de empezar la conferencia quería dar públicamente las gracias al desgraciado maestro Sorolla (entonces gravemente enfermo) por haber sido su valedor.

El Pardo — Estilo Neoclásico— (La Real Quinta, la Zarzuela y la Casita del Príncipe, Planos de la Real Quinta)

La Granja —Estilo Clásico francés — (Plano general, Parterre de la Reina, Parterre, Parterre de la Cascada, Parterre de la Fama)

Brihuega (Real Fábrica de Paños, plano general)

Boadilla del Monte— Estilo Neoclásico (Plano general)

El Escorial — Casita del Príncipe--Casino del infante--Detalles de fuente y mesa- (Todos de Estilo Neoclásico)

Madrid — Estilo Neoclásico (Casa de Campo--Jardincito del Príncipe) Moncloa— Plano general

La Florida— Neoclásico— (Jardín de Caño Gordo, Jardín del Paso, Estanque de los Cipreses, Jardín de la Princesa, Jardín de la Piña, Jardín del Barranco)

Valencia —Estilo Neoclásico--Jardín de Monforte (Plano general y detalles)

Madrid — Neoclásico — Alameda de Osuna (Plano general y detalle de la verja)

Winthuysen Jardinero

El Patronato del Palacete de la Moncloa estaba nombrado por la Sociedad de Amigos del Arte a quien por RI. Orden lo había cedido el Estado para restaurarlo y destinarlo a Museo y lo integraban el Marqués de Comillas como Presidente y los Sres., Duque de Parcent, Marqués de Montesa, Conde de Casal y Don Joaquín Ezquerra. Coincidí en la Biblioteca del Escorial con este señor que enterado de mis investigaciones, me presentó en la reunión de la Duquesa de Parcent donde concurrían todos los aristócratas y políticos aficionados a las Bellas Artes, y allí se acordó que me encargase del Jardín del Palacete.

Ésta fue mí primera obra de jardinería. Ya esto no era un trabajo de investigación sino de técnica constructiva. Afortunadamente mis aficiones arquitectónicas y aún mí práctica en ellas hacían que estuviese capacitado, y tras este encargo tuve otros varios y como en mí actuación surgiese una crítica que tuve que contestar públicamente, determinó esto que me encargaran una

serie de artículos sobre Jardinería en *La Voz*, que luego fue ampliada indefinidamente, colaborando también en varias revistas.

La obra del jardín del Palacete de la Moncloa, toda de noble berroqueña costó alrededor de quince mil pesetas, toda ella. Menos de lo que importara mi dirección paciente dibujando, plantando y tocando cada ladrillo y piedra con mis propias manos en una obra de amor por el arte y buscando el honor de una iniciativa a la que todos, todos, menos...

“La Tala del Pinar de la Ciudad Universitaria” (15 de julio de 1931, Crisol)

Desde que comenzaron las desdichadas obras de la Ciudad Universitaria, destrozando bárbaramente el único parque natural con que contaba entonces Madrid, habíamos hecho el propósito de no volver por aquellos lugares, en uno de cuyos rincones habíamos puesto durante años todo el cariño, todo el trabajo y todo el ansia de que es capaz un espíritu que tiene como religión el Arte y la Naturaleza. Lo que esto significa no pueden entenderlo los no iniciados. Hacer una obra de jardinería es no sólo combinar ritmos como en otra construcción artística; los elementos que la constituyen tienen su vida, su expresión, sus particulares bellezas, su dinamismo; son seres vivos que, al operar con ellos para un efecto ulterior, se siente el temor de lastimarlos, de deformarlos quizás, de que la manipulación pueda restarles aquello que es esencial de su propia naturaleza, a lo que la creación artística no puede superar, y, cerrando los ojos y acudiendo a la imaginación, se figura uno lo que han de ser aquellos seres cuando, pasado el tiempo, desaparezca la huella grosera del trabajo y vuelvan a ordenarse por si mismos presentando sus ingénitas bellezas. Con las obras de fábrica del jardín ocurre igual: ellas han de ser como allí nacidas, en armonía con el vegetal que las abraza y que las vestirá; materias inertes en las que pronto la incansable Naturaleza irá depositando gérmenes de vida; puntos pequeñitos grises, rojizos o verdes que irán extendiéndose por sus superficies coloreándolas, haciéndolas palpitar de vida, comunicándoles blandura de existencia. La fuente de un jardín se convierte en un mundo; la estatua no es la misma que la de un jardín o una calle; nada de lo ulterior en una obra de jardinería presenta la huella de la mano de su artífice. Sólo queda la ordenación en que haya podido encauzarlo la inteligencia...

“Navez vous pas vu comme un jardin sans jardinier est joli de lui meme?” Rodin.

Así son los jardincitos de nuestra Andalucía, el huerto morisco entre los blancos muros extensión de la vivienda; así son los jardines de nuestros claustros y así eran en España hasta las grandes ordenaciones, pobladas de juegos de agua e historias mitológicas, donde, interpolados los grandes árboles con los de ellos nacidos, como dice un escritor del siglo XVIII, de Aranjuez, árboles que ni se talaban ni se podaban; parecía que el jardín se hubiese formado espontáneamente si no viéramos sus trazados. Jardín sin jardinero, discretamente oculto...

Cuarenta millones costaron destrozar la Moncloa y cientos de miles la adquisición de coníferas exóticas para componer un paisaje en contra de nuestra Naturaleza, por un alarde desquiciado de fingida cultura, no tuvieron el menor reparo en destrozar nuestro paisaje único. Mientras tanto ahí estaban las planicies desoladas del Madrid yermo que se podían haber enriquecido.

(El Palacete de la Moncloa y todo lo que fue la Florida, Moncloa, Ciudad Universitaria, etc., ya sabemos que quedó destruido durante la guerra civil del 36, pero leamos lo que Winthuysen tenía que decir de la Moncloa y que, naturalmente ya no es sino Historia (48).)

ESPACIOS LIBRES Moncloa (49)

Real Sitio de la Florida (Moncloa)

El Real Sitio de la Florida, se formó con varias fincas particulares, adquiriéndose la principal de ellas a la princesa Pío con su palacio, jardines y huertas. Databa esta propiedad del siglo XVII; perteneció al Marqués de Liches, y más tarde fue lugar de placer de la famosa duquesa de Alba, cuya gentil y graciosa figurita nos trasmitió en sus cuadros y caprichos aquel genio poderoso que de un vuelo alcanzó la cumbre del modesto concepto pictórico, sobre el que medio siglo más tarde, ensayó sus balbuceos el impresionismo.

⁴⁸ María Héctor Vázquez escribió el texto entre paréntesis cuyo contenido es parte del texto de las memorias.

⁴⁹ Jardines Clásicos, 1930, páginas 124 a la 131. Fotos de planos y detalles del jardín del Palacete.

No muy lejos de ellos tuvo también su recreo Goya: la Quinta del Sordo, que fue destruida.

En tiempos de la Duquesa constituían estos parajes un lugar donde se unía a la utilidad la belleza. No había descripciones de ellos, pero por las obras que se conservaban la disposición del terreno y el inventario de sus árboles y plantas al pasar esta finca al Real Patrimonio y ver que en estas obras de jardinería no existían los bojes ni otras plantas que suelen constituir la estructura de los jardines de otras épocas se adivina que estos encerraban un sentido pintoresco y poético, con sabor a égloga.

Dentro del palacio continuaba el jardín como motivo de su decoración, y si ya no anduvo en ello la mano de Goya, se ve en su decoración su propio estilo. La decoración del dormitorio aparecía como un cenador con persianas, unas cerradas y otras entreabiertas, que dejaban ver las flores.

El Palacete, por su parte posterior estaba sobre una terraza; balcón frontero a la sierra, coronado por baranda de hierro y pilares de granito, con remate de bolas de la misma piedra, a estilo escurialense; semejante a los que vemos en la Zarzuela. El fuerte muro de contención volvía en escuadra, formando amplia escalerilla, que en una segunda vuelta bajaba a la explanada de la mantequería, que estaba debajo de la dicha terraza, y desde allí se descendía a un barranco cuyo relleno se hizo en el reinado de Fernando VII y se formó un jardín moderno y de mal gusto, con praderitas y calles sinuosas, y grandes coníferas y otros árboles y frondosos arbustos que casi lo cubrían. Todo ello estaba en un gran estado de abandono, pero no exento de encanto poético, cuando fue cedido por Real Decreto de 23 de octubre de 1918 a la Sociedad de Amigos del Arte y me dieron el encargo de proyectar su arreglo, que comencé en 1921.

En estampas antiguas se ve que parte de los muros de este jardín estaban coronados por estatuas, pero cuando lo conocimos no había otro detalle que un estanquito circular en el plano bajo, con anillo de granito, y una columna de la misma piedra en medio con un adorno de plomo, de donde brotaba el surtidor.

Se trataba de una plantación del XIX, de época en que los jardines arquitectónicos habían llegado a la total decadencia; pero tanto los muros que lo encerraban como las grandes coníferas, le daban un marcadísimo carácter de severidad española. Aunque

sin detalle alguno de interés dentro de su recinto presentaba un bello aspecto, contemplado desde el barandal de la terraza y paseo; pero abandonado en absoluto y convertido en selva, resultaba impracticable la estancia en él; nido de animales nocivos y gérmenes perniciosos, imposible de conservar para el fin a que de nuevo se le destinaba.

Se procedió a talar la maleza que cubría el suelo y tapaba los muros, dejando lo esencial: su arquitectura y los grandes árboles.

En el plano alto se construyó un estanquillo ovalado de berroqueña, aprovechando para el surtidor una piedra antigua, y se plantaron parterres de dibujos neoclásicos. Los muros se revistieron de enverjado para los rosales, y se abrieron en ellos hornacinas para colocar dos bustos antiguos que habían pertenecido a esta posesión. Se conservaron en este lugar un abeto y dos magnolios que había, cortándose otros arbolillos y arbustos que estorbaban en absoluto la composición.

La rampa que une los dos planos de este jardín se había convertido torpemente en escalera, perdiéndose los planos que acusaba el antepecho, y procedimos a levantar aquella desacertada obra y a reconstruir lo antiguo.

Para la ordenación del plano bajo formamos, en torno del estanquito que había enterrado, una glorieta, cerrada por bancos de ladrillo y berroqueña, pavimentándola de mosaico de guijarrillos.

Adosada a un muro y en el eje principal de la composición, se construyó una fuente, aprovechando una figura apreciable de mármol qué era un niño con un caracol, de donde surge el agua que pertenecía a una fuente antigua y estaba colocada como adorno sobre la entrada principal del palacio, de donde la quitamos; con ella y unos remates antiguos en forma de bolas construimos esta fuente. En el triángulo que el jardín formaba se plantaron parterres de bojes con dibujos barrocos, procurando dejar entre ellos los grandes árboles que no guardaban simetría.

Así obligados, se procedió a construir y plantar otros diversos detalles, buscando las soluciones posibles y sin sujetarse a otra norma que a formar una totalidad armónica con el carácter general, cuidando con esmero el aspecto y factura de cada uno de ellos, a fin de que no disonaran de la obra antigua.

A poco de estar terminado con su crecimiento y la pátina que pronto adquirió, llegó a fundirse formando un conjunto en que quedaban aliados, desde los viejos muros y obras del XIX, hasta lo que se hizo en esta época.

Por el aspecto que presentaba este jardín, sin ser imitación ni copia de ningún otro, sino detalles y soluciones originales, podía figurar entre los clásicos del centro de España como una continuación (50).

(Fué destrozado en la guerra civil de 1936—39) (51).

(Artículos sobre Jardinería y Urbanismo — Excursiones a la sierra y colección de pequeños cuadros— Exposición de 1924— Homenaje— Jardines particulares— Boecillo— Tablada — Prestigio— Mi vida de familia— Solo con el niño — Un milagro— El artista es un cursi- Sevilla y sus jardines (1929), artículo.) Nuestros Jardines— A muy poca costa podría ser Madrid ciudad aménísima.

Pocos meses después de mi conferencia en el Ateneo, en Mayo de 1923, leía complacido, con la complacencia que se lee aquello que se desearía haber escrito, el artículo “Ruinas y desdichas de Madrid”, publicado en “*La Voz*” por el escritor “Juan de la Encina”, y me hallé con la sorpresa de ser aludido.

“¿Verdad amigo Winthuysen—decía—, que un jardinero arquitecto pudiera realizar aquí, sin excesivo costo y trabajo, un portento de amenidad?”

Aunque me enorgullecí verme así requerido para un asunto de tal importancia dudé si debía contestar públicamente; pero al sonsacarme tal autoridad, y querer yo aprovechar la coyuntura, para, al menos, contribuir a mantener el interés por las bellezas despreciadas de Madrid, me decidí a ello, y *La Voz* publicó un extenso artículo firmado por mí, con el título que reseñamos más arriba.

En Diciembre del mismo año 1923 y con motivo de una carta abierta también de Juan de la Encina contesté con otro artículo:

“Al crítico de Arte Juan de la Encina. El descuartizamiento del triste arbolado de Madrid”, y a este artículo siguió otra carta abier-

⁵⁰ “El Real Sitio de la Florida y la Moncloa”, AMBITOS TEMÁTICOS, Ayuntamiento de Madrid, 17 de Noviembre al 12 de Diciembre de 1999, Sala de Arte Moncloa.

⁵¹ Existen fotos que están en su libro: Jardines Clásicos de España—Castilla que pueden reproducirse.

ta años después sobre “La poda de los árboles del Prado”, y así fue como en octubre del 28 salió en *La Voz* otro artículo: “Los Jardines de Madrid”, pero esta vez con una nota preliminar que decía:

“Con el presente artículo comienza su colaboración en *La Voz*, D. Javier de Winthuysen, artista y técnico de la jardinería, figura eminente en dicha especialidad difícil, y pintor distinguido. Estamos seguros de que sus trabajos interesarán grandemente a nuestros numerosísimos lectores”.

Durante años fui publicando dos o tres artículos mensuales, hasta abril de 1930 en que cesó el diario y fue reemplazado por “Crisol”, donde seguí colaborando dos años y en 1932 seguí haciéndolo en “Luz” y luego en el “Diario de Madrid” hasta 1935. Por último en 1942 colaboré en “Arriba”, al mismo tiempo, durante estos años fui publicando artículos en la Revista de Arquitectura, La Esfera, Estampa, Revista de Obras Públicas y Revista Española de Arte (52).

El poner de relieve el destrozo del arbolado público de Madrid y el estado de sus Espacios libres, me malquistó naturalmente, con los responsables de las atrocidades que tuve que señalar, pero me valió el encargo de colaborar en la Memoria Sobre La Ciudad, libro editado por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, para el Concurso de Anteproyectos sobre la Ciudad y que estaba hecho por diferentes especialistas y aún sirve de consulta. Este trabajo sirvió de guía al Jurado de este Concurso y fui felicitado por su Presidente, uno de los primeros urbanistas de Europa. Pero ni de coyuntura tan favorable saqué partido, al contrario; se desataron contra mí todos los celos lo que no prueba más que una incapacidad por mi parte.

No obstante tuve una racha en que salí al campo y pinté una serie de cartones de paisajes de la sierra y cercanías de Madrid entre los años 21 y 23. Un impresionismo que poco tenía que ver con lo francés, lo que es natural puesto que el ambiente es completamente distinto. Con ellos hice otra nueva exposición en 1924, en Madrid, y dentro y fuera de ella vendí bastante, pero a precios

⁵² Por los títulos que damos en un índice al final puede uno hacerse una idea de la importancia de los temas tratados, algunos todavía de actualidad. (*Nota conjunta del autor, Javier de Winthuysen, con la editora María Héctor Vazquez*).

muy modestos, Despues embargado por las obras de jardinería, no volví a pintar.

Había otro motivo para que prescindiera de la pintura. Los absurdos de las múltiples tendencias modernas con sus pretendidas originalidades ajenas a toda razón estética, pesaron sobre mí en el sentido de preocuparme de si yo era un anticuado incapaz de evolucionar, y como yo no aceptaba la pintura sino como dilettanti (53) aquello no solamente no lo aceptaba sino que me repelía y me refugié en absoluto en mis jardines y no fue hasta quince años más tarde en que no había pintado absolutamente nada, cuando me establecí en Barcelona en 1940 cuando ya limpio de preocupaciones de modernidad inauguré mi última modalidad impresionista, para mí la mejor, considerando su sentido, como última aportación al Clasicismo eterno porque Arte no ha sido, es ni será otra cosa, que transmitir Emoción sin prescindir de lo que al Arte han ido aportando las generaciones para lograr su expresión externa.

Esto que yo llamo Eternidad Artística.

Con motivo de la Exposición de 1924 un grupo de amigos me ofrecieron un banquete que presidió el Director General de Bellas Artes y al que asistieron personalidades como Machado, íntimo amigo como ya dije, Victorio Macho, Cristóbal Ruiz, Benlliure, Juan Cristóbal, José Francés, Jarnés, Verdugo Landi, Antonio Espina, Pinazo, Cañal y otros.

La mejor crítica dice que, en mis cuadritos, porque tenían todos, el tamaño: de 46 x 38 cms., el carácter castellano de los lugares, carácter hecho de luz y de buidos perfiles les da un sello inconfundible. Que la comunión entre el artista y el natural es perfecta y la forma apenas se ve, y el arte, una vez más, consiguió el milagro de remediar sobre el lienzo la inquieta y mudable apariencia de las cosas vivas.

Por estos años del 24 al 29 hice jardines en Ávila, en Boecillo, Valladolid para los Condes de Gamazo, en Madrid para distintos aristócratas, en Ciudad Lineal para el Sr. Ribera Pastor y don Julio Casares y otros.

Logré la consideración de personas reales, se me abrían salones aristocráticos, pedían mis colaboraciones en la prensa, te-

⁵³ Se conserva como aparece en el texto mecanografiado aunque el vocablo en español es: "dilettante".

nía amistad y consideración entre la intelectualidad; y sin embargo mi dignidad privada se deshacía. Vivía con mi familia en un cuartucho de vecindad obrera y cuando estaba entre personas destacadas o invitado en salones no podía desechar mi pobre situación familiar. Mis hijos eran pequeños, mi mujer en absoluto incapaz de acompañarme y yo, aunque ya cincuentón seguía plétorico de vida y de ilusiones y no tuve la virtud de aceptar aquellos tristes resultados de haber tirado a rodar mí vida, mí situación social y mí nombre ilustre de familia ni mis deseos insatisfechos.

(1926) Solo con mi hijo

Aquella noche no pude pegar los ojos y la pasé dando vueltas en la cama. Por la ventana abierta entró la luz incipiente del alba, me levanté y salí a la terraza: por el horizonte apuntaba un leve tono rosado, y un poco más alta, la luna en menguante, y con uno de sus cuernos parecía que iba a enganchar la singular belleza. Que contraste con mi habitación tan pobre y mi cama con una manta vieja. En otra cama dormía el niño en el más plácido sueño; vivíamos los dos solos, y pensé:

—Bueno: ahora está bien, pero cuando se despierte sentirá hambre y después de cenar anoche no quedó nada... pero lo peor es que no tengo más que quince céntimos, y volví a salir a la terraza y la aurora aún apuntaba levemente y la luna continuaba queriendo clavar su cuerno a la estrella matutina, y mí vida era fea y muy triste, y dejé al niño durmiendo y salí a la calle. Pero ¿dónde iba yo? Las calles estaban solas y silenciosas un perro escuálido hurgaba en un latón de basura. Ante un comercio cerrado había un gran cajón volcado. Con la crin del embalaje se había hecho la cama un golfillo y allí dormía tan tranquilo. Luego me crucé con un bulto negro fantasmal que se deslizaba arrastrando los pies. Una mujer envuelta en un traje y un velo negro, tapándole en absoluto la cara ¿Qué sería aquello? ¿Alguna leprosa que sólo salía a estas horas por miedo a la luz del día?

Cansado de andar me senté en un poyo de una plazuela adonde daban las ventanas de un hospital. Las ventanas estaban abiertas y oí el estertor de un agonizante. Creció la claridad de la mañana y un gorrión saltó ante mí piando alegre. Me levanté anduve otras calles solitarias y salí a un mercado donde todo era jaleo de carros, cestos y gente trajinando.

Ya el sol iluminaba tejados y azoteas, y salí a un paseo también solitario pensando: aún faltan horas para ver a alguien que me preste un duro. Pensé en esto mientras caminaba entre la arboleda del paseo arenoso mirando al suelo y ví algo que brillaba.

Era una monedita de oro que tenía soldada una asita rota, sin duda el dije de una pulserita de niña que la tarde anterior habría roto en sus juegos ¡Pobrecita, qué disgusto habría tenido al llegar a su casa y como la habrían reñido la mamá o el aya! La consideración empañó un tanto mi alegría, pero dentro de poco estarían abiertas las tiendas. Entré en una joyería, me pesaron el oro, me lo pagaron y yo volví a casa antes de que el niño despertara y desayunáramos espléndidamente, mientras bendecía a la niña de la pulserita.

¿Casualidad? ¿Milagro?

Mi hijo Javier

Nació en París en 1913 y murió asesinado por los rojos en Navalperal en el invierno de 1936.

Mi hijo, de pequeño, cuando le preguntaban que quería ser, decía:

—Como mí papá, pintor y escribidor—

Cuando entró por primera vez, todavía muy niño en el Museo del Prado, se quedó maravillado y preguntó:

—¿Todos estos cuadros los ha pintado mi papá?—

Era admirador do todo lo extraordinario. Llegó de visitar al Museo do Ciencias Naturales donde vió el esqueleto de un diplocus y me dijo entusiasmado:

—He visto un bicho que tiene el cuello aquí, dijo señalándose el cuello y la cabeza allí— dijo señalando al techo.

Junto a mí estudio estaba el de otro amigo a quien habían encargado unas portadas de libros en color. Mi chiquillo me cogió la caja de acuarelas e hizo también una portada que siento no conservar porque era una coloración maravillosa de una factura originalísima.

Empezó a cursar el bachillerato, hasta que lo expulsaron por su inadaptación a toda disciplina y su desaplicación.

Entonces yo me había ido a vivir al estudio de los Torres, era en 1928, y comencé a darle lecciones. Le hice dibujar una cabeza de escayola que le salió medianeja. Luego una calavera que la hizo muy bien. Después otra figura de escayola que la hizo muy mal, porque ya aquello le aburría. Entonces le dí algunas lecciones de Geometría y Perspectiva y le hice que me ayudase a entintar los planos de mi libro de Jardines, además de ir a practicar el Dibujo Lineal.

Con este corto aprendizaje logró un destino de delineante, que le permitió tener unos ingresos que se los gastaba íntegros en escalar montañas. Fue un gran paisajista pero sin pintar. Todo su afán era respirar en la soledad de las alturas.... e inventar cosas, una canoa plegable, una avioneta....

Si no lo hubiesen asesinado los estúpidos rojos hubiese sido algo.

¡Cuánto se pierde al llegar a viejo! Parientes y amigos van desapareciendo, no sólo los seres sino otros afectos. El árbol, las perspectivas, los lugares pintorescos... parece que le van a uno arrancando el alma a trozos. Cuantos ví formarse inquietarse por la vida, brillar y sucumbir ¡qué perspectiva de lúgubres entierros de seres y de cosas! Sólo el mar, la montaña, el cielo, la constante renovación. Sus hermosos ojos castaños quedarían abiertos, luego lo que él temía, le echaron tierra ¡Qué consuelo es creer en la inmortalidad del espíritu! Le hice un retrato cuando le daba mis lecciones. Cuando lo he vuelto a ver me ha dado miedo, junto había también otro paisaje de jardín joyante que también desapareció!

Los elegidos de los dioses mueren jóvenes, Claro que a la juventud no le dá tiempo de ahondar en conceptos; pero ¿para qué sirven? Una cultura mediana externa que nos libre de las lacras del salvajismo es bastante. Al adulto normal lo que le importa no es el triunfo de lo bueno sino de lo bello. Por eso sobrevive Grecia. Por eso nos repugnan las religiones ancestrales y son asquerosas las momias.

“La muerte de uno es la vida de otro” dice un adagio escandinavo, y la verdad es, que cuando en un individuo llega a flaquear el intelecto o la fuerza se le debería apuntillar como a las bestias viejas. Esto constituiría una limpieza social que está en el ánimo de casi todos aunque no se atrevan a declararlo. Pesan todavía

mucho los sentimentalismos engendrados por los perjuicios morales propagados naturalmente por los viejos cobardes y egoístas.

1929

El artista es un cursi

La analogía de la palabra cursi no la encontramos ciertamente hasta mediados del siglo XIX en que la inventó la gracia gaditana para designar a una familia venida a menos y que no aviniéndose a su posición modesta pugnaban continuar figurando en sociedad de gente rica y distinguida con un indumento barato y ridículo y su pobreza disfrazada.

Del origen de esto puedo dar fe porque aunque no surgió en mi generación tuvo su origen en la precedente y recogí la noticia. Se trataba de unas niñas llamadas las de Pineda, unas de aquellas pobres señoritas escleróticas a fuerza de obligado ayuno, aquellas niñas esmirriadas y pálidas del romanticismo, casi analfabetas, sin más porvenir que pescar un novio para casarse o meterse monjas, porque antes preferirían la muerte que ejercer un oficio o dependencia, triste producto de la Aristocracia.

La Academia de la Lengua recogió la palabreja, pero todavía no ha acertado a definirla puesto que la considera similar a pretenoso, cualidad que aunque se envuelve en cursi no define su ridiculez particular. Ya en mis tiempos mozos el sentido de la palabreja tomó gran extensión, aplicándose a falta de elegancia, al nuevo rico, al anticuado a quien ejercía profesiones no aristocráticas a quien no tenía buen gusto o distinción y muy especialmente a los "Artistas" y hasta a las personas de disposición modesta que vivían en un quiero y no puedo, Habíamos llegado al positivismo: un idealista era también un cursi.

El pueblo bárbaro no usaba esta palabra. El populacho sevillano la traducía por otra expresión más cruda: "Señorito hambreña", porque el pueblo es tan bestia que desprecia a quienes no lo explotan.

Por mi parte el no tener caudal y el haberme metido a pintor, si no llegué a cursi estuve en las lindes, lo cual no me hubiese importado mucho porque siempre he sentido simpatía por lo cursi, quizás por lástima, quizás por modestia, como me ocurre con los perros que me complacen más los gozquezuelos que los lujosos de raza, Sobre todo siempre sentí gran afición por las señoritas

cursis porque me resultaban mucho más divertidas que las elegantes.

Las niñas cursis de Sevilla conservaban la gracia popular sin ser tan bestias como las mujeres del pueblo. Bailaban las seguidillas, tocaban la guitarra, se ponían bien la mantilla y las flores eran graciosas y humoristas... “pelaban la pava” por la ventana oficio al que me dediqué casi exclusivamente desde los dieciocho años hasta los veintitrés.... contra viento y marea de mi distinguida familia.

En realidad lo que valía era la gente cursi. Las muchachas solían ser buenas y hacendositas y los muchachos buenos chicos y trabajadores, ya comerciantes, ya camperos o ya abogados pícaros, médicos o cosa así. Gente graciosa y divertida que los Hermanos Quintero que también eran tan cursis como ingeniosos tomaban como modelos de sus sainetes, y algunos hasta descolllaban en Letras o en Política. Ciencia había muy poca, y cuando lograban hacerse ricos dejaban de ser cursis, mediante los matrimonios con la aristocracia tronada. Esta, era una calamidad: la más empingorotada era tradicionalista y beata, los señores viejos ostentaban la gravedad de los mulos viejos, y las señoritas atendían a las hijas como especie de guarda-virgos. Para las pobres niñas el menor desliz resultaba pecaminoso, se confesaban con un jesuita, por supuesto, todas las semanas, si estaban sentadas en visita, se daban tironcitos de sus largas faldas para no enseñar los tobillos, no bailaban más que el rigodón, valsar no estaba muy bien visto y no sé por qué, porque coger por la cintura a una de aquellas súlfides encorsetadas era lo mismo que abrazar al “Capitán de los Armaos”, de cultura, algunas, hasta chapurreaban el francés del Sagrado Corazón o el inglés de las Irlandesas.

Los pollos eran distintos: aunque religiositos eran putañeros, jugadores y borrachines, buenos caballistas camperos y campechanos, militares o abogados. Esto de ser abogados los terratenientes tenía una razón de ser. Era más conveniente saber las trampas de la ley que estudiar Agricultura, puesto que el negocio de campo estribaba en no pagar impuestos, en aprovecharse de los Bienes Comunales y de las Veredas y, sobre todo, en los “jornales de hambre”. Claro que esto no se refería sólo a la aristocracia sino a los terratenientes más o menos gañanes. El mejor señorito campero era el que más descollaba en acosar reses o en

correr liebres... y sin embargo: Sevilla era la: “Tierra de la Gracia”; de la Gracia y del embrujo.

No quería caer en el lugar común de elogiar con añoranza a mi pueblo, entre otras razones porque los sevillanos solemos acomodarnos a todos los climas y aún penetrar sus cualidades sin el ridículo exclusivismo de lo propio, pero sí señalar las originalidades que forman el conjunto original.

Las yemas de San Leandro, los bollitos de Santa Inés, el pan de Alcalá el pescado frito y los “soldados de Pavía”, la caldereta de sábalo con huevas, los espárragos trigueros, las narajas de Mairena, los molletes....

El perfume del azahar, del jazmín y las mosquetas, del arraíz y el sutil de la acacia blanca...

Las campanas de la Giralda, el pregón, la copla, los palillos, el baile... La religión hecha poesía o decoración suntuosa...

El profundo humor desinteresado, el don de hacerse cargo... tanto de lo bello como de lo ridículo, la acogida de los valores verdaderos o la reacción contra los falsos...

Sevilla es una ciudad histórica, pero no una de esas ciudades en que va uno caminando entristecido entre piedras viejas o monosabios, sino historia viva flamante. La Giralda se alza alegre a pesar de sus mil años de existencia, entre los pináculos góticos de su catedral también luminosa y amplia y alrededor de ella el Palacio arzobispal barroco, el convento mudéjar de muros blancos, las murallas y torreones del Alcázar con las palmeras y los naranjos oliendo a azahar o con sus frutos de oro rojo, el gracioso templete y hasta el mismo consulado escurialense, y por medio de esta historia viva cruzan los coches modernos sin que se contradiga lo antiguo con lo nuevo.

De otra parte, Sevilla es rica hasta sin quererlo, sus vegas siempre renovadas por sus aluviones crían trigos con espigas grandes como mazorcas en sus tierras vírgenes. El río nos trae el tráfico mundial hasta la puerta de casa; el sevillano, medio acomodado no tiene que trabajar demasiado, está bien en su paraíso y si trabaja algo, lo hace disimuladamente porque el trabajo fue la maldición de Dios al desobediente y es cosa fea y sudorosa. Y abre sus puertas a extranjeros y forasteros para que los sirvan. El agua para casa (la que no la tiene propia de los caños de Carmo-

na) que la acarreen los gallegos o que la conduzcan los ingleses; el vino, que lo manipulen y lo despachen los montañeses, porque si un sevillano se mete a tabernero, se lo bebería todo, o convidaría a los parroquianos; los cargadores del muelle eran también rollizos gallegos que los empleábamos también para llevar sobre sus testas, las andas pesadas de nuestros Cristos y Vírgenes cuajadas de joyas; los trigos de la vega los segaban los portugueses, los molinos de aceite los trabajaban los sorianos; tapones de corcho de nuestras dehesas y las telas para vestirnos los catalanes y las nuevas industrias mecanizadas, allá los ingleses y los alemanes que respiraran el humo de las calderas o se ensuciaran las manos engrasando los engranajes de las máquinas. Y con este aluvión de servidores no había cuidado: que nos robaran que se hicieran ricos, ¿Y qué? sus hijos, a más tirar sus nietos, se convertirían en señoritos sevillanos, que dejarían su industria se harían ganaderos de toros bravos y se regalarían con vino de Jerez y Manzanilla y con jamón serrano, porque en Sevilla el que diga que no le gusta el jamón y el vino es un sinvergüenza. Sevilla es un crisol que lo funde todo y el peor detritus se convierte en gloria.

¿Qué en Sevilla no se trabaja? Bueno, el que tiene dinero no: porque entonces ¿de qué le serviría tenerlo? La gente del pueblo sí trabaja, pero en artesanía, en bellos oficios, en cerámica vidriada, en hierros forjados, en sombreros chulos, en zapatos pintureños, en bordar con oro mantos de vírgenes y capotes de toreros... en cosas bellas, y si se ve obligado a trabajos rudos los hace mal y de mala gana y si es hortelano cría con más gusto el rosal de olor que las coles y lechugas.

Comencé estas líneas titubeándolas “El artista es un cursi” y enfrascado con el ambiente o fondo donde iba a trazar el ambiente entre las cuales yo mismo concurría, casi me había olvidado de ellas haciendo mención de la artesanía; la Artesanía que poco a poco va borrando la industria por la que siento gran aversión.

En mis tiempos, se llamaban Artistas no sólo a los pintores y escultores sino hasta en los oficios manuales presumían de tal denominación.

Preguntado un zapatero remendón que oficio tenía respondió que era “Restaurador artístico del calzado en deterioro”. A parte de este humorismo tan sevillano, la verdad es que entre el zapatero y la pléyade de pintorcillos espontáneos que salían en Sevi-

lla, no había gran diferencia. Un menestral sevillano analfabeto se cree capaz de todo, fenómeno que si da lugar a ridiculeces bufas, es también origen de las bellezas espontáneas del folklore.

Si para el ejercicio de otras actividades, digamos intelectuales son imprescindibles el nivel medio de conocimientos técnicos o un mínimo de cultura universal, para el Arte (en lo que había llegado a parar a fines del siglo XIX) bastaba con la sensibilidad y el gusto que en los pueblos meridionales tanto pueden surgir para una mediana expresión dentro de lo cultivado como en la ignorancia.

Socialmente constituían los artistas una amalgama en la que figuraban artistas como el Conde de Aguiar (Andrés Parladé) pintor clasicote y de buen talento, el Conde de Casa Chaves que era un espíritu tan estrafalario como pintor dotado, Bilbao de familia acomodada y esos otros maestros que ya he citado y una pandilla enorme de artistas cursis o menestrales algunos tan artistas como el zapatero remendón, pero gente alegre y simpática que en otro ambiente hubiesen prosperado muchos de ellos (54).

¡Cuántos tipos originales! Un compañero mío se dedicaba a trasportar carne del matadero. Era tan fuerte que podía cargar con media res y tan entusiasta por la pintura que concurría a las academias hasta manchado de sangre. Paisajista furioso qué salía al cuadro cargado con el cuadro, la silla, el caballete, la sombrilla y se andaba leguas para pintar sus paisajes del natural minuciosos y lamidos ¡Oh paradoja!

Últimamente ya sesentón pintaba en los jardines del Alcazar donde iban a jugar los principitos que solían curiosear sus trabajos y él les decía con esa naturalidad y desenfado de la gente popular de Sevilla:

—Tú, Alteza: échate a un lado que no me dejas ver.

En cuanto al jardín andaluz aparte del sentido íntimo que en él perdura del espíritu morisco se trasformó sin perder su carácter con la ingerencia del arte occidental. Establecido en Sevilla el la-

⁵⁴ El pintor Andrés Parladé, (¿), fue retratista de moda, y pintor de escenas de caza con perros. Sus obras legadas a la ciudad de Sevilla, se encuentran distribuidas en los diferentes museos de arte e industria de Sevilla. Los miembros de la familia Parladé- terratenientes y políticos de origen cubano- fueron durante varias generaciones receptores de la protección que la ciudad ofrecía a aquellos que adquirieron tierras durante la desamortización de los bienes del clero-un largo intervalo de la historia que se repitió varias veces ya que el clero tenía una cantidad de bienes increíble-al término del siglo XVIII y durante el transcurso del XIX. La información se encuentra en la propia ciudad de Sevilla, sus monumentos con placas conmemorativas ofrecidos por miembros de la familia Parladé a principios del siglo XX.

zo de unión con América en el siglo XVI concurre a ella toda la actividad, se desarrolla la riqueza, surgen nuevas aristocracias; artistas italianos, franceses y flamencos establecen con sus talleres una influencia que deriva en mundial.

Andrea Navagero, el embajador de Venecia, llegado del pleno Renacimiento admira la ciudad que compara con las italianas por sus palacios jardines y paseos. Sevilla en aquella época mantiene su carácter fundiendo a su tono mudéjar la cultura europea.

Navagero nos habla de la Huerta del Rey, del Monasterio de Nuestra Señora de las Cuevas, a orillas del Guadalquivir, con tales jardines dice, que los religiosos que allí habitan sólo tienen que subir un escalón para la gloria.

Pero lo que es digno de fijar la atención es que Sevilla cuenta en esta época con un jardín público admirable, que el embajador poeta describe. (Suele citarse como primer jardín público, en Europa, el de Calsrue (55), en siglo XVII). Este paseo público lleno de fuentes y jardines ya, era la Alameda de Hércules, de cuya significación sumuosa nos dan idea los inmensos fustes graníticos de antigua fábrica romana que coronan las estatuas de Hércules y César. El resto del trazado fue desapareciendo con los rellenos que se hicieron en este lugar, donde aún conocimos sus arriates severos de piedra encerrando arbustos y flores.

Sevilla, emporio de riqueza y de cultura en su régimen de expansión acoge todos los valores. Los jardines mudéjares de su Alcázar y mansiones señoriales se amplían por las aportaciones renacentistas que al contacto del gusto morisco toman ese sello especialísimo que más tarde ni con el barroquismo pierden. Durante el siglo XVIII decae Sevilla y vive de su tradición; el esplendor de las antiguas obras, es sustituido por el encanto romántico del abandono. La gitanería lo chulesco, lo campero, va quedando como su nota más interesante mientras que los valores nobles descienden a la mediocridad. Tener ideas modernas consiste en destruir todo lo bello o característico que no se puede enajenar.

Queda un resollo del pasado; sólo un resollo. Pero en Sevilla concurren muchos prodigios: su río le trae el limo de Córdoba, de Jaén, de Granada, de Huelva, que cubre sus tierras y las hace feracísimas. El mar trae su sal hasta cerca de su puerto,

⁵⁵ "The Oxford Companion to Gardens," Oxford, 1986. Karlsruhe, Federal German Republic.
nota número 3.

hincha su río y empuja los navíos hasta ella. Y Sevilla es rica sin querer: hasta dormida. Cuando despierta se hace poderosa y lo que concurre a ella lo funde en su carácter (56). 15—5—1929

Madrid 15—5—1929

Mi querida Señora: He tenido esta noche la grata sorpresa de encontrar mí artículo en primera plana. Me han ascendido. Son unos vivos. Yo lo titulaba como siempre "Jardinería y urbanismo" con el subtítulo Jardines sevillanos, pero como resulta de actualidad y además peor o mejor creo que es lo más fino que se ha dicho de Sevilla, me lo han plantado como crónica y con la coletilla de fechado en Sevilla así, a poca costa puede parecer que el periódico me ha enviado allá. Bueno: ello es que esto me beneficia y mañana iré a la redacción, donde nunca pongo los pies, y le daré las gracias al director por la distinción que me han hecho...y veré si pagan más.

Si te gusta hazte cuenta que el mérito que pueda tener es a tí a quien corresponde. Fue la impresión de aquella noche en que estuve vagando por el laberinto de San Bartolomé y como no había en mí más que el encanto tuyo no veía más que encantos, y luego que al hablar del alma de Sevilla naturalmente sólo la veo en mí "sevillana", Mía de mi propiedad ¡Cómo te sublevaste hace un año porque me expresaba así!

Estabas nublada y no alcanzabas que al decir de tí mía es lo mismo que si dijera mi dios, mi honor; y esas cosas que dice uno que son tuyas, pero que no son ellas para uno, sino uno para ellas.

Y no te escribo más para enviarte esta carta sin mezcla de asuntos terrenales ¡Cuánta falta me haces!

¿No es verdad que esto entre dos personas es mucho más conveniente que todas las conveniencias?

¿Qué dinero ni qué esfuerzo podría adquirir esto que hay tanto multimillonario que no pueden comprar?

Adiós y te beso tu mano suavemente porque me parece que es como mejor puedo decirte lo que fuiste para mí y, que, siendo lo que ahora eres, sigues siendo lo mismo.

Tuyo. Javier

⁵⁶ Recorte de *La Voz*, Año X.-Núm. 2.614—15 de mayo de 1929. CRÓNICA—Los Jardines de Sevilla—dedicatoria: "A María, la linda, la fina, la discreta, mi afecto más noble". Firma: Javier de Winthuysen, Sevilla y mayo.

CAPITULO DÉCIMO

“Jardines clásicos de España” — Cómo hice el libro— Creación del Patronato de Jardines españoles— El Turismo— Ciudad Rodrigo— Inspector de Jardines— Conferencias en París y Londres—La revolución de 1936— Jardines del Viso— protección de Menores— A Valencia— Muerte de mi hijo Javier.

Hasta el año 1930 no llegué a publicar mi libro “Jardines Clásicos de España—Castilla”, cuyos trabajos y estudios había guardado durante siete años en unas cajas. Pero María me ayudó, me puso en limpio todos los originales, me alentó e hizo por mí lo que nunca había hecho nadie conmigo. Me dió sus ánimos levantó mi espíritu y me enviaba dinero para ayudarme en los gastos; y mi hijo que tenía entonces diecisiete años, me ayudó a poner en limpio los planos. Hice el libro ayudado por dos criaturas, puesto que ella era tan joven para mí. Estoy escribiendo esto en el año 1953. Jamás ha dejado de ayudarme y alentarme, trabajando en su profesión y con una elevación de espíritu que respondía a tanto como puse en ella.

Le fuí mandando los manuscritos capítulo a capítulo con comentarios como el que al copiar el verso de *El Peregrino curioso* de Villalta dejó en la Fuente de los Planetas de la Abadía, que ponía así:

“No fuera justo que el alba
“a este jardín le faltara
“para que en él descansara
“su tan poderosa(clava) calva,
“que a Flandes ha sido cara”.

Yo me preguntaba a qué vendría eso de la calva del duque de Alba, hasta que mi copista me dijo: “No puede ser calva, eso es clava y es una equivocación, y no se escribe Javalés sino Jabalíes y ojo no tiene hache y en cambio hoja si la tiene”. A lo que yo le contesté, que eso de las hachas era tremendo que había que ver hormiga, un bicho tan chiquito y con una hache a cuestas.

Le dediqué el libro con una X y una M entrelazadas en carmín dentro de una circunferencia verde en la esquina inferior derecha de la portada y en la ante portada corregí el dibujo de mi escudo e inserté también en el centro de las águilas el mismo dibujo. Ella

me pidió que no lo hiciera, pero yo lo hice, diciendo que mandaba en lo que era mío.

El libro tuvo bastante éxito en un sector intelectual y de arte, pero económicamente fue un desastre, porque la Cia. Ibero Americana de Publicaciones quebró y casi toda la edición quedó embargada por los acreedores de modo que a mí no me llegó casi nada y, descorazonado dejé a un lado los trabajos que había comenzado para hacer los Jardines Andaluces y los Pazos gallegos. Todo quedó inédito y seguí refugiado en hacer jardines.

En julio de 1930 nació nuestra hija Beatriz. La reconocí legalmente en testamento otorgado el 6 de agosto de 1934 ante el Notario López Urrutia de Madrid, y Victorio Macho y Cristóbal Ruíz fueron mis testigos. En cuanto a nuestra segunda hija Teresa, ya las leyes de la República me permitieron hacerlo en el acta de inscripción de su nacimiento. Fueron padrinos de nuestras hijas E. Pérez Comendador y su esposa M. Leroux (57). Continué recibiendo encargos de jardines contra viento y marea de profesionales y de ciertos arquitectos, porque en cambio de otros, sólo tuve las mayores atenciones. Ocupando el pintor Don Eduardo Chicharro la Dirección General de Bellas Artes, me encomendó éste la Creación del Patronato de Jardines Históricos de España cuyo texto expositivo me encargó también para llevarlo a la Gaceta. Me nombraron Inspector General asignándome sueldo propuse, y logré que muchos de los Jardines Históricos fueran declarados de interés nacional. Se me asignó un sueldo de 5.000 ptas. anuales.

Me invitaron a dar unas conferencias en la Sorbonne de París y en la Hispanic Society de Londres, y a mi regreso, un político que había ocupado el Ministerio de Educación suprimió mi sueldo para hacer economías en el presupuesto, pero no le hice caso y seguí actuando en los jardines del Estado aunque el Patronato había desaparecido, entendiéndome con el arquitecto conservador de Monumentos Don Emilio Moya, haciendo varias obras en Toledo. Al par de ésto había hecho por encargo del Turismo, el jardín del Alcazar de Enrique II en Ciudad Rodrigo.

Además de los que dejó dicho realicé otros proyectos y obras: Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid, Canalización y

⁵⁷ Enrique Pérez Comendador y Magdalena Leroux, en cuya Fundación, en Hervás, Cáceres, se encuentra un legado de pintura de primera época, que donó María Salud Winthuysen Sánchez, en el 2000.

Fuerzas del Guadalquivir, en Alcalá del Río (58) (Sevilla), Parque de Valdenoja en Cabo Mayor, Santander, pequeños jardines particulares de Don José Ortega Gasset, Don Salvador de Madariaga, Sres. de Olarra, Luzuriaga, Parque del Boecillo (Valladolid), Fundación del Amo, etc.. En París volví a visitar la pintura antigua que añoraba desde 1915, y naturalmente Versalles, el parque de Sceaux, y la jardinería urbana de las Tuilleries, avenida del Luxemburgo, etc. En Londres aparte de parques y jardines visité el Museo Británico, donde apenas tuve tiempo de contemplar las Metopas del Partenón, que tantos deseos tenía de ver, superando la emoción que recibí de la escultura helénica a lo que yo ideaba por sus reproducciones, y en la National Gallery, los Constable, etc., que desconocía y uno de los más bellos cuadros de Manet, aparte de pintura antigua como la Venus del Espejo de Velázquez, que en el original resulta una de sus obras más maravillosas donde pude apreciar las sutilísimas vibraciones que en las reproducciones desaparecen por completo, y tuve la suerte de poder ver el "Laoconte" de Greco.

Me siguió la buena suerte para mi afán de contemplar obras cumbres, porque a mi vuelta do Londres me hallé en París con la Exposición Antológica italiana donde aunque la Escuela veneciana no estaba representada como en el Museo del Prado, por mí tan conocido, había obras desconocidas para mí, pero sobre todo me hallé ante las esculturas de Donatello, que tanto ansiaba conocer puesto que por desdicha mía nunca he podido visitar Italia.

De pintura moderna, sólo ví lo que pintaba en su taller mi joven amigo Borés, entonces en boga, pero las calidades de su fina visión, no me interesaron gran cosa.

De modo que, aunque yo hice este viaje París_Londres, con el pretexto de la Jardinería, ésto fue lo que menos me importó. Pero de la Pintura, de mi acción de pintor, me había alejado com-

⁵⁸ Se trata del único jardín dibujado y ejecutado en la provincia de Sevilla, en estilo mudéjar, en Alcalá del Río, por Winthuysen. En la primavera de 1999, Abel Periañez, urbanista planificador sevillano, gran conocedor y admirador de la obra de jardinería de Javier de Winthuysen me acompañó hasta el jardín de La Eléctrica Sevillana, como lo conocen en Sevilla. El jardín, nos contó Abel Periañez, había permanecido semi-abandonado durante largo tiempo. Nos explicó que las obras de mayor urgencia eran la contención del talud que daba al río que desgastó alguna subida de agua. El jardín mostraba el paso del tiempo en el excesivo envejecimiento de los cipreses que tapaban los caminos y abrían el empedrado de guijarros. La cerámica en la alberca y los bancos se conservaba bien. Por lo que se veía el lugar se mantenía cerrado sin que nadie lo visitara. Abel nos contó que con sus colaboradores procedieron a la limpieza de las breñas que cubrían el jardín durante los fines de semana. Aproveché la oportunidad para hacer fotografías parte del fondo de documentos. El plano del proyecto continua en ACER JARDINES DE SEVILLA.

pletamente la indiferencia española, y ésto llegó al extremo que, cuando la Guerra Roja me encontré en el campo, intenté hacer unos apuntes al lápiz y no pude, me encontré como si no hubiese en mi vida pintado ni dibujado. Hasta tal grado había llegado mi desvío y ausencia total de práctica.

Durante el período rojo el Director de Bellas Artes Sr. Renau me encargó visitar e informar sobre el estado del jardín de la Real Fábrica de Paños de Brihuega y de la conservación del jardín de Monforte de Valencia y un proyecto para el Albergue de Turismo de Benicarló que ya replanteado y casi realizadas mis plantaciones sufrió la intervención del arquitecto que a pretexto de acomodar las obras de desagüe de la gran piscina, que estaba proyectada más que como tal como un espacio de la composición, dió al traste con el conjunto con tales obras improcedentes.

*Where is there an end of it, the soundless wailing,
The silent withering of autumn flowers
Dropping their petals and remaining motionless;
Where is there an end to the drifting wreckage,
The prayer of the bone on the beach, the unprayable
Prayer at the calamitous annunciation?*

FOUR QUARTETS, By T.S. Eliot.
"The Dry Salvages" (49-54) Harvest Book, 1971.

La Guerra de 1936

En 1923 se sublevó en Barcelona el General Primo de Rivera. Yo lo había conocido personalmente aunque mi trato no pasó de una presentación circunstancial cuando volvió de la guerra de Melilla ascendido a capitán por su valeroso comportamiento; pero aunque no tuve ocasión de tratar con él, le conocía de inmediatas referencias.

Era de arrogante y distinguida presencia; gozaba de generales simpatías y lo realzaba el prestigio de su progenie. Los generales (59) Prím y Primo de Rivera habían llegado mediante el triunfo liberal a los más altos grados militares y políticos. El concepto popular en que se les tenía no era ciertamente muy halagador pero ésto carecía de importancia en aquella época en que casi todos los políticos, salvo raras excepciones eran considerados popularmente como prevaricadores y hombres nefastos. Sin duda alguna desde la Restauración, tales políticos habían venido a corregir defectos aún peores. Que el gran estadista Cánovas lograse la atracción de los tradicionalistas, y que Sagasta hubiese logrado por otra parte la de los republicanos terminando con las guerras civiles y pronunciamientos militares que habían ensangrentado España era indudable, pero la moralidad política era un mito. Sólo existía el favor y la conveniencia de los dos partidos Liberal y Conservador que con la Regencia llegaron a establecer un turno pacífico, sin perjuicio de acoger los Conservadores cuanto significase autoridad y tradición, clericalismo, militarismo, aristocracia, etc., y los liberales cuanto significase avance de las ideas sociales y hasta demagogia, de modo que fuesen cuales fuesen los ideales políticos en cada español tenía en un partido o en otro su acogida, reduciéndose la política española a un modus vivendi, del que quedaban al margen los reducidos grupos idealistas, retrógrados los unos, progresistas los otros, pero sin otra fuerza real que rescoldos de los antiguos fuegos.

La Constitución del Estado por unos y otros aceptada se presentaba como garantía del pensar y de la acción ciudadana, pero tales garantías constitucionales eran suspendidas por los gobiernos cada vez que se necesitaban. En resumen se vivía a ciencia y conciencia en un régimen de ficción, oportunismo y engaño que fue atrofiando el sentido moral y nos condujo, aparte del desqui-

⁵⁹ Los generales Prím (¿) y Primo de Rivera se entiende.

ciamiento administrativo, a la triste guerra de Melilla que demostró nuestra impotencia militar, inútiles combates con tribus bárbaras y que animó a los separatistas filipinos y cubanos a sacudirse el yugo, y aún a ciertas regiones españolas que amenazaban con desmembrar España, y no es que tan triste estado llegase a borrar las latentes virtudes españolas, pues dentro de dicho mal aún descollaban en él las virtudes y heroísmo. Triste heroísmo pasivo de quienes con él dieron su sangre. De África de América y de Oceanía volvían orgullosos con sus grados y cruces que testimoniaban su comportamiento los oficiales y los soldados repatriados anémicos y consumidos por la fiebre a tal punto, que al perderse definitivamente las colonias, el pueblo respiró gozoso.

Primo de Rivera había sido, aparte del apoyo que tuviera por su influencia un militar afortunado y valiente e hizo una carrera rápida y brillante. Lo volví a ver en Sevilla de Teniente Coronel. Era presidente del Círculo militar.

Los ideales del pueblo en aquella época habían cambiado, ya no eran los antiguos republicanos, sino los incipientes socialistas.

Nuestros políticos de la Regencia habían prestado ayuda al fomento del socialismo como un mal lejano, por restar el apoyo de las masas a la República aún amenazadora, pero como digo la idea socialista del pueblo español era todavía incipiente. Se contentaban con molestar al Capitalismo con sus huelgas, casi pacíficas y sus manifestaciones. Recuerdo una de estas coincidiendo con la presidencia del Círculo militar de Primo de Rivera. Al enterarse de que los manifestantes iban a ir allí, se hizo servir el almuerzo en un velador de la terraza.

Por la calle Sierpes bajó el tropel de muchachos desarrapados dando gritos y Primo no se movió, siguió almorcando y hasta arrojó despectivamente patatas fritas a los mozarbetes que osaron pararse frente a él.

Cito el hecho por dar una idea de su arrogancia como por el estado de indecisión de las masas entonces, puesto que sin más acción que caminar, lo hubiesen anonadado. Más no es extraña tal fortuna a la temeridad. A ella y tanto al par a sus cualidades caballerosas, debió el prestigio que impidió no sólo que su acto de sedición en Barcelona fuese considerado como tal sino que el Rey le entregara el mando del Gobierno de la Nación, como designado por la voluntad del pueblo. Y en realidad era así y la cau-

sa justificaba los medios. Por la mayoría del pueblo español fue acogido con esperanza y simpatía. Se estaba ya harto de políqueos y componendas, que los más excepcionales políticos honrados e inteligentes, no lograban remediar (60).

Lo malo del caso es, que las Dictaduras, sólo por serlo, raramente logran llegar hasta buen fin y que para la gobernación de un Estado no bastan las cualidades morales, con sus buenas intenciones, sino que requieren otras alturas, Primo cayó del poder y sucedieron a él innúmeros desaciertos. Si en España quedaban algunos políticos capaces, el mismo Primo de Rivera en su afán moralizador los había anulado escarneciéndolos, y a falta de otro genial Dictador a de un Rey que en tal se convirtiera, no quedaba otra salida que la República, que la votó el pueblo y las clases intelectuales por gran mayoría.

Pero ¡qué República! Nos llegó la República como una entelequia, puesto que no existían republicanos apenas, y los pocos que quedaban eran insignificantes. Se mantuvo el régimen del que fue desertando paso a paso la intelectualidad. Las formas políticas de reinos o repúblicas eran ya cosa anticuada, lo único importante era la significación social Capitalismo y proletariado.

Al margen del Estado, en España ya se había establecido la lucha entre unos y otros. Fascistas y libertarios. La acción directa de unos y de otros, el pistoleroismo alcanzó su auge, unos y otros se mataban como cerdos, y los gobiernos dejaban hacer.

Ajeno a tales andanzas, a los fascistas no llegué a conocerlos. A la intelectualidad de los otros si los frecuenté, no por razones político—sociales sino por otro orden de ideas. En realidad estaba yo tan alejado de esas preocupaciones que ni veía siquiera la situación que entrañaban, ni el significado exacto que cada uno de sus individuos tuviera, pero ello es, que entre la intelectualidad de ideas avanzadas tenía buena acogida. De Azaña recibí invitación para su reunión de intelectuales. Les hacía jardines a Madariaga, Ortega Gasset y Luzuriaga, me concedieron un modestísimo cargo en el Patronato de conservación de jardines por mí fundado. Traté con aquellos prohombres que ya de tiempo atrás conocía. Negrín, Alvarez del Vayo, Luis Bello, Araquistain, Juan de la Encina a quien especialmente solía ir a ver en aquella peña de cierta cervecería, donde solían atracarse de vermut, langostinos y ca-

⁶⁰ RAYMOND CARR: España 1808-1939, séptima edición, 1979.

viar, y desde donde solían ir a completar aquellos atracones pantagruélicos al restaurante italiano, cosas todas ellas vedadas a mis pobres medios pecuniarios como también a mis aficiones modestas. Pero lo que me admiraba en aquel continuo dispendio era que pudiesen resistirlo las posiciones modestas de casi todos ellos.

Los mutuos asesinatos habían culminado en el de Calvo Sotelo y estalló la Revolución Roja. En aquella época solía yo recorrer por carretera bastantes distancias para ocuparme de mis jardines, y en media España, cuando nos cruzábamos con grupos de campesinos u obreros, levantaban el puño. La revolución estalló organizada alumbrándose con el incendio de las Iglesias, ya ensayado.

En aquella época yo continuaba sin pintar. Mi actividad se reducía a hacer jardines: el del Conde de Gamazo en Valladolid, los del Turismo en Medinaceli y Ciudad Rodrigo, que por cierto nunca me pagaron, y en algunos patios de antiguos monumentos toledanos (Santa Cruz de Toledo y Santa María La Blanca) pero no perdía el contacto con algunos artistas. Los escultores Victorio Macho y Emilio Barral, y los pintores Cristóbal Ruiz, Solana, Souto y Bores, estos dos últimos comenzaban entonces, el primero lleno de furor y Bores exquisito de sensibilidad.

De todos ellos era yo admirador y amigo. Victorio Macho estaba en auge, trabajaba con ahínco fuera de sí, vanidoso, pero bien se le podía perdonar por su caballerosidad y su talento. Barral era superior a su obra, resplandecía en él su origen de cantero y gozaba en la talla directa de la piedra sacando chispas y lascas con el cincel. Un gran amigo. Una rara mezcla de bondad y amoralidad, como tenía también el loco de Solana, aquel gran pintor que no perdonaba concursos dejando pálidos e inconsistentes todos los cuadros que figurasen junto a los suyos. Un loco enamorado de la belleza de la fealdad y que, como decía Antonio Machado, pintaba lo vivo muerto y lo muerto vivo.

Cristóbal Ruiz en cambio era una especie de campesino místico. El corte racional de sus cuadros se ampliaba con una orla de una gran visión angular que daba como resultado inmensidades luminosas inspiradas en los frescos de Puvis de Chavannes.

Compartía mi amistad entre estos hombres extraordinarios y la reunión que teníamos en un viejo café del Madrid del XIX donde concurrían los poetas Antonio y Manuel Machado, el actor Ricardo Calvo, Répide y Ricardo Baroja, que después de haber perdido un ojo había dejado de dibujar para escribir. Esto y dos actrices y una amiga de Calvo y otra de Manuel Machado, eran los concurrentes asiduos aunque la reunión se aumentaba corrientemente con otros literatos.

Llevaban la voz casi constantemente Baroja y Répide, grandes conversadores que nos entretenían con sus anécdotas y sus noticias.

Cierta noche al salir de la reunión acompañado de uno de ellos, nos encontramos con una iglesia envuelta en llamas.

En nuestra reunión ni se hacía política, ni se hablaba de ella, pero a la tarde siguiente cuando volví al café me encontré solo con cierto señor que solía frequentarnos. Un antiguo socialista que luego evolucionó a Maura, y que entonces era concejal románista y en aquellos momentos se inclinaba a Falange ¡Un hombre de ideas arraigadas! que por otra parte, tampoco tenía interés y ¡claro! que no volví más.

Pasaron unos días en que casi estuve recluido en casa enterrándome por referencias do los sucesos que se iban desarrollando, asesinatos, incendios y desmanes de la gentuza. Habitábamos María y yo, con nuestras dos hijas pequeñas Beatriz y María Teresa, en una casa modestísima en Francisco Silvela y en la misma casa vivía una familia cuya hija era nuestra asistenta y al padre y al hermano los empleaba yo en los trabajos de mis jardines. Tenían alojado en su casa un guardia de Asalto, del mismo pueblo de ellos, que me informaba de los sucesos.

Una mañana ví desde mi ventana a cuatro individuos que disparaban sus pistolas hacia la iglesia de la Guindalera desde el Paseo de Ronda. Los observé y llegó un auto al que se acercaron sin duda para recibir órdenes; luego volvieron a disparar dos de ellos mientras que los otros se marchaban rodeando un gran solar a cuyo fondo estaba la Iglesia, y una vez desde las proximidades empezaron a gritar que desde dentro les hacían fuego. Se unieron varios grupos y al poco tiempo ví la iglesia ardiendo.

Por la tarde todo aparecía tranquilo.

Había yo ido par la mañana a las oficinas del Turismo y me detuvieron unos milicianos para indagar a donde iba y cachearme, sin mayores molestias. Aquella tarde, al regresar a casa María que venía de dar una lección particular, venía descompuesta. Su alumna era una enfermera do la Maternidad que preparaba su bachillerato, y en los alrededores de aquel centro, que estaba bastante aislado, se había encontrado con dos hombres vestidos como obreros que sostuvieron la siguiente conversación:

—Mira, tú, aquí cayó el rubio.-Y señaló una mancha oscura de sangre seca en el suelo y los impactos en la pared del solar.

—Y allí cayó el otro— contestó el compañero, señalando hacia la acera de enfrente.

—! Qué lástima que no esté la sangre fresca para empaparme las suelas do las alpargatas!-dijo el primero.

—Hay que extirpar el microbio— cerró el otro con acento y énfasis muy chulo. El guardia de Asalto, novio de nuestra asistenta, me contó que en torno del cadáver de una mujer había un grupo que hacía comentarios soeces y uno le levantó con el fusil la falda entre risotadas de todos.

—Ví otro muerto— me dijo— atado con un cordel dentro de una colchoneta, por el rostro retorcido y la expresión de aquel cadáver se veía que debía haber muerto con terribles sufrimientos, Me refirió otros casos.

A la tarde siguiente los tranvías circulaban, aunque pasaban lejos de casa y como estábamos cansados de estar inactivos, salimos con nuestras dos niñas pequeñas por el Paseo de Ronda y subimos al tranvía de la Prosperidad. Ya en ella hizo una parada y yo ví ante mí a una muchachilla espigada y raquítica enfundada en una especie de guardapolvo que empuñaba un revolver niquelado que me pareció un juguete, diciéndome:

—El carnet, camarada.-

Me encogí de hombros diciéndole. -Yo no tengo carnet — y sin más continuó aquella pobrecita pidiéndoselo a los demás viajeros,

La calle estaba llena de grupos de mujeres y muchachos, algunos de los cuales tenían escopetas o fusiles. Descendimos del tranvía en la calle López de Hoyos para volver a casa por el Pa-

seo de Ronda y otra pobre mujer de edad madura, vestida humildemente, con su delantal de hacer faenas y alpargatas, con reverver se dirigió a María diciéndole:

-¿Camarada, llevas armas?— contestándole María.

-¡Qué voy a llevar yo armas con una niña en brazos! —.

—Bueno, pero deja que te registre porque lo tengo así encargado — y la palpó ligeramente.

Nada de aquello producía terror sino más bien lástima y repugnancia de gente desarrapada e ignorante. Llegamos al Paseo de Ronda y había allí un retén de milicianos que nada nos dijeron y un escuadrón de Guardias civiles desmontados para descansar sus caballos a los que acerqué las niñas para que los acariciaran, y regresamos a casa.

Me encontraba yo entonces en una situación especial. Empezaba a plantear mi divorcio y mi abogado era un gran muchacho y amigo que desde el principio de los sucesos no había vuelto a ver, era de ideas comunistas. Estas circunstancias añadidas a mis conocimientos con Barral, Quintanilla, Alvarez del Bayo, Arquistain Negrín, etc., por mis relaciones con Juán de la Encina en mis colaboraciones sobre Jardinería y Urbanismo, que habían comenzado por sus "Cartas a un Jardinero", hacía que se me considerase como persona de ideas avanzadas, aunque no tenía con las ideas políticas de ellos el menor punto de contacto, ni con las de los Fascistas tampoco.

Cerca de casa vivía Cristóbal Ruiz cuya hija era entonces novia de un hermano de mi abogado, un simpático chico que me sirvió de guía en Londres cuando estuve en la primavera de 1935 a dar mi conferencia sobre Jardines españoles en la Hispanic Society. (Aparte de mi conferencia me hizo el honor de invitarme a comer con él el Embajador de España Señor Pérez de Ayala) Tan seguro estaba aquel muchacho de mi carácter avanzado, que él que era revolucionario activo me propuso que yo actuara en revueltas ¡Como jefe de grupo!

En aquellos momentos tan peligrosos no venía mal que se me concediese tal carácter. En realidad a nadie traicionaba porque tan mal me parecían los unos como los otros. Así es que me reduje a excusarme.

Salí con él a la calle, entramos en un estanco donde había un miliciano que pidió puros y pitillos dejando desvergonzadamente un vale que firmó en un papelucho con gran disgusto de la estanquera así estafada y él preguntó cuanto valía lo que el otro se había llevado y lo pagó de su bolsillo añadiendo:

—Ahí tiene usted, y el que no tenga para pagar que no fume.-

Visitaba yo también a Poppelreuter pintor alemán muy inteligente que hizo una copia del Adán y Eva de Durero preciosa, y cuyo hijo era gran amigo de mi hijo Javier. Me encontré con que les habían roto el cristal de una ventana de un balazo y él estaba azorado y dispuesto a irse con su familia al consulado alemán y con la pretensión de que yo aceptara su casa, cosa que yo no acepté. Allí coincidí con otro alemán que había sido oficial en la guerra del 14 y le escuché el relato del asalto al Cuartel de la Montaña que él presenció llevado de sus aficiones militares.

—Aquello— nos contó— movía a risa. El sitio que pusieron al cuartel estaba tan mal organizado, que con una salida de pocos hombres guiados por un oficial inteligente, hubiese bastado a hacerlo levantar, y sin embargo, se rindieron.

Ya supe después la causa, ni quien allí mandaba se hacía cargo del significado de la revolución, ni tenía confianza en sus soldados. Creía su resistencia inútil y no soñó siquiera con que dejase de considerarlos el enemigo como prisioneros de guerra. Bien tristemente pagaron su ignorancia.

Una de aquellas noches en que yo salía de visita, me dió el al-to un miliciano encañonándome. Me acerqué a él y le rogué que bajase el arma.

—Soy bastante conocido en la barriada.-le dije-para parecer sospechoso. El muchacho casi me dió explicaciones. Sólo obraba así por consigna. La verdad es, que todas aquellas fieras desalmadas que traté de cerca, no imponían el menor temor, pero en cambio lo sentía por mi hijo. Su carácter era bravo y agresivo, violento. Si tenía alguna significación partidista no lo sé. El me lo negaba, era dibujante de una fábrica de aviones de la que los rojos se habían incautado, licenciándolo. Poppelreuter le había prohibido visitar su casa ni salir con su hijo. El continuaba una estrecha amistad con Tibor Revesz que vivía en otro piso de su misma casa. Según me decían (yo estaba por completo separado de mi familia legal), no conocía la prudencia y se trataba frecuentemen-

te con los milicianos. El peligro era real puesto que las vidas carecían de importancia.

A unos milicianos que habían ocupado la azotea de su casa les obligó a que se retirasen, si alguno le pedía la documentación le contestaba airado que quien era para pedírsela. En tal plan yo temblaba por su vida y como pedían su cupo militar, aunque a regañadientes, le aconsejé que se agregara por considerar menor el peligro y que fuese un soldado más, que no estarse destacando con su imprudencia.

No me valió. Lo destinaron a una columna en Navalperal, que operaba a las órdenes de un tal Mangada, Un jefe militar medio loco que se había significado entre los Rojos.

Tenía demasiada personalidad para pasar desapercibido. Era el único soldado de intendencia que había en la columna y por tal motivo le encargaban personales servicios (61). Se había apoderado según contaron quienes vinieron de allí, de una yegua árabe en la que hacía los servicios. Estaba alojado con un buen cocinero de un hotel que le guisaba y por no haber allí fuerzas de Intendencia, no tenía Jefe. En fin, todo lo contrario de lo que yo me había propuesto.

Como todos los trabajos quedaron en suspenso, nos encontramos con que había en casa treinta pesetas por todo capital para hacer frente a la vida. Entonces la señora de Luzuriaga, maestra destacada especializada en la enseñanza de sordomudos y miembro del Tribunal de Menores, llamó a María para que fuese a ayudarlos pues el Tribunal Tutelar de Menores tuvo que hacerse cargo de los niños que quedaban desamparados al obligar los milicianos a las religiosas a abandonar los orfelinatos y conventos, o cuando ellas se iban por el justo temor del peligro en que estaban. María había trabajado en el Ministerio con Luzuriaga en la Secretaría técnica de Cultura y la apreciaban mucho. Me trasladé con las niñas y con ella a un convento, dejando nuestro piso encargado a la familia que empleábamos. En esto procedí con verdadera torpeza, puesto que por mis relaciones podía haber hecho que me lo protegieran oficialmente puesto que era mí estudio, pero no lo hice así y al quedar vacío se incautó do él una pobre familia que nos lo desvalijaron llevándose hasta la lana de los colchones, y menos mal que respetaron los cuadros y algunos

⁶¹Servicios personales se aproxima más al lenguaje hablado.

muebles que más tarde se trasladaron a casa de nuestros empleados y andando el tiempo todo aquello lo recogió mi hija mayor, Salud, pero me robaron una colección de cartones, resto de mi exposición (62) del año 1924 de verdadero valor, sin que nunca haya podido dar con ellos.

El colegio en que María trabajaba junto con otras maestras y regido por la Sra. de Luzuriaga, como miembro del Tribunal de Menores, había sido una residencia de señoritas además de orfelinato. Las habitaciones principales estaban ocupadas por la hospedería, pero las huérfanas, sobre todo las más pequeñas, estaban en malísimas condiciones de instalación e higiene, que era nula, no había baños ni duchas, hubo que habilitar los lavaderos y la alberca del jardín huerta para bañarlas, se las trasladó a las mejores dependencias, pues estaban las pequeñas alojadas en los altos de una vaquería, y las mayorcitas en las buhardillas, con tanto frío, que tenían que romper el hielo de las palanganas si querían lavarse la cara en invierno según nos contaron.

Vestidas con unos delantalones grises, encogidas, pidiendo las cosas por caridad y sin atreverse a levantar la vista del suelo. Una pequeña de aquellas vió a nuestra chiquitina de diez meses que jugaba sentada en su sillita con sus pies levantando sus pier-necillas y se acercó para decirle a María:

Señora, su niña está faltando a la modestia.-

Alimentadas a base de féculas y con aquella huerta hermosísima que no podían disfrutar. Días más tarde estaban todas bañadas y limpias y hacían gimnasia con trajes de baño al sol, corriendo por los senderos de la huerta con alegría además de darles clases para que no estuvieran ociosas ni se atrasasen en su instrucción que era muy baja.

Teníamos una guardia de milicianos y uno de ellos estaba constantemente recostado en una gran butaca y se hacía servir el desayuno cada mañana, Se tomaba un gran tazón de café con leche y ¡cinco! panecillos. Las comidas corrían pareja.

En una de mis salidas a la calle sufrí dos incidentes en los que terminé por perder la ecuanimidad y me pudieron costar bien caro.

⁶² El último editor tachó "Vilches", de acuerdo con el autor se trataría de obras que se expusieron en la Galería Vilches, en Madrid, 1924.

Por una calle próxima desfilaban unas baterías de Artillería y me paré a verlas. Los artilleros iban a caballo o en los carros, con dicharachos y gritos descompuestos con esa falsa alegría de la soldadesca indisciplinada con que ahogan su temor cuando marchan hacia lo desconocido. Repararon en mí y gritaron:

— ¡Que levante el puño! ¡Que levante el puño!

Yo lo levanté mientras pasaban, y puesto que no soy militar ni militarista sentí el sonrojo que provocó lo que hay en mi sangre de siglos de caballeros. Bajo tal impresión, llegué frente a nuestra residencia y cerca de ella estaba un camión cargado de horribles mujeres que también vociferaban y se repitió la escena. Al verme chillaron estridentes como harpias:

-¡El de la barba! ¡Fascista, fascista! ¡Que levante el puño! No me pude contener más. Me volví y les eché un corte de manga.

El escándalo que armaron no es para dicho. Querían tirarse del camión y lo hubiesen hecho si hubieran podido, pero sus barandales eran muy altos y sólo asomaban sus bustos y brazos agitados. De una obra próxima me tiraron un ladrillo que se hizo polvo a mis pies. Hice como si no me enterase de nada y sin salir de mi paso me entré en la residencia. Afortunadamente los militares me acogieron con sonrisas.

Poco duró allí nuestra estancia porque nos hicieron ir a otro colegio. Este era bien distinto: un edificio grande y sólido de nueva planta rodeado de jardines y huertos. Era una fundación de un matrimonio que había dejado una gran fortuna para este orfelinato y llevaron a él muebles buenos y hasta cuadros antiguos apreciables. Las monjas ya no estaban pero la superiora que había regido la casa era mujer distinguida y de talento. Sólo había quedado allí la servidumbre. Unas criadas respetuosas como de casa grande.

La principal de ellas, mujer despierta y simpática se dirigió a mí, sin duda por mi empaque puesto que yo en realidad no tenía nada que ver con aquello, pero acepté el equívoco gustosamente. Me enteré de la función de aquello de las costumbres, de la situación, del servicio, etc. Aparte de las criadas había un pobre hombre contrahecho, una especie de Cuasimodo, encargado de los jardines donde vivía aislado en un pequeño pabellón.

A la criada le dije que llamase a las demás. Les pregunté por qué se habían quedado. Me explicaron que sólo habían hecho salir a las monjas y que tenían encargo de ellas de permanecer allí y no interrumpir los servicios y guardar el mismo orden de siempre mientras pudieran.

Les pregunté si se quedaban gustosamente o si querían marcharse, pero sólo una me dijo que quería hacerlo. Me informé del sueldo que cobraban y les indiqué que se les haría un aumento, y a la que se marchaba le pregunté si algo se le debía para liquidarle. Las demás se pusieron a mis órdenes y como era la hora próxima de la cena y me enteraron que todo estaba en orden y bien abastecido le ordené a la principal, que nos dispusiese la comida en el mismo orden que acostumbraba la comunidad.

Nos acompañaban a María y a mí otras maestras. Una de ellas una muchachita rusa, bajita, muy redondita de blanquísimas carnes, estaba casada con Gabriel León Trilla, conocido comunista que fue asesinado años después (63) en Madrid, y que había sido novio en otros tiempos de una íntima amiga de la hermana de María. Otra, era de tipo diferente rubia, paliducha, delgada. Era licenciada en Geografía, de buena familia madrileña y andaba en aquellas andanzas rojas presumiendo de modernidad contra viento y marea de su acomodada casa, y porque tenía sus ideas especiales.

Otra ayudante había muy menuda, pizpireta y graciosa, era de oficio camarera y estaba allí porque su marido era el oficial del Juez Sr. San Martín del Tribunal Tutelar de Menores. Su hermano, era de las Juventudes Libertarias. Era un tipo notable y hombre honrado El marido era de lo más servicial y amable, vestido o disfrazado de feroz miliciano, se ceñía con cartucheras, en la solapa ostentaba una estrella de latón de seis puntas y en la gorra de cuartel llevaba cosido un cartucho de máuser. Siempre pulcro, presumido y afable. Se creía un personaje y no paraba un momento, siempre en actitud servicial y solucionando todas las dificultades rápidamente. Parecían dos ardillas el matrimonio. Además había otro miliciano portero, tipo muy basto gordo y grande. Parecía una escultura inconcluida (64) cuando sólo está la estatua sacada de puntos (65). Pero era bonachón y simple y sólo le

⁶³ Añadido por uno de los editores anteriores.

⁶⁴ "inconcluida" se entiende por "inconclusa".

⁶⁵ Cuando la estatua está apenas desbastada.

preocupaba estar arrellanado en una butaca, comer y darles tortazos en el trasero a las muchachas. Intentó meterse con algunas que, tontamente, llevaban las cintas de congregantes al cuello, pero María le llamó la atención diciéndole que estaban para proteger y no para atropellar y les habló a las muchachas diciéndoles que era mejor que llevasen las cintas y las medallas por dentro, sin ostentación así como que antes y después de las comidas rezase cada una para sí privadamente lo que tuviera por costumbre sin llamar la atención.

El pobre del Cuasimodo lo miraba a este miliciano con terror.

Cuando las profesoras y ayudantes volvieron de sus asuntos con las niñas, la rubita licenciada con su prurito de significación roja, dijo que todas aquella criadas beatas había que despedirlas y pedir a la Casa del Pueblo que enviasen (66) nueva asistencia, a lo que María replicó que mientras cumpliesen con su obligación poco teníamos que ver con que pensasen de un modo u otro y que no era justo despedir a la gente que trabaja y cumple, por sus ideas religiosas, En esto llegó la criada diciendo que estaba servida la cena, y como ésta era sencilla pero abundante y bien servida, no fue difícil lograr que la rubita licenciada cambiase de opinión, aunque decía que María tenía muchos prejuicios de señora sevillana....

Se completó el buen yantar con la conversación de sobremesa y después con buena cama y allí pasamos una porción de días plácidamente.

Pero como lo bueno dura poco, se nos comunicó que el edificio se había cedido a Izquierda Republicana para sus milicias y nos dieron dos horas para abandonarlo todo.

Cuando lo supo la criada que regía aquello se demudó ¡Tener que abandonarlo todo! Me llamó aparte para decirme que tenía muchas cosas de valor guardadas y que las metiésemos en un saco, pero yo le dije que fuese ella quien dispusiese. Lo único que hicimos fue hacer grandes líos de ropa con todas las sábanas de hilo y hacer que se lo llevasen las niñas, muchas de las cuales se fueron reintegrando a sus familias y salvarían algunas ropa como es de suponer.

⁶⁶ Se entiende "enviaran".

Llegó a las dos horas un jefe militar muy campechano acompañado de ayudante y escolta. Venía a tomar posesión de aquello.

En un salón había entre otros cuadros buenos una Santa María Egipciaca que yo estimaba de Ribera. Un hermoso desnudo de mujer semicubierto por tosco vestido de palma. Llevé al jefe ante él y le dije:

—Es una obra maestra y hay que salvarla. Aquí no querréis tener cuadros religiosos pero como por otra parte es un desnudo de mujer, cualquiera sabe lo que pueden hacer de él los muchachos. Permítame usted que tanto éste como otros de gran valor artístico los descuelgue y empaque y los dejaremos en lugar reservado. Aunque a regañadientes me dió unos muchachos para realizar la faena. Las niñas con las maestras se fueron en unos autobuses a otro colegio y yo me volví a casa, a mi piso del Paseo de Ronda donde el comité de vecinos había alojado durante mi ausencia a una mujer con unos niños de otra casa destruida y que al marcharse habían desvalijado el piso, y menos mal que me dejaron un colchón para tenderme.

Estuve unos días en nuestra casa. Recogí algunas noticias de la situación pues con mi retiro en el colegio de donde no había salido, todo lo ignoraba. El vecino Guardia de Asalto que seguía a las órdenes del Gobierno rojo, me contó mil casos crueles y asquerosos. El dios mugre se había ido desatando cada vez más, la antigua asistenta que tenía y su familia me preparaban la comida y como tenían una habitación sobrante me instalé con ellos, y recogí en dos arcas cuanto tenía de interés llevando también algunos muebles y dejé mi piso pues María me había comunicado que nos iríamos a otro colegio de monjas a cargo de Protección de Menores.

Este nuevo colegio era bien distinto. Por la fachada de la calle semejaba una casa particular de dos pisos de vulgar y anticuado estilo, pero detrás tenía una hermosa huerta. A la calle daban las salas de visitas y de monjas que nosotros ocupamos y en la parte trasera, con una disposición destortalada estaban los dormitorios de las niñas y las clases y la enfermería. Todo estaba suicísimo, despintado e infestado de chinches y de ratas. Hubo que llamar a la Desinfección municipal, pues las chinches parecían hormigas o moscas sobre carroña, algo repugnante. Imposible poner allí a las criaturas. Y así era como las habían tenido las monjas. No tenían

duchas, baños ni lavabos con agua corriente, sino sólo unas pa-langanitas y en el testero de la escalera de subida a los dormitorios de las niñas alumbrado con una lamparilla de aceite an cuadro de las Animas del Purgatorio de tamaño normal espantoso con hombres barbudos, desnudos de medio cuerpo arriba entre llamas y la Virgen del Carmen y un Ángel. For allí habían de pasar las criaturas si de noche se los ocurría alguna necesidad pues en el descanso de la escalera estaban instalados los retretes ¡Cuánto miedo debían pasar!

María lo hizo descolgar y que lo guardasen en la sacristía, y algunas niñas expresaron su contento. Se limpió todo aquello tanto como se pudo, se hizo soldar las cañerías a unas piletillas que había para que tuvieran agua corriente, y se procedió a lavar a aquellas criaturas instalando una ducha en los lavaderos, donde después de aseadas podían tomar el sol en la terraza, pero tuvimos que llamar a un medico amigo para que las examinase, pues algunas tenían granos y pupas sospechosos.

No se concibe abandono semejante, niñas de 15 y 16 años, eran todavía analfabetas y llevaban años en aquel convento, donde estaban separadas como en las castas de la India, Las de pago, las subvencionadas por el Gobierno Civil, huérfanas procedentes de orfelinatos o abandonos y las pobres del todo.

La cocina instalada en los sótanos era infecta y húmeda, y las niñas tenían para jugar en un patio a la sombra, mientras la explanada de la huerta quedaba reservada.

Entre aquellas niñas había historias tristes muchas y repulsivas otras, y hasta una de ellas que se llamaba de la Cerda, y que en efecto era de tan ilustre familia.

Hice hogueras en el huerto con todas las basuras y papelotes asquerosos donde anidaban las ratas y puse trampas donde todas las mañanas aparecían algunas, habilité un gallinero donde me llevaron multitud de aves de otras incautaciones, y Protección de Menores me envió un trabajador para atender la huerta,

Además del personal que teníamos en el otro colegio vinieron dos muchachas distinguidas amigas de María, bibliotecarias como ella a ocuparse de las niñas, y otra señora, esposa de un jefe de la Armada, que arrastraba su tragedia de haberse visto cogido por sus ideas socialistas en el campo rojo.

El trabajador de la tierra que me mandaron era un hombre viejo y de natural desparpajo. Me contó que venía liberado de un presidio donde cumplía condena por el asesinato del cacique de su pueblo.

—Pero no fuí yo quien lo mató— me dijo— y añadió.—Ya ve usted que tal como están las cosas no tendría por qué negarlo, pero la verdad es que no fuí yo. En cuanto al presidio es donde únicamente he comido bien y he tenido buena cama en mi vida. Yo soy de un pueblo de Salamanca donde tenía un huerto y a fuerzas de trabajos crié a mi familia sin comer más que lo que no se podía vender. Allí dejé un hijo mozo que no he vuelto a saber de él, seguro que lo habrán matado. En presidio, como le digo, no se está mal, pero cada vez que le habla a uno un oficial o cuando uno tiene que hablar con él, tiene que hacerlo derecho y cuadrado como un soldado y con la gorra en la mano, y ésto continuó, es un martirio que da vergüenza.

Era hombre leal, trabajador, de buen sentido y en el presidio había aprendido a tejer y otras habilidades.

En aquellos días visité en su estudio a Victorio Macho varias veces, él estaba recluido sólo iba a su estudio, pero una de las veces que lo visité llegó un amigote que le hizo cargos de que estuviese aislado de todos y que preguntaban por él e hizo que se vistiese para ir al Lion Dor de la calle de Alcalá. Salimos y los acompañé hasta el tranvía, lucharon conmigo para llevarme, pero no lo consiguieron. Ir a sentarse en un café de la calle Alcalá en aquellos días me parecía un insulto, una desaprensión estúpida.

Macho al otro dia me dijo que había hecho bien en no ir.

Ví a mi hijo. Me dijo que habían llamado a filas a su quinta, El había hecho el servicio de intendencia en Sevilla. No sabía qué hacer si presentarse o no. Yo le aconsejé que se presentara.

—En Madrid— le dije— eres conocido. Procedes con imprudencia y tarde o temprano tendremos un disgusto. Un soldado no llama la atención. Agrégate y según las circunstancias haz lo que te dicten tus ideas, pues yo no las sé ¿Perteneces a algún partido sindical o cosa parecida? ¿Tienes compromisos? No hubo medio de sacarle nada.

Al par de esto recibirnos un aviso de que deberíamos trasladarnos con todas las niñas a un pueblo de la provincia de Valencia, pues querían ir descongestionando Madrid.

Antes de salir recibí noticias de mi hijo:

Las Navas 3—9—36

Querido papá: Supongo que recibirás mis nuevas señas de Las Navas, Batallón de Largo Caballero, Carros Cubas.

Estamos formidablemente y pasándolo muy bien, ya te escribiré una carta larga contándote todo. Javier

Las Navas 24-9-36

Querido papá:

Por aquí sigue todo en completa tranquilidad y lo único que nos molesta un poco es el frío, que ya va empezando.

Recibe un abrazo de tu hijo Javier.

3 octubre 36

Querido Javier:

Como te decía en mi anterior, he venido con una colonia de niños y no sé por cuánto tiempo. Estoy en plena sierra.

Te envío mi dirección y te ruego que no tardes en escribirme pues aquí seguramente tardará la correspondencia.

Residencia infantil “El Cerrito” Requena (Valencia)

Te abraza tu padre Javier.

Un trazo de lápiz subraya fuertemente la dirección de esta tarjeta en cuyo dorso escribieron:

Se ausentó de la columna, el Responsable

Rojo

Lo habían asesinado.

¡Pobrecito! No to apartas de mi imaginación. Te veo en tu vida que me parece un sueño, cuantos estados de espíritu diferentes ¡Qué de vidas distintas!

Tuve un presentimiento y te hice nacer en tierra extraña. Quise que aquella fuese tu tierra. Quería huir de ésta para que una tierra mejor fuese la tuya. Antes que abrieras los ojos te ví con

emoción, Luego te llamaban *petit lapin, cocot* ¡qué gracioso eras! Despúes te oí pronunciar las primeras palabras. Saliste de tu país volviste a él y regresaste sin ser ya de allí. Mis propósitos no se cumplieron. Mientras los otros niños iban como mazapanes blancos y rubios en sus cochecitos, tú, morenillo, ibas inquieto, sacabas las piernecillas, y tus profundos ojos garzos tenían destellos de vida llamando la atención por tu exotismo. Aquí pequeñín, te acuerdas cuando liado en tu bufanda te zamarreaba jugando el foxterrier y tu apenas tenías fuerzas para librarte del perrillo. ¿Te acuerdas cuando solito ibas a casa de aquel señor viejecito, misántropo que sólo a tí te tenía por amigo, o con el pastor y sus borregos que como el pastor tu distinguías?

¿Y cuando le proponías a mis amigos que me comprasen cuadros?

Ya entonces vivíamos totalmente en la pobreza, pero no te faltaba el pan, comías con avidez tu plato de arroz sin sal, sin ente-rarte siquiera, y fuiste creciendo, jugabas con tus amiguitos y a los más pequeños le dabas las perrillas que me pedías para horchata. Ya eras protector de los menores cuando tú apenas levabas un metro ¿y te acuerdas de una vez que se hablaba de un entierro dijiste, que a tí no te importaba morir, pero que lo que no querías era que te echasen tierra? ¡Pobrecito, pobrecito! ¡Quizás no te la hayan echado! ¡Quizás se cumpliera aquella voluntad tuya! Tú que todo tú afán era respirar el aire puro de la sierra, caíste en ella acribillado por los asesinos y tus grandes ojos pardos quedarían abiertos, muy abiertos reflejando el cielo azul o las estrellas, ese cielo serrano puro, tan puro como tú. ¡Qué noble eras! Jamás te rebelaste a mí, que noble eras al castigo, las pocas veces que te castigué. No conociste el rencor a pesar de que te hice mal... Te dije, es tu hermana Beatriz (67) la besaste, y estuvimos toda la tarde por los cerros húmedos cubiertos de flores, flores violáceas, rosadas. El más bello paisaje que he vivido contigo y con ella, tu fuerte con tu melena negra, crespa, tus cejas gruesas, tus grandes ojos pardos, tu boca grandona sonriente y ella suavita, rubia, llena de ilusión:

-¿Pero de veras es mi hermano?

Habíamos comido en el ventorro, más bien nos habíamos atracado. Una ensalada, un conejo, frutas, vino, La ventera, el

⁶⁷ "Beatriz" fue tachado por el editor.

ventero, los chiquillos. Todos te nombraban ¡Javier! ¡Javier! Te eran familiares todas estas gentes de las orillas de los ríos y de las majadas de las sierras. Todos te querían.

Los alemanes ¡Los alemanes también te querían ¡Javier! ¡Javier! ¡Qué espléndido eras y qué altivo! Tus amigos tenían miedo de ver tu altivez con la chusma.

¿Qué importa la chusma? Tus amigos eran tus amigos. Yo temblaba por tí...

Quise apartarte, y tú respondiste gallardamente, elegantemente:

- Mi amigo H.-me presentaste.

Lleno de alegría con tu jersey carmesí y tus pelos
negros encrespados.

Adiós, adiós y me besaste y saliste del metro con tu amigo. Sentí aversión por tu amigo, pero estuve cortés. Te fuiste de mala gana a la muerte, no querías esa muerte, preferías otra, pero tenía que ser a manos de la canalla. Seguiste siendo lo que eras. Alegremente en la yegua blanca del rifeño corriste por la sierra y cuando fueron a matar a tus amigos (¿Qué amigos?) te sumaste al sacrificio (68).

Te asesinó la canalla. Quizás te dieron gusto en aquello que decías de pequeño. Quizás te quedaste tendido sobre la tierra con tus ojos pardos magníficos abiertos, muy abiertos reflejando el sol y las estrellas, malditos sean tus asesinos y tú... no importa si las alimañas pelaron tus huesos, caíste altivo, noblemente poñiendo un colofón de tu raza en tí extinguida aunque yo sobreviva ya sin más fruto, con la tristeza de quien ve el final del que se va sin dejar un seguimiento.

⁶⁸ Del relato de Salud Winthuysen Sánchez infiero que Javier se interpuso cuando los milicianos fueron a detener a Poppelreuter y sus amigos por estar haciendo señales a los nacionales y con eso los milicianos lo incluyeron en el pelotón de fusilamiento. El relato fue trasmítido oralmente en Navalperal por alguien que sabía lo sucedido. La tragedia en las familias por perdida de sus miembros, en uno y otro bando, culminó el numero de bajas a un millón de personas en un país que solo tenía entonces 34 millones.

CAPITULO ONCE

Estancia en Valencia-(1937 a 1939)-A Brihuega de inspección en plena guerra-El Grao-Paisajismo valenciano, Sorolla-Final de la guerra-A Madrid-1940 a Barcelona- Otra vez pintor- Nuevo Patronato 1941-El Lago de Bañolas y el de Sanabria- Pintura- Exposición en la Galería Syra 1948-Otras exposiciones en Barcelona - Arte - Octubre 1954 Barcelona.

Por nuestra parte recibimos la orden de trasladarnos a Valencia. Digo yo recibimos, porque yo no mandaba en todo aquello, era una especie de agregado voluntario.

(Yo había expuesto en Menores mi voluntad firmísima de que si él no venía con nosotros y quedaba a salvo de tantas vicisitudes, yo no seguiría con ellos y entonces les era necesaria. Lo concedieron ampliamente y como un honor. Tuve razón en temer por su vida, ya que vinieron a buscarlo a casa unos tipos extraños, sabe Dios con qué intenciones (69)).

El traslado a Valencia con cerca de 70 niñas podría presentar inconvenientes y pensé reducirlos. Hice preparar las 20 o 30 gallinas que teníamos, panes, etc., al menos no pasaríamos hambre si había interrupciones. No las hubo. Marchamos toda la noche con el tren completamente a oscuras, pero mi previsión no fue vana, porque encuanto amaneció se lo comieron todo.

Vino con nosotros una hija de la Vda. De Enrique Mesa el poeta y sus niñas, cuyo marido un ingeniero de la RENFE fue asesinado en Sevilla por ser según decían pariente de Azaña. Una hermana de su mujer estaba casada con Rivas Chafir...María la había tratado mucho de jovencillas.

Ya entrada la mañana paramos en una estación donde la gente del pueblo nos esperaba ofreciéndonos frutas a granel. Las niñas con la novedad y alegría comieron uvas hasta hartarse y los coches quedaron llenos de caldo como si fuesen lagares. Aquello parecía una verdadera fiesta. Los viejos echaban arengas en alta voz con gran entusiasmo y las pobres niñas acostumbradas a la rigidez y reclusión chillaban locas de júbilo y todo esto en un cu-

⁶⁹ La nota aclaratoria de la autoría de María Héctor Vázquez añade significado al propósito de las memorias de Javier de Winthuysen.

dro levantino de luz, viñedos y naranjos donde la naturaleza también reía ¡Ay si esto hubiese sido la pretendida liberación de las pobres masas!

Fue una de las mayores emociones que he recibido en mi vida y así en las demás estaciones hasta llegar a Valencia, donde también estaban preparadas las mesas del restaurante con sus tazones de café con leche hirviendo y allí esperamos otro tren para Requena. Desde la estación atravesamos en coches la grande y antigua ciudad, pues era en una finca de sus contornos donde habíamos de alojarnos. El Cerrito que así se llamaba era una extensa propiedad con tierras de labor, pero predominando las viñas y los pinares, con amplia casa. Una finca de utilidad y recreo bien cuidada y preciosa de la que los rojos se habían incautado. Nos recibieron allí la servidumbre que ya tenían organizada y uno de los maestros del pueblo que era además secretario de Acción Republicana. El y su señora nos enseñaron la casa y dependencias. En un cuarto principal habían arreglado nuestro alojamiento, otras habitaciones para las maestras y varias más acomodadas perfectamente para dormitorios de las niñas. Esto en el piso alto. Nuestra habitación era incluso lujosa con muebles de haya claros y buenos.

Como detalle emocionante y humano encontramos en una de las paredes de nuestra habitación, unas rayas y al lado, los nombres, que se repetían siempre subiendo. Comprendimos que los propietarios de la finca habían ido midiendo el crecimiento de sus hijos, probablemente cada año al llegar allí, por las distancias que separaban las señales y los nombres. Nos dijeron los nombres de los dueños, y años más tarde supimos que el hijo mayor oficial de Artillería había muerto en la Plaza de Cataluña, al frente de sus tropas.

En el piso bajo una gran sala con bancos y pizarra estaba organizada para clase y en el gran recibimiento (70) el comedor de las niñas y otro amplio comedor para los profesores. La instalación era perfecta, y delante de la casa un patio permitía la expansión entre sus tapias sin tener que salir a los terrenos de labor. Por la parte trasera estaban los servicios y en grandes naves los lagares y bodegas. Toda esta edificación se alzaba en un cerrito de donde la finca tomaba su nombre y desde él se descendía a

⁷⁰ Quiere decir recibidor.

las viñas a lo largo de las cuales corría un río bordeado de alamedas, de aguas claras y poco profundas con lecho de limpia arena, por otro lado los preciosos pinares y luego seguían terrenos escarpados de monte bajo hasta unirse en la lejanía con la sierra.

El maestro era joven, simpático, enérgico, buen pedagogo, y sobre todo ésto, un republicano convencido y muy dentro de la Revolución, pero los revolucionarios estaban muy divididos, UGT., CNT., etc., y todos a la greña (71).

No me enteré nunca quienes estaban bien ni quienes estaban mal, ni me importaba pues sólo trataba con Don Alejandro que así se llamaba el maestro.

En nuestra residencia sólo estaban María de directora y maestra, que se tomaba un trabajo terrible con las sesenta niñas, dándoles clase, haciéndolas coser, limpiar la casa, cuidándolas, algo extenuante, y Anita la mujer de aquel miliciano, Oficial del Juez del Tribunal de Menores; la licenciada y la rusa se habían quedado en Madrid. En lugar de ellas tuvimos un estudiante de Letras, un tipo raro, cojo y un tanto anormal, también de la localidad.

La servidumbre se componía de un cocinero, revolucionario sin vergüenza puesto por el comité, que guisaba y administraba y dos mujeres del pueblo, una de ellas un mal bicho. Además estaba siempre metido allí un hombre de esos medio tontos intelectualmente, pero muy ladino que se había arranchado para vivir a gusto.

Al llegar las comidas eran abundantes y buenas, magníficas paellas, frutas, etc...., pero en nuestro comedor llegaban al sibaritismo, había muchas conservas embutidos, dulces y hasta champagne si llegaban invitados. De donde había salido todo aquello ¡Vaya usted a saber! pero a aquella mesa no se sentaban sólo los profesores sino que concurría a ella el tontiloco que digo el cual

⁷¹ Para entender el escenario político en España me ayudó la lectura de: *Homage to Catalonia*, de George Orwell, 1952. Otra fuente de comprensión del escenario político social de la Guerra Civil en España fue el estudio detenido por Raymond Carr, *España 1808 – 1939*, 1979, séptima edición. Sólo a partir de la década de 1970 los historiadores españoles empezaron a escribir relatos verídicos de los sucesos históricos de la Guerra Civil española. Ya sobrepasada la dictadura de Francisco Franco, en conjunto con las extremas derechas y las ordenes religiosas de la iglesia católica española, sin tener que contar con el soporte de los ultraderechistas americanos, los españoles empezaron a enfocar hacia una posible reunificación con el ámbito democrático europeo.

engullía y con una desfachatez como el que está allí por derecho propio. Su frase favorita era:

-Yo siempre de cara a la gamella.-

Teníamos además una perra danesa magnífica que se llamaba Perla con un lujoso collar, huérfana de su señor a quien habían matado. Los asesinatos según me dijeron habían sido numerosos en aquel pueblo y a los ricos que habían salvado la vida los tenían trabajando con el azadón.

Por mí parte sin otra ocupación me dedicaba a recorrer el magnífico paisaje e incluso hice algunos apuntes a lápiz y en mis excursiones solitarias recorrió kilómetros hasta llegar a la sierra. Don Alejandro me decía que era peligroso, pero a mí nunca me ocurrió nada. De vez en cuando encontraba un campesino o un pastor trabajando los primeros en lo suyo o en lo incautado y deparía con ellos, sin encontrar en la mayoría la menor señal de que fuesen tales rojos y mucha gente razonable a pesar de su natural reserva, pero lo que turbaba el encanto del paisaje eran las voces de los zagallos. No había chico que no cantase a voz en cuello:

“Arriba los de las cucharas

Abajo los del tenedor”

entremezclando el canto con las más soeces blasfemias.

Las niñas pequeñas en su mayoría, se bañaban desnudas en el río, lo que era un precioso cuadro y lo más bello era la perra danesa que se había señalado la obligación de velar por las niñas y se tiraba al agua cuando estimaba que alguna corría peligro.

Don Alejandro me invitó algunas noches al Círculo republicano. Allí solían escuchar las charlas que desde Sevilla trasmítia Queipo de Llano, y no sé por qué las escuchaban porque se ponían frenéticos con sus chistes chabacanos y una noche fue tal la indignación que rompieron el aparato.

Hablando de los burgueses que habían asesinado supe que aún quedaba en el pueblo un matrimonio viejo que también estaba condenado.

Quiso don Alejandro que fuese con él a Valencia por la necesidad de tratar con los del comité de las dificultades de nuestra

Colonia, porque aunque los del pueblo se ofrecieron a mantenerla se fueron luego sacudiendo la obligación.

Yo no quise ir, fue en mí lugar María y me contó al regreso que al salir muy de mañana en auto, había visto con horror que estaban metiendo en unos sacos los cadáveres del matrimonio viejo que antes digo y que habían fusilado al borde de la carretera durante la noche.

Pregunté la causa y uno del pueblo me dijo:

—Era conservador, no era mal hombre, todo lo contrario, favorecía a todo el que podía, pero ella era una beata muy fanática y mala.-

A los infelices los habían sacado arrastrando de su casa pues estaban enfermos y él medio impedido.

Las cosas en la Colonia iban de mal en peor, Desde luego aquellos banquetes que se daban en nuestro comedor cuando llegaba gente del pueblo o de Valencia habían desaparecido, aunque seguíamos comiendo bien, pero a las niñas empezaron a darles el cocinero y su pandilla verdaderas bazofías. Salimos al paso de aquello diciendo que desde el día siguiente comeríamos con las niñas y en el mismo comedor que ellas, determinación que cayó muy mal porque no se atrevían entonces a darnos los guisotes que estilaban.

Discurrieron entonces que saliéramos a postular por las aldeas próximas que eran ricas. Esto lo dirigía el cojo estudiante que era muy aficionado a discursear y a mí me dijeron que si quería ir. El papelito no me hacía gracia, pero como me resultaba curioso salí con dos chiquillas (72).

En una casa nos invitaron a comer. Junto a la mesa de aquella familia pusieron una mesita para nosotros con su limpio mantel. En la mesa de ellos se sentó el padre a la cabecera, le pusieron un plato y cubiertos y le sirvieron el guiso de la cacerola. Luego se sentaron en torno las hijas y la mujer y todas comieron de la misma cazuela, A la chica y a mí nos sirvieron aparte y quedaron admirados de lo bien educada que estaba la niña y lo bien que comía.

⁷² Se refiere aquí a ir pidiendo de puerta en puerta.

En otra casa donde entramos, nos entretuvimos charlando con la mujer que era muy afable y locuaz, y al despedirnos me dijo con tono de aprecio:

—Vaya usted con Dios.-

El marido le echó una mirada fulminante, me acompañó hasta la puerta y me dió explicaciones.

-¡Estas mujeres!— me dijo— No saben salir de sus costumbres, y usted perdonará su expresión.

-¡Cá, hombre!— le contesté. -Quede usted con Dios — y le di la mano y lo dejé boquiabierto.

De estas peticiones por las aldeas regresábamos con algún dinero, panes, frutas y hasta algunas gallinas. Pero el plan del cocinero y de su compinche no mejoraba, ellos en cambio se trataban en la cocina a cuerpo de rey, y como una de las niñas andaba delicada y no podía atravesar el guisote que nos habían dispuesto ordené que le hicieran una tortilla. Me contestaron que no había huevos cuando yo había llevado el día anterior un par de docenas, pero el cocinero y sus ayudantes se los habían zampado. El plan de aquella gentuza llegó a una situación tirante, sobre todo las mujerucas llegaron a tomarle odio a María porque siempre defendía a las niñas, lo cual era peligroso y mucho más cuando nos enteramos casualmente desde una ventana de la conversación que tenían en el patio:

—Esa es una señorita a quien habrá que darle el paseo (73)— decían.

Por otra parte como no teníamos retribución de ninguna clase por nuestro servicio en favor de las niñas, decidimos que María fuese a Valencia a hablar con quien fuese necesario y solicitase una escuela en un pueblo.

Tuvo suerte pues se encontró con que el secretario del entonces Director de Primera enseñanza era un Inspector conocido de ella del Ministerio de Instrucción Pública dónde ella había estado trabajando los años anteriores a la guerra y le dieron una escuela en un pueblo de Gerona (74).

⁷³ La expresión: "dar el paseo" significaba llevar a la persona a un lugar apartado y ejecutarla.

⁷⁴ María Héctor Vázquez era de profesión maestra registrada, bibliotecaria, escritora de literatura infantil, traductora de Francés.

Un día al amanecer se marchó María sola, volvió al mediodía y aquella misma tarde recogió a las niñas y se las llevó consigo a Valencia para salir enseguida para Cataluña, bajo la protección del Tribunal de Menores para el traslado y viaje.

Yo me despedí de Don Alejandro que me había cobrado gran afecto y con unas pesetas que me dió por una pistola que era de mi propiedad desde hacía muchos años y una máquina de fotografías, me fui a Valencia donde ya estaba instalado el Gobierno y los intelectuales de Madrid entre los que tenía numerosos amigos o conocidos y prestigio.

Al llegar aquella noche a Valencia no pude encontrar hospedaje todos los que conocía estaban ocupados y ya molido de ir y venir con la maleta pregunté a un sereno que me acompañó a una casa lejana de feo aspecto, donde había multitud de gente acostada y saltando por encima de algunos de ellos pasé a otra habitación pequeña donde se hallaba un señor desnudándose junto a su cama y otra junto a ella que me destinaron. El señor me miró fijamente y me dijo con desenfado:

—Usted ha navegado.-.

— No ha acertado usted por completo, pero le ha andado cerca puesto que soy de familia de marinos y algo me habrá quedado.-

—No algo, sino mucho.- Cambiamos unos cumplidos. Cuando desperté por la mañana volví a saltar por encima de los durmientes hombres y mujeres y salí de aquella pocilga.

Al día siguiente logré encontrar alojamiento en buenas condiciones, Mi situación no era fácil, porque con veinte duros que tenía poco me podían durar y lo primero que hice fue visitar el Turismo (75) que aún me debían el último jardín que les hice. Baüer su presidente era caballero y correcto, pero el secretario en cambio era uno de esos politicastros charlatanes que me trató muy cortésmente pero que lejos de darme esperanzas me dijo que no mearía pagar.

La situación era seria busqué apoyo de amigos que no encontré, pero como la necesidad apremiaba me presenté al Subsecretario de Gobernación y le conté el caso.

⁷⁵ Se refiere a la Oficina de Turismo.

-¿Y por tal miseria lo ponen a usted en apuros? — me dijo. Mandó llamar a Baüer. Quiso el estúpido del Secretario marearme con aplazamientos, pero me planté y le dije que pedía lo que se me debía y que lo que necesitaba no eran historias sino dinero. Me encargaron el jardín de Benicarló y quedamos en paz y yo con mis necesidades cubiertas, pero el de Ciudad Rodrigo, el mejor jardín que tiene el Turismo español, nunca lo cobré. No hace muchos años recibí una carta del Sr. Bolín (76), en que espontáneamente me hacía elogios del jardín y de sus bellezas, pues lo acababa de visitar.

La calle de la Paz parecía Madrid. Allí estaba la casa de los Intelectuales. Una pandilla que poco a poco fueron desfilando hacia París, donde bien provistos de oro sacado del Banco de España fueron desfilando a América, sobre todo Méjico, o donde les convenía.

Aparte de esto había otros como los Solana, Macho, etc.... Ni Antonio Machado ni Benavente quisieron estar allí.

Casi enfrente estaba el café donde se reunían algunos de estos y otros que estábamos en Valencia.

Ellos los intelectuales eran pasables, lo peor eran las intelectuales, sobre todo la pandilla del Lyceum Club (77) mis enemigas personales desde hacía años que en sus reuniones se dedicaban a sacarle las tiras de pellejo a todo el que era de clase. Pobres cursis pretenciosas, la mayoría de ellas en los cincuenta y pico, esa edad tan crítica para las mujeres.

También iba por allí “La Pasionaria” a quien Macho le hacía un busto. Macho nunca ha podido prescindir de *épater* a la gente, y cuidado, que es un gran escultor y ninguna necesidad de ello tendría, pero no puede prescindir de llamar la atención y estar en plan de genio. Cuando nadie trabajaba, cuando Solana le decía lo que hay que hacer ahora es ganar la guerra (lo cual en él era completamente mentira, pues yo no he visto tipos más atentos a sus intereses que los tontos y los locos). Macho, organizó una exposición que le inauguró el General Miaja, el pobre Generalísimo

⁷⁶ Sin duda se trata del Señor Botín para quien dibujó el jardín del Puente de San Miguel.

⁷⁷ Nota escrita a mano con letra de la editora María Héctor dice: “Al Lyceum Club iba mi ex-mujer y Elena Fortún nos dijo que decían de ella que era como de pueblo, pero allí hacía todo el daño que podía. Todo menos trabajar modestamente”. Elena Fortuny era escritora de literatura infantil. Tuvo mucho éxito con la serie de “Celia” que la editorial argentina continuó editando hasta principios de los años 50. María era amiga de Elena por afinidad de profesión.

Rojo. Yo no entré en ella, sólo pasé por la puerta, donde había unas misteriosas cortinas y unos milicianos con fusil y todo como guardia de honor. Parecía la entrada a una checa,.. Otro que hizo exposición fue Souto, Este con sus grandes telas y caricaturescos guardias civiles y tipos feroces que lo mismo podían servir de anuncio a rojos que a verdes, pero Souto sólo era un gallego práctico que mediante esto logró marcharse a Bélgica.

Yo le preguntaba a Macho:

-¿Pero qué espera usted de ésta gente?-

-Yo espero una gran República-me decía.

Refiriéndoselo a Antonio Machado me contestó con su seria mordacidad:

-Bien; ya tenemos el Fidias, veremos de donde sacamos el Pericles.

Antonio Machado vivía en un hotelito del pueblo de Monforte que le había dado el Gobierno, con su madre, sus hermanos (excepto Manuel) y sus sobrinas. Todos vivían gracias a él a quien el Gobierno Rojo tenía para exhibirlo en las ocasiones propicias. Don Antonio siempre había sido hombre de izquierdas, pero de rojo no tenía un pelo. No obstante hacía su papel. Este Machado era muy amante de la familia y muchas veces en mi admiración por él he considerado que era una lástima que no hubiese sido solo. Ya dejó bastante pero hubiese dejado más aún. Lástima de sus colaboraciones con Manuel y lástima también de aquel último libro (aunque creo que está perdido) con los dibujos de Pepe. A Pepe le hicieron creer que era un dibujante de talento los Institucionalitas que, fenómeno particular, no daban pié con bola en lo que a pintura y escultura se refería en saliendo de lo histórico, pues aunque tuviesen en su seno a Sorolla (sin que Sorolla representase ni mucho menos el movimiento universal moderno) tampoco apreciaban las cualidades que tenía. Pepe Machado era un dibujante malísimo aunque no lo creyeran así sus hermanos. Tenía sí, fuera del dibujo una gran sensibilidad. De los otros hermanos Machado, Manuel sin llegar a Antonio, tenía talento y cultura. A otro de los hermanos, creo que el mayor no lo traté y el otro, el Carcelero, era la grosería personificada. Con éste Don Antonio no partía peras ¡Qué obra teatral hubiese dejado Antonio! Yo la veo iniciada en Alvargonzález y siempre recuerdo sus conversaciones con el actor Ricardo Calvo. Pues ¿y su prosa del pro-

fesor Mairena de la última época? ¡Castilla! Siempre he pensado en la coincidencia de que hayan sido dos sevillanos Velázquez y Machado quienes más fina y penetrantemente han transmitido su ambiente. En aquel hotel de Monforte lo visité todas las semanas en mi temporada de Valencia y de antes también lo frecuenté asiduamente en su reunión del café viejo. Recuerdo que un literato que nos visitó se quedó admirado de que tan grandes hombres se reuniesen en aquellos lugares.

-¡Querría quizás que estuviésemos en algún bar con cantone-
ras de níquel!

Algunas veces encontraba a Don Antonio con su cuello duro y la corbata a medio hacer, esperaba que viniesen a buscarnos para algún acto en que enseñarlo para que vieran las naciones extranjeras que también aquí había cultura, y el pobre Machado, si llegaba el coche, se acababa de vestir y salía como quien va al pabellón.

En la residencia de la Intelectualidad hallé a la señora de Robles aquel simpático matrimonio que estaban en una universidad americana y solían venir cada dos o tres años, La saludé preguntándole por su marido y me contestó tristemente:

-Bien.-

Me extrañó aquello e indagué.

Robles había venido esta vez con la ilusión de lo que él pensaba que sería la @Revolución española, y cuando vió tanta atrocidad protestó de ello. Luego ¡de—sa—pa—re—ció! (Le fusilaron) (78).

En la Embajada rusa entré a ver a Julia Rodriguez Danilewsky. Aquella agraciada mujer había renunciado a los cargos de traductora en la Interpretación de Lenguas del Ministerio de Estado y en Instrucción Pública. Al llegar los rusos, su madre, antigua revolucionaria huída de Rusia y casada aquí con cierto coronel Rodriguez del que era viuda, sintió el tirón de la sangre rusa y ella y sus hijas se unieron a ellos. Bien es verdad que ya sus hijas desde que nacieron fueron a mitad rusas pues su madre les enseñó su difícil lengua, lo que les facilitó a las dos hermanas, pero sobre todo a Julia, bellísima, de tipo eslavo, el dominar a la perfección

⁷⁸ Nota de uno de los editores.

varias lenguas. Allí estaba de secretaria e interprete en la embajada rusa. Entré allí varias veces y una cosa que me extrañó fue que siempre vi criados llevando bocadillos. ¿Qué era aquello? No hacían nunca comidas serias ni a horas determinadas. Julia había tenido una gran amistad con María cuando trabajaba en el Ministerio en la Secretaría técnica del Consejo Superior de Cultura, allí era traductora y María estaba de auxiliar. ¿Qué habrá sido de aquella mujer guapísima que tanto entusiasmaba a Macho?

Las invasiones o intervenciones extranjeras siempre dejaron rastro, pero los rusos no creo que hayan dejado nada. Las "chechas" no han arraigado en el país de la "Inquisición" que con tanto espantajo nos han presentado durante un siglo los liberales, y que resulta tan suave y humana junto a la modernidad.... Julia era tan guapa como fría e inteligente.

A otro que frecuenté por entonces fué a Dámaso Alonso (79), el traductor de Góngora. Le conocía desde que era un estudiante y le llevé unos versos de él a J. R. Jiménez que les dió acogida, esta circunstancia determinó con él cierta amistad, pero yo tenía con él mis recelos: uno de sus versos decía:

“¡Oh pescador de lunas que yo fuí!”

y un muchacho que se lamentara de ser pescador de lunas, me parecía demasiado práctico.

Otra amistad cultivé entonces en Valencia, el Director de un Museo toledano un pobre hombre siempre temblando de miedo y un compañero suyo del Museo de Reproducciones de Madrid (80). Con éste iba a comer algunas veces a aquellos dichosos restaurantes donde nos mataban de hambre, puesto que en mí hospedaje aún que me daban habitación no me servían. Yendo con él un día un miliciano borracho me tocó la barba, y le respondí con un puñetazo en el estómago sin que pasase más. Recuerdo también otro miliciano moro muy alto muy moreno y bizco, que cada vez que coincidíamos en un bar me convidaba. ¡Qué raro! Le pregunté de qué me conocía y me dijo sonriendo: De verte.

⁷⁹ Dámaso Alonso, 1898-1990, participó de la Generación del 27. Era filósofo y poeta. La manera de pensar de la Generación del 27 difiere de la Generación de 1898. Mientras los del 98 preferían un superrealismo los de la del 1927 se inclinaron por simbolismo y surrealismo ya que la situación política y social estaba tan enredada que lo mejor era salirse por la tangente. Winthuysen pensaba en términos prácticos que estaban más cerca de la manera de pensar del siglo XVIII que de su propia generación pero al mismo tiempo veía la realidad española con gran claridad y sinceridad.

⁸⁰ Texto en cursiva añadido por un editor, entre paréntesis: "Francisco de B. San Román" y "G. Díaz López".

Otras veces cuando iba a comer procuraba sentarme a una mesa donde hubiese un miliciano sólo lo más dos, me gustaba tratar conversación con ellos y además, me daban pan., del que yo carecía. El resultado es que ninguno de ellos era rojo.

Y esto era frecuente. En ocasiones salía a la huerta de paseo y a ver si encontraba algo de comer. Coincidí un día con algunas personas que iban a lo mismo y entramos en una barraca pues hacia calor y una de las mujeres que venía estaba muy cansada y sedienta, en la barraca nos toleraron, pero sin hacernos mucho caso, más la mujer fatigada, después de beber comenzó a hablar. Siguieron los demás y después de los naturales tanteos y reservas, se vino a saber que ni los de la barraca ni sus visitantes éramos rojos.

—Sácales unos tomates— dijo el huertano— y a ver si hay algo de pan... Concluyeron por darnos de merendar y aún hubo un porrón de vino.

Mis recuerdos van saliendo sin orden, pero es igual puesto que no tienen ilación.

Con motivo de mis relaciones con el Turismo, y ésto fue al principio, visité varias veces el Albergue de Benicarló donde se comía espléndidamente, como en tiempos normales y las habitaciones y el servicio todo estaba a punto y confortables, lo que cambiaba era el personal. Coincidí con un cabo de milicianos. Un chico joven y fuerte, herido en una mano. Era del Maestrazgo donde fueron populares los guerrilleros carlistas, los “trabucaires”, se conoce que el país los produce. Me contó que él era el menos asesino de su partida que había asesinado a ocho alemanes que se habían rendido prisioneros, de los que habían venido a ayudar a los nacionales en la Legión Cóndor, y otras hazañas y las contaba con sonrisa de satisfacción.

-¿Y con los heridos qué hacéis?-

-Pues meterles el cuchillo hasta el mango ¡Ju! ¡Ju! ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Otra vez comió con nosotros un tiaco que agarraba las chuletas con las dos manos, las mordía y tiraba. Yo le recordé después cuando ví el fósil de la mandíbula del hombre de Neanderthal (81)

⁸¹ En este caso decidí no cambiar por la forma que se usa normalmente: Neandertal.

de Bañolas que tiene las muelas gastadas a bisel hacia fuera, sin duda de comer como el miliciano, pero lo gracioso era contemplarlo puesto que comía junto a Baüer, tan atildado, con su barba rubia, tan ceremonioso y con un geranio en la solapa... No se me olvida el cuadro.

Otro tipo notable de Benicarló era el responsable (82). La iglesia la tenía abarrotada hasta las bóvedas de víveres, además tenía una gasolinera (83) donde, iba y venía a Marsella haciendo intercambios, hasta que en uno de los viajes no volvió.

Ya avanzado el tiempo la aviación la emprendió contra el Albergue. En él celebraban frecuentes entrevistas Azaña y Largo Caballero y sin duda los denunció el espionaje, pero aunque las bombas hicieron daño en los contornos al albergue no lo tocaron.

En una de las visitas del avión teníamos la mesa puesta para comer. íbamos a sentarnos cuando se sintió el primer vuelo y todos salieron al campo menos un muchacho aparejador y yo, que me dijo:

-¿Usted no sale?—No— Pues entonces yo tampoco— y nos sentamos a comer entremeses.

Por mi parte no era un alarde, sino un sistema. Había oído referir muchos casos de personas alcanzadas en sus refugios y tenía decidido que la muerte se molestase en venir a buscarme en vez de correr yo tras ella. Durante un buen rato se escucharon explosiones, cesó la alarma y el melifluo señor Baüer que volvía lleno de fango de una zanja, me dijo:

-¡Pues sabe usted que puede que tenga razón!-

Las alarmas en Valencia eran muy frecuentes, si eran de noche me gustaba subir a la azotea para ver los aparatos alcanzados por los focos como mariposas blancas y rodeados como de naranjas encendidas por los disparos antiaéreos que nunca vi que tocaran a ninguno. Esto lo hacía de ocultis porque estaba ordenado que al tocar la sirena, se bajase a los refugios en los que yo no entré jamás, pues según me contaron, como se llenaban de viejas, de niños y de gente cobarde y se descomponían, resultaba algo infernal. Yo recordaba aquello:

⁸² "Responsable" en el texto significa gerente de administración.

⁸³ "Gasolinera" vocablo en el diccionario significa bote a gasolina.

"Más valor se necesita
para echarse en la privada
que para vencer a Fúcar
y a cien leones que salgan."

Pero donde atacaba más la aviación era en el Grao. Debían tener el mar muy vigilado porque encuanto llegaba un barco al puerto, aunque lo descargaban a toda prisa, se iniciaba el bombardeo. Así que el puerto estaba lleno de barcos hundidos y algunos antes de entrar. Semejaban grandes hipopótamos, unos que asomaban el puente, otros los palos o las chimeneas, otros tumbarados al embarrancar en la playa del Saler o de Malva-Rosa, y la barriada toda deshecha. Yo no quise perderme este espectáculo y una tarde me fui por allí, aunque estaba prohibido y lo recorrió todo sin que me molestaran, al contrario al pasar por algunos puestos de retén, me saludaban puño en alto, sin duda creyéndose que era algún jefe. Sólo encontré en la amplia barriada a una vieja, y a una mujer con algodones en la cabeza y un niño en brazos. Las calles con altas hierbas, algunas onduladas, prisioneros los adoquines en los raíles del tranvía, la mayoría de las casas destrozadas, algunas sin fachadas mostraban en su interior muebles y perchas con ropas colgadas. Otras herméticamente cerradas y gatos, muchos gatos escuálidos que al pasar yo maullaban tristemente indicándome alguna puerta cerrada para que les abriera ¡Pobres mininos! Víctimas también de la cruel guerra que sólo podían subsistir cazando lagartijas.

Otras amistades hice yo en mi pensión donde iba intermitentemente un comandante de ingenieros con su escolta. Unos muchachos oficiales todos simpáticos y cada vez que iban me llevaban regalos de tabaco. Manejaban paquetes de billetes de banco que debían derrochar porque una vez le oí al comandante que le decía a una sobrina suya que aquella vez llevaba.

-Si el abrigo que te gusta es de pieles no te importe que sea caro. Dime cuanto es y no te preocupes de más.

Otro era un teniente que iba a la academia para poder ascender a capitán. El pobre hombre me dijo que estudiaba Matemáticas. Un día Aritmética y el otro Álgebra, pero no se enteraba. No estaba acostumbrado a estudiar y estaba decidido a no ascender.

En cambio me decía: -Yo era el único que entendía las construcciones de cemento y gracias a mí se hacían.-

Me refirió un cuadro surrealista. Estaban en una carretera haciendo obras cuando los bombardeó la aviación. Se tendieron en el suelo y algunos se metieron en una alcantarilla. Cuando pasó el peligro emprendieron de nuevo la obra, pero necesitaban el hacha y no la encontraban. Entonces dijo uno:

-El del hacha se metió en la alcantarilla.-

Estaba deshecha por la bomba, escarbaron y al fin encontraron un brazo que empuñaba el hacha tan fuertemente asida que tuvieron que cortar los dedos para quitársela.

Otros buenos chicos eran sargentos y estudiaban para salir oficiales y uno me decía:

-En un año salgo oficial aunque la guerra se pierda, los nacionales reconocerán los grados...

Pero lo notable era una familia que el marido era un tipo particular, listo que se perdía de vista. Era abogado músico, escritor y había sido Gobernador de provincia por amistad con Martínez Anido, su mujer era hija de unos tenderos de comestibles de esas mujeres guapas aunque empalagosas muy supuesta y dominatona, tenían un hijo de veinte años, estudiante, muchacho despierto guapo y simpático y habían tenido la habilidad de hacerlo "carabinero", que no salían a campaña, hacían servicio en la ciudad. Era un niño mimado y la madre velaba por él, le reservaba los mejores bocados y lo tenía gordo y lustroso, cuando llegó la época del hambre se fueron a vivir a un lujoso piso donde yo los visitaba y cómo se las arreglaban no lo sé, pero siempre tenían comida de sobra. Recababan de Intendencia vales para los almacenes y a veces contaban conmigo para que llevase otro vale y juntar las ricas latas de carne en conserva, pero casi todo se lo comía el niño privilegiado. Por lo demás era gente entretenidísima y llegada la Liberación aparecieron con su uniforme y boinas rojas y el padre como ex—gobernador se dedicaba a avalar gente y los sableaba, pidiéndoles dinero.

Olvidaba mi viaje a Brihuega.

Yo estaba en Valencia como ya digo. El Gobierno rojo, aunque yo no pertenecía a ningún partido político ni sindical, me habían refrendado mi cargo de Inspector de jardines ocupándome del de Monforte. Visité al Director General de Bellas Artes que era el dibujante Renau, hombre simpático. Al llegar me dijo que me

estaba esperando porque quería saber del jardín de Brihuega. La guerra estaba en su período álgido. Allí se había librado una batalla que dió como resultado la ocupación de la ciudad por los rojos y una gran derrota para las tropas italianas. Existe allí un bello jardín bastante interesante del que yo me había ocupado en mi libro de Jardines Clásicos de España, y me encargaron que fuese para informar sobre su estado después de la batalla.

Salí de Valencia para Madrid y allí me presenté en el Museo Moderno.

El arquitecto Valbuena, hombre seco y poco simpático, estaba de director de los que trabajaban en la clasificación de objetos artísticos que embalaban para reservarlos. Le pedí que me diese medios para trasladarme a Brihuega a cumplir las Ordenes de la Dirección General de Bellas Artes y estuvo conmigo de lo más antipático que es posible estar, me dijo que ya vería y yo le volví la espalda.

A la mañana siguiente tomé el tren para Guadalajara donde llegué al mediodía. Me presenté al Comité. Quisieron darme un bono para comer que no sirvió por lo avanzado de la hora. Menos mal que una buena mujer me dió un buen vaso de leche pues sólo había tomado un té y unas galletas en Madrid antes de salir y estaba desfallecido. En el Comité me dieron además una orden para que me transportase a Brihuega el coche correo que era un taxi en el que había ya acomodadas diez a doce personas unas encima de otras y como no cupe, me fuí al puesto militar de la carretera para que me permitiesen ir en algún coche. Pasaron algunos con oficiales, pero no quisieron llevarme y después de mucho esperar llegó un camión de soldados y trepé a él. Lo tomaron a broma, me ayudaron a subir y llegué a Brihuega molido y hambriento. Paró el camión en el puesto avanzado. Allí dejé mí maletero y me dirigí al pueblo para buscar la fonda donde en mi visita anterior, hacía años, me había alojado. No la encontré, sólo quedaba de ella un montón de escombros. Medio pueblo estaba destruido. De la baranda casi arrancada de un balcón, colgaban unos pañales de niño chico, tal vez también destripado por los bombardeos. En otras ruinas donde no quedaba nada en pie había un perrito echado que según me dijeron de allí no se movía. Sin duda estaría el cuerpo de su dueño bajo los escombros.

Yo creía que el jefe de las fuerzas de ocupación era "El Campesino" guerrillero famoso que sentía curiosidad de ver por las

referencias que de él tenía. Pero me dijeron que él y sus fuerzas ya se habían marchado.

No hace mucho que me contaron que “El Campesino” con otros españoles refugiados o admitidos en Rusia, habían formado una banda de guerrilleros que había tenido en jaque en las estepas de allá a todos los que les perseguían. Ignoro si esto es realmente cierto, pero si lo es, es un buen rasgo de carácter español.

Me fuí a la oficina de Correos a ver si me aseguraba el viaje de vuelta. El encargado que era un hombre afable, me indicó que me presentara al Comandante de la Plaza diciéndome que era un verdadero caballero y que me atendería. Fuí a verle y en efecto, estuvo atentísimo y me dijo que como mi asunto era de carácter civil no quería intervenir y que me presentase al Comité. Ya derrengado tuve que atravesar calles y ruinas. El “Camarada responsable” también estuvo atento, le conté mí odisea y mí hambre. Volví a la Comandancia puesto que el jardín estaba ocupado militarmente. En el tiempo que estuve esperando mí turno para ser recibido por el Sr. Comandante que se llamaba Villanueva y tenía un nombre griego que no recuerdo, observé lo respetuosamente que se dirigían a él oficiales y ordenanzas, todos catalanes, una perfecta subordinación en tono de afabilidad de camaradas de guerra.

Escuchó mis propósitos y las vicisitudes de mi viaje, ordenó que me acompañasen al jardín y añadió afable que en compensación de lo que había pasado me invitaba aquella noche a comer. Según supe después este señor era del Puerto de Santa María de donde mi padre y toda mi familia. Fué oficial de caballería en su juventud, pero destinado a Barcelona pidió el retiro y se dedicó al comercio y al estallar la guerra era gerente de una casa importante. Hombre de ideas avanzadas resucitó en él su antigua profesión militar y mandaba una columna.

Visité el jardín: junto a él había emplazada una batería y no obstante el jardín milagrosamente no había sufrido el menor daño. Sus arcadas de cipreses, el trazado de bojes y los detalles de fuentes y albercas estaban incólumes, los soldados unos leían sentados en los bancos, otros paseaban, otros se bañaban en un estanque. Eran catalanes, gente seria y culta. Sólo faltaban del jardín las macetas de flores que antes cuidaba su propietaria la señora de Cabañas. Mostré a los soldados en mí libro los gráficos y la historia del jardín encargándoles que lo respetasen como

hasta entonces. Volví a felicitar al Comandante por tanto orden y disciplina. Salí con él de paseo y no quiero dejar de citar un detalle de su finura y caballerosidad. Le hablaba yo de la antigua Real fábrica a la que el jardín pertenecía y le dije que en mi primer viaje alcancé a conocer a unas viejas que habían trabajado en aquella fábrica y conservaban unos paños negros bordados en colores vivos con rosas y hojarasca de precioso carácter Isabelino y que yo no los compré por no llevar dinero. Le interesó el asunto y dijo que si existían y las encontrábamos se los compraría

Se cruzó con nosotros una mujer y le pregunté si sabía de aquellas ancianas.

-Si señor, que viven todavía y conservan esos paños que usted dice, pero las pobres están tan asustadas que no ponen los pies fuera de casa donde tienen puertas y ventanas atrancadas y no sé ni como viven las infelices.

-Pues llévenos usted allí- le dijo el Comandante.

-No por Dios, señor. Si lo vieran llegar se morirían del susto, No puede usted figurarse en el estado en que están.

-Bien-dijo el Comandante-. Dejaremos en paz a esas infelices.

Me presentó a la oficialidad, gente joven y tosca, pero afables y respetuosos, entre ellos había un teniente con un brazo en castiello, dicharachero y alegre como un cascabel.

-Este-me dijo Villanueva-es tan imprudente como alegre. Siempre estaba asomándose en la trinchera y yo le decía que no fuera tonto que le iban a dar, pero él replicaba:

-¡Cá! no se ha hecho todavía la bala... y diciendo esto dió un grito. ¡Ajo! que me dieron.

Fuimos a la iglesia y me llamó la atención que hacían calicatas (84) y pregunté para qué era aquello.

-Buscando ratones-me dijo Villanueva sonriente-. Cuando tomamos la ciudad los italianos que no pudieron huir se metieron por los sótanos de este viejo castillo que son un laberinto y que han quedado algunas entradas obstruidas, y andamos buscándo-

⁸⁴ "hacían calicatas" *hacían busca organizada de los "sótanos" sondeaban los sótanos*. Diccionario en línea de La Real Academia.

los. Hemos cogido algunos en un estado lastimoso con días y días sin comer ni beber.

Estuvimos luego en una sacristía donde tenían guardadas todas las piezas del culto. Desmontaban un altar. Le dije que era lástima y mandó suspender la operación.

Luego me invitó a comer.

—Como ha pasado el día en ayunas quiero que se desquite. Tenemos buena cocinera y repostera, pero no se vaya a creer que comemos todos los días así. Esto es en su honor y tendremos hasta dulce de cocina.

Efectivamente la cena que hice con la oficialidad fué magnífica.

—Lo que no puedo ofrecerle es cama. Mire como nos arreglamos— y me enseñó unas habitaciones donde estaban colchones cubriendo todo el suelo.

—No se preocupe, tengo que volver a la avanzada donde dejé mí maletín y allí me acomodaré.

Mandó a un oficial que me acompañara y me recomendase. Me ofrecieron un pajar donde dormían varios y yo temiendo a los parásitos contesté que dormiría mejor debajo de un árbol hermoso que allí había. Bajo éste estaba una moto con sidecar. Pregunté si la moto iba a ser utilizada y me dijeron que no. Pregunté también si había peligro, me dijeron que algunas noches los queaban y con estas dos noticias me tumbé en el sidecar, me lié en una manta y me quedé dormido como una piedra.

Pasado el primer sueño oí una voz que decía:

—De quién es este embutido que está aquí, y como contestaran que no lo sabían dijo la misma voz,

—Pues que nadie lo coma que no sabemos lo que pueda tener.

—Debe ser de ese que está durmiendo en la moto.-

Esto me espabiló, y saltando de mí asiento les dije que no era mío, ni sabía nada de ello, pero que lo mejor sería que le dieran un trozo a un perro y ya me volví a tumbar tranquilo hasta el amanecer.

Apenas fué de día me lavé en una fuente próxima. Luego me ofrecieron una escudilla llena de café y coñac y entonado recorrió de nuevo las ruinas del pueblo. Había un hombre haciendo churros y desayuné a maravilla.

Volví para despedirme del Comandante y para pedirle que si había algún coche que fuese a Guadalajara me llevase, pero no le había. La tropa salió a ejercicios de tiro y yo me acomodé en el coche correo sentado en la portezuela tan molesto que en la carretera mandé parar y me fuí andando hasta Torrija con ampollas en los pies. Allí de un camión militar meizaron y me dejaron en Guadalajara en el tren para Madrid,

El resultado del viaje fue transformar en folleto ilustrado el informe que presenté y dedicarlo a propaganda en varios idiomas.

Maldita la gracia que me hizo semejante colaboración roja. Sin embargo era cosa tan objetiva y tan ceñida a asunto técnico que nadie lo tuvo en cuenta.

Al llegar a Madrid fuí a ver al estúpido arquitecto que me recibió diciendo que dentro de dos o tres días me llevarían a Brihuega, le dije que ya estaba de vuelta y que mi deseo era volver a Valencia pues con el tren era difícil contar y me puso como de costumbre inconvenientes y yo me las arreglé y busqué un camión. Regresé y me abonaron viaje y dietas con que se mejoró algo mi situación económica.

Si yo entonces hubiese pintado hubiera ganado dinero pues en Valencia se hacían exposiciones de maritatas⁸⁵ que se vendían.

Otro asunto que me ocupó en Valencia fue el Jardín de Monforte que también me encargó Renau que lo atendiera. De este jardín se había incautado Acción Republicana y lo regía cierto señor a quien fuí a ver, pero aunque estuve deferente lo ví en plan de estorbarme. Esta cuestión la solucionó una bomba de aviación que cayó en la puerta de una barbería y que hizo tabla rasa con todos los que estaban allí parroquianos y barberos, y entre ellos el encargado del Jardín de Monforte.

Esta circunstancia me allanó el camino, pero surgía otra. Víctorio Macho recabó del Gobierno que se le cediese a él como re-

⁸⁵ Significa: bagatelas y cosas ligeras. Diccionario de Lengua Española.

sidencia y estudio y se hicieron en el lindo pabellón algunas obras para habilitarlo sin detrimento de su decoración preciosa. Más no recuerdo si fue porque Macho se ausentaba a porque desistiera pero el caso fue que no lo ocupó. Pero surgió otro estorbo. Un día se me presentó por allí don Pepito Giner. Era un Institucionista cien por cien. Unía a su ilustre apellido, era sobrino de don Francisco Giner, el creador de la Institución Libre de Enseñanza que tanto trasformó la cultura española y tanto hizo por ella. Lo hallé allí disponiendo reformas que algunas no estaban mal.

Era persona culta, fino y delicado, quizás con exceso femenil, y me dijo melifluo y cariñosamente que al Ministro se le había an-
tojado que él rigiese aquello... Ya había comenzado a hacer que cambiasen de lugar una escultura y que el jardinero fuese arran-
cando un parterre moderno que no iba bien (cosas ya indicadas por mí) y sobre el parterre me dijo:

-¿Le parecería a usted bien que le encargásemos el dibujo a Pepe Machado?— Le salí al paso mostrándole el dibujo que yo ya llevaba.

-¡Oh! Que bien está. ¡Yo no sabía que usted dibujaba tan bien!-

Hacía ya años que yo había hecho el Palacete de la Moncloa, que por culpa de la estúpida guerra civil ha quedado destruido así como todos los jardines de la Moncloa, que había dado conferencias en el Ateneo y en la Residencia de Estudiantes, que había publicado mi libro de Jardines Clásicos, que había hecho exposiciones de pintura y me habían adquirido cuadros personas de tan-
to relieve como Juan Ramón Jiménez, Jiménez Frau, Pío del Río Hortega, etc., que había hecho mí campaña de Jardinería y Urba-
nismo... Todo esto y más lo sabía el melifluo mariquita. Lo acom-
pañé hasta el auto que le esperaba y rehusando ir con él a Valen-
cia, me despedí de él diciéndole con fingida voz atiplada:

—A las órdenes de usted.-

—Y yo a las de usted, por qué no— me contestó reverencioso.

Y cuando iba a subir al coche, estuve por darle un puntapié en el trasero, pero me arrepentí considerando que podría perder el zapato (86). ¡Aquellos Institucionalistas!

⁸⁶ Tachado por el editor: "en sus profundas oquedades".

Rodríguez Marín me decía con su gracejo, que eran unos Jesuitas sin Jesús, pero sabiendo más que Jesús, y me contó que en cierta ocasión recurrió a don Ramón Menéndez Pidal, para que le dieran una bolsa de viaje para estudiar documentos cervantinos, época en que Rodríguez Marín andaba escaso de medios.

El secretario Sr. Castillejo le presentó la propuesta al Ministro que ya estaba advertido y encontró que a Rodríguez Marín se le clasificaba como estudiante. Se indignó y le ordenó a Castillejo que rectificara y le diese el lugar debido... Se excusó Castillejo, dijo que se tendría en cuenta, pero el Ministro se negó a firmar hasta que viniese en forma.

Cuando Rodríguez Marín tuvo que presentarse a Castillejo para recoger su nombramiento, Castillejo le dijo como si se tratase de un desconocido:

-¿Cómo se llama usted?— Y don Francisco le contestó con su voz afónica:

— Antonio Montes.-

Antonio Montes era un torero de quien se hablaba mucho en aquellos días.

-¿Cómo ha dicho usted?— preguntó desconcertado.

—He dicho— repitió don Francisco— Antonio Montes.- Y no hubo quien lo sacase de ahí.

¡Claro que demasiado sabía el Jesuita sin Jesús de quien se trataba!

Me he extendido en esta significativa anécdota por el carácter especial que tenía en la sociología española la Institución Libre no porque fuesen como los tipos que presento, ya que tanto les debe la cultura, sino por su solapada labor. De aquellos intelectuales que aunque no en la revolución formaban en las izquierdas que la hicieron posible. La masculinidad, condición sin la cual nada cabe en la reciumbre española, no se hallaba más que en los extremos rojos o fascistas, y ya sabemos de qué modo se producían.

El triunvirato Ortega—Marañón—Pérez de Ayala— se apagó como música de cámara entre un jaz—band.

Fernando de los Ríos nunca se pudo hacer oír en los Consejos de Ministros, hasta que un día haciendo acopio de energía dió con el puño en la mesa y dijo:

-¡Caspita! Hoy voy a hablar yo.-Suscitando la hilaridad de Prieto y comparsas.

“¡Viva Fernando! ¡Viva Fernando!

De los Ríos Lamperez (87), barbas de santo,
padre del Socialismo de guante blanco.

Besteiro es elegante, pero no tanto”.

¡Pobre García Lorca! “Fue en Granada, ¡En su Granada!”

Yo había hecho algún viaje a Cataluña aprovechando coyunturas que me llevasen en coche y así llegué hasta Santa Coloma de Farnés, que entonces denominaban Farnés de la Selva donde María tenía un nombramiento provisional de maestra y tenía consigo a las pequeñas nuestras, que así quedaron preservadas de horrores.

Cada región tenía sus características; el Gobierno se había trasladado a Barcelona y allá habían ido los intelectuales que se albergaron en Valencia para ir pasando a Francia y desde allí, con el oro español, a los países de Europa o América, mientras los infelices del pueblo iban todavía impidiendo con su sangre el avance nacionalista que sistemáticamente recuperaba España, que así, entre unos y otros, iba quedando destrozada.

Tuve ocasión de ver diversas estampas de guerra; una de las que más me impresionaron fue un camión en Valencia que venía cargado de niños astros, todos con caritas de espanto, sin asomo de esa alegría infantil inconsciente que no suelen perder los niños ni en las peores circunstancias. Pero estos infelices venían de Andalucía, de aquel éxodo dantesco de Málaga a Almería en que el pánico lanzó a las multitudes en larga caravana hacia Levante perseguidos cruelmente por la aviación de los nacionales y los buques de guerra, algunos alemanes, que los fueron metrillando sin piedad durante la huída por la costa, sin que los desdi-

⁸⁷ El sobre-escrito: “Urrutis”. Dos individuos parecidos, con segundo apellido diferente, con los mismos datos biográficos y con dos profesiones distintas, Ciencias Políticas y Poesía; Urrutis se dedica a las ciencias políticas y Lamperez a la poesía ambos son catedráticos y figurones en la política del momento, o son dos individuos diferentes como los que el autor indica; el tono de la modilla da a pensar que existía una relación entre los dos De los Ríos.

chados que huían fuesen ni revolucionarios, ni agresivos. Las pobres criaturas habían llegado a Valencia a través de un infierno y hambrientos. Tuve ocasión de hablar con un pobre hombre, carbonero, un desdichado infeliz analfabeto, que huía con su mujer horrorizado pues había visto como sacaban a sus vecinos de sus camas las famosas Patrullas del Amanecer falangistas para asestarlos en mitad de la calle, hasta en calzoncillos. Era de Algeciras y llegó huyendo hasta Santa Coloma de Farnés; vivía de ir haciendo boliches de carbón vegetal, donde se lo permitían. Es lástima que no pueda uno conservar en un disco esas explicaciones horribles e ingenuas que superan en realismo a cuanto luego se pueda repetir.

En la estación de Tarragona ví otra estampa en la oscuridad de la noche, un tren de heridos de donde sacaban silenciosamente parríuelas con bultos liados en mantas, por donde asomaban pies rígidos de heridos o cadáveres a la recortada luz de mortecinos faroles y en medio de un silencio sepulcral. Allí en la estación los que esperábamos en vano trasladarnos estábamos ya rendidos, hambrientos, tirados por los suelos como las piaras de ganado. Unos milicianos que me tocaron junto me dijeron que yo era andaluz como ellos e inquirieron de mí por si allí había olivares. Les dije que sí, y buenos...

Pues entonces- le dijo uno al otro-aquí nos podríamos quedar puesto que es el tiempo de cogida.-

Ellos venían con permiso del frente para ir a sus tierras, pero todo aquello de la guerra les importaba poco. La única ilusión de campesinos eran sus labores.

Otra parte del viaje hice en tren, en un furgón convertido en bar, con un mostrador, mesas y sillas. Ocupé una que hallé vacía casualmente, dispuesto a no dejarla pues estaba ya harto de viajar de pie. Allí íbamos hacinados un público selecto, gente joven, apaches reclutados en París, gente que yo conocía desde muchos años antes desde principios del XX por mis andanzas por Charenton en busca de paisajes. La característica canalla parisina, alegre y dicharachera aunque regidos por un caporal que los dominaba.

A poco de ponerse el tren en marcha se abrió el bar y todos se tiraron como lobos a los bocadillos de fiambres y a la cerveza que repartían. Yo me quedé sentado temeroso de pender mi co-

modidad y conceptuando inútil mí esfuerzo por obtener algo en aquella bulla. Pero como todos a mi alrededor masticaran menos yo, uno me preguntó si yo no comía, y con esa camaradería alegra de la canalla me ofrecieron trozos a los que yo pude corresponder con una botella de vino y así hice el viaje como un apache más, entre aquellos infelices maleantes, carne de cañón contratada.

Bien puedo decir que estuve zambullido en las propias entrañas del Dios mugre.

Que asquerosas, que cruentas son las revoluciones populares, y, sin embargo; que contados son sus componentes aislados capaces del mal.

Paisajismo valenciano.- Octubre de 1938

¿Cómo librarnos de Sorolla y de Blasco Ibáñez al abordar este tema?

Esta pregunta que nos hacemos sólo obedece a un miedo pueril que no tardamos en desechar apenas concebido. Son dos personajes llenos de optimismo que miran preferiblemente a las superficies, sin preocuparse en penetrarlas y complaciéndose en ellas, ejerciendo sus artes con facilidad asombrosa y llegando a un resultado por sus cualidades nativas, como un pájaro que canta o una flor que se abre más de halago sensual sin duda, que de pura emoción estética.

Esto a quien trabaja y sufre le produce natural envidia, y al que investiga y ahonda hasta desentrañar valores constitutivos de la solidez y quintaesencia, ve como una injusticia que el pueblo vuelva la espalda a sus enfadosas seriedades para ir hacia lo otro más fácil, espléndido.

Nos tiene sin cuidado esa originalidad que más bien es de temer que de desear porque de la obra profunda rara vez ponemos la originalidad como valor principal sino que los valores que hallamos en ella son los comunes que asignamos a estas producciones. Buscamos en definitiva la superación, y ésta no se halla sino en la insistencia en las producciones anteriores para llegar al prototipo.

Paseando por la playa de Malvarosa, donde el busto de Sorolla se emplaza frente al mar, me decía un amigo mientras con-

templábamos una barca pesquera que con la vela al viento encallaba en la orilla entre el rompiente de plata de las olas azules y malvas, todo ello bañado por el sol.

-Mira que cuadro de Sorolla; pero ¿de dónde sacaba esos colores crudos y esa luz violenta cuando aquí todo es suave y más bien la luz velada?

Así era también a mi modo de ver. Mi amigo tenía visión de pintor, pero yo le dije:

-Ciento es. Sorolla tenía la obsesión de la luz del sol, cosa que fingir con los colores en el lienzo no es tan fácil como parece y él llegó a darle una realidad viva. No tiene nada de extraño que la exaltase, que se pasase de la raya, creyendo aumentar una belleza aunque sin duda disminuyéndola a mí entender; pero si no fuera por la labor de Sorolla, es muy probable que ni miráramos esta escena desde un punto de vista pictórico, ni menos penetráramos, como tú ahora penetras, en la belleza que entraña esta luz maravillosa que envuelve la historia de este cuadro como en tisú de plata. Si tú fueras pintor podrías mediante la imitación de Sorolla llegar a un grado superior de belleza. No como sus vanos imitadores.

¡Pobre sorollismo! Captador sólo de los defectos del maestro. Y no pierdas de vista que la imitación de sus antecesores y también de sus contemporáneos fue uno de los grandes méritos de Velázquez, que no sólo sirvió a la Naturaleza sino a otros grandes hombres que antes fueron servidores de ella. Digo servidores porque los artistas subjetivos suelen llamar serviles a los que se emplazan frente a la Naturaleza y se defienden ¡pobres gentes! creyendo que sacan de su cabeza esas falsificaciones de falso arte que sólo importaba a aquella sociedad corrompida, decadente, que tenía a los artistas como juglares y no pagándolos ellos ciertamente, buenos estaban estos escépticos sino haciendo que los pagasen cuatro salvajes millonarios envueltos por la reclame de los marchantes judíos de la rue Lafitte. Estamos cada día más lejos de pretender esa originalidad obsesiva, que no ha servido más que para llevarnos por derroteros estrambóticos que como avalancha se nos encajaron en España en la posguerra del 14 al comenzar el desmoronamiento de aquella frivolidad parisina, que sin duda tenía el encanto en que las decadencias envuelven para enterrarlo lo que ya cumplió en la vida.

Pero aunque disfrutamos aquello, como tantas otras cosas, hemos prescindido de ellas sin añorar su muerte porque la muerte es necesaria para la vida.

Este arte nos empezó a invadir durante la primera Guerra mundial buscando aquí un refugio los artistas que tanto habían abominado de España que consideraban enquistada en lo ramplón académico del XIX, y no les faltaba parte de razón, aunque no era completamente así ni muchísimo menos; pero tan fuera estábamos del movimiento europeo que en una exposición que se hizo de arte moderno francés, vinieron del Museo del Luxemburgo mezclado lo insustancial académico con los impresionistas y nadie supo distinguir a Manet, Pizarro y Renoir, a pesar de la filiación del primero con nuestro Goya. Del Postimpresionismo no recordamos que viniese nada, y no debió venir porque no tenía aún en Francia consideración oficial en el Luxemburgo. Lo más moderno era lo Impresionista.

Llegaron también nuestros pintores, los que punto menos que se habían hecho franceses. Anglada con sus coloraciones brillantes y rica materia y Zuloaga. No el Zuloaga que fue rechazado por sus imitaciones clásico españolas de buena cepa, sino el Zuloaga de la españolada filtrada en Montmartre.

El otro español de renombre, Picasso, entonces patrón del cubismo, ni llegó a venir ni se le hubiera entendido ni poco ni mucho, caso de haber venido.

Pero vinieron otros refugiados de segunda y tercera fila y, al fin, nos invadieron las modas más audaces.

Pero el arte de cada nación es el suyo propio, aunque sea inferior a las imitaciones extrañas, pues esto último es asunto de modas inestables mientras lo propio es permanente. Sólo sobre estos cimientos se puede construir, lo otro se viene abajo, y Sorolla era español, con una visión directa de la Naturaleza, es decir que era español levantino, en esencia, como Regoyos era norteño. En resumen que Sorolla nos enseñaba a ver la Naturaleza reducido a lo local; pero eso tratamos ahora precisamente, y lo levantino, o restringiendo más, lo valenciano no tiene muchos motivos para ser grave y profundo. Es suelo de acarreo todo lo contrario del granítico de Segovia o de Ávila donde afloran los cimientos de la Tierra que pudiera haber inspirado a Zuloaga, de haberse conservado puro, como cuando era rechazado. Valencia se

asienta sobre terreno nuevo, feraz y cubierto de cultivos, plantas de crecimiento rápido, frutos de regadío, en que más que la consistencia hay que apreciar la apariencia espléndida. El sol no es posible en la interpretación artística considerarlo como un accidente, sino como agente que obra sobre esta tierra de un modo decisivo.

El mar es suave, las barquitas ligeras y graciosas con sus vebras blancas triángulos saltando ligeramente por las olas azules, toda la tierra está llena de frutos y de flores, y aunque tan grosero, se envuelve delicadamente en su manto de sol tamizado ligeramente por el ambiente húmedo, y Sorolla es todo eso.

En Valencia la luz hace que todos sean pintores, hasta el escultor Benlliure debería haber sido pintor o a lo más orfebre, y Blasco Ibáñez no puede prescindir del colorismo. Es un escritor paisajista. En sus narraciones y en los cuadros de Sorolla vivimos el paisaje valenciano con toda la intensidad de que es capaz el Arte, y esto es algo importantísimo.

Tan importante es, que por no haberla tenido antes hemos vivido de espaldas a la Naturaleza porque la gente sólo ve lo que se le enseña.

Tuve un amigo cazador a quien yo solía acompañar al campo que me dijo un día que había influido en él hasta el extremo de que ya era capaz de salir al campo sin escopeta, cosa que antes no concebía porque nunca miró el paisaje.

Desde que impera el concepto moderno, todas las escuelas de pintura han tenido sus paisajistas que han mostrado a sus ciudadanos su propia Naturaleza.

Gracias a un Van Ostade, un Van Gogh, etc., los flamencos se compenetran con sus paisajes, y esto ocurre también en Inglaterra, en Alemania y en Francia...

El paisajismo ocupa un lugar en el Arte y a veces con gran categoría, No concluiríamos si citásemos nombres. En España no. Al paisaje le concedieron importancia los artistas más sensibles, limitándolo por falta de ambiente, pero ni el paisaje toledano puede verse sin evocar a Greco, ni el Pardo sin Velázquez y en el Madrid de la merienda de Goya no podría captarse con más penetración por paisajista alguno, pero, aparte de estos, casi nada, y el español ha vivido de espaldas a la Naturaleza teniendo Es-

paña esa variedad tan rica de paisajes que la recorremos de Norte a Sur y de Este a Oeste sin cesar de recibir sensaciones diversas y sorpresas.

Sólo en estos últimos años se han llenado nuestras salas de exposiciones de paisajes pero, puede decirse que, quitando Cataluña, aún están sin formar las diversas escuelas que compondrían en España un conjunto maravilloso y del que sin duda ya forma parte el Sorollismo sea cual sea su intensidad y su valor estético.

Y es extraño siendo como es España país de pintores como se han adelantado a ellos los escritores invadiéndoles el campo de acción, porque a la Montaña nos puede guiar Pereda y a Galicia Valle Inclán y a Castilla Machado y a la Andalucía occidental Juan Ramón Jiménez, y Medina a Murcia y Galán a Extremadura y al Pirineo Maragall... pero aunque haya sin duda apreciables pintores paisajistas, no podemos citar estas síntesis que representan los escritores. Excepción de Cataluña.

Final de la guerra-En Barcelona-vuelvo a pintar-Arte-Pintura-1939-40-41-Nuevo Patronato de Jardines- Bañolas-Sanabria.

Después de muchos años sin pintar puesto que mí última exposición había sido en Madrid el año 1924, volví a mí ya olvidado oficio al terminar la Guerra Civil.

Desde 1920 había hecho una labor bastante distinta de mis principios. En aquellos sólo había hecho buscar y buscar. Unas veces basándome en el Impresionismo, otras intentando lo clásico. En lo primero conseguí algo casi definitivo, mientras que de lo segundo sólo salieron estudios incompletos. Estas fluctuaciones dieron origen a no hacer un camino claro y determinado, aunque por otra parte mi continuo machacar sobre la forma me libró sin duda de caer en un desorden a lo Mir, y me alejó en absoluto de tanta moda banal como surgió después del 14, hasta el extremo que viendo a las juventudes entregadas a las diversas extravagancias, pensé que yo era ya viejo e incomprendible y antes de resultar un tonto demodé, resolví no pintar. No obstante esa labor que hice hacia el año 20 tuvo el aprecio de aquellas juventudes desquiciadas al par que el de los tradicionalistas clásicos y de los que, formando vanguardia, no habían pasado del Impresionismo. Fue una labor que se apreció, pero a pesar de ello, no volví a pintar, por la necesidad y aún el gusto de dedicarme a la jardinería.

En resumen: que cuando llegó la Guerra Civil yo no sabía pintar, lo había olvidado a tal punto que intenté en vano hacer un croquis al lápiz sin poder encajarlo. Pasé toda la guerra sin pintar. En el otoño del año 39 volví a Madrid con la pretensión de que se me diese mi antiguo cargo de Inspector de Jardines, sin conseguirlo, todo estaba por organizar de nuevo. Pude haberme defendido con la publicación de artículos, pero la España que había surgido era diametralmente distinta do lo que yo esperaba. Los nuevos ideales no los comprendía y me cayeron encima con peso aplastante. Huí de Madrid y me vine a Barcelona, sumido en la pobreza, casi en la miseria, metido en un departamento de una casucha de las Corts, tan desvencijada que se veía el cielo por las grietas de sus paredes. Algo así como para morir aplastado. Pero tenía una gran terraza, por una parte limitaba el horizonte el Tibidabo y por otra Montjuich y el mar con el aleteo de Barcelona por medio y unos huertos entre talleres y chimeneas, y resultó el paisajista.

Primero, como no tenía avíos para pintar hice notas de color con lápices, luego un amigo (88) me envió desde la Argentina una partida de colores ingleses, hice algunos paisajes. Un marchante me encargó un pequeño apunte. Esto me animó, hice otras miniaturas que también me adquirió y la cuestión es, que sea por el ambiente de Barcelona o por la depuración mental de mi concepto Impresionista, bien pronto rehice no sólo mi vision sino una nueva manera recogiendo luz y ambiente. Durante dos años y medio viví con tales dificultades, siendo María la que sostenía la carga heroica y luchaba a brazo partido con la vida y pasando momentos amargos como el de ver que nuestra hija pequeña estaba a las puertas de la muerte con difteria.

En Agosto de 1941 me avisaron de la Dirección General de Bellas Artes que se había formado el Patronato de Jardines y que yo había sido nombrado además de Vocal, Inspector con un sueldo. Pedí dinero sobre unos cuadros que valdrían veinte veces más, y que luego al recuperarlos por haber muerto el marchante, tuvimos que pagar más del triple de lo que me habían dado y había desaparecido uno de los mejores paisajes, y me fui a Madrid. Publiqué algo, muy poco, y me encargaron de la conservación y restauración de jardines viejos, pero ya había resucitado el

⁸⁸ Nota a mano dice: "El Sr. Olarra", amigos, y vecinos, de María Héctor y Javier de Winthuysen, se desplazaron a la Argentina cuando empezó el conflicto armado en España.

pintor. Volví a Barcelona, dónde no tuve otro contacto con el público que una pequeña exposición con algunas notas de interés que cayó en el vacío aparte de alguna crítica y aprecios particulares. Vendí un cuadrito de compromiso. Pero ya no había quien me desviase de la pintura.

María como siempre hizo de providencia mía buscándome una casa en Vallvidrera donde trabajé todo el verano. Al año siguiente buscó otra en Sardañola, en medio del bosque donde trabajé dos temporadas con gran provecho, el 44 y el 45.

En el verano del 46, María se las arregló para encontrarme otra casa en Ibiza en Santa Eulalia del Río, volví allá durante los años 47 al 49 y trabajé mucho.

En el 50 tomamos una casa que era un mirador sobre Barcelona en el Tibidabo y trabajé desde ella las maravillosas vistas y los cambiantes de luces de la ciudad.

Mi concepto impresionista después de tantos años de tamizarlo y de tantas vicisitudes estaba asegurado. Yo no sé si mejor o peor de mi labor de 1920 quizás en cierto sentido más delicado debido al ambiente velado catalán y Balear y sin la reciumbre castellana, pero enteramente asegurado con un definido concepto que recogió la crítica en gran parte con bastante justeza aparte de una cariñosa acogida tal vez demasiado elogiosa. Barcelona “archivo de la cortesía” y el alto ambiente cultural de ella, en la que existe un verdadero conocimiento y aprecio del Impresionismo, hicieron que mi exposición (89) del año 1948 fuese un éxito con el que no soñaba. Dicen que honra y provecho no caben en un saco, pero yo llené el mío de lo uno y de lo otro, puesto que no se redujo el asunto a ser señalado con el vano dedo sino que un tercio de los cuadros se convirtieron en pesetas.

Me adquirieron obras coleccionistas barceloneses muy considerados, y otros particulares, extranjeros y aristócratas madrileños. A pesar de ello no era para ponerme a flote en mi economía ni aún para compensar los años de trabajo ¡pero vaya! Tan acostumbrado estaba a no vender cuadros o a venderlos a ochavos y a cuartos que me pareció todo esto, si no una lluvia do oro al menos de estos papeluchos de la posguerra. Pero lo importante fue la acogida que me hicieron los críticos y profesionales, acogida sin reservas, conceptuando algunos que mí pintura era trascen-

⁸⁹ Nota a mano del editor, María Héctor, dice: “en la Galería Syra”.

dental en el sentido de renovación impresionista. Sea cual sea la conciencia del propio valer no es posible desdoblarse en lo justo de una autocrítica.

Si yo representara eso que dicen sería para mí más satisfactorio que si me atribuyesen una originalidad. Mi criterio sobre el Impresionismo es qué sean cuales sean su aspecto de modernidad no constituye una innovación ni una moda, sino que vino a agregar a la pintura un nuevo conocimiento importantísimo en luminosidad y ambiente ya iniciado en el Clasicismo por Ticiano, Velázquez, Greco y Goya, pero no decidido ni imperante por falta entonces de apoyo científico.

Y siendo el Impresionismo una aportación que convierte a la pintura en lo que antes no era hay que conservarlo, atenderlo y cultivarlo como cualquier otro progreso referido a cualquier Arte o Ciencia, siendo por banalidades estúpidas o inconsciencia por lo que se le volvió la espalda por autores que sólo vieron en él una moda que lo mismo podía ser que no ser, y claro que al apreciarlo así, si yo representara nada menos que tal depuración figuraría mi nombre de un modo culminante en la Historia de la Pintura. Estoy muy lejos de creerme tanto. Aparte del concepto se necesitaría ser un pintor superdotado para elevar peso semejante. Yo sé que no soy ese pintor sean cuales seas los atisbos o los aciertos esporádicos que pueda tener. Pero en fin: váyase lo que le concedan a uno de más por lo que en otras ocasiones le quiten, y lo que me den, sin reparar en quien me lo dé, sería demasiado puritanismo no aprovecharlo, no ya inmoralmente sino incluso para más obligarse.

Respecto a las críticas que se han publicado todas han sido elogiosas y casi coincidentes en cuanto a mí significación y han sido también así las opiniones que particularmente he recibido. Ahora bien, sin duda habrá otras que difieran. De ellas las hay de tan encontrado concepto que se separan de lo fundamental mío, y naturalmente, me tienen sin cuidado, otras habrá sin duda que se refieran a la calidad de las obras, a los defectos y esto sí me convendría conocer, porque si no he de quedarme con lo que yo solo alcance, y yo sé bien, que cuando un juicio justo señala una equivocación o un defecto, es capaz de abrir nuevos horizontes. Ya sé lo difícil que es obtener ésto por lo cual no hay otro remedio que recogerse en la meditación, aunque sin forzarse demasiado, ni caer en preocupaciones. Si yo pintase un paisaje con toda la

ponderación de las Meninas que me pudiera meter dentro de él, me quedaría satisfecho ¡Qué tontería! Pero si no es con la comparación no hay medio de controlarse.

A fin de cuentas hay algo que me salva de estas preocupaciones: y es, que cuando pinto, cuando briego por desentrañar la Naturaleza y acomodarla a mi Arte, tiro por la borda cuanto sé y sale lo que salga, que yo no veo ni aprecio hasta después, y si no pinto así, estoy perdido.

Patronato de Jardines Históricos de España y de los Parajes Pintorescos.

Llegada la LIBERACIÓN, no me pude ocupar de jardines, pero al reorganizarse la nueva situación se formó un nuevo patronato por Decreto de 31 de julio de 1941 para la Conservación y protección de los Jardines artísticos de España.

El Decreto era interesante y decía así:

El considerable número de jardines españoles declarados artísticos, entre ellos recientemente, el bellísimo llamado de Monforte, de Valencia, así como los múltiples parajes pintorescos de que está esmaltada nuestra Patria, exige que el Estado procure por todos los medios conservar unos y otros con su carácter, estilo, historia y modalidad. Lo que los dones del suelo y el clima nos proporcionan y que el temperamento artístico de nuestra raza supo mejorar, hay que sustraerlo a la incuria, al abandono y a la destrucción evitables.

El Decreto publicado hace algunos años (14 de marzo de 1934) instituyendo un Patronato para atender a la protección de los jardines artísticos circunscribía a estos su campo de acción, dejando sin una tutela directa y al solo amparo de la ley del Tesoro Artístico, rara vez acatada, los lugares y sitios de reconocida y peculiar belleza, cuyo conjunto vale tanto como el más ponderable ejemplar de nuestra jardinería.

Se impone pues una nueva creación del Patronato, cuya labor fue por otra parte muy pasajera, y una ampliación de sus funciones y deberes para que su actuación sea eficaz.

Y el artículo segundo especifica: El Patronato velará por la integridad de los jardines que se conservan entre los declarados

artísticos; cuidará de la restauración de estos monumentos vivos, exigiendo el mayor respeto por sus estilos, tipos y peculiaridades; propondrá e informará sobre los que merezcan, con tal declaración la tutela y protección del Estado, y encauzará todas las iniciativas en favor del arte de la jardinería, cuidando igualmente de la conservación de los parajes pintorescos que deban ser preservados de la destrucción o reformas perjudiciales.

Reanudé pues mí tarea sobre los Jardines históricos y así fue como fui a Bañolas.

El director General de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya era el Presidente del Patronato y se me nombró Vocal e inspector general. De momento recibí el encargo de seguir atendiendo el jardín de Monforte de Valencia en el que se hicieron muchas obras de reconstrucción y plantaciones; se me encargó también de la reconstrucción de la Alameda de Osuna de Madrid, que en parte había (90) sufrido destrozos y reconstruyó parterres y restauré algunos de sus detalles. Hice un proyecto para jardines en las Murallas de Ibiza (91), y por otra parte, Don Víctor de la Serna me encargó el jardín de su casa “El Pinarillo” en el Escorial.

Esta fue una gran obra en el sentido de tener que resolver las dificultades que presentaba la disposición del terreno, pero ello mismo dió lugar a que idease una serie de terrazas, rampas y escaleras consiguiendo un original y precioso efecto. Esta disposición fué obra exclusivamente mía aunque el arquitecto se ingirió en ella para hacerla como suya. No lo pude evitar como tampoco que dibujase fuentes, surtidores, porche de la entrada y otras cosas que yo dispuse y todo esto lo hizo ¡Brindándome el favor de ahorrarme trabajo! Yo me consuelo pensando que Dios ha hecho a los pobres para que los roben los ricos, pero si quisiera lo hubiese hecho superándome, lo pasaría, pero fueron obras tan cursis que me dolería que me las achacaran.

Por mucho que he hecho, nunca me he podido librar de tan nefastas ingerencias que me han desvirtuado muchas de mis obras. De los jardines no se ocupaban antes los arquitectos, pero desde que Mr. Forestier, que no era ciertamente arquitecto, inició lo de Sevilla y yo lo de Castilla, y lo han creído negocio, no perdonan momento de ingerirse. Y no es que los arquitectos les esté

⁹⁰ La forma actualizada es: sufrió.

⁹¹ El jardín en las murallas de la ciudad vieja de Ibiza sirve de enlace entre la ciudad alta y la baja.

vedado (92) la realización de estas obras, al contrario. Si tienen preparación para ello, “miel sobre hojuelas”, pero en el mejor de los casos, que se metan en lo que ellos inventen y proyecten, pero inmiscuirse y entrar a saco en lo ajeno... Ni Le Nôtre era arquitecto, ni el poeta Pope, creador del estilo paisajista lo era, ni Forestier lo fue, es decir, que el ser arquitecto no lo necesita el que hace jardines para nada, Hay que distinguir; una cosa es arquitecto por autonomía y otra Arquitecto Paisajista: ni éste es quien para proyectar y construir edificios, ni el otro para meterse en lo que no entiende, y mucho más cuando en la actualidad la mayor parte de los arquitectos más se dedican al utilitarismo que al Arte y más que arquitectos son constructores. Nuestros pintores y escultores, buenos o malos, son artistas y como tales producen, pero la mayoría de los arquitectos ya sabemos que no tienen nada que ver con las Bellas Artes, porque llamar arquitectura, que es una de sus ramas, a las colmenas donde la civilización actual empaqueta a los ciudadanos, no tiene nada que ver con el Arte.

Arquitectura paisajista es otra cosa: es Arte.

Otro parásito que le ha salido ahora a la jardinería es el Ingeniero agrícola. Claro es, que también puede tener con ella una relación en cuanto a sus conocimientos botánicos, pero tales, referidos a su particular tecnicismo, tampoco tienen relación directa con el Arte. El arquitecto paisajista no hay duda que debe saber Botánica, pero enfocado a la Morfología vegetal, la que nada tiene que ver con la misión del Ingeniero. Que unos y otros y principalmente el Arquitecto estén capacitados, ¿qué duda cabe? siempre y cuando a los conocimientos de sus profesiones reúnan otros que los complementen, porque la jardinería artística exige una cultura más que profunda complejísima.

Poeta, Filósofo, Urbanista, Pintor, Arquitecto, Botánico, Geólogo...

De todo ello necesita el conocimiento o al menos la intuición, puesto que con sólo ésta hallamos en el folklore jardinerío, obras muchísimo más bellas que las que pueda producir cualquier profesional mediocre. La creencia de que por ser Arquitecto o Ingeniero capacita para el Arte de que tratamos, es tan errónea como suponer que se pueda ser poeta por haber estudiado Retórica y

⁹² De uso común: vedada, concordancia con “la realización de estas obras”.

Poética, aunque con ello se lleva mucho adelantado para serlo perfecto, o por mejor decir, correcto.

¡Dios nos libre de que a Becquer, a Espronceda o al mismo Cervantes lo corrigiese el más conspicuo académico! ¡Ya tenemos bastante con que a Góngora nos lo explique Dámaso Alonso! Y con que a mí, perdón, me corrija Moya.

El último encargo con que me han honrado ha sido el proyecto del parque de Somió en Gijón y el jardín de la escuela Salesiana de Zamora. Este último, menos mal, pues en esencia, queda como lo tracé y aún mejorado; pero el proyecto del parque de Somió con las correcciones de arquitectos, etc., no lo conocería ni el padre que lo engendró. Suponiendo que el padre fuese a verlo realizado, que no irá, porque lo considera como hijo espúreo.

Barcelona 2—5—53 J.W. (93)

Los grandes lagos de Sanabria y de Bañolas

España, país de inefables y variadísimas bellezas paisajistas, nos ofrece en su aspecto lacustre dos grandes lagos cuyo interés estético se une al geológico que representan.

En las abruptas montañas leonesas a mil trescientos metros sobre el nivel del mar, las aguas que bajan saltando en cataratas desde mucho más elevadas cumbres, forman el Anchurón del río Tera o Lago de Sanabria de tres mil metros de longitud por mil cuatrocientos de anchura y cincuenta en su mayor profundidad; mientras que con diversos caracteres geológicos, superficies y profundidades semejantes se nos presenta en las estribaciones pirenaicas en la provincia de Gerona, el lago de Bañolas que alimenta sus propios manantiales. Uno y otro son de tal profundidad que hasta época reciente no se habían explorado y que pasan de los cuarenta metros.

El Lago de Sanabria o de San Martín de Castañeda fué hasta la modernidad casi inaccesible.

Lo temeroso de aquellas sierras que llevaban al extremo de provocar alucinaciones, espejismos en la imaginación del que se veía obligado a cruzarlas, como le ocurrió al Barón de Tal...cuyas descripciones hallamos en leyendas en las que hace de aquellos

⁹³ Nota con letra de la editora María Héctor dice: "Su último Jardín fue el de Puente San Miguel para el Sr. Botín del Banco de Santander que escribió invitándome a visitarlo diciéndome que era una de las obras de jardinería más bellas de España".

temerosos lugares el fantástico relato de encontrar en ellos terribles monstruos alados solo existentes imaginando quimeras góticas.

No le va en zaga en lo que a Bañolas se refiere donde el Dragón que habitaba el lago, solía salir de él causando el terror en la comarca. Bien es verdad que en la última excursión de tan terrible monstruo, fue requerido San Benito que estaba diciendo misa y dirigiéndose a él, le echó la estola al cuello y se lo llevó atado como pacífica bestia. Más no eran sólo horribles monstruos sino las Ninfas que tenían sus palacios en las quiebras graníticas de las Estunes; pero mientras el Lago de Sanabria quedaba velado por la mística imaginación primitiva, el de Bañolas fué ocupado por los monjes cercanos en la época carlovingia, llevando la cultura a aquellas aguas que bañaron en la edad Neolítica al hombre de Neanderthal, cuya mandíbula nos muestra en fósil con sus muelas gastadas a bisel de masticar raíces, el señor Alsius, nieto del descubridor de tal documento troglodita. Más a los Monjes Benitos les fué concedido el señorío de este lago con cuyo caudal crearon la riqueza de sus contornos sangrando sus aguas para los batanes y los riegos de sus heredades que siguen en la actualidad ofreciendo la explotación de sus frutos. Suerte que para la conservación de estas bellezas, ofreció el Lago, que con sus manantiales propios pudo ofrecer a la ingeniosidad del hombre, (94) su oferta sin menoscabo de la emoción de paz de la Creación.

Si el lago de Sanabria por su nivel altísimo puede ser desangrado por la ingeniería moderna, consumiendo su enorme embalse, en cambio el de Bañolas ofrece sus posibilidades económicas sin menoscabo de su nivel.

Su forma es la de un ocho en que sus dos desarrollos semi-circulares están ocupando sendos cráteres profundísimos, y sus aguas tranquilas, rielantes, alborotadas por las brisas reflejando las montañas y las nubes ofreciendo un sinnúmero de matices a cada instante generalmente con la placidez levantina, reflejando sus aguas, ya los pinos, los álamos y los sauces que sus aguas besan, ya las obras poéticas del Medioevo de la iglesia de Porqueras, con sus negros cipreses.

El espíritu catalán ha podido y ha sabido respetar la emocionante obra del Creador acomodándola a la necesidad humana. En torno al lago se ha formado en su circuito de ocho kilómetros

⁹⁴ *Comas añadidas para mejorar la lectura: "ofreció el Lago, que...propios, pudo..."*

una carretera que permite recorrer su periferia. En sus orillas que en la prehistoria ocuparían los palafitos se han construido pesceras.

Desde la ciudad de Bañolas, las carreteras próximas y la Font Pudosa, se han construido también amplios accesos, por un canal, se ha unido el Lago con el Estanyol, fomentando la cría de peces, y esta labor cultural que los monjes iniciaron en la Edad Media, aún continua, contribuyendo a ella el Estado español, pero principalmente llevada a cabo por el mismo pueblo de Bañolas, por los representantes de los municipios a quien desde la Edad Moderna ha ido a parar la propiedad del Lago, que explotan al par de cumplir el deber espiritual de conservar y aún de acrecentar sus bellezas y hacerlas practicables, cumpliendo el deber moral y material que la cultura de la modernidad exige.

Distinto es el problema que amenazar puede las bellezas del Lago de Sanabria. No existe en sus contornos una ciudad como en Bañolas. Ciento que al igual que en ella otros frailes labraron cerca de él su monasterio y explotaron la rica y abundante pesca. Las pescas de truchas de este lago son famosas y hasta la actualidad han atraído desde lejanas naciones a los aficionados a este deporte, pero al desaparecer los monjes no hubo como en Bañolas quienes los sucedieran. La falta de comunicaciones hasta época reciente impidió que fuesen anárquicamente explotadas las riquezas de sus aguas y contornos. Pero esa anarquía llegó muy luego a destrozar la pesca con dinamita, los robledales y los otros bellos árboles que se miraban en sus aguas fueron talados por la codicia, desterrando las manadas de corzos que bajaban a beber en sus aguas, y menos mal que la misma abruptez de los montes que las encierran cobijan aún parte de caza mayor y menor que antes abundaba. Sólo siguen abundando los lobos y otras destructoras alimañas, menos dañinas que la acción: humana, no ya de la barbarie sino hasta de la modernidad científica cuando los intereses materiales no van unidos a la cultura de la moderna civilización, cuando sólo se atiende la materialidad con absoluto desprecio por la espiritualidad sin la que el hombre no es hombre. Bien dijo aquel que dijo, que el salvaje adora la Naturaleza porque la teme, mientras que el hombre plenamente civilizado la ama porque la comprende y aprecia, pero el hombre a medio civilizar la desprecia, y sólo va a su lucro.

Y menos mal que al agudizarse el ansia de explotación ha surgido la reacción de las clases verdaderamente cultas españolas. Cultura integral, que ni desatiende las posibilidades de vida para las necesidades ni desprecia la significación espiritual de la Creación. Tal reacción tenemos la satisfacción de ver que ha sido poderosa. De media España, han ido a las orillas del Anchurón del Tera representaciones culturales propugnando la conservación de tanta belleza como interés geológico. Bien es verdad que aunque el Lago de Sanabria como el de Bañolas, son para el vulgo español inexistentes, pocos han sido nuestros intelectuales que no pisaran sus márgenes y recibieran sus emociones.

Representaciones culturales, como digo, de media España, han llevado su reacción a las riberas del Sanabria y de esperar es, que el Gobierno de la Nación tenga en cuenta lo que ello significa, puesto que si a utilidad material vamos, mayor sería también que muchos de los monumentos tanto de la antigüedad como los que ahora se construyen, y que los boulevares y avenidas de nuestras grandes ciudades tuviesen sus perímetros sembrados de cebada, pero no sólo de pan vive el hombre (95).

La inquietud que ofrece el problema de Sanabria no alcanza a lo que a Bañolas se refiere. Allí bien pueden estar orgullosos sus moradores, de haber conservado las inefables bellezas sin detrimento de la explotación que la necesidad impone, y no sólo porque los problemas de aprovechamiento sean distintos pues si el Lago de Bañolas no habría por qué variar su esencia, la cultura ininterrumpida ha velado no sólo por sus aguas sino por el marco que las valoriza y encierra, marco que cuida y pule como complemento de tal joya.

En Septiembre de 1940 hice el Informe sobre el Lago de Bañolas que me había encargado el Patronato del Lago.

El Lago de Bañolas fué declarado Paraje pintoresco el 22 del VI de 1951.

En el año 1952 presenté el Informe sobre la conveniencia de declarar Paraje Pintoresco al Lago de Sanabria y sus contornos al Patronato de Jardines artísticos y Parajes Pintorescos de España.

⁹⁵Para conseguir realizar las ideas en el párrafo, se ajustó el tiempo de los verbos y la puntuación a una forma directa. La filosofía del momento histórico, que compartían el autor, Winthuysen, y María Héctor, trataba de mitigar y analizar el porqué de la carestía y existencia de clases no privilegiadas. El alimentar al pueblo, algunos futuristas decían, se hará sembrando los encostes de carreteras y caminos.

(El Informe sobre el Parque del Lago de Bañolas es un modelo de cómo se debe proceder para proteger bellezas paisajistas.)

Ocioso sería pretender exaltar la importancia paisajista del Lago de Sanabria, existiendo sobre él una extensa bibliografía sobre sus diversos aspectos, que serían más que suficientes, para considerarlo de Interés Nacional; pero aún hay que aducir otras razones para recabar la urgencia de que sea declarado Paraje Pintoresco.

Al visitar estos lugares, quedamos sorprendidos y admirados de su grandiosa y singular belleza. Su gran masa de agua, queda encerrada por altos montes cuya vegetación baja desde las cumbres a las orillas del Lago, albergando una fauna en la que hallamos desde la caza mayor, corzos y jabalíes, hasta las especies anfibias entre ellas las nutrias, palmípedos y zancudas; y, en sus aguas, variedad de pesca en que las truchas constituyen importante riqueza. Si en las diferentes estaciones del año, se nos presentan magníficos panoramas con las diversas variedades cromáticas de su flora, en las grandes nevadas, toma aquel gran conjunto, un aspecto verdaderamente fantasmal.

Pasada la impresión de estas bellezas, podemos apreciar como la acción del hombre ha ido menoscabándola descuajando bosques, ahuyentando de ellos la caza y disminuyendo la pesca con procedimientos abusivos, y menos mal, que el aislamiento de aquellos agrestes lugares, debido a falta de fáciles comunicaciones ha hecho que el daño causado hasta ahora no alcance perjuicios irremediables para su aspecto general: pero en fecha próxima, la extensión de la línea férrea hasta Puebla de Sanabria, y dada la creciente afición por las bellezas naturales, determinará que aquellos lugares sean bastante visitados y sobrevendrán los consiguientes abusos y destrozos, si con anticipación no se dictan disposiciones que los impidan, uniendo la acción del Patronato de Jardines y Parajes pintorescos a la de conservación forestal y de caza y pesca ya existentes, pero que no son bastante para velar por el aspecto estético que al dicho Patronato de Parajes Pintorescos interesa, como es; impedir explotaciones y construcciones en pugna con el aspecto de la belleza del paisaje y velar para estos fines sobre las obras que necesariamente se han de realizar para la expansión turística, estancias y práctica de deportes.

Una amenaza para el aspecto del lago hay que señalar; el proyecto que existe para el aprovechamiento de sus aguas que alteraría el nivel de ellas y que según opiniones de personas competentes, su rendimiento sería mucho menor al que supone el desarrollo del Turismo y aprovechamientos deportivos; y sobre todas estas consideraciones, la que implica la conservación de las Bellezas Naturales y su significación cultural.

En apoyo de la acción que propugnamos, creemos oportuno citar el precedente semejante que presenta la declaración de Paraje Pintoresco del Lago de Bañolas y sus contornos, a cuyo paraje viene prestando atención nuestro Patronato desde hace años cuidando la conservación y aún el aumento de sus bosques, propagación de su pesca y trazado de caminos y obras necesarias, sin menoscabo de sus bellezas, sino realzándolas.

Cierto es, que a estos fines ha colaborado de un modo importante, la acción meritísima del Ayuntamiento de Bañolas que desde tiempos remotos posee la propiedad de este lago y sus explotaciones, haciendo trazados que permiten recorrer sus contornos, y realzando, con la colaboración del, Patronato, y del Patronato local que en Bañolas existe, obras como el belvedere o "Mirador del Lago" canalillos, puentes, accesos, plantaciones, etc., para la necesaria expansión pública de aquellos lugares cada vez más concurridos.

Esta acción quedará completada por los trabajos que en la actualidad realiza la Comisión de Urbanización de la Provincia de Gerona, que tendrá en cuenta los contornos de este lago para la conservación del carácter paisajista.

Respecto al Lago de Sanabria, no existen tales circunstancias de que una entidad local pueda atenderlo con la eficacia que supone la proximidad e interés propio, pero el amor de los zamoranos y el orgullo de tener próxima tan singular belleza y posibilidades deportivas, bien podría determinar que, con el apoyo de sus personalidades destacadas, se constituyese una Sociedad protectora de estos lugares, incluso con la concesión por el Estado de su guardería y aprovechamiento deportivo (96) y que ejerciese acción eficaz e inmediata sobre tales bellezas tan dignas de con-

⁹⁶ El editor corrige: "aprovechamientos deportivos", en mi opinión "aprovechamiento deportivo" suena mejor.

servación, colaborando así la acción del Patronato de Jardines y Parajes pintorescos en España.

Arte

Al cabo de mis años, de mis ochenta años, he llegado a la conclusión de que en Arte tanto pone el que lo hace como el que lo mira, y sobre todo cuando el Arte es tal Arte, porque cuando solo es artificio, cuando no va precedido (o seguido) por un concepto estético, está al alcance de todo el mundo, y de aquí el triunfo do la mediocridad para el vulgo.

¿A quien le va a parecer mal un retrato que tenga todos los pelos y señales del modelo como una fotografía? ¿Quien ha de poner tacha a una música que marque el compás de un baile o simplemente que anime nuestros pasos? Pero si el retrato entraña un carácter, una psicología, el bodegón una expresión puramente pictórica o la música una armonía inefable ¿Qué entiende mi vulgaridad de eso ni qué me importa?

Pasa lo mismo a esos amateurs que compran cuadros para sus salones. Si el cuadro que adquiere le ha costado medio millón, ya está bien. Un millonario no va a colgar en sus paredes un cuadrito que valga dos pesetas. Un diletante que se tenga en algo, no se va a meter en una sala de variatés ni en un concierto en que la butaca cuesta lo que puede gastar un empleado de comercio.

El Arte no tiene otra trascendencia que la distracción o la satisfacción de la vanidad.

El Arte hay que saberlo apreciar mediante la propia sensibilidad; es decir ser también artista en esencia y entender de ello. Y ¿quién entiende?

Yo he oído decir a personajes conspicuos (en la intimidad y *soto vocce*) que Greco es un estafalario, que una sonata de Beethoven es aburridísima, que Goya no sabía dibujar y hacía peleles y que un cuadro de Renoir parecía un montón de sopas de hierbas. Y esto, no a gente inulta sino a personas de altos cargos culturales.

Y como cuando se llega a viejo se pierde la acción que anima la existencia se impone el examen de conciencia para prepararse a bien morir, suelo preguntarme:

¿Por qué he sido yo pintor? ¿Por qué he sentido tantas dudas y me he esforzado tanto por llegar a desentrañar mis ideas? Y después de analizar mi labor, encuentro que si me he empleado en semejantes elucubraciones ha sido simplemente una fuerza oculta y cuya naturaleza ignoro, me ha empujado a ello, y porque mi sensibilidad es tan impresionable, que lo mismo me creo un dotado si me lo dicen, que un inútil, y porque tengo un modo de ser, que en vez de dividir mi acción según lo que me convenga o no, la divido en lo que me gusta y no me gusta y, me ha gustado pintar sin que en el fondo me haya importado que le parezca a los demás bien o mal lo que pinto, sino que me lo parezca a mí. Soy “como Juan palomo: yo me lo guiso y yo me lo como”.

Tener mi habitación llena de cuadros míos, y recrearme en ellos si los encuentro bien, o romperlos y tirarlos si me parecen mal, me resulta una satisfacción, una finalidad de vida.

Cada paisaje es para mí algo que yo no he hecho sino que lo hizo mi subconsciente. Los miro como obras ajena, aunque al par me suscitan los recuerdos de cuando los pinté, de las emociones que me los hicieron pintar o que los pintara mi otro yo, y así he venido a ser no solo pintor, sino amateur y hasta mecenas de mí mismo, porque ¡hay que ver lo caro que me ha costado todo esto!

De vanidad, ni un pelo. Ya lo decían mis maestros cuando era niño y mi madre les pedía informes. Decía el maestro: — Es inteligente y tiene facilidad para el estudio, pero no le gusta trabajar, y como carece de amor propio, no hay forma de hacer carrera de él.

Esto no quiere decir que haya sido un vago, he trabajado a veces del modo más intensivo en.... lo que me ha gustado, pero en lo que hayan querido los demás que trabajase, no. Yo no he nacido para esclavo ni tan siquiera esclavo de mi propio deber. Yo no he servido a nadie. Yo he sido siempre un Gran Señor, incluso de mí mismo, y si la fortuna me hubiese dotado de riqueza hubiese representado en el mundo un gran papel, pero la realidad me ha constreñido solo a imaginar. Lo cual, después de todo da igual, porque que más da la realización que la imaginación.

Entregado a esta última he cortado la cabeza a muchos enemigos, he pintado como Velázquez, como Teotocopulo (97), como Sisley! Como Dios.

Que el vano dedo que decía el poeta no me haya señalado o me haya señalado, no me ha importado gran cosa, y cuando he tenido ha posibilidad de recoger honores o dinero, he solidó abs-tenerme y llamar a los demás y decirles.

¡Ahí tenéis esas migajas que aprovechen!

Ya veis que no me inhibo por modestia, sino al contrario; por orgullo demoníaco. Aunque no vayais a creer que esto satisfaga a mi humildad, de la que también presumo, pues gusto de ser humilde siendo altanero.

Pero no es de esto de lo que trataba sino de mis sensaciones sobre el Arte socialmente considerado.

El Arte en mi tierra, en Andalucía, o determinando más en Sevilla, que es la mejor ciudad donde culminó con su gracia, porque Andalucía es muy dispar, hasta el extremo, que si la tomamos de Sur a Norte remontando el Guadalquivir, nos encontramos desde la finísima y dorada arena que la corriente va depositando en la tendida playa de doce leguas de la costa onubense hasta la costa S.O. gaditana, que la misma finura de esta arena encontraremos en la finura de Cádiz, pleno de distinción, mientras que si remontamos el río desde Sevilla, la arena está menos trabajada hasta formar poco mas arriba preciosos guijarrillos en Córdoba, y de allí para arriba ya en Jaén, cantos rodados que pulen las corrientes arrancando las peñas de Sierra Morena donde se dió de calabazadas Don Quijote.

Todo esto representa el reino de Sevilla de sur a norte y otro tanto de Sevilla a Oriente si remontamos el Genil.

Sevilla está en el punto culminante de este panorama geológico y lo mismo que el sedimento de su suelo es su carácter espiritual, bien raro por cierto, por desorientador.

Sevilla, desde la época de Tartessos, antes de que llegaran a ella los Fenicios, era emporio de Arte y de riqueza y la corriente Bética formó su suelo acarreando arena y fertilizándola con su limo, las culturas orientales la saturaron y aún le queda el sabor.

⁹⁷ Sin duda el autor se refiere a: Dominikus Theotocopoulos, El Greco.

En Sevilla el Arte es gran cosa pero no tal a cual Arte sino el Arte en sí.

Nada cabe sin ir aparejado con lo bello; el baile las canciones, el exorno, y por qué no decirlo, hasta el toreo y el modo de andar y de hablar. ¡Sevilla! ¡Sevilla! En mis tiempos de la Sevilla decadente o mejor dicho ¡decaída! decían de ella los hombres sensibles e inteligentes que solo encontraban dos ciudades interesantes. París y Sevilla.

De cuantos viajes hice de una a otra perdí la cuenta, y no lo digo por cursi patriotismo sino porque al perder la Gracia de Sevilla, no hallaba consuelo hasta llegar al *Charme* parisién.

En tales peregrinaciones sólo hacía un alto en el Museo del Prado para ofrecer mis respetos al mejor de los sevillanos a Don Diego Velázquez de Silva el Pintor de los Pintores por lo demás del trayecto pasaba fastidiado en mi coche de tercera, aunque más tarde me fuí deteniendo, en Córdoba que del Califato y de su espíritu sólo queda el Mirab de su Mezquita aunque para disfrutarla en su esencia haya que limpiarla de sus bestiales trastornos, y también el disfrute del ambiente de sus campos luminosos, luminosidad nítida, cielo azul con cúmulos de oro que parece que se alcanzan con la mano, una bóveda celeste que se diría que se puede llegar a ella y hablarle a Dios de tú! Córdoba país recio, culto panteísta, hasta junto a la tumba de un cementerio ví un ci-prés que no era triste sino joyante y lustroso como de terciopelo y junto, un naranjo con sus pomas rojas y sus hojas de esmeralda cayendo el ramo sobre la losa fúnebre y borrando su tristeza como borraba también en las Ermitas la de la calavera de un nicho junto a la que brotaba esplendido un geranio rojo. ¡Es mucha Córdoba! ¿Y sus olivares de plata sobre la tierra de cobre reluciente? Y los riscos de su sierra vestidos de musgos entre los arroyos brillantes, centelleantes de sol, festoneados de adelfas ¡Es mucha Córdoba! País más recio y más calmoso no se encuentra.

El tiempo parece que no transcurre, lo mismo se están dos amigos una hora que dos ante un vaso de Montilla sin hablar siquiera y diciéndoselo todo para adentro

También hice mis paradas en Toledo. Toledo es pura Arqueología. La imperial ciudad parece que la han roto a mazazos y lo romano y lo árabe, lo judío y lo plateresco y hasta lo barroco lo

vemos todo revuelto y los “Grecos” parecen desenterrados ¡Que viejo es Toledo! Se quiere parecer a mi Sevilla donde la Giralda parece que la hicieron ayer, donde los acarreos cubren el suelo de un manto nuevo, en vez del socavón del Tajo.

También frecuenté las altiplanicies castellanas, sobre todo las abulenses, recuerdo de santos y caballeros de cuando Castilla fue Castilla con sus construcciones graníticas partidas por los hielos, con su cielo alto, muy alto y limpio en que los crepúsculos son incoloros, con sus suelos cardenosos o vestidos de la estameña del tomillo y el cantueso con su flor morada.... o desnudos con el cristalino cuarzo y los riscos hirientes. Tierra de penitencia y misticismo en la que para librarse del martirio hay que mirar al infinito cielo.

¿Francia? Poco se de Francia. Para mí Francia solo fue París, y París no es Francia, de París me importa el gótico. Lo de *liberté, égalité et fraternité* me parece música de Manont, y lo *gourmet* mucho menos, me asquea, me interesa más la griseta que se mantiene con un *escargot* y unas patatas fritas, como un flamenco sevillano con un puñado de camarones y media caña de blanco.

Lo que asemeja a París con Sevilla es la Gracia y el *Charme*, y en lo que se diferencia es que la Gracia de Sevilla no pasa del ambiente y del Folklore mientras que el *Charme* parisén se eleva hasta el más fino sibaritismo y la más alta cultura.

Que lástima que París y Sevilla no estuviesen más cerca. Lo digo porque lo que ha tomado España de París ha sido por el más cercano contacto de las regiones fronterizas. El Impresionismo (puesto que de lo que yo trato es de Arte) ha costado mucho trabajo trasladarlo a Andalucía. ¡Está tan lejos! Solo Juan Ramón Jiménez lo pescó en el aire. Lástima que no hubiese sido pintor y hubiese dejado gráficamente la divina prosa de su Platero. Los del norte tuvieron el ejemplo más accesible. Canals, aunque de segunda mano nos aportó frutos frescos, pero en cambio los vascos exceptuando a Iturrino que no maduró lo que traía, quedó seco en Regoyos, a causa de su cielo de panza de burra, y no digo nada de Zuloaga que tuvo el mal-ángel de llevar a la árida y luminosa meseta castellana a pintar la “España Negra” perdiendo lo que ya había sabido tomar de Manet, y no digo nada de Daniel Vázquez Díaz con el sistema de sus grises que para quitarle las

ropas a sus interesantes figuras, para desnudarlas, se necesita un abre-latas.

Lo notable del caso es que todos ellos se dicen adoradores de Velázquez... de Velázquez a quien solo Manet supo ver.

Bueno. Lo que sigo diciendo después de tantas digresiones es que en Sevilla la Estética es consustancial a la vida. Si bailan se-
mejan revuelos de mariposas, si andan, parece que bordan el suelo con sus piececitos. Lo más humilde se reviste de blanco y hasta do oro y brillantes gemas, pero de esa sensualidad popular no se pasa.

Y ¡Qué raro! Cuidado que es pesada la poesía de la Escuela Sevillana cuidado que son vulgares sus pintores modernos, (hablo de los de mi tiempo porque a los actuales no los conozco) y por eso en mis tiempos aunque la Gracia subsistía, las Bellas Artes se despreciaban.

El moro Cislán personaje sevillano del que daré una explicación, decía refiriéndose a la Pintura: — El Arte es una puñeta.

En el sentir popular sólo queda Murillo, el pintor de la Inmaculada. El primero que supo pintar el aire y el que copia escenas de la realidad con tanto arte, con tanta ciencia, con tanta sensibilidad. Gran pintor al que han querido vilipendiar los intelectuales cursis ateos, o anticlericales, por el contacto que tuvo con el Dogma, por su creación de la Inmaculada, *Totta pulcra* lo cual es bastante para el odio del rastrero materialismo. ¡Groserías! ¡Groserías!

Si prescindimos de ideas para quedarnos sólo con un concepto estético de la intelectualidad moderna me gustaría poner en fila un cuadro de género de Murillo junto a producciones semejantes de su misma época no importa de que pintor o escuela.

Bueno. Para la creencia del pueblo sevillano, después de Murillo nadie. Pero la Pintura moderna como decía el Moro Cislán — Es una puñeta.

El Moro Cislán a quien yo conocí de niño, era un comerciante que tenía una tienda en calle Alcuceros, donde vendía arreos de bestias, alforjas, mantas, etc., de cañamazo bordado con estambre de colores, y también babuchas y correajes.

Me parece estarlo viendo, sentado en el verano en un sillón de neas en la puerta de su tienda, viendo desfilar a las graciosas cigarreras con sus pañolitos de espuma, sus enaguillas airosas, sus pies pequeños bien calzados y su lío de pañuelo de color para llevar planta. Que saladas y desvergonzadas eran las tales cigarreras.

El Moro Cislán era un viejo muy guapo con hermosa barba blanca, su turbante y su túnica bordada. Se complacía viendo desfilar los grupos de bellas muchachas y echándoles piropos. Era un moro sevillano, sevillano neto a quien lo que está fuera del alcance material no interesa. Tenía un hijo que ya no vestía de moro y que le daba por ser pintor, contra la voluntad de su padre por no gastar en chismes del oficio.

Y por esto decía que el Arte era una puñeta.

Lo que pensaba el Moro era igual a lo que todos creían en Sevilla, desde el menestral al aristócrata. El Arte era una puñeta.

Algunos menestrales aceptaban el oficio que al fin y al cabo pintando panderetas y abanicos para los ingleses (se desconocía entonces la palabra turista y todos los extranjeros eran ingleses) se sacaban más que con un jornal, pero que un caballero se diera a pintor era cosa de loco o de imbécil. Yo desde luego era bastante imbécil.

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

Decreto de 14 de Marzo de 1934

Gaceta de Madrid número 73 Pág. 1968

En todas las culturas aparecen los jardines como una de tantas expresiones estéticas. Los países europeos en que existe una tradición de este arte, conservan con orgullo sus obras del pasado, que constituyen una de sus principales galas. Inútil sería encarecer la importancia de los jardines de Italia, Francia, Inglaterra, etc., sobre los que existe tal número de publicaciones desde el Siglo XVI a la actualidad que sería difícil enumerarlas y enseñanzas especiales que han permitido mantener el concepto de estas obras, conservarlas y continuar este arte. Otro tanto ocurre en naciones modernas como los Estados Unidos de Norteamérica, donde la enseñanza artística de la jardinería tiene gran importancia y sus pensionados paisajistas recogen los ejemplos de Europa para sus producciones inspiradas en estas obras clásicas que en

todas partes son respetadas y consideradas como monumentos tan importantes como los de otra índole.

Aparte de las consideraciones que van señaladas, concurren en los jardines españoles circunstancias espacialísimas que elevan su interés para las Bellas Artes. España es el único país de Europa que conserva un jardín medieval, en parte, tal como fue creado. Desde esta obra hispano—morisca hasta la actualidad, por la sucesión de aportaciones del arte europeo y las modalidades propias que se han desarrollado, encierra España en el conjunto de sus jardines la historia completa del arte de la jardinería con sus ejemplos hispano—árabe, mudéjar, escurialense, renacimiento, italiano, barroco, clásico francés, neo—clásico, romántico y actual resurgimiento sevillano. Por la particularidad geográfica de España y sus diferentes suelos y climas, toman sus jardines en las distintas regiones matices que vienen a aumentar las riquezas de las modalidades citadas. La modalidad andaluza fraguada con los diversos estilos durante la historia ha llegado a constituir el tipo de jardín conocido con el nombre genérico de "Jardín Andaluz" que ha tenido en la modernidad la extensión mundial que es sabida, con las obras de Forestier en Sevilla y Barcelona, llevadas también al protectorado francés de Marruecos, y por los paisajistas americanos a las obras de California y Florida, aprovechando así los extranjeros nuestra tradición, que pudiera ser una expansión para nuestros artistas, de existir en España una atención para nuestras obras del pasado (únicas) y una enseñanza especial artística de jardinería.

Ninguna de las consideraciones expuestas ha sido bastante para que se haya reconocido hasta ahora toda la importancia de la conservación de estos monumentos. Para nadie es un secreto los que se han ido arrancando de cuajo, los que están reducidos a ruinas, aun muy apreciables, y el desvirtuamiento que siguen sufriendo muchos de ellos por abandono, incuria o por reformas improcedentes. Considerando la importancia estética o histórica de estas obras, la no menor para el interés social y la trascendencia que para el arte moderno se derivan; estando todo por hacer en este orden y creyendo de conveniencia nacional el desarrollo de una política de nuestra jardinería, sería necesario proceder a la catalogación de los jardines para fijar lo existente, declarando monumento de interés artístico estas obras, que, por su calidad especial de vitalidad y continuado desarrollo, no pueden ser consideradas como otra clase de obras inertes, y que necesitan un

régimen especial e idóneo para ser conservadas e inspeccionadas por la Dirección General de Bellas Artes, en armonía con lo que establece el artículo tercero de la Ley de trece de marzo de mil novecientos treinta y tres.

Por las razones expuestas, a propuesta del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo I. Se crea un Patronato encargado de la conservación y protección de los jardines de España.

Artículo 2. Corresponde a dicho Patronato, no sólo velar por la integridad de los jardines que se declaren de interés artístico, sino proponer e informar sobre los que han de ser objeto de tal declaración y promover y encauzar toda clase de iniciativas que redunden en favor de los monumentos de esta naturaleza.

Artículo 3. El Patronato estará constituido por un Presidente, que lo será el Director General de Bellas Artes; dos Vice-Presidentes, uno el director general de Propiedades y el otro el Presidente del Patronato Nacional del Turismo; seis vocales, nombrados por el Ministerio a Propuesta del Director General de Bellas Artes, y un Secretario, que lo será el Jefe de la Sección del Tesoro Artístico.

Artículo 4. El patronato administrará directamente los recursos que se logren, subvenciones, donativos, legados, billetes de entrada, productos de venta de publicaciones, etc. El Presidente ordenará los pagos.

Artículo 5. Por el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes se dictarán las órdenes oportunas para la ejecución y desarrollo del presente Decreto.

Dado en Madrid a trece de marzo de mil novecientos treinta y cuatro.

NICETO ALCALÁ-ZAMORA Y TORRES

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,
Salvador de Madariaga Rojo

CRONOLOGÍA

Autoría:
Cristina Aymerich, 1999.

CRONOLOGIA

- 1.874 Nace.
- 1.876 Se mudan de casa: de la calle Bilbao a la calle Tetuán.
Primeras letras: Colegio de Don Bernardo.
- 1.882 Se matricula en la Escuela Sevillana.
- 1.884 Examen de ingreso.
- 1.888 Ruina familiar; se remonta.
Nuevo colegio: Don Francisco.
Clases nocturnas de dibujo con Joaquin Guichot.
Contacto con D. Trinidad Bertendona -famoso restaurador sevillano- que le inicia en el verdadero conocimiento del Arte.
Embebido en la lectura. Literatura clásica.
Se matricula en la Escuela de Bellas Artes. Clases de paisaje y perspectiva. Desencantado y disconforme con el concepto y los métodos de enseñanza, la abandona a los pocos meses.
- 1.892 En el estudio de José Arpa.
Primeros cuadros (La huerta, Sevilla. La huerta del Alcázar. Jardín del Alcázar).
Primeras influencias: Fortuny, Villegas, G. Bilbao.
Amistad con Juan Ramón Jiménez.
- 1.898 En el estudio de Gonzalo de Bilbao, "Mi maestro".
Más influencias: Zuloaga, Regollos, Canals.
Monta un estudio y pinta en la azotea-jardín de su casa.
Temporadas de aislamiento pictórico en "Buenavista", hacienda familiar en Castilleja (pueblo próximo a Sevilla).
- 1.900 Día del Corpus Christi, muere su padre.
Segunda mudanza: al barrio de Santa Cruz. Ya solo con su madre; las tres hermanas han ingresado en el convento.
Producción pictórica: en el jardín de los Cepero, paisajes de Alcalá de Guadaira, retratos en el estudio de la nueva casa.
Madurando el concepto impresionista.
- 1.903 Su primer viaje a Madrid.
Participa en una colectiva, en Sevilla, con El jardín de los Cepero.
En Primavera, A PARIS.
El Museo de Luxemburgo. Escuelas Italianas, Flamencas y Holandesas.
El Impresionismo.
- 1.904 Pinta en Vizcaya; en Madrid. A Toledo. Al Escorial.
- 1.905-12 Pinta en Córdoba y Sevilla.
Temporadas en Alcalá.
- 1.906 En la Exposición Nacional: cuatro cuadros. Uno de ellos El Valle de Arratia. Mención Honorifica.
- 1.907 En el Círculo Artístico, de Barcelona, participa en una colectiva.
Vuelta de Antonio Lozano de París: trae un encargo de los jardines de un Château de Villandry. Inicia Winthuysen con Lozano un proyecto

- conjunto que, aunque termina disolviéndose, fué el origen de que Winthuysen siguiera después la Arquitectura de Jardines.
- 1.911 Se ha casado.
- 1.912 2º viaje A PARIS, con su mujer. Esta vez cuenta con Vazquez Diaz, Clará, Bourdelle. El Louvre.
- 1.913 Nace su hijo Javier (2 de Marzo).
2º viaje a Madrid: estudio del Greco, en el Museo del Prado (Junio). Se va solo a Córdoba: estancia realmente fructífera, trabaja con ansia pintando paisajes y jardines.
A Granada (Agosto).
De nuevo a París (Sept.).
- 1.914 Expone en el Salón de Otoño (Jardín de Granada y Jardín de los Cepero, dos de los seis que había presentado) y en Los Independientes.
Regreso a España, ya con Salud, su mujer, y con su hijo Javier: por Andalucía, a Alcalá, a Sevilla. Y a Madrid: restablece el contacto con el ambiente literario.
- 1.915 Breve viaje, Winthuysen solo, a París.
- 1.916 Exposición en la Casa Vilches, Madrid.
Ya establecido en Madrid, toma un estudio y pinta (Salud en París). Artículo sobre Anglada Camarasa, publicado en La Correspondencia. Publica *Los Mochuelos*, en Le Figaro.
- 1.917 En Alcalá de Guadaira.
Publica *Jardín sevillano*, en el Liberal (Sevilla).
Presenta dos paisajes en una colectiva.
- 1.918 Situación económica insegura. Pide una pensión a la Junta de Ampliación de Estudios; apoyo de Joaquín Sorolla.
Curso de Botánica.
Pensionado, visita los Jardines Históricos de España.
Nace su hija Salud.
- 1.920 Publica *El Parque*, poesía, en la revista Grecia.
- 1.922 A partir de esta fecha se centra en su labor como Jardinero.
Conferencia en el Ateneo de Madrid, haciendo acopio de los trabajos realizados en las visitas, sobre los *Jardines Clásicos de España*. Exito. Se repite la conferencia: Residencia de Estudiantes, posteriormente Londres, París.
La conferencia es publicada en la revista Arquitectura, de Madrid, y en L'Art Ancien et Moderne, de París.
Participa en una exposición colectiva en el Ateneo, junto con Maroto, Barradas y Cristóbal Ruiz.
- 1.923 Se introduce en el Círculo de la Residencia de Estudiantes. Proyecto de Jardín.
Publica en La Voz un artículo en defensa del arbolado madrileño, que dará comienzo a una posterior serie de artículos.
- 1.924 2º Exposición en la Casa Nancy, de Madrid: veinticuatro paisajes, un proyecto de jardín.
Participa en Aranjuez en una colectiva (En el G. Escolar F. Franco, de aquella Villa).
Expone en las Salas de Honor, junto con Rusiñol, A.Camarasa,

- Sorolla. J.Mir, Meifrén, C.Haes, Beruete y otros.
 Publica *Los Jardines de la Moncloa*, en la revista madrileña de la Biblioteca Archivo y Museo Ayuntamiento. Y *El resurgimiento del Jardín Español*, en La Esfera.
- 1.925 Publica *Ciudades Jardines Españolas*, en El Auxiliar de Ingeniería.
- 1.927 1.927 Más publicaciones: *Resurgimiento de los Jardines Clásicos* en la revista Arquitectura; *El jardín y la naturaleza*, en España Forestal; *Mirando a Andalucía*, en La Esfera; *Paseos y Jardines*, en la revista de Bellas Artes.
- Conoce a María Hector, que será su musa; hija de su amigo Juan Héctor, abogado y crítico y amante del Arte.
- 1.928 1.928 Más publicaciones: *Arquitectura Paisajista*, en la revista Arquitectura; *Jardines antiguos y modernos*, en el Manantial; *Ciudades jardines*, en La Ciudad Lineal.
- 1.929 1.929 Más publicaciones: *Arquitectura paisajista*, en Estampa; *La agricultura y el jardín*, en El Progreso Agropecuario.
- 1.930 1.930 Participa en la "Exposición Regional de Arte", en la Casa de los Tiros, Granada.
- Es por fin publicado su libro *Jardines Clásicos de España*.
 Un artículo sobre Forestier, en la Revista de obras públicas.
 Nace en Madrid su hija Beatriz.
- 1.930-35 1.930-35 Intensa actividad en la realización y proyectos para jardines urbanos y particulares: en la Colonia del Viso, Sres. de Olarra, Salvador Madariaga. Ortega y Gasset y estudios sobre la ciudad de Madrid. Proyecto del primer jardín paisajista, en Santander.
 Winthuysen es nombrado Inspector General del recién creado Patronato de Jardines Históricos.
 Publica *La importancia social del Jardín*, en El viajante de comercio. En 1.932 comienza una serie de publicaciones en el diario Luz, de Madrid.
- 1.935 Nace en Madrid su hija Teresa.
 1.936 Se alista en el ejército su hijo Javier; muere en el frente.
 Durante la Guerra Civil, trabaja con María Hector para Protección de menores en tres colegios madrileños; y después en Requena, un pueblo de Valencia.
- 1.938 1.938 Encargos de inspección de jardines: en Brihuega, Monforte, Valencia, Benicarló.
 Mantiene el contacto con algunos artistas: V.Macho, E.Barral, C.Ruiz, Solana, Souto, Bores, Popelreuter.
- 1.938 1.939 Se traslada a Barcelona.
 En Las Corts, "...resucitó el paisajista!", "...sin fluctuaciones, dentro del más estricto Impresionismo".
- 1.941 1.941 Exposición en el Palacio de la Virreina, de Barcelona.
 Breve viaje a Madrid: Winthuysen es de nuevo nombrado Inspector y Vocal del Patronato de Jardines, recién reconstruido.
- 1.941-44 1.941-44 Temporadas de intensa producción pictórica en Vallvidrera: "...donde trabajé todo el verano".
 Promueve la creación de zonas naturales protegidas como "Paisajes pintorescos": Lago de Bañolas, de Sanabria, el Palmeral de Elche, el

- paisaje de la Albufera...
- 1.944 Participa en una Exposición en el Salón J.Cañamar, de Barcelona.
- 1.944-45 Pintando en Sardañola, en medio de un bosque: "... trabajé dos temporadas con gran provecho..."
- 1.946,47 Pintando durante los veranos en Santa Eulalia, Ibiza: "...y trabajé mucho..."
- 1.948 1^a Exposición en la Galería Syra, Barcelona.
- 1.949 2^a Exposición en Syra.
- 1.950 Comienza una serie de publicaciones de jardinería en Crisol.
- Nueva casa, en el Tibidabo: "...y trabajé desde ella las maravillosas vistas y los cambiantes de luces de Barcelona..."
- 1.951 3^a Exposición en Syra.
- 1.953 Participa en una colectiva en el Palacio de la Virreina, junto con Juan Serra, Rafols, Mallol Zuazo, Mompou, Rafael Benet, J.Sunyer y otros.
- 1.955 4^a Exposición en Syra: Expo-Homenaje.
- 1.956 Muere en Barcelona.

ILUSTRACIONES

CUBIERTA: La Primera Comunión, circa 1945. Fondo de fotografías Beatriz Winthuysen Coffin.

PORTADA: Logo creado por Winthuysen en que aparece una X y una M entrelazadas.

1 (“Cádiz Ilustrada, Emporio del Orbe” –Ámsterdam, 1690)- Reproducido por el Autor- *Cosas, Casas y Plazas de la Isla de San Fernando*—Evolución Histórica de la Ciudad.

2 Miniatura de Don Pedro Winthuysen y Bustillo, fines del siglo XVIII. Documentación Museo de la Marina en Madrid.

3 Don Francisco Javier de Winthuysen y Pineda. Grabado. Colección: José Javier Aparisi Winthuysen.

4 Capitán Don Manuel de Winthuysen y Losada con su Compañía, circa 1880. Fondo Winthuysen.

5 Alameda de Hércules. Fondo fotográfico del Archivo de Sevilla.

6 Descanso en el Camino del Rocío, 1895. Óleo sobre lienzo. 73.5 x 92.4 cm. Museo de Bellas Artes de Sevilla.

7 Los Huertos de Tánger y Vista de una Calle en Tánger. Fotos documentación de las memorias.

8 El Jarro y la Palangana de Plata. Circa 1900. Óleo sobre lienzo. 49.3 x 59.7 cm. Colección Teresa Winthuysen Alexander.

9 Fotografías: Azuda y Molino; Pinos, y el Castillo de Alcalá de Guadaíra. Teresa Winthuysen. Abril 1999.

10 Proyecto de la Canalización y Fuerzas del Guadalquivir, Alcalá del Río. “Memorias de un Señorito Sevillano”, nota número 58. Fotografías Teresa Winthuysen Alexander, Abril 1999.

11 Francisco Bertendona (sin fechas). Vista de Sevilla desde Triana. Firma F. Bertendona, Sevilla, 1891. Óleo sobre tabla, 22.5x11.5cm. Colección Beatriz Winthuysen Coffin. Puente de Triana, 1896. Óleo sobre tabla. 20x24.5cm. Colección Teresa Winthuysen Alexander. Monte del Pardo, Madrid 1923. Óleo sobre tabla. 21.5x15cm. Colección Teresa Winthuysen Alexander.

12 Autorretrato, circa 1900. Museo de Arte de Sevilla; Retrato de Winthuysen: Dibujo de Victorio Macho, circa 1919; Autorretrato, circa 1919.

13 Zambra Gitana, circa 1925 (1941). Colección Beatriz Winthuysen Coffin. Cartel de Feria por Marín Ramos. Colección Teresa Winthuysen Alexander. La Fragua. Dibujo sobre papel. Fondo Winthuysen.

14 Bodegones: Manzanas y Uvas; Cebollas y Berengenas. Circa 1940. Colección Teresa Winthuysen Alexander.

15 Vista del Tibidabo desde Las Corts, 1941. Óleo sobre tabla. 49.5x61cm. Colección Beatriz Winthuysen Coffin.

16 Fotografías del Fondo de Documentación Winthuysen.

DOCUMENTOS

Árbol Genealógico de los Winthuysen. Fecha e iniciales P. W. y B., Don Pedro Winthuysen y Bustillo, dibujo en forma ascendente de la genealogía de la familia Winthuysen desde su asentamiento en El Puerto de Santa María, Isla de León, circa 1642, hasta 1816. Fondo de documentación Winthuysen.

Censo de la Ciudad de Sevilla, 1880. Reproducción de documento por fotografía por el Archivo Municipal de Sevilla.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivos de la Ciudad de Sevilla:

Certificado de Bautismo: Javier Winthuysen y Losada. Parroquia de San Miguel, Registro Civil 252, Folio 437, Abril 1, 1874, a las 11 de la mañana, Calle Palmas 11, Sevilla, España.

Censo de Sevilla: 1880, Parroquia Sagrario, C, P2520.

Cadastro de Sevilla: Parroquia del Sagrario, 1880, 9 Albareda, Sevilla.

Minutos Capitulares de la reunión de Concejales en la Alcaldía de Sevilla: 17 de Diciembre 1880. Rollo: 405, libro 26, páginas 293 - 295. Firma en el margen el concejal: Francisco Javier de Winthuysen Martínez de Baños.

Archivos del Cementerio de San Fernando:

Javier de Winthuysen y Martínez de Baños: Residente de la Calle Albareda 9, Parroquia de el Sagrario, Sevilla, España. Fa-

Ileció: Junio 23, 1900. Restos depositados: en el Panteón Conde de Bagaes, Bernardo Losada; se localiza en la confluencia de Santa Teresa, Fe, e Isabel, 8, 2@.

Archivos de la Parroquia de Saint Jean de Montmartre-Paris:

Certificado de Bautismo de François Xavier Winthuysen y Losada, número 68, el 19 de marzo de 1913, que nació en dicha Parroquia el día tres del corriente.

Archivo de la Marina:

Expediente de: Francisco Xavier de Winthuysen y Pineda, 1792, solicita una pensión Real.

Expediente de Javier de Winthuysen y Martínez de Baños

Archivo-Museo: Don Álvaro de Bazan—El Viso del Marques [Ciudad Real]. Sección Cuerpo General: Leg. N. 620/1294.

INTERVIEWS

Carlos Hernández: gerente de “La Campana,” confitería La Campana, Sevilla. El 5 de Marzo, 1999.

La Manga Borrero: empleado más antiguo de el Barkley Bank. Marzo de 1999.

Joaquín Agudelo Herrero, autor especialista en temas de Andalucía y Sevilla, en Abril 12, 1999.

Armando Hierro: notario, terrateniente, y comerciante, en Victoria, trayecto en tren: Victoria – Fígueres: En Junio 15, 1999.

FOTOGRAFÍAS

Archivos de Sevilla: Área de Cultura, Ayuntamiento de Sevilla, SPV/VSF/38.DETALLE; SPV-SF/38.DETALLE.

Fotografías: Azudas, Molinos, pinos, y el Castillo de Alcalá de Guadaíra. Teresa Winthuysen. Abril 1999.

Proyecto de la Canalización y Fuerzas del Guadalquivir, Alcalá del Río. “Memorias de un Señorito Sevillano”, nota número 58. Fotografías Teresa Winthuysen Alexander, Abril 1999.

BIBLIOGRAFÍA

- Carr, Raymond. *España 1808 – 1939*, 1969. Editorial Ariel.
- Cerezeda, J. Dantin. *Regiones Naturales de España*, 1922; volumen I, Madrid J. Cosano.
- Carlos Ros, Director. *Historia de la Iglesia Sevillana*, 1992. Editorial Castillejo.
- Colloque pluridisciplinaire: LE JARDIN*, 6 et 7 juillet 2004. Université de Versailles-Saint-Quentin-en-Yvelines.
- Diccionario Historico de las Calles de Sevilla*, 1993. Ayuntamiento de Sevilla.
- Dutch Painting—1600-1800*, 1995. By Seymour Slive.
- Edelman, Murray. *From Art to Politics*, 1995.
- Eitner, Lorenz. *An Outline of 19th Century European Painting*, 1992.
- El Greco—Identidad y Transformación*, 1999, Fundación Colección Thyssen-Bornemisza, Madrid.
- El Porvenir. “Gacetillas.” 8 de Diciembre, de 1886.
- GARDENS OF SPAIN—Exhibition of the work of WINTHUYSEN* —Javier de Winthuysen y Losada, 1874-1956, 1981. International Institute Of Site Planning. By: Beatriz de Winthuysen Coffin.
- Gauguin and the School of Pont-Aven, 1994.
- González, Antonio Cordón. *Vivienda Ciudad Sevillana 1849 – 1929*, 1985. Ayuntamiento de Sevilla.
- Guia del Museo Sorolla, 1980. Florencio de Santana
- GUIA DE LOS PARQUES Y JARDINES DE SEVILLA, 1999. Ayuntamiento de Sevilla.
- History of the Low Countries, 1998. Edited By: J.C.H. Blom and E. Lamberts

Hurtado, José María Egea. *Cosas, Casas y Plazas de la Isla de San Fernando*, 1997. Ayuntamiento de San Fernando, Fundación de Cultura.

Ignacio Zuloaga, 1990. The Meadows Museum. Dallas, Texas.

Jiménez, Juan Ramón. *Españoles de Tres Mundos*, 1942, Buenos Aires.

Impressionist Still Life, 2002. By Elizabeth Rathbone and George T. M. Shackelford.

Jardines de España--1870-1936, 2000. Fundación Cultural Mapfre Vida.

José Elbo y la Pintura Romántica, 1998. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

La Andalucía. "Suplemento" En Diciembre 11, 1876.

La Escuela de Alcalá de Guadaíra y el Paisajismo Sevillano, 2002, Sevilla. Textos de Juan Fernández Lacomba.

La Pintura del Siglo XIX En El Museo de Sevilla, 1988.

La Pintura de Santiago Rusiñol—La Vida—L'Obra i la Crítica—Cataleg Sistematic, 2004. Josep C. Laplana; Mercedes Palau-Ribes O'Callaghan

Manet/Velazquez—The French Taste For Spanish Painting, 2003. Metropolitan Museum of Art, New York

Manjon, Luis Nieto. *Diccionario Ilustrado de Términos Taurinos*, 1987. Espasa Calpe.

Marañón, Gregorio. *El Conde Duque de Olivares*, 1930_1990. Espasa-Calpe.

Mena, José María de. *Curiosidades Históricas de Sevilla*, 1986. J. Rodríguez Castillejo S. A.

Montias, M. John. *Le Marché de L'Art Aux Pays-Bas*, 1996, Paris.

MUSEO DE CERAMICA—Palacio de Pedralbes Barcelona, 1993.

Nineteenth Century Paintings, 1965. The Walters Art Gallery.

- Padgen, Anthony. *Spanish Imperialism and the Political Imagination*, 1990.
- Palma, José Almuedo. *Ciudad e Industria Sevilla—1850-1930*, 1996. Diputación de SEVILLA.
- Parker, Geofrey. *The Grand Strategy of Phillip II*, 1943/2000.
- Pena, María Del Carmen. *Pintura Del Paisaje e Ideología-La generación del 98*, 1998. Taurus.
- Parc de Collserola—Libro Guía*, 1995. Área Metropolitana de Barcelona.
- Parinaud, Andre'. *Barbizon—The Origins of Impressionism*, 1994.
- Poyato, José Calvo. *Los Galeones del Rey*, 2002.
- Rivero-García, Francisco. *Orígenes e Historias de Alcalá de Guadaíra*, 1997.
- Rufino, Antonio Caballos. *Itálica y los Italicense*s, 1994. Junta de Andalucía, Conserjería de Cultura.
- Shaw, Donald. *La Generación Del 98*, 1989. Catedra.
- The Cambridge Companion to—MODERN SPANISH CULTURE*, 1999. Edited by David T. Gies.
- Velasco, Julio Martínez. *Paseo por la Sevilla del 98*, 1992. J. Rodríguez Castillejo Editor.
- Visque Cubero, I. M., Vera Rodriguez, N., López López. *Las Plazas del Casco Histórico de Sevilla*, 1987, Junta de Andalucía.
- Winthuysen, Javier de, y Losada. *Jardines Clásicos de España-Castilla*, 1930.
- World Impressionism-The International Movement, 1860-1920*, 1990. Edited by Norma Broude

NOTA BIOGRÁFICA

JAVIER DE WINTHUYSEN Y LOSADA

Nació en Sevilla en 1874; falleció en Barcelona en 1956.

Durante trescientos años los miembros de la familia Winthuysen, que fueron descendientes de unos contratistas de Indias de los Países Bajos sentados en el Puerto de Santa María, Isla de León, tuvieron por tradición entrar en las diversas ramas de las fuerzas armadas o la iglesia, para servir al rey o a Dios. No así, Javier de Winthuysen y Losada, que al nacer en plena época de mecanización de la marina hizo que su padre, antes de su nacimiento, se jubilara de su servicio en ella y se dedicara al cultivo de las vides, en la Isla de León, en el área del Puerto de Santa María. Como resultado de su participación en el comando de oposición a la revolución cantonal del 1868, su padre decidió ir a vivir a Sevilla donde ocupó puesto de concejal, encargado de Parques y Jardines, en el gobierno de la ciudad. Allí nació Javier de Winthuysen y Losada, último hijo de una familia de siete. Se educó en instituciones seglares aunque conservó ese sentimiento religioso en que participan los sevillanos con su culto a la Virgen María. Javier de Winthuysen siguió su propio criterio cuando se trató de estudios de bachiller, se desvió de su deseo de entrar en la marina por atender los deseos de su padre. Formó parte del movimiento Modernista en Sevilla en la Escuela de Bellas Artes y el Ateneo de Sevilla. Fue miembro activo de la Escuela de paisajistas de Alcalá de Guadaíra, provincia de Sevilla. Viajó a Madrid, París, en 1903. Expuso sus obras en París, Sevilla, Madrid y Barcelona. Se casó con María Salud Sánchez, madre de sus hijos Javier y María Salud, en 1911. Residió a temporadas en París de 1912 al 1915. A su regreso a Madrid, gracias al movimiento intelectual, que dió soporte a la Tercera República Española, consiguió auto-formarse como conservador de los Antiguos Jardines de España. Le apoyaron Joaquín Sorolla y Juan Ramón Jiménez a través del La Institución de Enseñanza Libre. Publicó artículos de jardinería histórica, urbanismo, crítica de arte a exposiciones de contemporáneos, su libro JARDINES CLÁSICOS DE ESPAÑA-CASTILLA, 1930 (que contiene el resultado de su investigación y técnica constructiva). Winthuysen fue el creador del Patronato de Jardines en el tiempo de la Administración Republicana. Durante el desbarajuste de la Guerra Civil Española se desplazó a diversos

edificios en Madrid, y finalmente a Requena, Valencia, con las escuelas bajo la protección del Tribunal de Menores para quienes trabajaba María Héctor Vázquez, madre de sus hijas, Beatriz y María Teresa. En 1939, se trasladó a Barcelona, donde ya vivían María Héctor y sus hijas. Mientras esperaba poder recuperar su puesto en el patronato de jardines con el nuevo gobierno, Javier de Winthuysen se dedicó a pintar lo que se veía desde la terraza de Las Corts, en Barcelona. Cuando se recuperó de los azares que pasó durante la guerra, empezó a pintar los alrededores de Barcelona. Le concedieron su puesto de nuevo y vivió varios años pasando temporadas en Madrid yendo a Barcelona para pintar paisajes en los lugares que le buscaba María Héctor. Al final de los años 40, María Héctor consiguió un piso en la Avenida del Tibidabo desde donde pintó las vistas de la ciudad que conservan la calidad de la nebulosidad cambiante propia del clima de Barcelona. Su obra como creador de jardines de estilo neoclásico continuó a la par de la obra pictórica hasta el final de su vida.

DATOS DE LOS EDITORES

María Héctor Vázquez

Nació en Sevilla en 1906; falleció en Washington DC en 1979.

En la Sevilla de principios del siglo XX vivían los terratenientes poderosos de la provincia que eran segunda, y tercera generación de aquellos ricos indianos que compraron tierras en la provincia con la desamortización de los bienes del clero a lo largo del siglo diecinueve, y que se casaban con miembros de la “aristocracia tronada”, como dice Javier de Winthuysen en su autobiografía. La familia era rica e influyente. El padre, Juan Héctor Picabia-primo hermano de Francis Picabia-famoso artista dada-fue abogado y escritor de profesión, amigo íntimo de Javier de Winthuysen. María Héctor se educó con monjas francesas, primero en Sevilla y más tarde en Madrid a donde se trasladó la familia yendo a Sevilla a temporadas. La relación que María inició con Javier de Winthuysen fue un romance increíble y al mismo tiempo un escándalo social en aquella sociedad sevillana herencia de los Montpensier del que había sido miembro la fallecida Emperatriz Eugenia de Montijo, consorte de Napoleón III durante treinta años; la ciudad

que escogió para su retiro forzado, cuando no se encontraba en París, la reina Isabel II de Borbón. María siguió su propósito contrario a las leyes de fisiología femenina de la época que pedían que una “niña bien” se casase y reprodujera dentro del voto matrimonial. Su padre, Juan Héctor Picabia y su tío Abreu, nombre de significado en la política de la ciudad de Sevilla, la apoyaron en más de una ocasión para que terminase su doble carrera de maestra y bibliotecaria y asegurarle su gana pan. La cooperación desinteresada de María salvó la vida de Javier de Winthuysen y de sus hijas durante la Guerra Civil de 1936 y durante los crueños años de la post-guerra cuando la gente se moría de hambre por las carreteras o por la tuberculosis rampante. Todo producto de un “nacionalismo” que conocíamos en la Barcelona de mi tiempo como dictadura fascista de Francisco Franco que duró cuarenta años. La labor educacional y su producción de escritora de literatura infantil, de María Héctor Vázquez, no ha sido revista después de su fallecimiento.

23 de febrero de 1976

Querida señora, dona mi más grande felicitación al saber que me das mi oportunidad de escribirte y de que me das la oportunidad de que te mando mi recorte de diario y mira si puedes hacer lo siguiente: Hablar con Ibáñez Cerdá sobre este asunto y qué marinero era el que hacía los viajes con la ayuda a las colonias. Era el manco, estoy segura. En el Museo Naval tienen que tener en los archivos detalles de esas expediciones. Alguien los puede buscar. Cerdá me dijo en una ocasión que había alguna rada o sitio en las costas de por aquí con el nombre vuestro, por los viajes del antepasado. Las fechas coinciden.

Yo iré al National Geographic y miraré en los mapas detallados a ver si encuentro el sitio de los desembarcos.

El día 9 de enero visité al Sr. Pedroso, nuevo embajador de España en la Organización de Estados Americanos. Le dejé una carpeta con la historia artística de tu padre. 27 años de seguir paso a paso sus exposiciones, con todas las críticas y catálogos y otros detalles. Está estudiando el asunto de la exposición. Me decía la dificultad del apellido que no es español, pero si encontramos esos detalles que te digo del Manco, todo irá sobre ruedas. La obra y sus antepasados.... un cuento, vaya, pero es muy curioso. Y puede ser factible, además.

Me están haciendo un nuevo tratamiento que responde bien. Me encuentro muy fuerte y muy bien y con ánimos para todo. Por otra parte me están traduciendo mis cuentos.

Mi traductora ha empezado por La Pájara Pinta, ya lleva más de la mitad del libro y resulta. Mis cinco libros de cuentos, mis obritas de teatro infantil, todo mi talento de escritora de niños se fue detrás de tu padre, que lo explotaba además y se aprovechaba según la costumbre de los hombres sevillanos y de él que era un "niño de su mamá", ya lo sabes. Como el Juan Ramón a quien unas amigas mías cuya sobrina se suicidó por culpa de él le llaman "El chulo" o "el divino".

Esos artistas de tanta sensibilidad exquisita, son anormales, necesitan "support" siempre, se vuelven resentidos y solo piensan en vengarse y son completamente irresponsables. Tu padre lo era y lo que hizo contigo y con todo era bastante criminal... Pero en mi caso, lo aguanté ¡Y cómo!

Bueno. Cumplí setenta años el día 17. Mis dos hijas y mis cinco nietos vinieron a mi casa. Las niñas hicieron un pastel.... fué muy hermoso y me dió una gran alegría ver que con cancer o sin él, salí adelante, salvé a mis hijas y a mis nietos de posibles humillaciones improcedentes, como han sido siempre todas las atrocidades que habéis hecho en el pasado contigo y con él, y se están los niños educando y haciéndose hombres de provecho. Y, cosa muy importante, vivo independiente, sola, con dignidad y por mis propios medios, sin agobiar a nadie ni explotar a nadie, gracias a mi trabajo de toda la vida, que siempre lo hice con la cara muy alta, dignidad e inteligencia y con mi nombre, que es corto, sonoro y fácil de retener, conservando además todos mis derechos civiles como mujer y con la consideración y el aprecio de mucha gente.

Hazme el favor de preguntarle al señor Gilaberto si recibió las Memorias de tu padre. Se las envié el día 3 de septiembre pasado, he escrito dos cartas preguntando sencillamente si habían llegado y no han contestado. Y de paso averigüa si van a publicar el libro o no y para cuándo. Pronto hará dos años que entregué todo el original, el contrario lo tenéis y todo está en regla. ¿Qué pasa?

Mi teléfono es el 969-1746 Área Code 202. Te lo mando porque sé que no te gusta escribir y por si acaso.

Si se consiguen esos detalles del manco, iré a ver al embajador de España para que nos ayude. Esa exposición hay que hacerla y que coincida con la venida del rey.... a mí ya me presentaron de jovencita a su abuela, aún conservo el nombramiento de la Infanta de Orleans haciéndome miembro de la liga contra el Cáncer. ¡Pues no me importaría conocer

Enrique Lafuente Ferrari, 1898-1985

Para honrar la memoria de Enrique Lafuente Ferrari, Julián Marías, en 1998, escribió un artículo que se encuentra en Internet en el que explica como Lafuente Ferrari fue un profesor muy elocuente que explicaba a sus alumnos como había estudiado filosofía para entender arte dentro del significado del momento histórico. Lafuente Ferrari ayudó a establecer el sistema inter-universitario de educación entre España y EUU.

Lafuente Ferrari fue uno de los amantes de la obra de Winthuysen que se encontró en Madrid, en 1974, con motivo de la inauguración de la Exposición Centenario Javier de Winthuysen. Para celebrarla fuimos a las Cuevas de Luis Candelas y les pedí a los concurrentes que me firmasen el menú que aún conservo. La firma de Enrique Lafuente Ferrari se encuentra lado a lado con la de María Héctor Vázquez, Enrique Pérez-Comendador, Magdalena Leroux, y otros ya desaparecidos actores del escenario de la historia de amor que fue la vida de Javier de Winthuysen y María Héctor.

Teresa Winthuysen Alexander, 1935

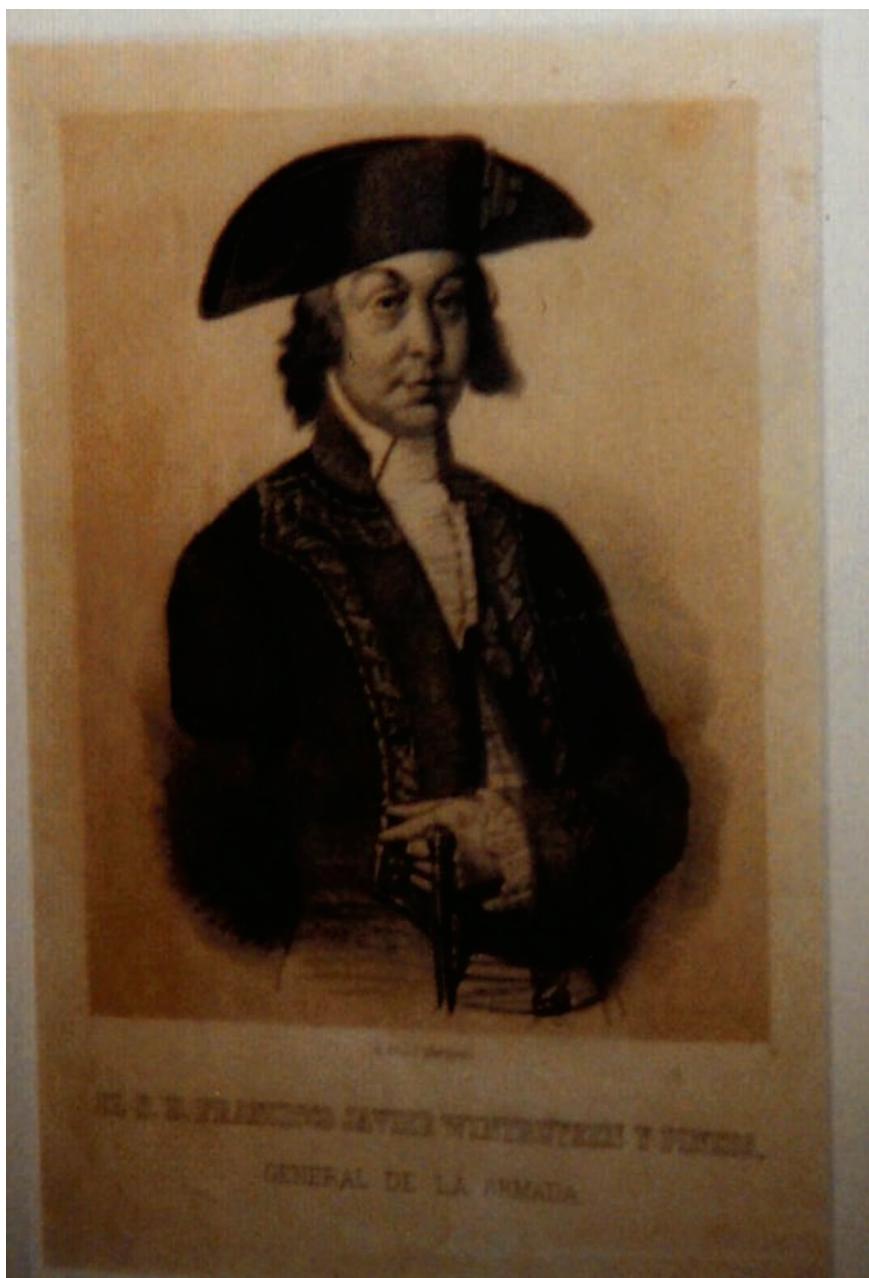
Director residente de la Winthuysen Foundation, Inc.

MLA con Johns Hopkins University, en Baltimore; BA en Historia del Arte y Arte con Universidad de Maryland; AA en Psicología y AA in Técnica de Análisis de Laboratorio con Montgomery College.



Don Pedro de Winthuysen y Bustillo

2. Miniatura de Don Pedro Winthuysen y Bustillo, fines del siglo XVIII.
Documentación Museo de la Marina en Madrid.



3. Don Francisco Javier de Winthuysen y Pineda.
Grabado. Colección: José Javier Aparisi Winthuysen.

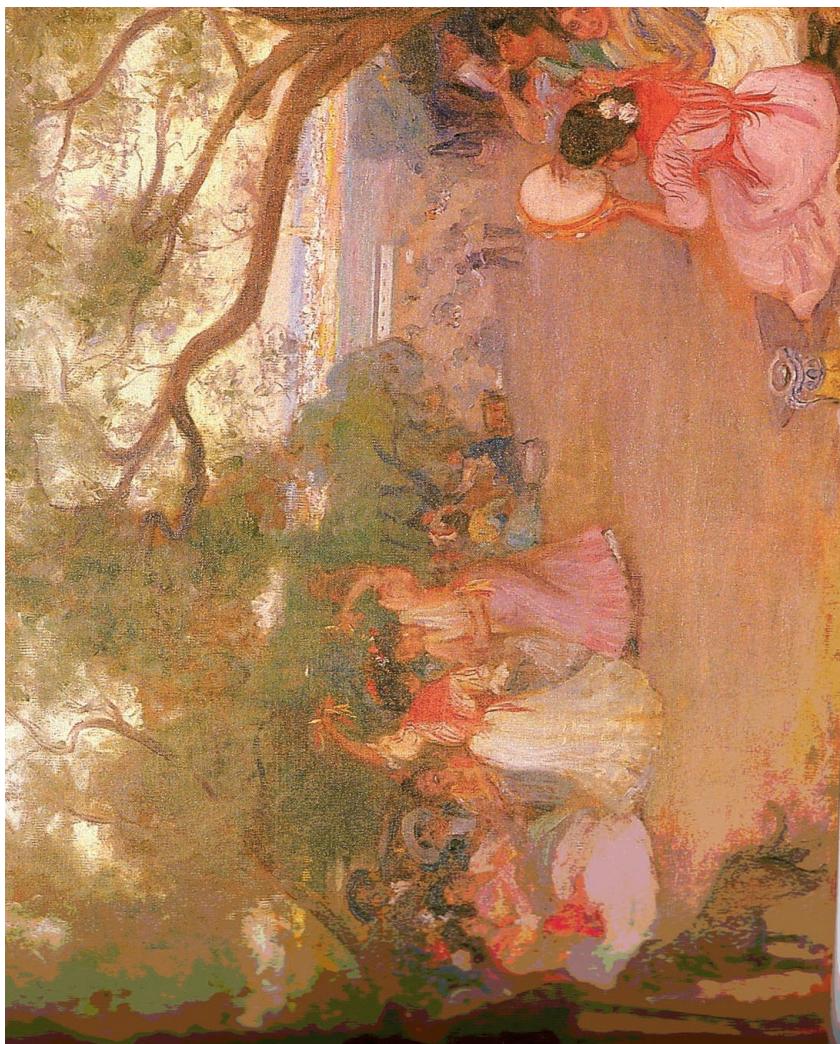


1. En el cañón de artillería
Manuel de Winthuysen

4. Capitán Don Manuel de Winthuysen y Losada con su Compañía de Artilleros, circa 1880. Fondo Winthuysen.

5. Alameda de Hércules.
Archivos de Sevilla: Área de Cultura, Ayuntamiento de Sevilla, SPV/VSF/38.DETALLE; SPV/SF/38.DETALLE.



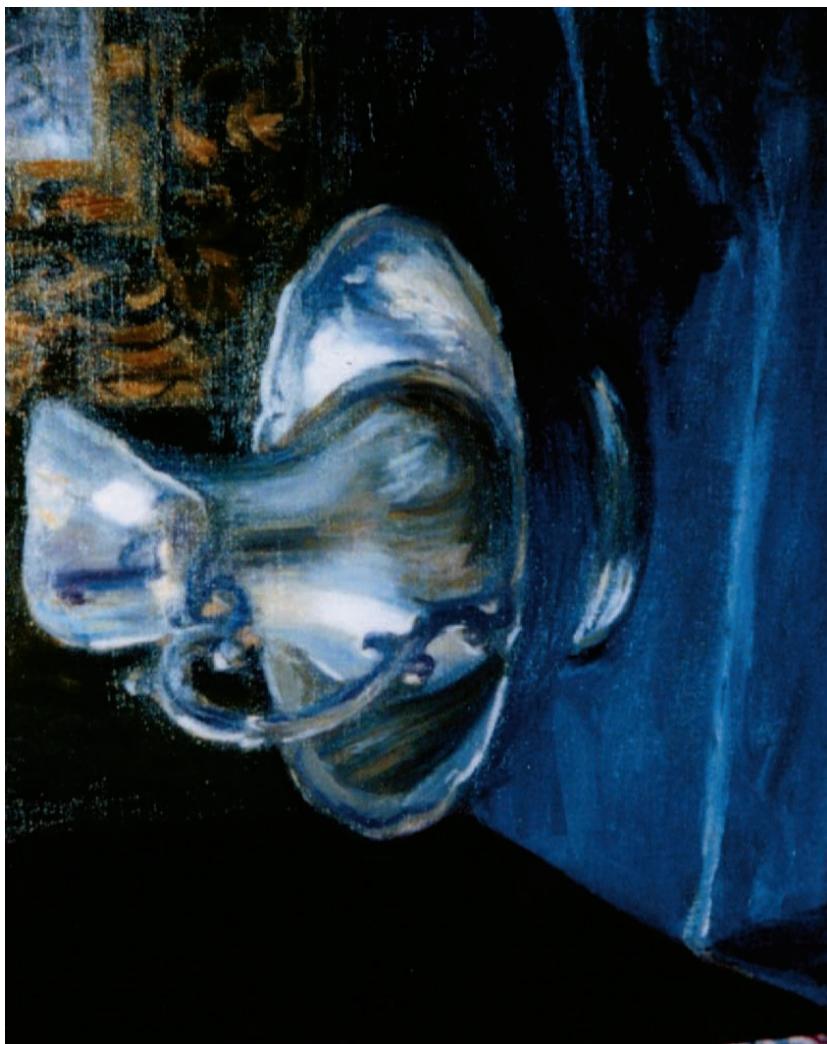


6. Descanso en el Camino del Rocío, 1895.
Óleo sobre lienzo. 73.5 x 92.4 cm. Museo de Bellas Artes de Sevilla

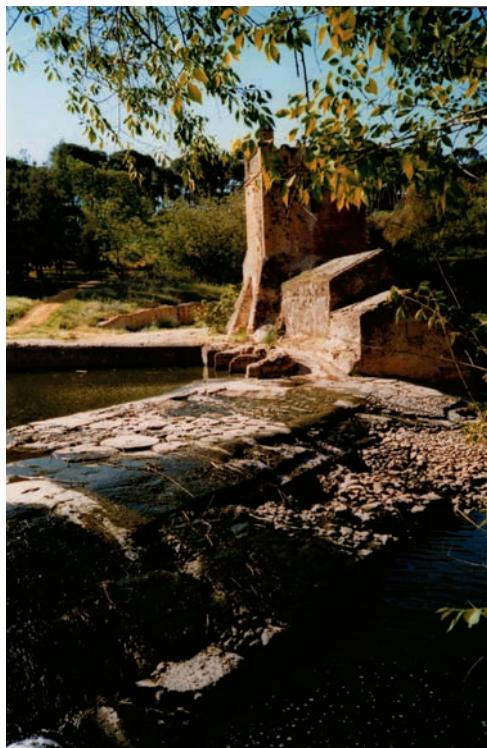


7. Los Huertos de Tánger y Vista de una Calle en Tánger.
Fotos documentación de las memorias.





8. El Jarro y la Palangana de Plata. Circa 1900.
Óleo sobre lienzo. 49.3 x 59.7 cm. Colección Teresa Winthuysen Alexander.



9. Azuda y Molino; Pinos, y el Castillo de
Alcalá de Guadaíra.
Teresa Winthuysen. Abril 1999.



9. Alcalá de Guadaíra: Pinares y Castillo



10. Jardín de la Eléctrica Sevillana en Alcalá del Río.

11.



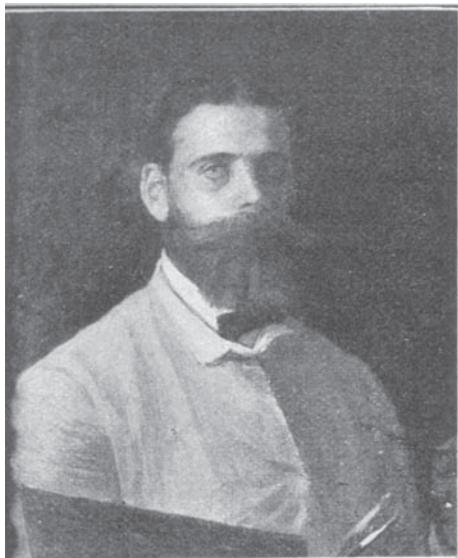
Vista de Sevilla desde Triana, 1891. F. Bertendona



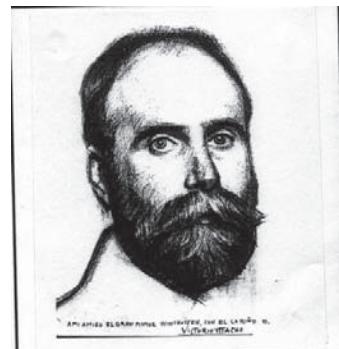
Puente de Triana, 1896



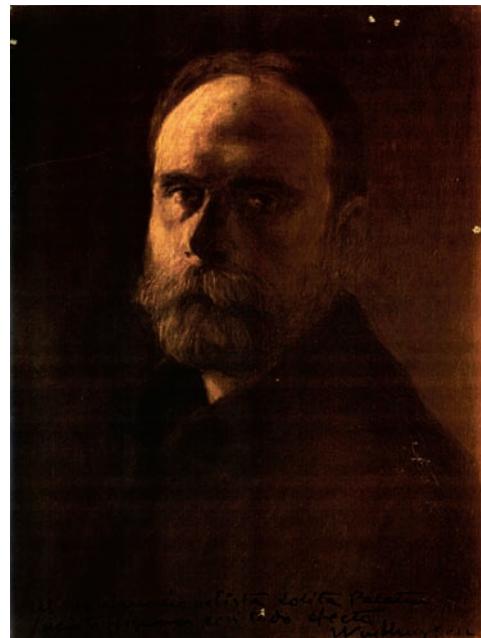
Monte del Pardo, 1923



Autorretrato, circa 1900. Museo de Arte de Sevilla.



Retrato de Winthuysen.
Victorio Macho, circa 1919.



Autorretrato, circa 1919.



Zambra Gitana, circa 1920



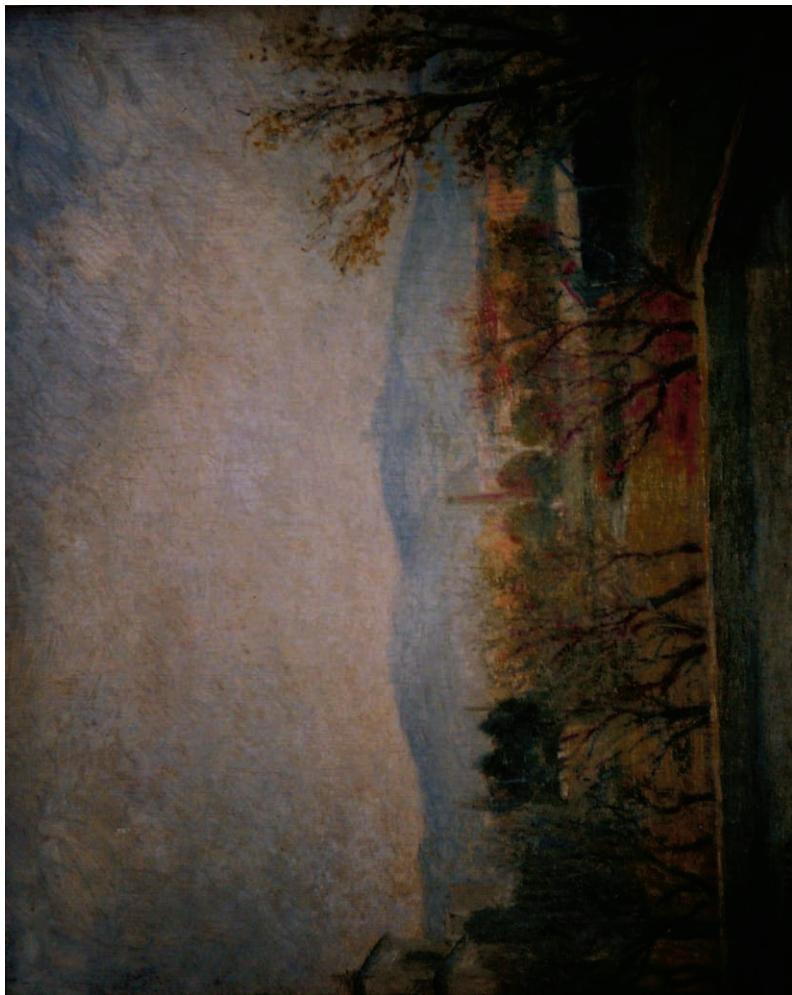
Cartel de Feria por Marín Ramos.



La Fragua. Dibujo sobre papel. Fondo Winthuysen.



14. BODEGONES, circa 1940.



15. Vista del Tibidabo desde Las Corts.

16.



Winthuysen en Santa Eulalia, 1948-9.



Javier de Winthuysen, María Héctor, y Teresa. Circa 1953.

